Aquello que revelamos
SARA VENTAS

Aquello que revelamos

Sara Ventas

Todos los derechos reservados.
Título: Aquello que revelamos
Registro: 2110189550642
ISBN: 9798751109370
Sello: Independently published
Copyright © Sara Ventas, octubre 2021
Copyright portada © Sara Ventas

Parte I

Capítulo 1

Mario

Mensaje de audio 1 de Julia:
Lo siento, Mario, pero eso que me pides es del todo imposible. ¿Tú sabes lo difícil que es conseguir unas fotos así? ¿Cómo voy a decirle ahora a Alberto que no podemos publicarlas? Entiendo que es tu amigo y que esto perjudicará su relación, pero tarde o temprano iba a saberse. Debe asumirlo y ser consecuente con sus actos.

Mensaje de audio 2 de Julia:
Y, cambiando de tema, tenemos cita mañana para hablar con Romualdo sobre el catering. Por lo visto ha sido imposible conseguir el palacete para la celebración y debemos apuntarnos a la lista de espera de esa finca que le gustó a mi madre, aunque tal vez pueda mover algunos hilos para saltárnosla usando la revista. Dime a qué hora estarás disponible para organizarme con él.

—Mario, necesito que esas fotos no vean a la luz —insiste Leo al devolverme el teléfono tras escuchar a Julia, sigue nervioso y cabreado a partes iguales—. ¡Esas imágenes van a tirar por la borda cinco años de relación! ¿Es que no lo ves?

—¡Claro que sí! Te entiendo perfectamente y lo he intentado. Pero ya has escuchado a Julia. No va a ceder, la conozco de sobra.

—¿Le dijiste que estoy dispuesto a pagar más de lo que van a recaudar por publicarlas? Además, aquí no me conocen tanto. ¿Qué interés podrían generar?

—Hombre… unos buenos cuernos siempre crean expectación. Y más tratándose de un actor emergente que se lo monta con su representante a plena luz del día. ¿En qué coño estabas pensando, Leo?

Se frota la cara con una mano tras darle un largo trago al contenido de su vaso. Va por el segundo whisky, a este ritmo me tocará confiscarle el coche y llevarlo al hotel o alojarlo en casa. Aunque, esta última opción debo descartarla si no quiero que nos despierte en plena noche para rogarle a Julia que destruya sus tórridas fotos. Imagino la respuesta de ella: «Habértelo pensado antes de traicionar a Angélica», que es lo que dijo cuando me habló de las imágenes. «Se lo tiene bien merecido por cabrón», añadió al final.

—¿Qué quieres que te diga? —Se muestra cabizbajo y va girando el vaso que sostiene en las manos—. Estábamos celebrando el

preestreno, habíamos bebido un poco y… no sé, nos dejamos llevar. Pero estoy dispuesto a pagar lo que sea necesario —añade, con un resquicio de esperanza en la mirada.

—No creo que se trate de dinero; y menos cuando está implicado su amigo Alberto, el que os hizo la foto. Ese tipo es un hueso, además de su protegido en la revista. Se lo robó a la competencia cuando ascendió al puesto de directora y sabe que regresará con ellos si no le deja campar a sus anchas en Fashionist.

Se sirve otra copa y pasea por la terraza dándole vueltas a la situación, imagino. Está más inquieto que cuando se presentó en mi casa, sin avisar, con la idea de encontrarse con Julia y convencerla de que incluso podría afectar a su carrera. Aunque en realidad acaba de despegar, prácticamente, su éxito se reduce a un papel protagonista para una adaptación italiana de un conocido *bestseller*. El resto de sus trabajos pasaron por las pantallas sin apenas dejar huella. Aunque sí es cierto que la adaptación arrasó, y ahora está en España promocionando la segunda parte en la que se espera el mismo éxito, si no más.

—Pues tendrás que hacerlo del otro modo, amigo —propone, mirándome desde la barandilla donde se ha apoyado para observar las vistas a la calle principal, o tal vez solo estaba tramando ese plan que acaba de proponerme para deshacerse de las malditas fotos.

—No pienso entrar en su sistema informático como si fuera un vulgar hacker.

—*Merda, amico, questo non era previsto!*

—En ningún caso aseguré que lo arreglaría por mi cuenta, Leo. Solo dije que trataría de convencerla. Eso ha sido todo por mi parte.

Su mirada ha quedado enmarcada en una pequeña sombra de decepción ahora. Vuelve a girarse hacia las vistas, dándome de nuevo la espalda. Me levanto para acercarme a la barandilla también y, durante unos minutos, permanecemos callados, el uno junto al otro, observando a la gente que está disfrutando en la terracita del restaurante de abajo. Soy consciente del lío en el que está metido, pero no puedo hacer lo que me pide. Eso nunca. Julia se daría cuenta enseguida de que he tenido algo que ver. No puedo arriesgarme. Pero ¿qué estoy pensando? No se trata solo de que vaya a darse cuenta o no, estaría cometiendo un delito. Definitivamente, no.

—*Me lo devi, Mario.*

—¿Que yo te debo qué? —lo miro atónito.

No pienso ceder a su chantaje. Soy consciente de que quiero a este cabrón como si fuera de mi propia sangre, pero no pienso poner en riesgo mi relación ni mi integridad por sus actos.

—*Cazzo, amico, sii generoso, lo farei per te.*

—No suenas más convincente por pedírmelo en italiano, amigo —

afirmo medio sonriendo.

—¿De verdad no vas a hacerme ese favor por los viejos tiempos? —insiste, poniendo su mejor pose de cordero degollado—. ¿Cuántas veces di la cara por ti cuando te metías en líos?

—¿Hablas de aquellas historias de críos?

—¿Qué más da el tiempo que haya pasado? Siempre he estado ahí cuando me has necesitado.

—Nunca te he pedido nada.

—Pero lo haría si se diera el caso —reconoce a la vez que me mira fijamente—. Pídeme lo que quieras, lo que sea. Te pago lo que he ofrecido para Julia.

Me alejo de la barandilla y vuelo a ocupar mi sitio en la butaca frente a la mesa. Dejo mi copa encima y me froto el pelo, replanteándome su absurda idea. No me quita ojo desde la posición donde se encuentra, esperando a que me ablande. Sé que está desesperado, y también que él lo haría por mí si fuera yo quien estuviera metido en ese marrón.

—No pienso cobrar por cometer un delito —admito, sin mirarle, para evitar que me convenza con su pose chantajista.

—Está bien, pues hazlo gratis —propone, cruzándose de brazos—. Además, no es ningún delito. Ese gilipollas no tenía ningún derecho a robarme unas fotos en mi vida privada. ¿Te imaginas si estuvieras montándotelo con Julia en el salón de tu casa y que un paparazzi publicara vuestra foto?

—Para empezar, a nadie le interesaría publicar una foto nuestra en esas condiciones. Pero tampoco estabais en el salón de vuestra casa, que yo sepa.

—Bueno, quien dice salón dice frente al ventanal…

—… de un hotel, Leo, de un hotel.

—Pero íbamos bebidos y se nos fue de las manos —defiende, antes de acercarse a ocupar su sitio frente a mí, y esta vez me mira como si fuera un ternerito a punto de entrar en el matadero. Sabe que le quiero como a un hermano y se aprovecha de ello—. Además, ¿no me lo contaste precisamente por eso, porque Julia te había hablado de esas fotos?

—Sí, claro, para que no te pillara por sorpresa la publicación y estuvieras prevenido. En ningún caso me plantee delinquir por ti —reconozco, porque esa era mi verdadera intención.

Sabía que Julia no estaría dispuesta a renunciar a esa suculenta tajada para el beneficio de su revista. No en vano había despojado a su competencia directa de su estrella de las exclusivas jugosas. Debía reconocérsele a su amigo Alberto el mérito, al menos, de ser la peor pesadilla de los famosos y de estar siempre en el momento y lugar exactos donde cometen sus descuidos, mostrándose como jamás

querrían ser vistos; precio que mi amigo no estaba dispuesto a pagar por la fama.

—Pues no estoy preparado, Mario —agrega, tras darle el último sorbo a su copa—. Debes terminar el trabajo y destruir esas fotos. No te pediría algo así si no estuviera en juego mi relación con Angélica. Sabes lo enamorados que estamos.

—Ella sí. Lo tuyo, después de los últimos acontecimientos, empiezo a dudarlo.

—*Non dire sciocchezze, Mario!*

—No son tonterías, lo pienso realmente. Esta no es la primera vez, recuerda que hablas conmigo. Solo ha sido tu primera pillada.

Se ha acercado un poco más y ahora me sujeta por un hombro, mirándome fijamente para hacer más creíble lo que va a decir.

—Despediré a Daniela si eso te hace sentir menos cómplice, pero tienes que ayudarme.

—No sé, Leo —sigo dudando—. Puedo meterme en un lío con Julia. —Vuelvo a levantarme para tomar distancia, me resisto a participar en esta trama—. Si desaparecen esas fotos, después de haberle pedido que no las publique, sabrá que he sido yo.

—Podrías cargarle el muerto a otro. Es fácil para ti, eres un genio en tu campo.

—¡No me hagas la pelota ahora para salirte con la tuya!

—Pero ese tipo seguro que tiene enemigos en la revista. —Vuelve a acercarse a mi lado—. Todos tenemos a nuestro rival al que hacer sombra, ya sea colega de equipo o de la competencia.

—Está bien —termino cediendo, convencido de que no va a desistir—. Echaré un vistazo, pero no te garantizo que vaya a hacerlo.

—*Ti sono debitore per quel colpo, socio.*

—No me debes nada. Y tampoco des por hecho que lo cumpla.

Aún así, está tan entusiasmado que se acerca a darme un abrazo y me palmea la espalda con ímpetu.

—¿Y qué era eso del catering? —se interesa ahora, cambiando completamente de tema para zanjarlo y evitar que me eche atrás—. ¿Celebran las bodas de oro los padres de Julia?

—No es para ellos. Somos nosotros. ¿No te lo había dicho?

—¡Qué cabrón! ¿Te casas? —Lo dice como si no pudiera creérselo —. ¿Y no pensabas invitarme?

—Pues claro que sí. Acabo de pedírselo, prácticamente. Pero con todo este lío de las fotos se me había pasado contártelo.

—¿Cuándo es?

—¡Ni idea! Por lo visto hay una lista de espera de más de un año. Aunque no descarto que tire de contactos y todo se acelere, Julia está algo impaciente. Así que no te extrañe recibir una invitación antes de lo previsto.

—Conque han cogido por los huevos al bueno de Mario, ¿eh? —añade tras darle un largo trago al contenido de su copa. Ahora parece más relajado que cuando llegó hecho un manojo de nervios—. Quién lo iba a decir cuando te soltaban en casa de tus abuelos a principios de verano y te fugabas el último día para no regresar a España.

—Eso fue solo una vez, mamón —protesto, soltando una sonora carcajada.

—Pero duró tres días. Todavía hay recortes de los periódicos locales en el desván de mis abuelos sobre aquella anécdota. Y aún me duele el bofetón que me dio mi padre cuando se fueron las cámaras de televisión.

Lo recuerdo perfectamente. Llegamos como héroes pensando que nos recibirían con los brazos abiertos nuestras familias, según lo habían afirmado entre lágrimas frente a las cámaras y micrófonos que les dieron voz y visibilidad en nuestra búsqueda. Pero a mí me castigaron sin volver al año siguiente, y a él le prohibieron juntarse conmigo. Aunque en realidad no regresé tampoco al otro año, una vez cumplido el castigo, porque la abuela falleció y no coló mi argumentación de viajar allí por mi cuenta, por mucho que hubiera cumplido los dieciséis, ni tampoco al siguiente. Fue tiempo después cuando volví a reencontrarme con Leo, que vino a Madrid para hacer unas prácticas de iluminación cinematográfica en una productora y se alojó durante esa temporada con nosotros. Volví a veranear un par de años más tarde, en su casa esta vez porque la de los abuelos la vendieron. Nuestra amistad ha sobrevivido a lo largo de este tiempo en la distancia. Él, sumergido en su profesión de actor, que le vino de rebote. Aunque siempre le gustó ese mundillo de la televisión, que en sus inicios estudió detrás de las cámaras.

Capítulo 2

Alicia

—Elena, ¿has tocado mi ordenador?

—¿Te refieres a nuestro ordenador? —responde enseguida con su soniquete típico de echarme en cara que me apodero de las cosas.

Está amasando sobre la encimera de la cocina lo que será nuestra cena, creo que la masa de una empanada; siempre que no acabe en el cubo de la basura, como suele ocurrir cuando experimenta por su cuenta sin seguir las instrucciones de una receta. Le gusta inventarse platos o tunear los que ya existen.

—Bueno, sí, tú ya me entiendes —replico—. Es que como apenas lo usas… En realidad es prácticamente mío.

—Pues no lo es, recuérdalo. Y claro que lo he usado —confiesa—. Necesitaba descargar vídeos del teléfono para poder borrarlos, casi no me quedaba espacio.

—¿No ibas a comprarte una tableta para tus recetarios?

—Sí, claro, estoy para más gastos ahora —se queja. Hace una bola con la masa y vuelve a aplastarla con energía.

—Pues ya sabes cómo soy de torpe con la tecnología. No me cambies las cosas de sitio —le pido.

—Eso no hace falta que lo jures… —Se ríe al decirlo—. Deberías haber nacido en el siglo pasado para dedicarte a la fotografía analógica. Ahora tienes que adaptarte a los tiempos modernos y dejar eso atrás. ¡Y a ver si quitas ya el tenderete ese que tienes montado en la bañera!

—Sabes perfectamente que cuando se sequen los negativos lo haré, ¿vas a seguir diciéndomelo cada vez que haga un revelado? —respondo, algo irritada.

Siempre está con la misma cantinela. ¿Dónde quiere que lo haga? ¿En mi cuarto? Encima de que la dejé quedarse con el más grande. Bueno, en realidad lo echamos a suertes. Pero cuando sacó el papelito lo soltó enseguida y cogió el otro; y la primera elección debió ser la válida. Aunque lo dejé pasar porque prometió que se encargaría de limpiar el baño y la cocina, a cambio de que yo lo hiciese con el salón

y la terraza, incluidos los cristales que es lo que más odia. Igual que me pasa con el baño, así que… me vino bien la propuesta. Además, la terraza es minúscula, deberíamos llamarlo balcón más bien.

—Es que ahora entiendo a mamá cuando me dijo que aquí las dos juntas íbamos a salir tarifando —dice ahora.

Esta vez deja la bola de masa en un bol y le pone encima un paño que ha sacado del cajón.

—¿Y no te has planteado que a lo mejor lo ha dicho por ti? —contesto, mientras abro carpeta tras carpeta que me encuentro en la pantalla para dar con mis archivos—. ¿Me meto yo en cómo tienes la cocina empantanada a todas horas con experimentos de repostería?

—Sabes perfectamente que forma parte de mi trabajo, Alicia, y cobro por ello —protesta enseguida, algo irritada—. ¿Te pagan a ti por esas fotos siniestras en blanco y negro?

—Cualquiera pensaría que tu trabajo nos mantiene, hermana. Por lo que yo sé, mi empleo de mierda en la revista es lo que paga nuestras facturas hasta el momento.

—¿Ahora vas a echarme en cara eso también? Abrir un negocio requiere de sacrificios, ¿no era eso lo que me decías cuando me animabas a dejar mi trabajo y a montarme por mi cuenta?

—No te echo nada en cara, Elena, pero deja de meterte con lo mío. Una cosa es hacer fotos para ganar dinero, que ya lo hago, y otra muy distinta es trabajar en lo que me gusta. Y mis fotos siniestras son lo segundo —me defiendo, sin prestarle atención visual, sigo concentrada en mi tarea de búsqueda.

—Pues cuando te lo dice Fran, no veo que te enfades tanto con él.

Él jamás calificaría mis fotos de siniestras. Elena lo dice solo por un par que le hice a una figura de porcelana que se dejaron los antiguos inquilinos y que decidimos tirar tras ver las imágenes en blanco y negro de mi experimento, daban miedito…

—¿Me has borrado las carpetas? No encuentro nada.

—Es que lo guardas todo en el escritorio, y ese no es el sitio para acumular archivos. Lo he limpiado. Ahí solo debe aparecer lo importante.

—Y tus recetas son más importantes que mis fotos, claro.

—Eso es solo un acceso directo. Ahora tenemos una carpeta en documentos que se llama Alicia y otra Elena. La mía no la toques porque está ordenada por categorías y fechas. La tuya es un despropósito, pero solo he volcado tu desorden del escritorio tal cual estaba. No me mires con esa cara.

Está lavando los cacharros que ha utilizado para su supuesta empanada, y puedo ver su sonrisilla de satisfacción por su fechoría desde donde estoy sentada en la mesa que divide la cocina del salón. En su día, decidimos tirar la pared que separaba ambas estancias para

ganar espacio al minúsculo salón. Mis padres aún no lo saben, fue un trabajillo que se le antojó a Elena y que ejecutó un ligue suyo cuando nos mudamos. Quedó fatal la unión entre ambos suelos, no encontramos baldosas para igualar ninguno de los dos lados y, con las que se parecían, al llegar a casa nos dimos cuenta de que el resultado era un parche. Pero lo solucionamos muy bien con una vistosa alfombra de Ikea que colocamos donde ahora se apoya la mesa. Hicimos algunos arreglos más, los inquilinos habían dejado la casa bastante descuidada. Al menos mis padres no nos cobran alquiler, solo que nos ocupemos de todos los gastos del piso. Iban a venderlo cuando se terminara el contrato con la pareja anterior; para dejarse de rollos, nos decían. Ellos se marcharon a la costa del sur cuando se jubiló mi madre, él se retiró unos años antes.

—¿También has cerrado mi correo? —Me está poniendo de los nervios con su limpieza digital. Se ve que no tiene bastante con la lustre que le saca al culo de las sartenes, que no se queda tranquila hasta que brillan como el diamante.

—¡Chica, lo siento! Es que he tenido que iniciar sesión para descargar un documento que debía firmarle al gestor.

—¡Joder! ¿Y no podías dejarlo después como estaba?

—¿Acaso lo haces tú? Siempre dejas tu sesión iniciada.

—Pero es mi herramienta de trabajo, tú apenas lo usas.

—Te recuerdo que elegimos ese modelo tan caro porque nos lo recomendó tu querido amigo Fran, y por ese precio podríamos habernos comprado un portátil para cada una. Así que no me toques las narices ahora con eso.

—¡Está bien, cascarrabias! ¿Me preparas un té, ya que estás en la cocina?

—Mira, la otra, como si estuviera en el ala oeste de la mansión… —refunfuña, sacando la caja de las infusiones—. ¿Cómo lo quieres?

—De esos tuyos con un poco de todo y cúrcuma.

—¿Has quedado con Fran o te quedas a probar mi fritata de aceitunas negras y tomates cherry?

—¿No era una empanada?

—La empanada es para llevarla mañana a la cafetería.

—¿Piensas servir empanada con los cafés?

—A todo el mundo no le gusta el dulce, listilla.

—Pues sí, cenaré aquí. Y tampoco quedo tanto con Fran, no sé por qué te refieres a él siempre como si se tratara de mi pareja.

—Es que lo parecéis aún. Si te presentaras aquí mañana con un anillo de compromiso en el dedo ni me sorprendería —responde, mientras corta unas hojas de hierbabuena de la maceta que tiene sobre la repisa de la ventana para agregarlas en el té.

—Estás fatal, Elena —me quejo.

—Tu amiga Marta opina lo mismo. No conocemos a nadie que haya mantenido una relación con un tío y guarde después una amistad tan estrecha como la vuestra.

Habla así porque en realidad le tiene manía. Le hizo la cruz desde el día que dejé la relación con Javi, mi novio desde el instituto, al cruzarse Fran en mi camino hace ya varios años. Javi era compañero suyo en clase, en realidad nos presentó ella, y se llevaba mejor con él que conmigo. Su amistad se vio afectada por nuestra ruptura, y creo que es eso lo que no nos perdona. Aunque a mí no tiene más remedio que aguantarme. Pero a Fran lo tiene crucificado por haber estropeado su relación de amistad y que encima lo nuestro no funcionara tampoco.

—¿Ahora vas a empezar con Fran también? Vaya tarde me estás dando…

—Es que tenéis un rollo bastante extraño… Seguro que os acostáis y todo. —Me ha dejado el té sobre la mesa y se ha sentado enfrente para tomarse otro conmigo. Paso de entrar en su provocación con el tema de Fran para sonsacarme información, que piense lo que le dé la gana—. Solo os falta vivir juntos en su lujoso apartamento, no sé por qué te quedas a compartir este cuchitril con la pesada de tu hermana mayor.

«Mayor dice… y nos llevamos catorce meses».

—¡Ahora no funciona mi programa de retoque digital! —me quejo —. ¿Qué coño has hecho?

—¿Yo? ¡Nada!

—¿Cómo que nada? Aquí pone que se ha actualizado no sé qué mierdas, y que debo ponerme en contacto con no sé quién, desarrollador del programa, o ¿¡comprarlo!? Pero ¡si ya lo había pagado!

—A ver, pardilla, déjame mirarlo. —Aparta su taza y tira del portátil para colocarlo frente a ella. Me cambio de sitio para estar a su lado y observar lo que hace—. Pues sí, algo ha pasado —confirma—. Actualicé el ordenador a la nueva versión que me ofrecía, y avisaba de una incompatibilidad con algunos programas antiguos, pero no pensé que afectaría a lo tuyo de las fotos.

—¡Mierda, Elena! Me he comprometido con la editora a enviarle un reportaje fotográfico para la nueva sección de la revista antes del lunes.

—Pues llama a tu amiguito, él fue quien nos metió en esto.

Marco su número en cuanto Elena me da la idea, a él se le dan bien estas cosas. Se tiró varios días enseñándome o más bien aguantando mis llamadas en línea para aprender a manejar el equipo y a descargar los programas que utilizo en el trabajo. Tiene una paciencia infinita conmigo. Soy lo más torpe que existe para la

tecnología.

Mi hermana tiene razón afirmando que debí nacer en el siglo pasado, de hecho me habría encantado ser de otra época donde no existieran los ordenadores ni los teléfonos móviles y, sobre todo, sin las cámaras de fotos digitales. Qué libre debía de sentirse la gente antes, saliendo por la puerta de casa sin tener que estar pendientes de llevar el teléfono en el bolso. Llaves, monedero y adiós. Libertad absoluta. Sin llamadas ni mensajes ni geolocalización... Cada uno a su rollo hasta la vuelta. Y no como ahora, que te quedas sin batería una tarde y cuando consigues cargarlo tienes diecinueve llamadas perdidas, ochenta y tres mensajes de histeria y, si te descuidas, un dispositivo alertando de tu posible desaparición.

—Ahora Fran no lo coge. ¡Joder!

—¿Y no tienes algún compañero a quien puedas recurrir?

—¡Sí, buena idea! Llamaré a Laura.

—¿Laura es aquella que envió un correo subido de tono a toda la plantilla por error?

—¡Mierda, tienes razón! Laura no me sirve, es peor que yo con la tecnología. Podría llamar a Alberto, pero… es un gilipollas engreído que se cree irresistible.

—Tampoco tienes muchas opciones, Alicia. Yo lo estoy intentando, pero me pide comprarlo para descargarlo de nuevo. —Me acerco a observar la pantalla con ella—. No aparece ninguna opción donde poner que ya lo habías hecho.

—¿Y si lo compro?

—¿Estás loca? ¡Cuesta un pastizal, mira! —Tiene razón, no me acordaba del precio.

—Vaya, pues tampoco responde Alberto.

Enseguida me viene a la mente que una vez le dijo a Julia, la directora, que si no contestaba al móvil lo intentase por email, que lo silencia cuando está concentrado trabajando y en el ordenador ve la notificación al instante.

Para: albertoalvarez@revistafashionist.com
De: aliciamunoz@revistafashionist.com
Asunto: Actualización

Hola, Alberto:
Si ves una llama perdida es porque tengo un problema con la actualización de mi ordenador a la nueva versión de software, y ahora no me funciona el programa de edición de imágenes por algún tipo de conflicto con la antigua versión. ¿A ti te ha pasado? ¿Podrías ayudarme a resolverlo y enviarme las instrucciones por aquí? Soy algo torpe con la tecnología. Te estaría muy agradecida.
Besos,
Alicia.

—¿Besos? ¿Te estaría muy agradecida? Eso suena a que voy a venderle mi alma al diablo, Elena —me quejo tras leerlo—. Habría

servido con un simple gracias. ¡No le conoces!

—¡Deja de quejarte! Bastante es que me haya ofrecido a explicárselo, desagradecida.

—No es eso. Pero creo que se me ha… medio insinuado alguna vez. Tiene fama de picaflor, se ha liado con media oficina y no me apetece que piense lo que no es.

—¡Mira, ya ha respondido! —se alegra enseguida, abriendo el correo como si fuera el suyo.

Para: aliciamunoz@revistafashionist.com
De: albertoalvarez@revistafashionist.com
Asunto: Re: Actualización

Claro que puedo ayudarte, Alicia, ¡y encantado! Aunque es complicado así en línea, tampoco es que yo sea un experto. Pero se me ocurre una cosa: ¿Nos vemos a eso de las ocho en mi casa y te lo traes para solucionarlo? Te envío la ubicación por mensaje.
Besos,
Alberto.

—¡Mierda! Anda, trae.

Le quito el ordenador de las manos y me pongo a redactar una respuesta por mi cuenta. Prefiero la opción de volver a pagar el puñetero programa antes que acudir a esa encerrona.

Para: albertoalvarez@revistafashionist.com
De: aliciamunoz@revistafashionist.com
Asunto: ¡Solucionado!

Al final no era un problema de la actualización y ya está arreglado. Pero gracias por ofrecerte a ayudarme.
Saludos,
Alicia.

—¿Vas a enviarle eso? —se queja Elena, sujetándome la mano que se dirigía al pulsar el botón del envío del mensaje.

—¿A ti te parece normal que me invite a su casa? —protesto—. No voy a presentarme allí ni de coña.

Capítulo 3

Mario

—Dime que no has tenido nada que ver en la misteriosa desaparición de las fotos de tu amigo. —Esto es lo que escucho al otro lado de la línea nada más despertar, cosa que ha ocurrido por el sonido del teléfono precisamente. Es sábado por la mañana, y suponía que Julia estaba durmiendo a mi lado hasta que he recibido su llamada. Pero siempre está la revista antes que todo lo demás.

—¿A qué te refieres?

Me levanto de la cama con parsimonia por el sueño que aún me mantiene atrapado y camino descalzo hacia la cocina. Sobre la máquina del café leo el post-it que me había dejado antes de irse: «Tengo que pasarme por la revista un momento. Si no llego antes de las diez, recógeme allí».

—Sorprendentemente, han desaparecido las fotos que me pediste que no publicara. ¿Casualidad?

—No he tenido nada que ver en eso, Julia. —Conecto la cafetera y me preparo uno largo; no puedo creer que me haya despertado a las siete y media de un puñetero sábado—. ¿Me ves sobornando a tu amigo Alberto? ¿Acaso es de esos que se venderían por dinero? —Lo insinúo utilizando un soniquete acusador.

—¿Cómo sabes que las fotos son de él? —se interesa enseguida. Puedo imaginármela perfectamente levantando una ceja, ese gesto suyo tan característico.

—Porque me lo comunicaste tú misma —me defiendo—. ¿No lo recuerdas? Dijiste: «Mario, no vas a creerte lo que acaba de decirme Alberto. ¡Ha pillado infraganti a Leo Morelli montándoselo con su manager!». —Lo digo tratando de imitar su entusiasmo cuando me lo contó.

—¿Seguro que no has tenido nada que ver? —insiste.

—¡Pues claro que no! Habrá sido el propio Leo. Me dijo que pensaba sobornarlo, y tal vez lo haya conseguido. A lo mejor no conoces tan bien a tu amigo Alberto como piensas.

—Imposible. Acabo de colgar con él, y está hecho un basilisco.

Dice que ha tenido que ser alguien de la oficina.

—Y entonces, ¿por qué sospechas de mí?

Me llevo a los labios mi taza de café humeante para darle un pequeño sorbo y después salgo a la terraza a tomarlo. Hace un día soleado de finales de mayo, y aún no se aprecia el ajetreo de gente que en un par de horas inundará el mercado de la esquina, aunque las furgonetas de descarga ya ocupan su espacio en doble fila.

—Sospecho de ti porque no tiene ningún sentido que un compañero le haya robado esas fotos, Mario. ¿Con qué finalidad?

—¿Vendérselas a la competencia? —se me ocurre sobre la marcha, aunque no por casualidad.

—No tenemos a nadie tan rastrero en la revista como para hacer eso.

—Pero sí que te lo parezco yo para acusarme, ¿no?

Pongo voz de decepción al decirlo, y enseguida cambia también su tono.

—Bueno, eso es distinto… Tú tienes un móvil para querer hacerlo.

—¿Crees que me pringaría de esa manera solo por ocultar a la opinión pública la infidelidad de Leo?

—Tienes razón, lo siento —termina cediendo—. Pero es lo primero que se me ha pasado por la cabeza cuando me ha llamado Alberto.

—Pues te has equivocado.

—Está bien, ya me he disculpado. Si dices que no has sido… te creo.

No tengo tan claro que se haya convencido realmente, lo que sí se ha quedado es sin argumentos para seguir acusándome.

—Y, cambiando de tema, ¿a qué hora hemos quedado? —Decido disuadirla sacando su nueva distracción favorita: la boda.

—A ninguna —responde, y sospecho que algo desilusionada por el cambio de registro en su voz—. Al final, Romualdo me ha cancelado la cita por un problema personal.

—Entonces, ¿te recojo y comemos juntos en algún sitio? —propongo, para animarla.

—He quedado con mis hermanas y mi madre para almorzar y de paso mirar vestidos de novia.

—Pero si aún no tenemos ni fecha para la boda —respondo, algo extrañado.

—Ya, si no es nada formal —se excusa enseguida—. Se han empeñado ellas, aprovechando que está aquí Belén. Será imposible otra ocasión para hacerlo las cuatro juntas, y a mamá le hacía demasiada ilusión. ¿No te importa? —Al menos parece contenta con el nuevo plan.

—No, claro que no me importa. Aprovecharé que me dejas libre

para vender las fotos que le robé a tu protegido.

—Ja, ja.

En realidad, he invertido la mañana en mostrárselas a Leo y deshacerme de las pruebas, entre otras cosas.

Me resultó demasiado fácil colarme en el ordenador de ese tipejo sin escrúpulos que, además, había estado negociando previamente para vendérselas a la competencia por una suma nada despreciable. A fin de cuentas, se merecía que entrara en su ordenador a robárselas. Hice una buena obra y no solo con mi amigo, sino también de cara a Julia que nunca sabrá que esas fotos podrían haber sido un beneficio muy jugoso para sus competidores más directos: la antigua revista para la que trabajaba su supuesto amigo. Incluso rastreé el ordenador de Julia, por si se las había enviado antes y me tocaba robárselas a ella también.

Mientras curioseaba en el ordenador de ese traidor, me llamó la atención una breve correspondencia que mantuvo con una tal Alicia momentos antes. Aproveché para entrar en su equipo también y comprobar si estaba metida en el asunto del reportaje de mi amigo. Me llamaron la atención algunas fotos que guardaba en un archivo que había denominado: *Posibles.* Eran fotos de tipo artístico en blanco y negro. Todas tenían un nexo común, estaban realizadas a nivel del suelo. Pies caminando, un gato acicalándose junto a una verja, el reflejo de una viandante en un charco, algunas con objetos cotidianos caídos al suelo y otros más inverosímiles para estar ubicados en ese lugar… Me tiré un largo rato revisando sus fotos, también las personales y otras más insustanciales sobre comidas y recetarios. Al principio pensé que se trataba de su profesión la cocina. Pero comprobé que aparece en el staff de la revista y es fotógrafa editorial en la sección de moda.

No sé por qué razón, y no dice nada bueno de mí lo que se me ocurrió a continuación, pero sentí la curiosidad de conectar la cámara de su ordenador para verla en persona. Aunque ya la había visto en diferentes fotografías de sus archivos, y en algunas aparecía acompañada de una copia casi idéntica a ella. Y de no haberlo estado, hubiera pensado que se trataba de la misma persona con otro peinado más corto en las fotos de lejos, porque en las de primer plano sí se diferenciaban notablemente, también por el color de los ojos. Identifiqué quién de las dos era ella porque en las fotos de los empleados de la revista observé el verde claro de sus ojos, y los de su hermana son en un tono marrón oscuro.

La tentación de conectar su cámara surgió porque vi movimiento en su correo electrónico: acababa de enviarle una respuesta al impresentable de Alberto. La que estaba frente a la cámara cuando me conecté era su hermana, discutiendo con ella sobre ese correo que

había enviado confirmando, sin su permiso, una cita con el propietario de las fotos comprometidas de mi amigo. Por su forma de referirse a él, deduje que no era de su agrado tampoco. Volví a leer los correos que se habían intercambiado. Por lo visto, ella tenía problemas para actualizar un programa de edición. Discutieron entre ellas hasta que perdí la conexión porque la tal Alicia, muy enfadada y de un manotazo, cerró la tapa del portátil.

Volvió a conectarlo a los pocos minutos, a solas y desde la que deduje que sería su habitación. Lo abrió para poner música mientras se cambiaba de ropa. Al final iba a presentarse en la casa de su compañero de trabajo a pesar de sus reticencias iniciales. Decidí echarle un cable y solucioné su problema con el programa en cuestión. También con otros que estaban en conflicto con su actualización del sistema operativo. La realidad es que le dejé el ordenador como nuevo, liberando espacio de basura acumulada y programas sin sentido trabajando en segundo plano y en el arranque del equipo. Vi que había creado dos carpetas con los archivos, supuse que la denominada Elena correspondía a su hermana. También me permití el capricho de ordenar sus fotos a mi gusto, las de Alicia.

Y no, no la espié mientras se cambiaba. La posición de la pantalla no coincidía con la suya, solo me centré en la tarea que me había propuesto hacer dentro de su equipo. Excepto cuando se le antojaba que una canción de su lista de Spotify no le apetecía escucharla y se acercaba a pasar a la siguiente; en otras era yo quien elegía la que iba a sonar a continuación. Cualquiera en mi lugar habría hecho lo mismo. Solo ver su expresión de intriga al acercarse a la pantalla, preguntándose de dónde habría salido aquel tema nuevo que no aparecía en ninguna de sus listas, merecía la pena.

Capítulo 4

Alicia

Mensaje de audio de Julia:
Hola, Alicia. ¿Podrías pasarte por mi despacho cuando llegues a la revista? Es de suma importancia.

Al entrar, encuentro a Alberto y a otro tipo que ya he visto por la oficina en otras ocasiones, creo que es un informático externo que realiza labores de mantenimiento en los equipos de la oficina. Lo que no me esperaba es la razón para convocarme a esta reunión tan inesperada, que en un principio imaginé que sería en privado. De camino aquí pensé que Julia tendría alguna pega con las fotos del artículo sobre tendencias para complementar el fondo de armario. Pero no era eso, y lo habría preferido tras conocer la realidad del asunto en cuestión.

—Te lo voy a preguntar sin rodeos, Alicia. Han desaparecido unas fotos del ordenador portátil de Alberto, y él asegura que estuviste en su casa el viernes por la tarde, justo cuando las echó en falta. ¿Has tenido algo que ver?

—Por supuesto que sí ha…

—… Silencio, Alberto —le corta enseguida—. Le estoy preguntando a ella.

—En ningún momento toqué su ordenador. —Miro a uno y otro, bastante incómoda por la pregunta que acaba de plantearme—. Fui a su casa porque tenía un problema con mi programa de edición, eso es todo —le explico, completamente tranquila. Aunque sigo alucinada por la acusación.

—Pero no tenías ningún problema —se queja ahora mi compañero en tono serio—. Esa solo fue la excusa que inventaste para presentarte en mi casa.

—Perdona, pero fuiste tú quien me invitó para solucionarlo —le recrimino, algo irritada ahora—. Yo solo te pedí que me enviaras instrucciones al correo electrónico.

—Y los dos sabemos que tu programa funcionaba perfectamente.

—No tengo ni idea de cómo se solucionó, pero juro que en mi casa

no se abría —respondo, y dirijo la mirada a mi jefa.

—Sí, claro, eso cuéntaselo a otro —protesta enseguida él.

—¡No estoy mintiendo! —contesto con voz firme y mirándole fijamente, me siento bastante exasperada ya por su forma tan rastrera de querer inculparme. No entiendo por qué lo hace—. Yo no me acerqué a su ordenador. —Ahora me dirijo de nuevo a la directora de la revista—. Ni siquiera sé dónde lo tenía. Y, de hecho, en cuanto vimos que funcionaba lo mío, intenté largarme de allí. Pero se empeñó en que, ya que estaba allí, nos tomáramos algo. Si mi intención era robarle unas fotos, ¿por qué fue él quien insistió en que me quedara?

—Eso no tiene nada que ver —se defiende al instante, tratando de restarle importancia al dato que acabo de ofrecer—. Te invité porque ni se me pasó por la cabeza lo que tramabas.

—¿Y vas a decirme cómo pude acceder a tus malditas fotos sin acercarme a tu ordenador? ¿Tal vez por telepatía? —Acerco mi cara a la suya con el ceño fruncido. Se aleja todo lo que le permite el respaldo de la silla, como temiendo que vaya a soltarle un guantazo, que es lo que en realidad me apetece hacer. Creo que mi expresión está siendo el fiel reflejo de mis ganas.

—No haría falta acercarte al ordenador —añade el informático, que hasta este momento no había abierto la boca—. Pero me gustaría revisar tu portátil, si no te importa, para hacer algunas comprobaciones.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, sin dar crédito a que sigan apoyando la versión del mentiroso este—. ¿Pensáis que esas fotos están en mi ordenador?

—Tu puesto está en juego, Alicia —aclara Julia, adoptando una pose seria. Más distante incluso de la que nos tiene acostumbrados en cuanto cruza las puertas de la revista. Si te la encuentras en la cafetería de la esquina no parece la misma persona que luego te mira en las reuniones como si estuviera a punto de entregarte una carta de despido inminente—. No quiero en mi equipo a un topo de la competencia —añade—. Pero puedes facilitarnos las cosas dejando que Vicente revise tu ordenador.

—Ah, vale, que ya habéis dado por sentado que he sido yo, ¿no? —Me levanto del asiento arrastrando la silla y haciendo chirriar sus patas sobre el suelo. Creo que una corriente de indignación se ha apoderado de mí y más vale que empiece ya a redactar esa carta de despido o me temo que seré más rápida en dar el paso—. Está bien, voy a buscarlo. Sé que no vais a encontrar nada. Pero eso sí, después me largo. No quiero trabajar en un sitio donde se me acusa de un robo sin pruebas.

—Tampoco hay que llegar a esos extremos —agrega enseguida ella—. Solo te lo pido para que Alberto se convenza de que no has

tenido nada que ver.

—¿Y por qué su palabra vale más que la mía? —La desafío con la mirada.

—Está claro que no quiere traer su equipo y está haciendo el papelón de su vida para que lo descartes sin comprobarlo —añade el cínico de mi compañero. «En la hora puñetera que accedí a presentarme en su casa. ¡Muchas gracias, hermana!».

Salgo del despacho de Julia y vuelvo con el portátil a los pocos minutos. Se lo entrego al informático de mala gana.

—Espero que no las hayas borrado. Son unas fotos muy importantes para la revista —vuelve a interferir el gilipollas de Alberto, y ni me molesto en responder a su comentario.

En mi cabeza ahora circulan las carpetas con mis cosas privadas y las de Elena. ¿Qué derecho tienen a hurgar en mis archivos?

—Ese ordenador lo comparto con mi hermana, no sé hasta qué punto es legal que accedáis a nuestros documentos personales. Me parece una invasión a nuestra intimidad.

—Y sigue reticente… —murmura como para sí mismo el acusador, pero mirando a mi jefa.

—Tranquila, no será necesario entrar en las carpetas ni en los archivos —aclara el informático tras encenderlo—. Solo estoy rastreando las huellas de navegación y movimientos en el equipo.

Recibo una llamada de mi hermana y decido aprovechar para salir a tomar un café. No sé cuánto tiempo le tomará al informático revisarlo. Julia también le ha pedido a Alberto que abandone su despacho, aprovechando que me iba, y se ha quedado sola con ese tal Vicente allí dentro. Al menos eso me tranquiliza. No puedo odiar más al cretino ese.

—¿Qué quieres? ¡Estoy ocupada!

—Hija, qué humos… Te llamo para preguntarte si podrías pasarte hoy por el café para echarme una mano. Flor se ha ido a recoger a su hijo al colegio porque está con fiebre, y Ricky libra.

—Vale.

—¿Así de fácil?

—Sí, ¿algo más?

—¿Estás bien? Es que te noto rara.

—Voy a dejar la revista.

—¿Dejarla? ¿Por qué?

—El imbécil de Alberto me ha acusado de robarle unas fotos desde mi ordenador cuando estuve en su casa, y la idiota de mi jefa se lo ha tragado. En este momento están fisgando en el portátil para comprobar si lo conecté al suyo.

—¿Que qué? Pero ¿ese tío está chalado? A ver si está metido en algo turbio y quiere cargarte con el muerto. ¿Qué clase de fotos son?

¿¡No será un pedófilo!? ¡Saca de ahí el ordenador ahora mismo y llévaselo a la policía! No me huele nada bien todo esto.

—No, mujer, no se trata de ningún delito. Por lo visto son unas fotos muy valiosas que le hizo a un famoso. Creen que, el que las ha robado, pretende vendérselas a la competencia.

—¿Y piensan que tú has *hackeado* su equipo? —Escucho una carcajada al otro lado de la línea—. Si no sabes ni pasar el antivirus…

—A lo mejor con tu testimonio me habría ahorrado tener que dejarles nuestro equipo para revisarlo.

—Quédate tranquila, no van a encontrar nada.

—Eso lo sé.

—¿Por qué quieres dejar el trabajo entonces?

—Porque me jode que desconfíen así de mí. Encima de que me desvivo por sacar mi trabajo adelante, incluso cuando me lo pasan en el último momento porque se les ha caído otro que iba en esa sección. Hago las mierdas que otros descartan porque soy el último mono, y por esa miseria que me pagan… ¡Y ahora, para colmo, tengo que aguantar este trato!

—Pero no puedes dejarlo.

—Lo sé —reconozco, muy a mi pesar—. Pero me habría encantado poder hacerlo. Es más, no les dejaría fisgar en mi ordenador si tuviera la opción de largarme dando un portazo en sus narices.

—Entonces, ¿cuento contigo esta tarde?

—¡Que sí, pesada!

—¡Genial! ¡Gracias! Los lunes no suele venir mucha gente, pero no me atrevo a quedarme sola por si acaso se complica la tarde.

Capítulo 5

Mario

—Sabes que podría denunciaros por obligarla a dejaros hurgar en su equipo, ¿verdad? —le digo a Julia durante la comida.

Siempre se queja de que no comemos juntos entre semana, trabajando a solo quince minutos de distancia; aunque, lo cierto es que suele ser ella la que lo cancela por una cosa u otra, mi horario es más flexible. Pero intuía que hoy iba a liarse en la revista por el asunto del robo de las fotos de Alberto, y he insistido en quedar para enterarme de primera mano sobre el asunto.

—Bueno, obligado, obligado… Tampoco exageres, Mario.

—Pues sí —opino tajante—, la habéis obligado. ¿Qué otra opción tenía si no?

—De todos modos, no había ningún rastro de nada. Y ya nos hemos disculpado con ella.

—¿Y cómo se lo ha tomado? —me intereso.

No la conozco, pero yo me habría cabreado si me hubieran acusado injustamente de algo así.

—No muy bien, la verdad. Incluso quería dejar su puesto. Al final la he convencido porque hay una exposición sobre la historia de la moda en el Museo de Londres y la he propuesto para cubrir ese artículo que será un especial.

—Vamos, que la has comprado.

—Digamos que a las dos nos ha beneficiado el trato: tengo la candidata perfecta para escribir el artículo, pero me apetecía darles otro enfoque a las imágenes y he recordado el porfolio que me presentó cuando la contratamos.

***

Estaba seguro de que ese gilipollas acusaría del robo a Alicia. Le observé a través de la cámara del portátil cuando ella le mostró su programa de edición. Estaban sentados en el sofá de piel de su salón, lugar que conozco perfectamente por alguna invitación que me fue

imposible declinar por insistencia de Julia. Noté enseguida que había dejado preparado el ambiente con un juego de luces acogedoras y una música sutilmente escogida que se escuchaba de fondo. Rápidamente comprendí cuáles eran sus verdaderas intenciones, si es que acaso me había quedado alguna duda tras leer su correo electrónico, por eso decidí intervenir. Pero ella no se dio cuenta de que el problema estaba solucionado hasta que lo abrió, ya en la casa de Alberto.

Alicia le habló de un tal Fran en cuanto tuvo ocasión de meterlo en la conversación, dejando claro que se estaba dando cuenta de sus elementales propósitos de seducción. Aunque la velada no duró más de lo que tardó en terminarse la bebida que le había ofrecido él al llegar. Recordó enseguida que la recogería su novio para salir a cenar, incluso fingió alarmarse por lo tarde que se le había hecho ya y que aún tenía que cambiarse. Él no dudó en invitarla a quedar otro día con más tiempo. Ella ni aceptó ni rechazó la oferta, más bien hizo como que no le había oído. Y fue todo lo que escuché antes de que se acercara a la mesa donde se había dejado el ordenador con la tapa subida.

Nunca me había colado así en la intimidad de alguien y, tras desconectar, fui consciente por primera vez del hecho. Enseguida me dije: «Mario, ¿qué coño estás haciendo?». Decidí que no volvería a entrar más en su equipo, aunque le resté importancia al hecho recordando que, al fin y al cabo, había realizado una buena obra solucionándole el problema de compatibilidad con la actualización de su sistema operativo.

Sin embargo, he vuelto a caer en la tentación y ahora me encuentro en la cafetería de su hermana. Todo ha surgido porque he leído un mensaje en el Messenger de la aplicación de Facebook de Alicia dirigido a ese tal Fran en el que le decía: «Lo siento, Elena me ha pedido que le eche un cable esta tarde en la cafetería por un problema en la plantilla y no puedo dejarla colgada. ¿Lo dejamos para mañana?». Se me ha juntado con una llamada de Leo para quedar en algún sitio discreto a tomar algo, y mi cerebro me ha hecho el lío y ha relacionado ambas cosas. Enseguida he buscado la ubicación y… ¿qué mejor lugar podría encontrar para que mi amigo pase inadvertido?

Solo hay cinco mesas ocupadas y no es un sitio con mucho trasiego de clientes entrando y saliendo. Es más bien un lugar tranquilo y acogedor donde tomarse un café charlando, justo lo que Leo necesitaba para no sentirse observado. Ha sido una buena idea en realidad.

—¿No deberías quitarte la gorra y la gafas de sol? Creo que con esas pintas llamas aún más la atención.

Se quita solo las gafas y las deja junto a su teléfono en la mesa.

—Es que estoy paranoico desde que el cabrón ese nos hizo las

fotos.

—Bueno, eso ya pasó a la historia —le animo—. Pero ahora ve con más cuidado, no volveré a hacer algo así por ti.

—El té matcha era para…

—No, eso no lo hemos pedido nosotros —responde Leo, algo seco, justo cuando Alicia está a punto de dejar una de las tazas sobre la mesa.

—Era un café solo y otro con leche —añado con una sonrisa para compensar la respuesta tirante de mi amigo.

—Eso es aquí —interviene una mujer que tengo a mi espalda.

—Ah, sí, perdón —se disculpa al momento, un poco cortada.

Al ratito nos trae el pedido, acompañado de un par de galletas de dudosa forma.

—Acabamos de hornearlas y están deliciosas, no las juzguéis por su aspecto —agrega enseguida con una sonrisa pícara, como si me hubiera leído el pensamiento; o tal vez haya visto el gesto que ha puesto mi acompañante al observarlas, arrugando la nariz.

—¿Te vas a comer eso? —se extraña él cuando ya se ha marchado de nuestro lado. Me mira como si yo fuera *El último superviviente* y acabara de coger un gusano de la corteza de un árbol en vez de una galleta.

—Huelen muy bien —afirmo, y noto que están aún templadas y blanditas—, y de sabor también —confirmo mientras mastico.

Pero no se anima a probarlas, está centrado en su teléfono. Se ha obsesionado con las redes sociales desde que saltó a la fama y es un verdadero martirio quedar con él. La primera vez que me lo hizo, se lo quité de las manos y le bloqueé el acceso. Estuvo más de una hora nervioso, como si tuviera el síndrome de abstinencia. Terminé liberándolo de su suplicio, era aún más insoportable aguantarlo en ese estado de ansiedad.

—¿Qué te traes con la camarera? —se interesa en tono socarrón —. No dejas de observarla.

—En realidad no es camarera —le aclaro, sin perderla de vista—. Trabaja con Julia en la revista.

—¿Os conocéis? —Se extraña al decirlo—. No me lo ha parecido.

—Bueno, en realidad… ella no.

—Explícate.

—No hay nada que explicar, solo la he visto por allí.

Estoy mintiendo, no suelo subir a la revista. Cuando quedamos, espero siempre a Julia abajo. Aunque sí la he observado hoy a través del ventanal cuando estábamos comiendo en el restaurante de enfrente, salía del edificio de Fashionist con alguien que he supuesto enseguida que sería compañera y que irían a almorzar también. Iban riéndose de algo. Ella llevaba colgada al hombro lo que he

identificado como una funda de cámara de fotos, y me he preguntado si habría descubierto ya lo que le dejé escrito en una de sus carpetas del ordenador.

—Y estamos aquí por casualidad, ¿no? —insinúa mi amigo, poniendo una sonrisa maliciosa.

—No es lo que piensas —me defiendo enseguida, tras darle el último bocado a mi galleta. La suya ni la ha tocado.

—Pues muchas vueltas debería dar tu explicación para que no lo piense.

—Es que… —Medito un momento mi respuesta, no sé cómo explicarlo para que no suene a otra cosa—. Me metí en su ordenador para buscar tu reportaje.

—Entonces, ¿el capullo que me hizo las fotos en realidad es ella?

Lo dice algo alterado, y le pido que baje un poco el tono de voz con un gesto de la mano.

—No, ella es justo a la que intentó culpar cuando lo descubrió.

—Y no me has traído aquí porque este sitio te pareciera discreto, como has afirmado antes, sino porque sabes que también trabaja aquí, ¿verdad?

—Se supone que ha venido porque su hermana, que es la propietaria, tenía un problema con el cuadrante de su plantilla hoy.

—¿Y cómo has sabido eso? —se extraña—. ¡Qué cabrón! —añade enseguida—. La estás espiando, ¿no?

—No, solo estuve limpiando el rastro de acceso a su ordenador. Y lo hice porque sabía, por Julia, que su informático iba a revisar los equipos para cazar al ladrón de las fotos.

—Sí, claro… A mí no vas a engañarme.

Veo que nuestra conversación le ha hecho guardar su teléfono, señal de que le está interesando más que su posicionamiento en las redes.

—Bueno, tal vez se me haya ido un poco de las manos la intromisión. Solo tenía algo de curiosidad por ver quién era.

—Es guapa —opina, mirando hacia la barra. Está sentada en un taburete y acaba de abrir su ordenador—. Pero Julia le da mil vueltas en todos los sentidos, ¿no crees?

—¿Por qué lo dices? Ya te he aclarado que no van por ahí los tiros. No es lo que piensas.

—Eso espero, amigo.

—Mira quién vino a dar lecciones…

Capítulo 6

Alicia

Siempre me prometo no ceder la próxima vez que Elena me pida ayudarla en su negocio, porque solemos terminar discutiendo por su manía perfeccionista de criticar mi poca destreza como camarera. Lo cierto es que no le falta razón, suelo olvidar lo que me han pedido de camino a la barra porque voy absorta en mis cosas; y también me equivoco con la numeración de las mesas porque no para de redecorar la sala y reestructurar los espacios para meter más. Aunque la realidad es que no estoy hecha para este trabajo, cosa que también me recrimina cuando se lo digo, para que deje de incordiarme, y acaba llamándome la señora marquesa, acusándome de que solo estoy preparada para que me sirvan. Y me lo dice la misma que dispone de mi tiempo libre para explotarme en su negocio…

—Oye, ¿tú me has puesto esto?

Le muestro un archivo de mi selección de fotos posibles para una exposición en la que aparece como título: «Mi favorita.jpeg». El resto de las imágenes están solo numeradas, como suelo nombrarlas cuando las archivo.

—¿Yo? —Lo lee y vuelve a mirarme—. ¿Por qué iba a ponerte eso?

—Porque te dedicaste a reorganizar las carpetas el otro día.

—Exacto, eso es justo lo que hice —afirma con el ceño fruncido—. Pero no tengo tiempo para mí y voy a entretenerme en ponerte notitas en las fotos, ¿no? —agrega con tonillo irónico mientras coloca en el lavavajillas las tazas de la bandeja que le he dejado sobre la barra tras recoger un par de mesas—. ¿Qué les han parecido las galletas a los clientes?

—Solo he visto que las probara ese que está en la mesa del fondo con el de la gorra, y se ha comido las dos que les he llevado. Las chicas de la otra mesa no han puesto buena cara al verlas. Solo tienes que perfeccionar la forma —le aconsejo, y responde con una mueca tristona—, de sabor están de lujo —la animo, y mordisqueo la que me había dejado a la mitad junto a la taza, para que vea que no me la

había comido solo por falta de tiempo.

—Lo sé, me han salido horribles. Y con lo bonitos que son esos moldes que compré, no entiendo por qué se me desfiguran tanto.

—Deberías hornearlas como las hacíamos con mamá, bolas aplastadas —opino, devolviendo a la foto «Mi favorita» su número correspondiente. Supongo que habrá sido Fran el autor del texto. Aunque no sé cuándo lo hizo. La última vez que nos vimos fue para contarme lo de su viaje, y no recuerdo que llevara mi ordenador encima. Comimos cerca de su periódico, acababa de tener la reunión y volvía eufórico con la noticia.

—Oye, ¿a ti no te suena el tío ese de la gorra? —me pregunta Elena al cabo de un rato, mirándolo fijamente.

Se están levantando para marcharse en este momento. El tipo al que se refiere mi hermana es bastante más alto que el otro que lo acompaña, lleva una barba de esas que parecen diseñadas con escuadra y cartabón y un estilo desaliñado vistiendo, pero que huele a ropa muy cara como la de su acompañante. Aunque este último lleva un look más clásico, quizás haya venido directo del trabajo. Pero hacen buena pareja en realidad.

—A mí no me suena de nada. —Los observamos disimuladamente cuando pasan por nuestro lado, y ellos se despiden educadamente—. Además le he escuchado hablar un poco y tiene un ligero acento extranjero, no sé si argentino —agrego, cuando ya han salido.

—Pues juraría que lo he visto en alguna parte, pero no recuerdo dónde —insiste, mirándolos fijamente de nuevo tras el ventanal, acaban de subirse a un taxi—. Ya sabes que nunca olvido una cara.

—¿Recoges tú las mesas que quedan mientras respondo un par de correos? —le pido, parece seguir hurgando en su memoria para dar con la identidad del desconocido. No parará hasta que averigüe de qué le suena.

—Sí, claro, no te preocupes. —Humedece una bayeta con agua y jabón, antes de salir de la barra, y se coloca la bandeja bajo el brazo —. ¿Te apetece picar algo de camino a casa? La empanada ha volado.

—Preferiría comprarlo para llevar, tengo que terminar un trabajo que llevo atrasado por lo que pasó el fin de semana con el programa de edición. Recuerda que me voy de viaje el jueves. Además, tengo a la editora presionándome para que le deje las fotos de un par de artículos por adelantado, y mañana me esperan dos sesiones de fotos interminables en el estudio.

—Jo, lo siento por haberte hecho perder la tarde de hoy.

—No pasa nada, ya he ido adelantando algo en los descansos.

***

Creo que hoy ha sido el único día que no hemos salido discutiendo. Supongo que se sentía culpable por haberme acaparado tras la movida que he sufrido en la revista y con todo el trabajo que tengo pendiente, por eso no ha protestado tanto al verme con el ordenador en la barra cuando los clientes estaban atendidos. Aunque tampoco se ha dado cuenta de mi metedura de pata cuando les he servido a la pareja de la gorra lo que habían pedido las chicas de al lado. Menuda cara me ha puesto el tipo. Llega a verlo Elena y se habría descompuesto: «Haz el favor de prestar más atención, ¿es que quieres que me pongan dos estrellas en Google por el servicio?». Está histérica desde que un gilipollas puso una reseña muy negativa por un descuido de Ricky. Era su primer día, hora punta de desayunos y se puso nervioso, se equivocó y cogió una taza del sitio erróneo, no se dio cuenta de que estaba usada. Encima reaccionó mal, y el cliente que buscaba guerra… la encontró. Se ensañó bien con la cafetería y hasta lo exageró.

Lo extraño es que se haya atrevido a regalar las galletas, cuando se lo he sugerido, porque habían salido muy feas para ponerlas en el expositor. Me daba pena que quisiera tirarlas. Y tampoco me dejaba traerlas a casa porque son una bomba de calorías por la mantequilla. Al menos uno ha sabido apreciarlas y no se ha dejado influir por su aspecto. He visto que las disfrutaba realmente y no ha dejado ni una miga. No como el otro sieso, que solo le ha faltado pedirme que las retirara de su vista.

Me salta un mensaje de Messenger en la pantalla del ordenador:

Fran: ¿Todavía estás despierta?

Alicia: ¿Cómo lo sabes?

Fran: Porque apareces en línea.

Alicia: Ah, pero ¿no me lo habías quitado?

Fran: Habrás activado de nuevo estar visible.

Alicia: Ahora entiendo por qué la pesada de mi prima no ha parado de enviarme fotos de su viaje a París, sabía que estaba aquí.

Fran: Ya te lo miraré.

Alicia: Pues no he tocado nada, últimamente me pasan cosas muy raras con el ordenador.

Fran: Siempre te pasan cosas muy raras con la tecnología… ¿Has hecho ya la reserva para Londres?

Alicia: Se encarga la revista.

Fran: Pronto te contaré novedades, pero esperaré a que me confirmen.

Alicia: ¿No puedes adelantarme algo?

Fran: No, que se me puede gafar.

Alicia: Vale, no insistiré. Oye, por cierto, ¿has puesto que es tu favorita en la foto del charco?

Fran: No sé de qué foto me hablas.

Alicia: De mi serie de posibles. En el archivo ponía: Mi favorita, en vez del cuatro que yo había puesto.

Fran: No he tocado tu ordenador, será cosa de Elena. Pero ya sé a qué foto te refieres.

Alicia: Qué raro, ella también dice que no ha sido.

Fran: Pues lo habrás puesto tú en algún momento, cuando hiciste la selección, y no te acuerdas.

Alicia: Bueno, me voy a la cama que estoy rota. Besos.

Fran: Ok, que descanses. Bss.

Antes de cerrar el ordenador, se me ocurre abrir de nuevo la carpeta *Posibles* y comprobar si me falta alguna imagen. La última persona que tocó mi ordenador, sin contar a Elena, fue el informático. Mi compañero también accedió en su casa, pero estaba yo delante y solo abrió el programa de edición para comprobar enseguida que funcionaba correctamente. No entró en ningún archivo.

Al abrir la carpeta, me encuentro con otra foto más que ha sido rebautizada: la ya mencionada «Mi favorita.jpeg» y otra que aparece con el nombre «Esta sería mi segunda candidata.jpeg».

Me quedo paralizada, mirando el título de ambos archivos como una boba, sin atreverme a tocar el teclado ni deslizar el dedo por el *touchpad.* Tiene que ser cosa del informático de la revista. A lo mejor se dedicó a curiosear mis fotos mientras salí para hablar por teléfono con mi hermana. Tuvo que ser eso. Claro. ¿Qué otra cosa podría ser si no? Pero por otro lado… ¿No había devuelto ya su nombre a la foto número cuatro esta tarde en la cafetería? Quizás no le di a guardar y no se cambió. Es posible. Sí. Suele pasarme.

Pues menudo metomentodo el informático de las narices. Mañana iré directa a buscarle para decirle dos cosas bien dichas.

Capítulo 7

Mario

Pasé el resto de la semana sin hurgar en el ordenador de Alicia. El asunto del robo parecía haberse diluido y no volvimos a sacar el tema en casa. Solo que cuando salió el nuevo número de Fashionist, y también el de su competencia, fue en este último donde aparecieron las fotos de mi amigo Morelli a todo color, las mismas que yo había destruido frente a sus ojos una semana atrás. El cabrón de Alberto habría dejado una copia de las imágenes en su cámara, era la única explicación posible. Al final no resultó ser tan idiota como pensaba. ¿Quién iba a sospechar de él después de la que montó tras la desaparición de los archivos? Y encima me había convertido, sin quererlo, en su cómplice para el robo perfecto con la consiguiente venta de las imágenes.

No he sido capaz de comunicarme con Leo. Está fuera de línea incluso en su número privado. Supongo que más adelante, cuando pase la tormenta, contactará conmigo. La noticia de su infidelidad ha volado como la pólvora, y Angélica ya debe de estar al tanto allá en Italia.

Nada más enterarme de la publicación, entré en el ordenador de ese cabrón para encontrar pruebas que lo delataran y ponérselas en bandeja a Julia para un despido inminente. Ella no me creyó cuando le argumenté mis sospechas, porque no podía evidenciarme. Pero él debía de olerse la tostada tras el robo y, aparte de que había puesto su equipo en manos de un experto para dificultarme la entrada de nuevo, se había deshecho de los correos y deduje también que las comunicaciones y transacciones las hacía ahora por otros medios más clásicos; quizás intercambió directamente la tarjeta de memoria de su cámara con alguno de sus antiguos colegas para repartirse el botín.

Y puestos a entrar en un ordenador, ya que estaba, me colé de nuevo en el de Alicia. La excusa era ver si, de alguna forma, le había salpicado la publicación de las imágenes. Encontré entre sus mensajes una breve correspondencia que había mantenido con el informático de la revista, acusándole de cambiar el nombre a algunos de sus archivos.

Él le aseguró que no había modificado nada y, además, le recomendaba llevarlo a revisar a un centro de confianza, si es que no se fiaba de él. Y le hizo caso. Pero no encontraron nada. Obvio, siempre me cuido de no dejar rastro. Excepto, si lo que quiero es dejarlo, claro.

Así que me he dado una vuelta de nuevo por su carpeta favorita, y la mía también. Después, he tenido la tentación de encender la cámara y me he encontrado al otro lado a una Alicia de lo más cómico: se ha puesto una especie de pasta verde en la cara, parece guacamole, y lleva una toalla enrollada en la cabeza y un albornoz rosa. Una parte de mí no deja de preguntarse si debajo de esa prenda se encuentra como imagino. En este momento está enviándose mensajes con ese tal Fran.

Alicia: Pero ¿allí no son las cuatro de la madrugada? ¿Qué haces despierto?

Fran: Aún no me he acostumbrado al cambio horario, prácticamente acabo de aterrizar. ¿Por qué no enciendes la cámara y hablamos directamente? Es un rollo escribir.

Alicia: No puedo, estoy en una cafetería al lado del trabajo y hay mucho jaleo.

«Vaya, vaya con la mentirosilla… En una cafetería, dice. Estoy tentado de conectarle la cámara yo mismo y compartir las pintas que lleva».

Fran: Ah, te había entendido antes que estabas en casa. Te haré caso y voy a intentar dormir algo, que mañana nos espera una jornada intensiva. Bueno, quiero decir hoy.

Alicia: Qué envidia me das. Te habría cambiado Londres por Nueva York sin pestañear. Seguro que a ti te hará un tiempo espléndido, y no el aguacero que nos cayó a nosotras.

«Me pregunto si estos dos se verán en persona alguna vez. Tienen una relación muy online para vivir en la misma ciudad, aunque él ahora esté de viaje por trabajo».

—Pero ¿qué coño…? —Es ella hablando sola. Acaba de sentarse de nuevo frente al ordenador. Se ha lavado la cara para quitarse el mejunje ese y lleva el pelo suelto, todavía mojado. Se ha deshecho también del albornoz y se ha puesto una camiseta amplia y supongo que unos pantalones debajo. No lo sé porque ha aparecido de repente, y por poco no me he tirado el café encima del susto—. ¡Otra vez no, joder! —vuelve a quejarse. Deduzco que acaba de descubrir mi intervención.

Marca algo en la pantalla de su teléfono y se pasea en círculos por el salón con el aparato ya pegado a la oreja mientras espera a que contesten su llamada. Sí, lleva un pantalón muy corto debajo.

—Hola, Laura. ¿Está por ahí el tipo ese del bigotillo? No recuerdo cómo se llama, es informático. Necesito hablar con él. Es urgente… Ah, vale, pues dale tú el mío… Sí, sí, que me llame lo antes posible. Gracias.

Ha vuelto a sentarse. Se frota la ceja izquierda con el dedo índice, pensativa, concentrada en la pantalla. Veo que ha borrado «Mi favorita.jpeg» y ha puesto: «Quién coño eres.jpeg». Después ha entrado en «Esta sería mi segunda candidata.jpeg» y ha puesto: «Quién te ha pedido que opines.jpeg». Enseguida le suena el teléfono y responde de inmediato.

—Ah, eres tú… No, alguien del trabajo… ¿Te importa si hablamos luego? Estoy esperando una llamada importante… —Escucha lo que le dicen al otro lado de la línea—. No, imposible. Tendrás que empezar a buscar otra camarera que no te falle tanto… ¿Y acaso la tengo yo?… Vaaaaale… ¡Que sí, pesada! Pero solo dos tardes para que libre Ricky… ¡El fin de semana ni de coña!… ¿Y qué pasa aunque no esté Fran?… ¿Y no puedo haber hecho planes con otra persona?… Pues sí, justo ahora mismo estaba hablando con Marta para quedar… —«¡Mentirosa!»—. Aunque cerremos pronto, luego tendría que venir a ducharme… No, no vas a apuntarte… ¿Cómo que vas a llamar a Marta? ¡Búscate tus propios planes y amigas, lapón! ¡Oye! ¿Elena?

Se sienta de nuevo frente al ordenador. Deduzco que es incapaz de mantener una conversación telefónica sentada. Acaba de descubrir mi respuesta, se le han puesto los ojos enormes y está abriendo la boca también para acompañarlos.

Solo soy un admirador de tu trabajo.jpeg

Es la respuesta que le he dado a su primera pregunta, a la segunda no he respondido. Ella escribe sobre la misma foto lo siguiente:

Deduzco que eres el que le robó las fotos a Alberto.jpeg

Digamos que no soy el que se las vendió a la competencia.jpeg

Eso es difícil de creer.jpeg

Lo sé pero no es trigo limpio tu compañero.jpeg

Y tú sí lo eres colándote en nuestros ordenadores.jpeg

Aunque no lo creas sí lo soy.jpeg

No sé qué pretendes cambiándome los nombres a los archivos.jpeg

Solo te anotaba mis preferencias.jpeg

Cierra la carpeta donde están las fotos archivadas, antes de que yo termine de responder, y se levanta de la silla. Pasea por el salón pensativa. Consulta de nuevo su teléfono, que lo había dejado sobre la mesa baja frente al sofá, pero vuelve a soltarlo y regresa frente a la pantalla. Abre la carpeta otra vez. Me escribe cambiando de nuevo el nombre a la misma foto donde yo he respondido antes lo de mis preferencias.

No me importa tu opinión.jpeg

Debe de importarte cuando entras a la carpeta solo para mirar si he escrito algo.jpeg

Porque estoy paranoica pensando que vas a robármelas como a él.jpeg

Son casos distintos.jpeg

Entonces lo admites.jpeg

No he admitido nada y tu compañero no es el corderito degollado que presume ser.jpeg

Eso lo comparto pero de qué nos conoces.jpeg

De nada aunque no me has dado las gracias por arreglarte el programa de edición.jpeg

Así que fuiste tú.jpeg

—¡Qué susto, Mario! —escucho a mi izquierda y me sobresalto al ver a Julia plantada en la puerta de la terraza—. ¿No me has oído entrar? Pensaba que no estabas en casa.

—El susto me lo has dado tú —respondo, con el corazón a punto de salir disparado, enseguida minimizo las pantallas—. ¿Qué haces aquí?

—He decidido tomarme el resto del día libre, aprovechando que hoy salías antes y tenemos la gran cita con Romualdo.

—No he salido antes, al final me he quedado trabajando en casa —aclaro.

—¿No tienes frío aquí fuera?

Niego con la cabeza.

—Tú sí porque llevas los pies descalzos.

—No aguantaba los tacones ni un minuto más. —Lleva los zapatos colgados de los dedos de una mano—. Iba a dejarlos en la habitación, pero me ha extrañado ver la terraza abierta.

—Había olvidado por completo lo del organizador de la boda… ¿Es imprescindible que vaya? —pregunto, aun sabiendo la respuesta. De hecho, me está mirando como si estuviera perdonándome la vida.

—Si quieres que la boda siga adelante, sí —responde, aunque lo hace con voz melosa.

Se sienta sobre la mesa de la terraza donde he improvisado mi zona de trabajo hoy. Deja caer los zapatos en el suelo y aleja el portátil al otro lado del sofá, me atrae hacia ella para besarme.

—Estás resultando demasiado convincente —contesto, entre beso y beso, siguiéndole el juego y colocándola sobre mis rodillas.

—Pero no querrás que acabemos en las portadas de las revistas como tu amigo Morelli, ¿verdad?

—¿Ahora vas a cortarnos el rollo con eso? —protesto enseguida.

Sonríe y vuelve a ponerse en pie.

—Es que vamos fatal de tiempo —se excusa—, y además he quedado en que pasaríamos a recoger a mis padres.

—¿A tus padres? Creo que me llega la información por entregas, Julia, y no soy tu maldita revista —afirmo, medio en serio medio en broma.

—Mamá se ha empeñado en venir, ¿qué querías que hiciera? Podríamos avisar a tus padres también, si es por lo que te molesta que vengan.

Recupera los zapatos y se dirige a la entrada de la casa.

—Mis padres están muy a gusto donde están, no los metas en tus líos.

—¿Mis líos? —Frena en seco, antes de abandonar la terraza.

—Bueno, me refiero a todo este rollo de la boda.

—Todo este rollo de la boda —repite, levantando su ceja de indignación, esa que a veces pienso que tiene vida propia; yo soy incapaz de arquear las mías de forma individual como lo hace ella, se me elevan las dos juntas cuando lo intento.

—Ya sabes cómo es mi madre, no le van estas cosas tan pomposas —me excuso—. Criticará cada detalle que se salga de su concepto de boda corriente y lo hará en voz alta, porque es incapaz de morderse la lengua. Y tú acabarás discutiendo conmigo, me acusarás de no haberme puesto de tu parte y, aunque lo haga, no te quedarás satisfecha. Insistirás en que no he sido convincente, porque no entiendes que a mi madre no hay quien la haga cambiar de opinión cuando algo se le mete en la cabeza. Sacará a la italiana que lleva dentro con sus costumbres arraigadas sobre el matrimonio. ¿De verdad quieres invitar a mis padres a organizar nuestra boda?

—¿Qué tenías pensado comer? —Es su respuesta para zanjar el asunto y cambiar de tema.

—Pensaba calentar lo que sobró de la cena.

—¿Hay para los dos o pides algo mientras respondo unos emails para no volver esta tarde a la revista?

—Claro que hay de sobra, ya sabes que Felisa siempre cocina como si tuviéramos invitados a cenar a diario.

***

—Prométeme que nada cambiará cuando nos casemos.

—¿Por qué iba a cambiar? —respondo, mientras nos vamos sirviendo la comida en los platos—. Llevamos ya dos años viviendo juntos, ¿por qué tendría que haber alguna diferencia?

—No lo sé. La gente siempre se queja de que luego todo es diferente.

—Pues nosotros no —repito, llenando de agua los vasos con la jarra.

Permanecemos durante un rato en silencio, distraídos en nuestros pensamientos. Ella seguro que estará dándole vueltas todavía al asunto que acabamos de dejar sobre la mesa. Desde que tomamos la decisión de embarcarnos en esto de la boda, no ha parado de buscarle

pros y contras al tema. Tan pronto está impaciente por que todo empiece a tomar forma cuanto antes, como le entran las dudas y se plantea si estaremos preparados para asumir algo tan definitivo. En cambio, a mí eso me pasó cuando decidimos dejar nuestros apartamentos para irnos a vivir juntos, tuve más dudas que ahora mientras buscábamos dónde instalarnos. Nos costó ponernos de acuerdo y eso generó algunas dudas que finalmente quedaron diluidas en la convivencia. En realidad, no nos costó adaptarnos a las costumbres del otro. Julia no es la mujer rígida y estricta que aparenta ser en su trabajo, en realidad es bastante condescendiente. Yo tampoco soy el disciplinado y constante que me gustaría ser. Cada uno lidiamos con lo nuestro, pero nos compenetramos en lo esencial y nos queremos. Por eso creo firmemente en que nada cambiará por que firmemos un papel. El resto del proceso ya lo llevamos por adelantado.

Me viene a la mente la conversación que he dejado a medias en la pantalla de mi ordenador. Creo que no he hecho bien dirigiéndome en directo a Alicia, podría haberme delatado. Quizás se le ocurra acudir a la revista para mostrarle las pruebas a ese tal Vicente. Ni siquiera he cerrado la conexión a su equipo por la entrada tan repentina de Julia.

—No te he dicho que ya sabemos quién vendió las fotos de Leo a la competencia —dice ella, sacándome de mis pensamientos, y enseguida me alegro del hecho. «¡Qué se joda ese cabrón!».

—¿Ah, sí?

—Fue Alicia.

—¿Alicia? —respondo sin dar crédito.

—Sí, la misma que envié a Londres para compensar su inocencia. ¿Te lo puedes creer?

—¿Y por qué piensas eso?

—Estuvo hablando con el informático de la empresa sobre algo que le ocurría a su ordenador, medio acusándole de haber estado hurgando en sus fotos. Creemos que es una estrategia para desviar la atención, porque sabe que estamos buscando al topo.

—¿Creéis? ¿El informático y tú?

—Y Alberto también lo piensa.

«Ah, claro, entonces ya me cuadra si ese cretino también está metido en el ajo».

—¿Y no será tu amigo Alberto el que trata de desviar la atención? No me parece un tipo tan inocente como tú lo vendes.

—¿Otra vez vas a empezar con Alberto? Ya sé que lo tienes atravesado, pero de ahí a acusarlo de estar filtrando fotos a su antigua revista…

—Es que tiene toda la pinta, Julia. No me trago esa historia tan inverosímil del robo. ¿No es más fácil que él mismo negociara con el reportaje? ¿Y si le ofrecieron más pasta por ellas?

—Alberto no me haría algo así, y menos por dinero. Nos conocemos desde hace muchos años. Somos buenos amigos. Jamás me perjudicaría —lo dice tan convencida que me resulta imposible persuadirla sin delatarme—. No estarás celoso de nuestra amistad, ¿no?

Se levanta a dejar su plato en el fregadero y trae a la mesa una fuente con fruta.

—¿Bromeas? —«No puedo creer que aún piense que siento celos del tipejo ese»—. Solo te advierto de que tengas cuidado. A mí esa historia del robo me da mala espina.

—Entonces, ¿piensas que Alicia no ha tenido nada que ver? —Afirmo con la cabeza—. ¿Confías más en una desconocida?

—Me remito a las pruebas. Si el informático no encontró nada en su ordenador, como afirmaste, ¿de qué otra forma podría haberlo hecho?

—Puede que sea más lista de lo que pensamos y borró todas las huellas ese mismo fin de semana, o la ayudó alguien. No termino de fiarme de ella.

—¿Por qué no?

—Es la última que ha entrado a trabajar en la revista, y nunca nos habíamos visto envueltos en algo parecido.

—No te habrá lavado el cerebro tu amigo, ¿verdad?

—Claro que no. Pero tú, como siempre, defendiendo al pez más pequeño del estanque.

—Es al primero que ponéis en la diana los que estáis arriba.

Capítulo 8

Alicia

Así que al final mi programa no se había restaurado por arte de magia… Ya me extrañaba. Pero, por otro lado, ¿qué clase de persona se mete en el ordenador de otra para hacer algo así? Bueno, y para robar fotos, claro. No olvidemos que entró en el portátil de Alberto para después venderle su reportaje a la competencia. Debería decírselo a mi compañero, ¿no? ¡No! ¿Por qué voy a contárselo a ese imbécil? No dudó en acusarme en cuanto descubrió el pastel. ¡Que se joda! Se lo tiene bien merecido por ser el protegido de la jefa. Laura, la que trabaja en la recepción, piensa que en realidad tienen un lío. No me extrañaría nada, es un trepa arrogante y mujeriego. Creo que nos ha entrado a todas, ya me lo advirtieron el primer día. ¿Y no debería decírselo a Julia? Al menos ella se disculpó conmigo y fue maja ofreciéndome el reportaje de Londres.

Recibo un mensaje y me sobresalto. Justo estaba concentrada recortando el fondo de una foto cuando me ha llegado la notificación, y no me he dado cuenta de que tenía el volumen del equipo altísimo. He estado escuchando música desde el ordenador mientras calentaba la comida. Bueno, escuchando y pasando canciones, mi hermana cada día tiene peor gusto musical. Además, le ha dado ahora por añadir temas a mis favoritos, con lo cuadriculada que presume ser luego con sus listas ordenadas por géneros, temática, idioma… Creo que hasta tiene una lista para cada estado de ánimo. Yo solo las agrupo en favoritas y una *playlist* de solo música en español, que es la que utilizo cuando voy al laboratorio a revelar en papel. Tengo un pequeño problemilla con la oscuridad, y lo de concentrarme en cantar me ayuda para distraerme. Antes usaba la radio, pero una vez se cambió la emisora por su cuenta y me llevé un buen susto por la temática de lo que estaban hablando en la otra. Eso, unido a que se había cambiado sola… Casi enciendo la luz y me cargo el trabajo que tenía en las cubetas.

Abro el mensaje que me ha llegado por Messenger.

M: No le cuentes a nadie lo que hemos hablado.

Alicia: ¿Quién coño eres?

M: ¿Vas a preguntarme otra vez lo mismo?

Alicia: ¿Eres el hacker? ¿Cómo has conseguido mi Messenger?

M: ¿En serio?

Alicia: ¿Por qué no debería contarlo?

M: Primero, porque nadie va a creerte cuando digas que alguien ha hablado contigo a través de tus fotos. Segundo, porque ya sospechan de ti y está en juego tu trabajo.

Alicia: ¿Qué dices? Pero si se disculparon conmigo. No encontraron nada.

M: Eso fue antes de que se publicaran las fotos. Ahora estás de nuevo en el punto de mira. Piensan que cuando le hablaste a Vicente de tu "problema" con las fotos fue para despistar.

Alicia: Así que ahora, por tu puñetera culpa, está en juego mi empleo.

M: No te preocupes, intentaré solucionarlo.

Alicia: Y esperas que me fie de un desconocido que se ha colado en mi ordenador así sin más, ¿no?

M: Tampoco tienes muchas opciones.

Alicia: Claro que las tengo, acabo de hacer una foto con el móvil a la pantalla de mi ordenador con esta conversación.

M: ¿No conoces a Alberto? Dirá que esto es una pantomima que has escrito con alguien para usarlo de coartada también. "M" puede ser cualquier compinche tuyo.

Alicia: Pero soy inocente. Son ellos los que tienen que demostrar mi culpabilidad y no al revés.

M: No estás en una serie americana, Alicia. Abre los ojos. A alguien le viene muy bien que estés en el punto de mira. Piensa un poco: Alberto es el que ha vendido sus propias fotos, y tú eres como su chivo expiatorio.

Alicia: ¿Y tú quién eres?

M: Digamos que soy algo parecido a un infiltrado.

Alicia: ¿Trabajas para la revista?

M: Más o menos.

Alicia: Entonces sí puedo enseñarle la foto a Julia, ella me creerá si te ha contratado.

M: No, ella no me ha contratado. Ellos no saben nada. En realidad, esto viene de más arriba.

«Pero ¿tan importante es el italiano ese de las fotos? Pensaba que solo era un actor extranjero que aquí no conoce nadie. Bueno, excepto mi hermana que ha visto su película y de eso le sonaba».

Alicia: ¿Y te has puesto en contacto conmigo para advertirme?

M: Sí. Deberías hablar con Vicente y decirle que lo de las fotos ha sido un malentendido, una broma de tu hermana o algo similar.

Alicia: ¿Cómo sabes que tengo una hermana?

M: ¿En serio? No imaginas la de información que se puede sacar de una persona

entrando en su ordenador.

Alicia: ¿Has entrado en los ordenadores de toda la plantilla?

M: Solo de los implicados en el caso.

Alicia: Pero ¿eso no es ilegal?

M: Depende. Si se trata de una investigación por la denuncia de un robo, no.

Alicia: ¿Eres policía?

M: No puedo darte información. Y no debes hablar con nadie sobre esto. Además, esta conversación no ha existido.

«Pero ¿qué coño…? Ha desaparecido la conversación».

***

—No te vas a creer lo que me ha pasado hoy —le digo a Elena cuando entra en casa cargada con un par de bolsas del supermercado, seguro que hoy me toca ser su conejillo de indias catador de algún invento que trae en la cabeza—. ¿Recuerdas aquella foto que te pregunté si le habías cambiado el nombre?

—¿A que fue tu amigo? —dice entrando en la cocina, yo la sigo con la mirada desde el sofá donde, hasta hace un momento, me estaba pintando las uñas de los pies.

—Ni en un millón de años lo adivinarías.

Me mira con curiosidad, dejando sobre la encimera las bolsas. Decido acercarme a la cocina para ayudarla a guardar la compra, descalza para no estropear el esmalte.

—Fue el mismo hacker que robó las fotos del italiano ese que te sonaba, el que estuvo en la cafetería hace unas semanas.

—¿De qué hablas? —pregunta extrañada, mirándome como si le hubiera hablado en chino.

—Hay un tipo que es hacker y que creo que trabaja para la policía, aunque no me lo ha confirmado. El caso es que está investigando el robo de las fotos que mi compañero hizo al actor, esas que me acusaron de robar. En realidad, piensan que fue un montaje del propio Alberto para vendérselas a la competencia. —Sigue mirándome con la nariz arrugada, será mejor que vaya al grano o desconectará de mi historia en cero coma uno—. A lo que iba es que hoy hemos hablado, el hacker y yo, al principio a través de las fotos y…

—… ¿Has vuelto a fumar hierba? —me corta.

Caigo en la cuenta de que el tipo tenía razón, nadie va a creerme.

—Tengo pruebas, voy a enseñártelas ahora mismo. —Busco entre las fotos de mi teléfono la que hice de la pantalla mientras hablábamos. Ella no va a pensar que es un montaje, como él afirmaba que dirían en mi trabajo. Pero… «¡Mierda! ¡Lo ha vuelto a hacer!»—.

Bueno, no tengo pruebas porque es un hacker, y ya sabes lo que son capaces de hacer. Lo que sí me ha dicho es que sospechan de mí en la revista y que vaya con cuidado.

—Alicia, cariño, convénceme de no llamar a nuestros padres para que te ingresen en un psiquiátrico.

Le cuento la historia rocambolesca detenidamente y por un momento hasta yo me creo que en realidad no ha ocurrido. Sin las pruebas de la conversación parece más surrealista de lo que ya era cuando lo estaba viviendo: mis fotos cambiando de nombre con frases delante de mis propios ojos como por arte de magia. «¿Me estaré volviendo majareta?». Así que decido hacer lo que haría cualquier persona con este tipo de duda, invocarlo de nuevo para asegurarme de que ha pasado de verdad y que no estaba fumada, como insinuaba Elena.

Qué manía, por otro lado, con sacar siempre a relucir que tuve una adolescencia un tanto… rebelde y experimentadora. Solo porque ella fuera una mojigata cagona en la suya que, por no incumplir las normas y por el miedo de cargársela con nuestros padres, hasta perdió la oportunidad de conocer en persona al que por aquella época fue su ídolo, David Bisbal —y lo sigue siendo, a juzgar por sus listas de Spotify—. Pudo ir a la grabación de un clip, solo tenía que mentir un poco, saltarse las clases de ese día y coger un tren, como hicieron sus amigas a las que envidió después. Pero se rajó, solo por la idea absurda de que me había enterado y lo utilizaría para chantajearla como ella hacía siempre cuando me pillaba en algo; como el escondite de mi tabaco en el doble fondo de una caja de madera que compramos juntas en El Rastro, y que de no ser por ella, mi madre jamás lo habría descubierto. Se chivó por una rabieta absurda cuando empecé a salir con Javi, su mejor amigo, que les iba a joder la amistad, me dijo. Aunque no le faltaba razón, claro, teniendo en cuenta cómo terminamos. Pero eso no lo sabíamos entonces y, aún así, se fue de la lengua. Lo peor es que por aquella época fumaba tabaco de liar, que era más barato y la paga semanal no daba para mucho, y mi madre pensó que era hierba, aunque tampoco iba muy desencaminada, alguna china de hachís había dentro. No es que yo fuera una porrera consumada, solo compartía alguno de vez en cuando con mis amigos, no me los hacía sola. Bueno, a quién quiero engañar… Sí, también los fumaba por mi cuenta. Pero solo fue una época así rara que tuve al cumplir los dieciséis y por las compañías que frecuentaba. ¿Por qué digo esto? Son palabras de mis padres. Es justo lo que decían, echaban la culpa a mi grupo, como si me hubieran abducido en plan secta; cuando, en realidad, yo no era ninguna mosquita muerta manipulable. Aunque sí bastante gilipollas, ahora que me juzgo en la distancia de los años, y jugué bastante a ser la molona. El caso es que la petarda de

mi hermana se chivó de mi alijo, y suerte que mi madre decidió tapárselo a mi padre, para que no me enviara de cabeza a un internado. Me confiscó hasta la caja, que era donde yo guardaba mis adornos, pendientes, anillos, pulseras, etc., que también fueron requisados. Le vino muy bien la pillada a mi madre para aprovechar y quitarme de un plumazo todos los accesorios que siempre criticaba que llevara, no les bastó que renunciara al piercing de la ceja. En aquella casa una no podía tener identidad propia: «Hija, con los ojos tan bonitos que tienes y te pones esa porquería en la ceja». «¿Por qué no te compras algún vestidito como tu hermana para salir?». «¡Qué gusto da abrir su armario con tanto colorido! ¿Por qué siempre eliges la ropa tan oscura?». Y así todo…

Capítulo 9

Mario

Sabía que no iba a estarse calladita y decidí borrar la captura que había hecho con su teléfono, lo hice desde la propia nube en su ordenador mientras Julia se arreglaba para nuestra reunión con Romualdo.

Le conté a Alicia que estaba en el punto de mira por el robo de las fotos para que estuviera prevenida y dejara de escribir correos al informático por cosas que nada tenían que ver con el caso. Aunque entiendo que estuviera confusa al ver mis mensajes en sus fotos y que llegara a esa conclusión, ya que fue el único extraño que manipuló su equipo a ojos suyos.

En cuanto a nuestra cita con el organizador de la boda, tal y como imaginaba, hubiera dado igual mi presencia o no allí. Entre ella, su madre y Miriam, una de las hermanas que también se acopló a la reunión, lo decidieron todo sin darme opción a réplica. El que sí se olió la tostada fue el padre, que se ausentó de la cita poniendo la excusa de un lumbago repentino tras un partido de golf. Ojalá hubiera podido hacer yo lo mismo, me quedé con ganas de seguir indagando en esa especie de conversación que establecí con Alicia. Aunque a la vuelta del evento, ya bien avanzada la tarde, volví a tener noticias de ella:

Cómo puedo ponerme en contacto contigo si tengo que preguntarte algo.jpeg

Lo había dejado escrito como título en una de las fotos de su archivo, y me sorprendió que lo hiciera. Pensé que, tras borrar nuestra conversación en el Messenger, habría dado por concluida la charla. Sin embargo, aquí estaba. No sabía qué quería preguntarme exactamente.

Acabas de hacerlo.jpeg

Respondí cuando pude hacer un hueco tras la cena. Necesitaba asegurarme de que Julia no entraría a mi estudio por sorpresa, ya que no solo me limité a contestar su mensaje, también me apetecía conectar su videocámara. La encontré rebuscando algo en su armario.

Llevaba puesta una especie de camiseta larga que le cubría hasta la mitad de los muslos; aunque ahora estaba subida a un taburete, sacando una caja del altillo, y al levantar los brazos mostraba algo más que las piernas.

Tras dejar de nuevo la caja en su sitio, se acercó a la cama, donde tenía el ordenador, y leyó mi mensaje. Su cara mostró cierto grado de sorpresa al descubrirlo. Se sentó justo al lado para responder.

Ya pero has tardado mucho en contestar.jpeg

Se levantó de nuevo y desapareció de la visión de la cámara.

No estoy metido en tu ordenador a todas horas.jpeg

A los pocos minutos apareció cepillándose los dientes y respondió con cepillo en mano.

Por eso lo pregunto por si tengo una urgencia.jpeg

Volvió a largarse y esta vez tardó algo más en regresar. Hablaba con alguien de fondo, supuse que por teléfono, solo podía escuchar su voz y no la del interlocutor.

Urgencia de qué tipo.jpeg

Por si descubro alguna pista del robo.jpeg

Respondió al ratito, cuando apareció de nuevo. Se acomodó apoyando su espalda sobre un gran cojín en el cabecero de su cama y colocó el ordenador en sus piernas.

No me digas que estás investigando por tu cuenta.jpeg

Si estoy en el punto de mira es mi obligación intentar defenderme.jpeg

Lo escribió frunciendo el ceño, como si le extrañara mi comentario.

O puedes dejarnos ese trabajo a los profesionales.jpeg

Entonces tendré que llamar al 091 si descubro algo.jpeg

Mostró una sonrisa de suspicacia, dejando claro que no iba desistir en su empeño por averiguar qué se cocía en la revista y cómo podría salpicarla.

Así que lo que quieres conseguir es mi teléfono.jpeg

Sonrió de nuevo al leerlo.

Sí eso serviría.jpeg

No puede ser.jpeg

No te fías de mí.jpeg

Quedamos en que no hablarías con nadie de esto.jpeg

Y no lo he hecho.jpeg

Sabes qué sí.jpeg

Abrió los ojos de par en par tras mi afirmación, confirmando mis sospechas. Al menos, esperaba que no hubiera ido con el cuento al informático de la revista, nos metería en un buen lío a los dos.

Cómo lo has sabido si no lo he escrito.jpeg

Se notaba la curiosidad en sus ojos al teclear.

Acabas de confirmármelo.jpeg

Volvió a sonreír de esa forma tan sincera, como solo puede hacerlo una persona que no sabe que está siendo observada.

Veo que eres bueno en tu campo.jpeg

Por algo me eligieron.jpeg

Además de creído.jpeg

Con quién has hablado.jpeg

Se levantó de la cama y abrió la ventana, enseguida pude escuchar los ruidos característicos de la calle. Antes de volver a su sitio, sacó del cajón de su mesilla de noche una goma del pelo y se lo recogió en una especie de moño alto. Debía de tener calor, lo cierto es que hacía una noche especialmente calurosa.

Con mi hermana pero no me creyó.jpeg

Ya te lo advertí.jpeg

Supongo que también tengo pinchado el teléfono.jpeg

Me reí al leerlo, vaya ocurrencia la suya. No sé si realmente cree que soy un policía infiltrado.

No tranquila.jpeg

Y hasta cuándo va a durar esto.jpeg

Hasta que tengamos pruebas.jpeg

Pero en mi ordenador no las hay y sigues entrando.jpeg

Volvió a fruncir el ceño, todavía desconfiaba.

He entrado porque querías ponerte en contacto conmigo.jpeg

Pero no lo sabías que quería.jpeg

Lo imaginaba.jpeg

Y sueles hacer una ronda diaria por todos los ordenadores para ver quién te necesita.jpeg

Puso una mirada perspicaz al escribirlo. Creo que en el fondo no se estaba tragando del todo mi historia, solo me seguía el rollo.

Lo tuyo es un caso especial.jpeg

Y eres como mi guardaespaldas en versión hacker.jpeg

Algo parecido.jpeg

Pues avísame cuando esto termine y gracias por avisarme.jpeg

Y una vez escrito esto, cerró la pantalla de su ordenador y no volvió a escribir durante varios días. De hecho, solo lo está utilizando para trabajar y enviar emails laborales, quizás por miedo a que este intruso lea sus cosas. Empiezo a sentirme culpable por haberme entrometido así en su vida privada, pero no sé cómo dar marcha atrás después de haberlo liado tanto. No debí entrar en contacto directo con ella. ¿Por qué tuve que opinar sobre sus fotos? No entiendo qué me llevó a hacerlo.

Capítulo 10

Alicia

—Pero es que eres una mentirosa compulsiva, Ali. Así que ahora te aguantas y salimos con Marta.

—Es que me obligas a mentir por esa manía tuya de ser tan… manipuladora —le espeto, mientras le ayudo a sacar las tazas del lavavajillas en la cafetería.

—¿Yo? —Me mira como si fuera la primera vez que se lo digo, cuando sabe que llevo razón: se pasa la vida intentando manejarme. Y consiguiéndolo gran parte de las veces, en muchas hasta cedo por no oírla.

—Pues sí, tú. Encima de que te ayudo a cubrir a tu camarera dos tardes, me pones a trabajar el fin de semana.

—Es que es justo cuando ella tiene la necesidad de estar con su hijo.

—Pues busca a otra que se complemente con ella.

—¿Tú sabes el gasto que es eso, Alicia?

—Pues no, pero ya tengo mi trabajo. Si hubiera querido dedicarme a la hostelería, no habría estudiado lo mío. —Esto le habrá repateado, pero no va a reprochármelo porque sabe que le estoy haciendo un gran favor.

—Solo es hasta que Ricky se quite de encima los exámenes finales y pueda venir a jornada completa.

—Si todo eso lo entiendo, Elena. Pero no sé a cuento de qué llamas a mi amiga para organizar una salida.

—Porque me apetecía apuntarme y pensé que era verdad. Además, últimamente, desde que Fran está fuera, te encierras en casa y estás de un aburrido…

—Las aburridas son tus amigas, por eso quieres apuntarte a nuestro plan.

—Nuestro plan, dice la otra… Y se lo había inventado. Tienes tal profesionalidad que hasta te crees tus propias mentiras —refunfuña, sacando del horno una tanda de cruasanes—. ¡Ay, la hostia! —suelta de repente al incorporarse.

—¿Qué pasa?

Me doy la vuelta para observar eso que la ha alertado y que ha estado a punto de hacerle tirar la bandeja. Acaba de entrar Leo Morelli de nuevo y se ha sentado con su amigo en la misma mesa que la otra vez. Mi hermana se quita el gorro de cocina y me aparta a un lado, se ve que quiere atenderlos ella personalmente. Imagino su plan: convencerle de que se haga una foto en el local y la suba después a las redes sociales para que lo promocione. Se lamentó de no haberlo reconocido la vez anterior. No se dio cuenta hasta que lo mencionaron en los programas de televisión por las famosas fotos montándoselo con su manager. Menuda pieza el Morelli ese… Y yo pensando que estos dos eran pareja.

Mientras ella se ocupa de atender a los clientes VIP, yo me acerco a la mesa de una pareja que acaba de entrar, casi a la vez que ellos, y les tomo nota. A los pocos minutos nos juntamos las dos al otro lado de la barra a preparar los pedidos. No trae la misma cara de alegría con la que se alejó en busca del famoso.

—Pues no es para tanto visto así de cerca —dice, malhumorada.

—Que no va a promocionarte, ¿verdad?

—Dice que solo viene aquí buscando intimidad, y que publicarlo en sus redes no está en sus planes.

—Pero ¿qué se ha creído? Si no le conoce nadie… Esos son los peores —trato de animarla.

—Bueno, desde que salieron las fotos no paran de sacarle en todas partes, ha subido como la espuma su fama —le justifica ella.

—Pues vamos a hacerle una foto nosotras desde aquí y la publicamos en tu Instagram. Este es un sitio público, se la podría hacer cualquier cliente.

—Si apenas tengo seguidores, no serviría de nada —añade con resignación y colocándose de nuevo el gorro—. Por eso quería que lo hiciera él, para ganar audiencia también en redes.

—Bueno, pues yo se la voy a hacer de todas formas y luego te la paso. Por algo hay que empezar, ¿no? —respondo. Aunque creo que ni me ha oído, se ha metido en la cocina.

Su amigo ha mirado hacia la barra y me ha pillado sacándoles la foto. «¡Mierda! ¡Joder, viene hacia aquí!». Escondo el móvil en el bolsillo del delantal y saco dos tazas de la repisa para los tés que me habían pedido los de antes. A ellos voy a dejarlos para lo último. Y no le escupo en el café al italiano… porque me dan arcadas solo de pensarlo.

—Perdona, se me ha olvidado decirle a tu compañera que ponga la leche fría en el mío.

«Genial, no se ha dado cuenta de la foto. A lo mejor ha pensado que estaba consultando algo en mi teléfono».

—Vale, ¿eran dos cafés con leche?

«¿Se ha reído con mi pregunta? ¡A que le aderezo también el suyo…!»

—No, el otro es solo.

—Enseguida los llevo.

—Gracias.

«Bueno, al menos este es más amable».

—¿Queréis algo para acompañar? Acabamos de sacar cruasanes del horno.

No se lo ofrezco por cortesía, es para que hagan gasto ya que no van a colaborar en publicidad.

—¿Son a cambio de la foto que has robado? —pregunta, asomando otra leve sonrisa en su cara. «Así que era eso por lo que se reía…»

—Vaya, me has pillado.

—Tranquila, él está acostumbrado.

—Es que acabamos de abrir y nos viene bien la publicidad, por eso mi hermana le ha pedido mención en sus redes.

—Ya, lo entiendo. Pero… no es fácil ser popular en tiempos de internet, y menos con la que está cayendo —agrega, y me guiña un ojo con complicidad.

—Pues no… no sé a qué te refieres, no sigo mucho todo esto del famoseo.

Sonríe de nuevo y me observa, como si no creyera del todo lo que le estoy diciendo.

—¿No te has enterado de la movida? —Niego con la cabeza—. Pues qué raro, porque solo ha faltado que lo sacaran en los telediarios.

—Es que no suelo ver televisión. —«¿Por qué le estoy mintiendo?».

Va a tener razón Elena, me he convertido en una mentirosa compulsiva. Pero es que me ha sentado fatal que el tipejo ese no haya querido echarle un cable. Tampoco le ha pedido un autógrafo ni que posara con ella para una foto. Solo quería que mencionara el sitio donde toma su café.

—¿Tampoco ojeas ninguna revista? —insiste.

—No —remato, tajante. «¿Qué le importa?»—. Pero, bueno, siéntate, ahora os llevo el pedido.

—A la orden —responde, y se da la vuelta sonriendo.

Al menos es más simpático que el otro. Se ve que no se lo tiene tan creído al ser libre del delirio de grandeza por la fama. ¿O también será famoso? Tengo que preguntarle a mi hermana si le suena. A mí, ni uno ni otro.

Capítulo 11

Mario

Menuda mentirosa está hecha, dice que no sabe de la movida… Me han entrado ganas de presentarme y ponerle la cara colorada. ¿Por qué miente así? ¿Cuál es la intención?

—¿A qué estás jugando con la camarera? —se interesa mi amigo en cuanto regreso a mi asiento—. Y no me vengas con el cuento de que solo has ido a pedir la leche fría, que te he visto tonteando con ella.

—Lo de la leche y que me había dado cuenta de que te ha robado una foto con su teléfono.

—*Come pesanti sono!*

—Es que lleva poco tiempo abierto y necesitan publicidad —trato de justificarlas, acaba de decir que son muy pesadas—. Tampoco pierdes nada con poner una *storie* en Instagram mencionando el sitio cuando nos hayamos ido, sueles hacerlo sin que te lo pidan.

—Bueno, a lo mejor lo hago —termina cediendo, y mira hacia la barra—. Pero últimamente me gusta pasar más desapercibido y que nadie sepa por dónde me muevo. ¿Has pillado ya al cabronazo ese? —se interesa ahora—. Me conformo con que Julia lo eche de la revista y se corra la voz de que no es trigo limpio. ¿Por qué no te sinceras con ella? No lo entiendo.

—¿Cómo voy a contarle que me metí en el servidor de la revista y accedí a los datos de la plantilla para buscar las fotos y destruirlas? Y que encima le di vía libre después, al robárselas, para vendérselas a la competencia. ¿Quieres que destruya también mi relación?

—¿Y por qué ella no cree en los argumentos que le planteaste?

—Porque ese cabrón sabe mentir muy bien, por lo visto. Incluso ha hecho que sea Alicia la sospechosa, ahora está la primera en su lista de la caza del topo.

—Y es por lo que quieres que la ayude a promocionar este sitio —deduce—. ¿Te sientes culpable de que pierda su empleo en la revista?

—No va a perderlo, si es que puedo evitarlo.

—¿Qué estás tramando?

—Voy a buscar la manera de desenmascarar al gilipollas ese.

—Eso me interesa. Aunque en el fondo debería alegrarme por lo que hizo. Gracias a la publicidad que me han reportado las fotos, he conseguido una oferta bastante interesante aquí.

—Y encima Angélica te ha perdonado, no sé cómo lo has conseguido.

—Bueno, sacrificando a Daniela y contratando a un nuevo manager —lo dice apesadumbrado—. No ha sido nada fácil.

—No pareces muy animado. Yo estaría aliviado, después de todo —opino.

Cuando no pude localizarlo tras la noticia, supuse que habían roto y que mi amigo no estaba para nadie. Pero me devolvió la llamada y, al parecer, todo había quedado en una desagradable discusión. Aunque ahora pienso que le ha afectado más tener que despedir a su manager que la fisura en su relación.

—Es que Daniela era buena, joder. Este tío no termina de encajar conmigo.

—Siempre puedes cambiarte de acera para encajar mejor —le digo en plan guasón.

—*E tu sei un coglione!*

Capítulo 12

Alicia

Al final salimos con mi amiga Marta, que vino a buscarnos a casa a la hora acordada por la organizadora del evento. Lo tenía todo muy bien planificado: cena en un restaurante que llevaba tiempo queriendo probar y bailoteo en una discoteca de moda. Aunque en este último sitio no nos dejaron entrar con la excusa de un aforo limitado. «Limitado al mundillo del famoseo, claro».

Pero tuvimos suerte. Cuando ya nos íbamos, me crucé con mi jefa que iba acompañada por un grupo variado de amigos. Se estaban saltando la cola, tan campantes, como si no fuera con ellos eso de esperar turno. No sé si ella me vio. Hizo como si no, al igual que yo. Iba compartiendo confidencias y risas con una amiga que la llevaba cogida del brazo. Vestía muy elegante, como siempre, al igual que el resto de los integrantes, entre los que me encontré con la mirada sibilina de mi odiado compañero Alberto. «¿Cómo no iba a estar el lameculos ese pegado a ella? Esos tenían un lío, fijo». Enseguida mi hermana reconoció al amigo de ese actor italiano. Me extrañó verlo en ese grupo, ya que Alberto fue el artífice de las fotos comprometidas a su amigo. «¿No sería un reportaje pactado?», se me ocurrió pensar. ¿O es que en realidad no eran amigos? Porque el actor no estaba allí. Aquello me olió un poco a chamusquina, pero enseguida se esfumaron los pensamientos de mi mente porque Elena, que también se había fijado en la presencia de su cliente en la cafetería, no dudó en tirar de nosotras para seguirlos. Aprovechó para saludarlo justo cuando estaban hablando con el portero del local, que, en cuanto nos divisó de nuevo a nosotras, puso cara de querer interceptarnos cuando llegáramos a su altura. Ya me imaginaba la escena, rechazadas de nuevo en la puerta, «¡qué vergüenza!», solo esperaba que al menos no se diera cuenta el arrogante de mi odioso compañero de trabajo. Pero nuestro improvisado amigo se percató de las intenciones del portero y enseguida confirmó que íbamos todos juntos.

El local era enorme. Aceleré el paso, tirando de ellas para deshacernos del grupo que nos había entregado la llave de entrada. No

deseaba pasar una velada con mi jefa, y creo que a ella aún le apetecería menos estar conmigo. Desde que el hacker me confesó que estaba en el punto de mira, lo he apreciado claramente en su forma de dirigirse a mí. Incluso me busca tareas extra para que no pueda acudir a las reuniones de planificación del número siguiente, como si creyera que planeo seguir pasando información a la competencia. Solo me dan trabajos de relleno. Tengo ganas de que todo esto de la investigación termine y salga a la luz que el capullo de Alberto es el verdadero topo. Si pudiera, yo misma lo delataría. Pero no sé cómo hacerlo sin parecer una lunática.

Y volviendo a la noche del viernes, fue una velada extraña. Mi hermana estaba completamente desatada; sí que era verdad que tenía ganas de juerga, y Marta tampoco se quedaba atrás. Yo, en cambio, me sentía agotada. La noche anterior me había dormido a las tantas hablando con Fran por videollamada. Acababa de llegar de una reunión importante para su futuro profesional y estaba tan eufórico contándomelo al detalle que no vi la manera de cortarle, no se planteó lo de la diferencia horaria en ningún momento y, de hecho, no fui consciente de en qué momento cerramos la conexión. Creo que simplemente me quedé dormida y él se desconectaría por su cuenta. Amanecí con el ordenador todavía abierto sobre la cama cuando sonó el despertador, y tuve que empalmar mi jornada en la revista con la del turno de la cafetería. Malditas las ganas que tenía de salir de fiesta esa noche. Pero allí estaba, dispuesta a darlo todo en la pista. Hasta que se nos unieron un grupo de chicos, muy guapos y diría que parecidos entre ellos, no sé si por los peinados, la vestimenta, las poses o todo ello a la vez. Se dedicaban al mundillo televisivo, uno por haber estado en algún *reality*, otro porque había salido durante un tiempo con una *influencer* de moda y el tercero era un conocido *youtuber*. Bueno, conocido para ellos, nosotras no lo habíamos visto en la vida. A mí me tocó el segundo, el que se presentó como el ex de la famosa. Y digo me tocó porque fue él quien se me pegó como una lapa en cuanto se enteró, por la bocazas de mi hermana, de que trabajo en la revista Fashionist como fotógrafa. Menudo coñazo de tío, soltándome sus pinitos en el mundo publicitario, que se reducían a colaboraciones con las marcas en sus redes sociales. Y encima perdí de vista a Marta y a Elena porque el sitio, para tener el aforo tan limitado como afirmaba el portero, cada vez se llenaba más.

Suerte que se me ocurrió la idea de ir al servicio y no volver a ese punto donde no sé por cuánto tiempo esperó mi regreso el engreído que se me había pegado. Encima pretendía que le hiciera una sesión de fotos para la revista, y lo vendía como si en realidad me estuviera haciendo un favor.

Cuando entré, intenté llamar por teléfono a estas dos. Pero se ve

que no lo oían, y no me extrañaba nada con la música a ese volumen. Abrí un chat de grupo y les dejé mensajes para que vinieran a reunirse conmigo en la puerta de los servicios. Pero tras media hora esperando, allí no apareció nadie. Así que les dejé el último diciendo que me largaba, que había dado unas cuantas vueltas por el local y no las encontraba, y que estaba muy cansada.

En ese momento me crucé con el amigo del italiano, me pilló intentando realizar la última llamada.

—No habrás visto a mi hermana —se me ocurrió preguntarle, elevando el tono de voz para hacerme oír.

Negó con la cabeza.

—Pero sí a la chica rubia que entró con vosotras —respondió, acercándose a mi oído—, subía a la segunda planta con un tipo, hará como media hora o así.

—Ah, vale, pues gracias —me despedí, y antes de dar el primer paso volvió a dirigirse a mí.

—¿Te apetece tomar algo?

—Es que… ya me iba.

—¿Sola? ¿No vas a esperarlas?

—Bueno… Tienes razón —sopesé—. Además mi hermana no ha traído llaves y me tocará abrirle después.

—¿Vivís juntas?

—Sí.

—¿Y no discutís trabajando y conviviendo también?

—Todo el tiempo —afirmé riendo—. Aunque en realidad no trabajamos juntas, solo la ayudo un par de tardes a la semana.

—¿Y a qué te dedicas el resto del tiempo? —se interesó.

—A la fotografía.

—¿Bodas, bautizos y comuniones? —Me reí al escucharlo—. ¿Por qué te hace gracia?

—Es la idea que tenían mis padres cuando les dije que quería dedicarme a la fotografía. Pero no, me atrae más la fotografía de autor.

—¿Y se puede vivir de ello?

—Ni de coña —confesé—. ¿Y tú a qué te dedicas? Déjame adivinar… —añadí, antes de darle tiempo a abrir la boca—. ¿Eres actor como tu amigo? —Negó con la cabeza—. ¿Modelo? ¿Cantante? —Siguió negando divertido, apoyado en la pared que tenía detrás, junto al pasillo que conducía a los servicios—. ¡Ya lo sé! Eres representante de famosos. —Parecía encantado de que no lo adivinara —. ¿El asistente personal del italiano antipático ese? ¿Tampoco? Me rindo.

—Te va a parecer aburrido. No tiene nada que ver con el mundo artístico.

—¿Ah, no? Pues el de la puerta casi os pone una alfombra roja al entrar, y a juzgar por la gente que he conocido esta noche… Pensaba que sí.

—Trabajo para una empresa especializada en el desarrollo de inteligencia artificial. ¿Decepcionada? —preguntó al ver la cara que puse.

—Sorprendida, más bien. Suena como a trabajar para la NASA —añadí con curiosidad—. ¿Y qué haces exactamente?

—Si te lo contara tendría que matarte —respondió en tono misterioso, acompañando sus palabras con una sonrisa que hasta me pareció siniestra por el contenido de la frase. No sé qué cara ofrecí esta vez, pero enseguida se explicó.

—Digamos que soy responsable de entornos de seguridad.

—Ah.

—Te has quedado igual que estabas, ¿verdad? —preguntó riendo —. Ciberseguridad, para resumirlo.

—Qué curioso… Así que eres un experto en ordenadores.

Enseguida se me encendió una bombilla y pensé que podría ser el que trabaja para la revista en la investigación del robo, claro, y que por eso iba con mi jefa. «¿Sería el hacker?». Aunque dijo que ella no sabía nada, que le habían contratado de más arriba. «¿Es por lo que viene a la cafetería?», me pregunté. A lo mejor no fue algo fortuito, como pensé al principio, y me están investigando más de cerca para ver si estoy confabulada con Alberto.

—¿Por qué lo dices? —preguntó—. Lo de que es curioso.

—Es que he tenido algunos problemas con mi ordenador últimamente —me atreví a decirle para ver cómo reaccionaba, y lo hizo justamente como esperaba: se interesó.

—¿De qué tipo?

—Creo que un hacker ha entrado en mi ordenador.

—¿Por qué piensas eso? —Se cruzó de brazos y me observó con curiosidad, parecía extrañarse.

—Porque he hablado con él.

Frunció el ceño, como si no me comprendiera. Se le daba bien disimular, la verdad.

—¿En serio?

—Sí. Me dejó mensajes en archivos cambiando sus nombres, al principio. Y después habló directamente abriendo un chat conmigo.

—¿Y qué quería?

—Advertirme sobre un complot para inculparme de algo que pasó en mi trabajo.

—¿En eso de las bodas y los bautizos? —volvió a extrañarse.

—No, en realidad trabajo en una revista.

Empezó a negar con la cabeza sin dejar de mirarme.

—Antes has dicho que te dedicabas a la fotografía de autor, ahora que eres paparazzi… ¿No serás de esas que se inventan un nombre y a un personaje ficticio para ligar?

—¡Qué dices! ¿Crees que trato de ligar contigo? —Me reí en su cara.

—Es que me parece demasiado enrevesado lo que me estás contando —afirmó muy serio.

A lo mejor me había colado y no se trataba de él.

—¿Tan imposible te parece que un hacker entre en mi ordenador? —le rebatí medio ofendida por que me pusiera en duda sin conocerme.

—Que entre, no. Pero las razones me parecen de película de sobremesa. Y lo de que se ponga a enviarte mensajes ni te cuento.

—Entonces, según tú, ¿me está tomando el pelo?

—No he dicho eso. Simplemente, pienso que te has inventado la historia sobre la marcha cuando te he dicho a lo que me dedico.

—¿Con qué finalidad?

—Hacerte la interesante.

Me reí a carcajadas exagerando un poco mi reacción. «Pero ¿qué se ha creído?», pensé.

—A todo esto, ¿cómo te llamas? Ni nos hemos presentado.

—Alicia.

—Yo soy Mario.

«¿Mario con M de hacker? Demasiadas coincidencias, ¿no? Aunque, si fuera él, se habría inventado otro nombre, o no habría puesto una M cuando me escribió, para delatarse. Pero a lo mejor no pensaba que luego nos encontraríamos y tendría que presentarse». Conclusión: había tantas posibilidades de que fuera él como de que no.

—¿Y qué haces exactamente en tu trabajo? —me decidí a preguntarle, para continuar mi investigación.

—Proteger sistemas de intrusos como tu hacker ficticio.

—No es ficticio. Aunque tampoco tengo pruebas para demostrarlo, se encargó de borrar su rastro.

—Al menos es listo.

—¡Joder, Alicia! —Escuché a mi izquierda la voz gritona de mi hermana—. ¡Por fin te encuentro! Pensaba que te habías enrollado con el tío aquel y que os habíais largado.

—¡Pero si os he dejado mil mensajes!

—Es que no me he traído el móvil tampoco —se excusó—. Como salíamos juntas, pasaba de ir cargada con el bolso.

—¿Y dónde has estado hasta ahora?

—Buscándoos, hablando con gente, bailando… Lo típico que se hace en una discoteca, ¿no? ¿Y Marta? ¿No está contigo?

—A saber dónde se habrá metido… —respondí, observando a nuestro alrededor—. Mira, te presento a Mario, el de la cafetería.

—Sí, ya nos hemos saludado antes en la entrada —soltó enseguida, sin prestarle atención realmente, como ya no le era útil… —. ¿Qué hacéis en la puerta de los servicios?

—Íbamos a tomarnos algo —respondió él—, pero a tu hermana no hay forma de arrancarla de aquí.

—¿Cómo sabes que es mi hermana? —le pregunté al instante, sin disimular la sonrisa de «te he pillado maldito hacker» que me produjo aquel descubrimiento.

—Aparte de que sois dos gotas de agua, me has preguntado si había visto a tu hermana nada más vernos —dijo con satisfacción, se le notaba que disfrutaba con el jueguecito de «no vas a pillarme tan fácilmente».

—Tampoco nos parecemos tanto ahora —agregó ella—, pero de pequeñas nos confundían siempre.

—Bueno, ya que te he encontrado, ¿podemos irnos? —le pedí a Elena.

—¡De eso nada! Tomaos algo, yo tengo que ir al servicio y he dejado esperando a un amigo. Después te busco, ¿vale? ¡Chao! —Y desapareció sin darme opción a preguntarle cuánto tiempo tenía en mente.

Además, no volví a verla en toda la noche y, al final, me tocó irme sola. Acudió al día siguiente y ni siquiera fue a dormir a casa, llegó a la cafetería justo para cubrir su turno de tarde. Por un momento hasta pensé que iba a dejarme sola, y ni siquiera sé manejar ese horno.

Capítulo 13

Mario

Accedí a entrar en aquella discoteca porque era el cumpleaños de Miriam, una de las hermanas de Julia, y se le antojó tomar allí la última. Es un sitio supuestamente exclusivo, que se había puesto muy de moda. Quiso ir porque trabajaba de portero un ex suyo que nos facilitaría la entrada, acababan de escribirse. Aunque lo que me apetecía en realidad era volver a casa y perder de vista al gilipollas de Alberto, que se acopló en el último momento a la celebración. Lo que más he detestado siempre de ese tipo, desde que me lo presentó Julia al poco de empezar a salir juntos, es su afán de protagonismo con ella. Como si el hecho de haberla conocido antes que yo le otorgara algún tipo de inclinación en su balanza mental de preferencias. Siempre buscando la atención de ella en cualquier conversación, incluso ponerla de su parte o simplemente en mi contra, por muy absurdo o insustancial que sea el asunto.

Tampoco esperaba encontrarme a Alicia en la puerta. No las habían dejado entrar y vi la cara de asombro que puso su hermana cuando Miriam saludó al portero de aquella forma tan cercana, se notaba que entre esos dos aún quedaba algo pendiente. Aproveché para hacerle a Elena un gesto de reconocimiento con la barbilla y enseguida se unió a nosotros, tirando de ellas. Alicia se mostró reticente al principio, supongo que por la presencia de Julia o tal vez la de su compañero, quien la había arrastrado en sus turbios asuntos. Noté que se hizo el despistado para no saludarla, aunque la observaba discretamente en la distancia.

Pensaba que se quedarían con nosotros, aprovechando la entrada, pero cuando me di la vuelta habían desaparecido. Tardé un par de horas en volver a encontrarla. En realidad no la estaba buscando, pero me topé con ella al salir de los servicios de abajo. Me alegró ese reencuentro, me estaba aburriendo con el grupo de amigos de Miriam que no hacían otra cosa que bailar en la pista, incluida Julia, arrastrada por su hermana y Alberto, solo se acercaban a la barra, donde yo me encontraba, para renovar sus copas. No me preocupó

entretenerme a charlar con Alicia porque sabía que Julia ni me echaría en falta. Ellos estaban en una zona reservada de la planta de arriba.

Estuvimos hablando algo más cuando Elena volvió a dejarnos solos. Aunque nada interesante en realidad. Parecía algo desanimada o cansada tal vez. Salió de nuevo el tema del trabajo y me aclaró que estaba en la revista de una de mis amigas.

—Si no me crees pregúntaselo cuando vuelvas con ellos.

—¿Por qué no iba a creerte?

—Por tu teoría esa de que me he inventado un personaje para ligar. A lo mejor sí lo has hecho tú, y por eso me acusas a mí —terminó diciendo.

—Pues también podría ser —afirmé.

Me encantaba este juego de saber quién era y que ella, en cambio, dudara de mi identidad.

—Además ha sonado muy pretencioso eso de la inteligencia artificial. Por aquí es más común encontrarse con futuras estrellas de la televisión o intentos fracasados de ello.

—Y fotógrafas acosadas por hackers —añadí.

—Bueno, acosada tampoco —corrigió enseguida—. Se supone que está ayudándome a esclarecer el asunto.

—¿Se supone?

—Sí, la verdad es que no me convence del todo. —Di por hecho que sospechaba de mí en cuanto le dije a qué me dedicaba. Pero no pensaba mentir y, si me lo preguntaba abiertamente, estaba dispuesto a confesarlo. Aunque me gustó aquel juego suyo de intentar pillarme sin hacerlo—. Por cierto, ¿de qué conoces a Julia y a Alberto?

—Entonces va a ser cierto que trabajas en Fashionist, has acertado con sus nombres —dije a modo de respuesta.

—¿Ves que no trataba de ligar? —resolvió encantada—. ¿Son amigos tuyos? No pegas nada en ese grupo.

—¿Por qué piensas eso? —me extrañé.

—No sé, llámalo intuición. Pero en realidad no me parece que este sea un sitio de tu agrado, no te he visto en tu salsa.

—En parte tienes razón, no es de mi elección. En realidad hemos venido por una amiga que cumple años y nos hemos reunido para celebrarlo esta noche.

—¿Julia?

Negué con la cabeza.

—Su hermana.

—Bueno, no conozco a su hermana. Pero sí me ha sorprendido ver aquí a mi jefa. Pensaba que su ideal de juerga nocturna sería cenar en un restaurante exclusivo tras la reserva de un buen palco en el Teatro Real para ver una ópera. Las apariencias engañan, visto lo

visto. ¡Mierda, el pesado del *influencer*! —añadió después, mirando a alguien que estaba situado a mi derecha. Aunque enseguida disimuló, cambió de posición pegándose a la pared y trató de camuflarse usándome de parapeto entre ellos.

—¿De quién te escondes?

—Uno que piensa que su imagen me elevaría al estrellato en la revista. —Miré al tipo al que se refería, disimuladamente. Aunque me di cuenta de que la había descubierto y que le había herido en su orgullo al verla conmigo, por la mirada que nos devolvió—. Le he dicho que iba al servicio y después no he vuelto —me explicó discretamente acercándose a mi oído, como si temiera que fuese a oírla, o para simular una cercanía entre nosotros, cualquiera sabe lo que tramaba. Yo reaccioné con una carcajada espontánea. «¿Qué clase de persona tenía delante?». Ya la había pillado más de una vez con mentiras, y ahora esto.

—¡Eres lo peor! —respondí, acercándome también a su oído en plan confidencia—. ¿No podías decirle que no te interesaba y ya?

—Sí, no sé, a veces no pienso las cosas antes. Pero tienes razón —reconoció, mirando hacia donde momentos antes se encontraba aquel tipo, que había desaparecido de nuestra vista y seguramente lamiéndose las heridas.

—Bueno, pues yo tengo que unirme ya a mi grupo —añadí—. Se supone que he ido al servicio y van a pensar que me he largado.

No le ofrecí unirse a nosotros porque no me apetecía explicarle a Julia de qué la conocía. Se habría extrañado si le digo que es la camarera de una cafetería que frecuento. Por no hablar de la casualidad de que justo sea la sospechosa del robo de las fotos de mi mejor amigo. Hasta ese momento no fui consciente de ese dato, y esperaba que no se hubiera dado cuenta de que entraron detrás de nosotros.

Sin embargo, de camino a casa, sacó el tema y me preguntó quién era la chica que se me había acercado en la entrada. Hice como que no lo recordaba, para restarle importancia, hasta que finalmente solté el teatrillo de haber caído en la cuenta.

—¡Ah, sí, Elena! Trabajaba de camarera en ese restaurante al que hemos ido juntos alguna vez, cerca de mi trabajo —improvisé—. Ni siquiera recordaba su nombre, me ha dado un poco de apuro al principio cuando se ha acercado.

—¿Es que sabes el nombre de todos los camareros que te atienden? —preguntó con suspicacia.

—No, pero ella me dejó su currículum porque buscaba un puesto de recepcionista cuando la baja por maternidad de Bea.

—¿Y la contrataste?

—Pues ni lo recordaba, porque eso lo lleva recursos humanos.

Pero la que sustituyó a Bea fue otra chica, supongo que no les encajaría su perfil o encontró otra cosa. No lo sé. Tan solo nos hemos saludado. ¿Te ha molestado o algo?

—No, solo era curiosidad. Iba con una fotógrafa de la revista, por eso me ha extrañado.

—¿Ah, sí? Pues ni me he fijado —dije, tratando de salir del paso —. Creo que en realidad solo quería colarse y por eso me ha saludado.

Logré convencerla y lo dejó estar.

—Estoy rota, ¿cómo hemos podido quedarnos tanto tiempo?

—¿Y tú me lo preguntas? Si has sido la primera en seguirle el rollo a Miriam.

—Menuda borrachera se ha cogido mi hermana, ¿no? Mañana se va a acordar de Alberto y de Pablo con su absurda competición de tequilas.

—Yo sí que me habría acordado de ellos si hubieras entrado en el juego. ¡Qué pesados, joder!

—Una vez, Alberto y yo nos cogimos una tan gorda que acabamos en la cama. Pero jamás supimos si nos habíamos acostado o no — confesó, riendo a carcajadas.

—¿Hablas en serio? Nunca me lo habías contado.

—Fue en la época universitaria. Su teoría es que nos quedamos dormidos antes de empezar. La mía, que ni se nos pasó por la cabeza. En realidad, nunca hemos sentido esa tentación.

«Supongo que tú no, pero de él no lo tengo tan claro». Aunque no quise poner voz a mis pensamientos y fue lo último que hablamos esa noche.

Capítulo 14

Alicia

—Tengo una teoría sobre el amigo del italiano —le digo a mi hermana cuando entra por la puerta de la cafetería esta tarde, creo que solo ha pasado por casa para cambiarse porque a dormir no vino.

—Pero antes de contarme nada prepárame un café, porfa. —Deja sus cosas en el cuartillo de la limpieza y saca su delantal y el gorro—. ¿Has precalentado el horno como te he pedido antes?

—Sí, eres una máquina dando instrucciones. Ya sé manejarlo. También he colocado los cruasanes sobre las bandejas.

—Vaya, y veo que has puesto papel de horno debajo esta vez —dice alegremente al entrar en la cocina—. ¿Has sacado del congelador el rulo de masa de galletas?

—¡Pues claro! Pero ¿vas a seguir enumerando cosas o puedo contarte ya mi teoría?

—Sí, cuenta. Aunque necesito ese café en vena si quieres que te preste atención.

Mete una de las bandejas en el horno tras ponerse el gorro y me sigue hasta la zona donde estoy preparando su pedido. La cafetería está tranquila para ser sábado por la tarde, solo tenemos tres mesas ocupadas de las siete y a una pareja charlando en la esquina de la barra.

—A ver, dime.

Se ha sentado en un taburete tipo escalera que usamos para alcanzar a los estantes de arriba. Le paso el café bien cargado que me había pedido y noto que dormir… ha dormido poco, a juzgar por las ojeras que me trae. Pero decido no mencionarlo para que no se ponga a la defensiva.

—Creo que el amigo del italiano, ese tal Mario, es el hacker que le robó las fotos a mi compañero, y además es el que se mete en mi ordenador.

Me mira como si le hubiera confesado que he visto un burro volando, mientras remueve los dos azucarillos que ha agregado a su café.

—¿Por qué piensas eso? —pregunta, extrañada y a la vez expectante.

—Tiene todo el sentido si te paras a pensarlo. Ese actor y Mario aparecen aquí el mismo día que Alberto me acusa de haber robado esas fotos en las que, casualmente, el protagonista es el italiano que lo acompaña. Después me confiesa que trabaja en algo relacionado con la ciberseguridad, justo lo que se supone que hace el hacker en mi equipo. Le han contratado los de arriba para cazar al verdadero topo, que no soy yo.

—¿Me estás diciendo que andas metida en una red de espionaje cibernético?

—Bueno, en realidad me han metido, yo no he hecho nada —aseguro, echando una mirada hacia las mesas por si alguien reclama mi atención. A ella no la ven porque está en la cocina, yo me he quedado apoyada en el marco de la puerta.

—¿Y por qué no hablas con tus jefes?

—El hacker dice que nadie me creerá si voy con el cuento.

—¿Y por qué no quiere que vayas con el cuento si trabaja para ellos?

—Porque a lo mejor mi jefa también está metida en el meollo. ¡Yo qué sé! Alberto y ella son amantes, corre ese rumor por la empresa.

—Pero no tiene sentido que ese hacker, supuestamente anónimo, sea el mismo que sale después por la noche de juerga con ellos —razona, tras darle un pequeño sorbo a su café.

—Puede que lo haga como infiltrado para espiarlos. A lo mejor Julia y Alberto sospechan que están siendo vigilados en el ordenador y ahora lo hacen todo por la vía tradicional. Yo también lo hago. Desde que tengo un hacker dentro no respondo mensajes escritos con asuntos personales. Solo llamadas o videollamadas.

—¿Y no le preguntaste a Mario anoche? —se extraña.

—Es que pensé que era mejor no delatarme y así jugar con ventaja.

—¿Ventaja para qué?

—No sé… Él sabe muchas cosas sobre mí. Prefiero que no esté al tanto también de que sé quién es.

—Bueno, en realidad solo lo sospechas.

—Sí, pero lo averiguaré. Tarde o temprano cometerá algún fallo.

—¿Y no sería mejor que pusieras el ordenador en manos de profesionales para que no pueda entrar? A mí esto de un hacker infiltrado no me huele nada bien.

—Se supone que está de mi lado, que quiere ayudarme a desenmascarar a Alberto y quitarme del punto de mira de la empresa.

—No, si hasta ahí lo entiendo —aclara—. Pero ¿por qué tiene que

entrar en tu ordenador para ayudarte?

—Para comunicarse conmigo.

—¿Y no puede pedirte tu contacto, como todo el mundo?

—Lo hace para no dejar rastro. Me escribe y luego lo borra todo, como si nunca hubiéramos hablado.

—Qué cosas tan raras te pasan…

—Lo que no entiendo es qué pinta el italiano en todo esto, me refiero a su relación con él —pregunto, como para mí misma.

—A lo mejor quien verdaderamente le ha contratado ha sido él, y no los de arriba —añade, levantándose de su improvisado asiento para dejar su taza en el lavavajillas.

Me quedo sopesando su idea y lo cierto es que podría encajar. Quizás se infiltró anoche con ese grupo para sacar información. Puede que crean que hay más fotos en el aire.

***

Han pasado varios días desde nuestra salida a aquella discoteca y no he vuelto a saber nada de aquel tipo ni del hacker tampoco. En la oficina todo sigue igual, me mantienen al margen de las reuniones importantes, y Julia se comporta conmigo como si fuera invisible.

Fran: ¿Estás?

Fran: Ya nunca te veo en línea.

Fran: Eooooo.

Fran: ¿Te has ido a dormir tan pronto?

Esos mensajes me los dejó anoche en el Messenger de Facebook, ahora estoy en la cafetería de Elena cubriendo un turno que hoy quizás no era necesario. Tengo ganas de que Fran vuelva de su viaje a Nueva York para no tener que comunicarme así con él y poder contarle en persona lo del hacker. Me siento incómoda y muy poco natural en nuestras conversaciones, sabiendo que puede leernos. Aunque solo seamos amigos, son cosas nuestras. Y tampoco me siento más tranquila en las videollamadas desde que Elena me habló de una película donde espiaban a la gente a través de la cámara del ordenador. He pegado una cinta negra para taparla.

Me acaba de entrar un mensaje del espía, es como si supiera cuándo estoy conectada. ¿Le saltará una notificación?

M: Veo que he interferido en tu vida privada y lo siento, no era mi intención.

«¿Ahora también lee el pensamiento o qué?».

Alicia: Te entretenías mucho leyendo mis cosas, ¿no?

M: No es lo que piensas.

Alicia: Sí es lo que pienso.

Ricky se acerca a colocar una tanda de napolitanas de crema en la vitrina y me pone mala cara por estar frente al ordenador. «Da mala imagen», me ha dicho antes, como si los clientes supieran lo que hay en mi pantalla. ¿No pueden pensar que estoy haciendo algo relacionado con el negocio? Creo que da peor imagen estar con el móvil, que es lo que hace él cuando está ocioso. Además, no ha entrado nadie. Está diluviando y seguro que hoy será una tarde tranquila. Y también mi última ayudando a mi hermana. Ricky ha terminado los exámenes y solo he venido porque ella tenía una cita en el dentista, pero ya soy libre.

Levanto la mirada de la pantalla y veo aparecer a Mario al otro lado del ventanal, esta vez viene acompañado de una mujer. Se ve que la lluvia les ha pillado por sorpresa porque no traen paraguas.

Me salta una nueva notificación en el Messenger:

M: Voy a hacer una cosa. Dejaré este chat abierto solo para hablar cuando descubramos algo sobre Alberto y necesitemos comunicarnos. No voy a borrarlo. Y prometo no meterme en tu equipo, solo hablaré contigo desde el mío. ¿Aceptas?

Mario me saluda al entrar con un gesto de reconocimiento con la barbilla y una sonrisa. En ese momento caigo en la cuenta de que estamos escribiéndonos por el chat del ordenador. «¿Cómo puede hacerlo si está delante de mí?». Acaban de ocupar una mesa y no tiene nada en las manos. Ni siquiera el teléfono. «Pues a no ser que controle ordenadores con la mente… es imposible que el hacker y él sean la misma persona».

Alicia: ¿Dónde se supone que estás?

M: La pregunta era si aceptas.

Alicia: Sí, acepto. Pero ¿dónde estás en este momento?

M: ¿Por qué preguntas eso?

Alicia: Por curiosidad.

M: No esperes que responda.

«Definitivamente, no puede ser él. Está tan campante charlando con su amiga. ¿Cómo es posible que no sea él? Ya me había hecho a la idea de que lo era».

—¿Vas a atender las mesas o tengo que salir yo? —Asoma la cabeza por la ventanilla de la cocina en su papel de jefe que le ha encomendado mi hermana, y hasta se le da mejor que a ella lo de ser un mandón.

Cierro la pantalla y me dirijo a la mesa que han ocupado, la misma que elige siempre.

—Buenas tardes, ¿qué os pongo?

He preferido actuar como si no nos conociéramos. Al fin y al cabo

es solo un cliente más y, dado que no es el hacker, tampoco tengo ya ningún interés en descifrar su identidad.

—¿Qué tal, Alicia? —me saluda él con naturalidad y cercanía.

—Bien, gracias.

Su acompañante me analiza con la mirada.

—Yo quiero un té rojo —pide, sin dejar de observarme. Me está poniendo de los nervios.

—Lo de siempre para mí —agrega él, acompañando sus palabras con una amplía sonrisa.

—¿Y qué es lo de siempre? —se me ocurre preguntar, aunque lo recuerdo perfectamente a pesar de mi memoria con tendencia al despiste.

—Un café con la leche fría —me recuerda, quizás algo contrariado por mi cambio de actitud con él.

—¿Alguna cosa más? —aprovecho para preguntar, mi hermana siempre se queja de que soy muy seca con los clientes y que no incito al consumo con esa actitud pasota—. Tenemos napolitanas de crema o chocolate recién sacadas del horno.

—No, gracias —responde ella, algo cortante en su tono, parece que tenga prisa por verme desaparecer de su vista. Aunque creo que él se ha quedado con ganas de decir algo cuando me daba la vuelta.

Capítulo 15

Mario

Tras la conversación que mantuvimos en aquella discoteca, he decidido no ponerle tan fácil que averigüe mi identidad como hacker. Solo lo haré si me lo pregunta abiertamente. Pero es divertido jugar con sus sospechas, por eso le pedí a Leo que se escribiera con ella desde ese perfil que abrí en Facebook, y a una hora determinada, justo cuando yo le avisara y siguiendo un guion que le di para la conversación. Lo hizo desde el aeropuerto, regresaba a Italia tras firmar el contrato de una miniserie que empezarán a grabar en un par de meses aquí en Madrid.

Aproveché para quedar con una amiga a la que hacía tiempo que le debía un café para ponernos al día. Tuvimos una relación en el pasado, si se puede llamar así, fueron tres días en un viaje de amigos cuando terminamos la carrera. Algo inesperado que ella decidió no continuar porque ya salía con alguien, y a mí me jodió bastante porque sin darme cuenta me quedé enganchado. Suerte que meses más tarde conocí a Julia y olvidé por completo aquel viaje. Bueno, a decir verdad me obligué a olvidarlo. Después, cuando nuestra relación ya se había consolidado, apareció de nuevo María para contarme la noticia de que la suya había pasado a la historia. No me dijo que su intención fuera retomar lo que habíamos dejado atrás, pero no hizo falta. Sin embargo, ya no era mi momento y decidí poner distancia. Aunque nos hemos visto de vez en cuando a lo largo de estos años, en alguna quedada con amigos de entonces, también en la boda de la que fue su mejor amiga en aquella época y que se casó con uno del grupo. Pero no ha habido nada entre nosotros después de aquel viaje que hicimos.

Alicia nos dejó el café y el té que habíamos pedido. En mi lado de la mesa puso también un plato con una galleta recién horneada. «Lo de siempre —dijo al dejar el café en mi lado de la mesa— y un regalo de la casa —añadió antes de irse con un guiño simpático». Habían mejorado la fórmula y tenía un aspecto más apetecible, también conservaba el mismo sabor agradable a mantequilla.

Supuse que el cambio en su actitud provenía de haber descubierto

que yo no era el hacker, como ella sospechaba.

***

—¿Y qué se cuenta María? —Julia no lo preguntaba por interés, se le notaba en el tono. Además, siempre ha existido cierta tensión con ella, aunque jamás le he hablado de nuestra efímera relación. Pero creo que a Julia se le activa cierto sentido *arácnido* cuando se encuentra en la misma sala que otra mujer que de alguna forma esté relacionada conmigo.

—Pues no gran cosa. Sigue trabajando en esa consultoría de estrategia SEO y está contenta allí. Aunque no descarta montarse por su cuenta —respondí, mientras me desvestía para darme una ducha, aunque supongo que su perfil laboral no era de lo que quería estar al tanto concretamente.

—¿Sigue con aquel tipo que llevó a la boda de Jaime?

—Creo que no.

—¿Crees?

—Bueno, no lo ha mencionado en ningún momento. Así que… doy por hecho que no están.

En realidad sí lo hizo en su día, cuando rompieron, era el sustituto de su antiguo novio. Me llamó para quedar a tomar algo porque estaba de bajón. Pero yo me encontraba fuera de la ciudad y quedamos en que ya nos lo tomaríamos en otro momento. No habíamos vuelto a contactar hasta hoy, que la he llamado para tener una coartada sin complicaciones en el caso Alicia. Sin complicaciones me refiero a que María no me haría preguntas por haber elegido un lugar tan alejado de los sitios en los que me muevo, y no me apetecía ir solo tampoco.

—¿Y por qué no me has avisado? Podríamos haber comido hoy juntos y ya de paso saludarla.

—Es que ha sido algo casual, no esperaba encontrármela al salir de la oficina.

—¿Iba a verte al trabajo así por sorpresa? —preguntó con desconfianza.

—No, ha dicho que venía de una tienda de antigüedades cerca de allí, por algo que había reservado por internet, no me especificó. Aunque si quieres la llamo y le pregunto, que te noto curiosa. —Esto era una mentira a medias, en realidad sí venía de hacer esa gestión cuando nos citamos, pero no era cerca de mi oficina ni fue un encuentro casual.

—Vale, lo dejo, ya he captado la indirecta.

—Es que se te ve el plumero, Julia —protesté, aunque traté de usar un tono divertido en la voz para restarle importancia y evitar que

enfadara sin motivos—. Los dos sabemos que no te cae bien. Está claro que no preguntas porque te interese su vida.

—En realidad es ella la que no me traga, ¿a que no te ha preguntado por nosotros? ¿Sabe lo de la boda?

—¿Es que ahora quieres invitarla?

—Deberías querer invitarla tú, pero si no quieres será por algo… —No pude evitar reírme.

—Tranquila, que será la primera invitación que entregue por mi parte.

—Claro, justo porque te lo he dicho.

—¿En serio vamos a discutir por María?

—No podemos discutir por ella, claro. Pero tú, sin embargo, cuando te da por Alberto no te cortas. Incluso le acusas de estar maniobrando a mis espaldas.

—¡Es que lo hace! —insistí, antes de entrar en la ducha—. Pero no quieres verlo porque te ha embaucado con su peloteo constante.

—No pienso desconfiar de Alberto solo porque tú estés celoso de nuestra amistad.

—Bueno, tarde o temprano se descubrirá la verdad, y tendrás que disculparte con Alicia.

—No lo creo. Además, ella tiene los días contados en la revista. En menos de un mes termina su contrato de seis meses y no vamos a renovárselo.

«Cometéis un error, y además es buena fotógrafa», me hubiera gustado decirle. Pero no habría servido de nada.

***

Cuando entré esa noche en el chat que abrí para que mi amigo despistara a Alicia, me encontré con que había hecho algo más que despistarla.

Alicia: ¿Dónde se supone que estás?

M: La pregunta era si aceptas.

Alicia: Sí, acepto. Pero ¿dónde estás en este momento?

M: ¿Por qué preguntas eso?

Alicia: Por curiosidad.

M: No esperes que responda.

Alicia: ¿Sigues desconfiando de mí?

Alicia: ¿Por qué no contestas?

Alicia: ¿Esto no era para comunicarnos?

Alicia: ¿Hola?

M: Debo coger un avión.

Alicia: ¿Trabajo o placer?

M: Lo segundo.

Alicia: ¿Y a dónde vas?

M: No es asunto tuyo.

Alicia: Vale, antipático. ¿Y cuándo se supone que se resolverá lo mío?

M: ¿Qué es lo tuyo?

Alicia: ¿Eres el mismo hacker o te han cambiado?

M: ¿Por qué dices eso?

Alicia: Intuición.

M: Falla tu intuición.

Alicia: A ver, pregunta: ¿qué número tenía la primera foto que me cambiaste?

M: No estoy aquí para jugar adivinanzas.

Alicia: ¿Y por qué sigues aquí si no vas a decirme nada importante sobre el caso?

M: Ya te lo dije al principio, era para dejar el chat abierto por si descubrimos algo nuevo.

Alicia: ¿Alguna novedad?

M: Julia sigue confiando en ese cretino, no ha conseguido convencerla.

Alicia: ¿Quién?

M: Han abierto puerta de embarque. Volveré a escribir cuando tenga novedades.

Alicia: Pero ¿quién no ha conseguido convencerla?

Le repetí que no entablara conversación con ella, solo lo acordado cuando yo le diera el toque de aviso. Pero siempre hace lo que le sale de los huevos. Y ya antes de despegar, me advirtió que se le había ido un poco de las manos el tema y que la camarera no paraba de estrujarle. Ahora me tocaba arreglarlo. Por suerte estaba en línea.

M: No está saliendo como esperaba, Alberto se ha blindado y se mueve con astucia. Me temo que no van a renovarte el contrato.

Alicia: ¿Lo dices en serio?

Me contestó al instante.

M: Jamás bromearía con algo así.

Alicia: Pero no es justo, debemos hablar con Julia. Seguro que hay alguna forma de convencerla. ¿A quién te referías antes?

M: Lo escribí mal, sobraba el "no". Alberto la tiene completamente engañada.

Alicia: ¿Y si me acerco a él para conseguir que confiese?

M: ¿En qué sentido?

Alicia: Intentando liarme con él.

M: ¿Te acostarías con él solo por conservar tu empleo?

Alicia: Aliarme, aliarme, me ha faltado la aaaa.

M: No va a colar. A él le sirves mejor en el lado opuesto para que no desconfíen de él.

Alicia: Pero podría quedar con él, hacerme la víctima y confesarle que intuyo que van a despedirme, a ver si mueve ficha.

M: No sé qué decirte. Le irá con el cuento a Julia para echar más tierra sobre ti.

Alicia: ¿Y si me acerco a ella? Como hace él.

M: Lo veo complicado, ellos son amigos desde la universidad.

Alicia: ¿Cómo sabes eso?

«¡Joder!»

M: ¿En serio?

Alicia: Ah, ya, cosas de hackers… No me acostumbro.

M: Es más fácil que pruebes con él. De todas formas ve con mucho ojo, sus intenciones pueden ser de otro tipo.

Alicia: Tranquilo, eso lo sé. Aunque ahora está más ocupado con la jefa.

M: ¿Qué quieres decir?

Alicia: Menudo hacker de pacotilla… ¿No te has enterado de los rumores que corren por la oficina?

M: Ya sabes en qué redes me muevo. No alcanzan a radio patio.

Alicia: Se rumorea que están liados.

«Pero ¿¡qué cojones dice!?»

M: ¿En qué se basan esos rumores?

Alicia: ¿Adivina quién sale a almorzar a diario con la jefa? ¿Adivina quién se encarga de los trabajos más importantes? No da un paso sin pedirle su visto bueno a ese pedante. Ni Diego, el director creativo, tiene tanta influencia en la revista.

M: ¿Y solo con esos datos llegáis a esa conclusión?

Alicia: También salen juntos fuera del trabajo, y eso lo he visto con mis propios ojos.

M: ¿Iban solos?

Alicia: Bueno, no, con un grupo de gente. Pero ¿no se separan ni en fin de semana? Eso es muy raro.

M: Vaya panda de cotillas estáis hechos en esa revista.

Alicia: Oye, que tú me has preguntado.

M: Son amigos desde la universidad, ya te lo he dicho. Eso no significa que tengan una relación. Además, ella va a casarse.

Alicia: ¿Lo dices en serio? ¿Con quién?

M: Eso no es asunto tuyo.

Alicia: ¿Y tuyo sí?

M: Haberte metido a hacker en vez de a fotógrafa.

Alicia: Pues en la oficina dicen que dejó a su novio por Alberto. Está libre como el viento.

M: No he venido a escuchar sandeces de tu oficina. Avísame si hablas con él y consigues sacarle algo. Es importante que lo grabes, o ella no te creerá.

Alicia: Buena idea.

No sé si me ha molestado o no que se rumoree eso en la oficina, aunque prefiero tomármelo como simples chismorreos. Sé de primera mano que Julia almuerza con Alberto casi a diario, aunque pensaba que lo hacían con más gente del equipo también.

Capítulo 16

Alicia

No me ha resultado nada fácil conseguir que Alberto acepte vernos a solas. Tenía razón el hacker: está subido en su papel de víctima de las circunstancias, como si yo le hubiera robado las fotos realmente. «¡Menudo falso!». Le propuse tomarnos esa copa pendiente que me ofreció el día que fui a su casa. Al principio se quedó completamente descolocado, pero lo disfracé como que era una forma de disculparme por mi comportamiento borde el día de la reunión en el despacho de Julia. Lo resumí en un intento de hacer las paces para que el ambiente laboral sea menos tenso entre nosotros y aceptó.

Nos veremos en mi casa. He planeado con el hacker que dejaré mi ordenador en un punto estratégico con música de fondo para justificar tenerlo conectado y que grabaré la escena como prueba. Me recomendó colocar un punto de cinta negra sobre la luz verde con mucho cuidado de no tapar el objetivo de la cámara, para que el otro no se dé cuenta de que lo estoy grabando, y la música muy suave para no interferir en el sonido del micrófono. También me he asegurado de que mi hermana no tenga planes tras su jornada laboral. Eso me alivia. No quiero quedarme a solas demasiado tiempo con él y por eso lo cité a última hora, para que ella nos interrumpa si se pone pesado.

***

—La verdad es que me ha sorprendido tu cambio de actitud —reconoce al ratito de llegar—. Desde la discusión, no habías vuelto a dirigirme la palabra.

—Ya… precisamente de eso quería hablar —añado, sacando del frigorífico dos cervezas, ya no pega un café—. Aquel día me sentí acorralada y pensé que me estabas culpando sin motivos. Pero ahora entiendo que lo hicieras, yo también habría sospechado de mí en tu lugar.

Me mira con curiosidad, o quizás sorprendido por esta confesión que no esperaba.

—Bueno, en realidad pudo ser cualquiera de la oficina —admite, y no sé si asoma cierto signo de remordimiento en su mirada—. Pero la coincidencia de que fueras la última persona que estuvo cerca de mi ordenador me llevó a señalarte directamente. Y lo siento.

«Suena creíble, aunque también puede tratarse de un excelente actor».

—¿Y quién crees que pudo hacer algo así? —le pregunto al sentarme a su lado en el sofá del salón. El ordenador lo tengo colocado en la mesa alta que separa la cocina y con la cámara dirigida a nosotros. Enseguida sigue mi mirada hacia ese punto y por un momento temo que vaya a descubrir mis intenciones—. ¡Ay, espera un momento! Voy a poner algo de música de fondo para ambientar esto un poco.

Había olvidado que eso también formaba parte del plan. Me levanto precipitadamente y me acerco a la mesa. Ahora no sé si mi explicación ha sonado como una declaración de intenciones y va a pensar que tramo algo romántico. Estoy tan nerviosa que pincho con el cursor cuatro veces al botón de reproducir que había dejado en pausa en el Spotify, de tal forma que lo pongo y lo pauso a la misma vez, hasta que al final acierto y comienza a sonar la primera canción aleatoria de mi lista de favoritas en español.

«¿O he puesto la de mi hermana?», me pregunto extrañada de camino al sofá, suena *Veneno* de C. Tangana y yo no recuerdo haber guardado esa canción en la mía.

—¿Vives aquí con tu novio? —me pregunta cuando estoy ocupando mi sitio de nuevo en el sofá.

—No, con mi hermana.

Decido no aclararle que en realidad no tengo novio, ya me vino bien utilizar a Fran como excusa la otra vez para evitar una situación incómoda. No soy de mezclar relaciones y trabajo. Ya lo hice en su día, precisamente con Fran, y no salió bien.

—Ah, vale, entiendo… Ahora cuadra más que me hayas invitado a tu casa —añade, sonriendo. Le doy un trago largo a mi cerveza, planteándome qué estará maquinando su cabeza.

—Entonces, volviendo al tema de las fotos, ¿quién piensas que las robó? Le he dado muchas vueltas al asunto, pero llevo poco tiempo para conocer a la gente a fondo.

—No tengo ni idea. Pero mejor no hablemos de trabajo, ¿vale? —se desquita enseguida—. Ahora que hemos retomado lo que dejamos pendiente, no lo estropeemos hablando de eso que nos distanció.

Me mira de una forma indudablemente seductora, la misma que cuando estuve en su casa, y ello me confirma que no ha sido buena idea traerlo a la mía. Debí citarlo en un bar usando una grabación de audio como me recomendó el hacker, que tampoco se fiaba de sus

intenciones.

En este momento suena *Devil inside me,* es una canción que capturé de la serie *Peaky Blinders.* Al final sí había elegido mi lista de reproducción, aunque no la que pensaba.

—¿Os conocéis desde hace mucho tiempo Julia y tú? —se me ocurre preguntarle para volver a sacar el tema de la oficina sin que se note.

—Mucho —dice sin más, después coge su cerveza para darle un sorbo.

—¿Y acostumbráis a salir de fiesta juntos como aquel día que nos cruzamos? —insisto con el tema.

—No, aquello fue algo puntual por el cumpleaños de Miriam, su hermana.

Dice la verdad, concuerda con lo que me dijo Mario en la discoteca.

—Ah, ya veo que también conoces a su familia.

—Sí, claro, a todos. Estudiamos periodismo en la misma universidad, de ahí nuestra amistad.

—Bueno, tengo entendido que es algo más que una simple amistad lo vuestro —dejo caer.

No lo he soltado porque me interese si están liados o no, pero pienso que nos puede dar tema de conversación hasta que se me ocurra cómo abordar el asunto de las fotos de nuevo. Aunque al paso que llevamos, dudo que vaya a confesarme en plan confianza que fue él.

—¿Quién dice eso? —No sé si lo pregunta sorprendido o si se ha alegrado al escucharlo.

—Bueno… ya sabes, algunos de la revista.

—Pues no hagas caso de las habladurías.

—Eso pensaba —miento—. Además no pegáis.

—¿Por qué?

—Tú eres más campechano, y ella parece muy pi… sofisticada.

—¡Ibas a decir pija! —añade riendo, y descubro que me gusta su risa espontánea. Siempre lo he visto más serio.

—Bueno, sí, lo admito. —Acabo riéndome también, la verdad es que no me parece tan gilipollas hoy como de costumbre. Hace el gesto de chocar los vasos, creo que acabo de ganarme su confianza—. Es que, como sois amigos, no me atrevía.

—Tranquila, lo que hablemos aquí no saldrá de tu casa.

—Entonces ¿puedo decirte otra cosa en confianza?

—Adelante.

—Creo que hay algo de cierto en los rumores de la oficina. —Se gira en el sofá para quedar frente a mí, y también a la cámara, ha estirado un brazo a lo largo del respaldo—. No digo que estéis liados

ni nada. Pero ella me ha cogido manía desde que supo que estuve en tu casa, se lo noto, y creo que es por lo vuestro. —Acabo de soltar esa mentira para tirarle de la lengua.

—Te equivocas. No hay nada de eso. Solo amistad.

—Eso espero. Porque como se entere de que estás aquí, tal vez le dé por despedirme.

—Claro que no lo hará —responde, extrañado—, puedes estar tranquila.

—Es que también he oído rumores de que estoy en el punto de mira, y es probable que no me renueven. Aunque no sé si por eso o por lo de tus fotos.

—Si quieres, puedo informarme y te cuento —me ofrece, y con la mano que tiene sobre el respaldo coge un mechón de mi pelo, mirándome intensamente.

«¿Trata de comprarme con eso?».

Suena *Fuel* de Metallica a todo volumen y nos sobresaltamos.

—Pero ¿qué clase de música escuchas? —pregunta riendo.

—Es cosa de mi hermana, que me lo cambia todo —disimulo enseguida. Pero sí que está sonando una de mis listas, aunque tampoco es la que había puesto. No sé qué narices le pasa al algoritmo aleatorio de esa aplicación últimamente. Tan pronto te repite canciones, como no escuchas en días una que te encanta… Y ahora, para colmo, va saltando de una lista a otra. Seguro que lo tienen estudiado para superar nuestra paciencia y que terminemos contratando la opción Premium.

Me acerco al portátil y elijo una de las *playlists* que me ofrece el programa con *hits* acústicos en plan relax. También he bajado el volumen de la música unos cuantos puntos, casi al mínimo, al final no se va a escuchar nuestra conversación en la grabación, no me parecía que estuviera tan alta al principio.

Me salta un mensaje del hacker en ese momento.

M: ¿Ha llegado ya?

Alicia: Sí. Pero no quiere hablar de trabajo, y no sé cómo sacarle información.

M: Pregúntale cómo consiguió las fotos del actor.

Antes de volver a mi asiento, saco otras dos cervezas del frigorífico. Con los nervios de esta extraña cita, estoy bebiendo más deprisa de lo que debería.

—¿Cómo conseguiste las fotos del italiano? —le pregunto, ocupando de nuevo mi sitio en el sofá.

—Por un soplo.

—Eran buenas —le peloteo para ganármelo—. También tuviste suerte de que se lo montaran a plena luz del día.

—Y una gran dosis de paciencia, me tocó dormir en el coche un

par de noches.

—Nunca me ha interesado la prensa del corazón, pero reconozco que se gana dinero. ¿Cuánto te pagaron por las fotos?

—¿Cómo dices?

—Que cuánto te pagan por las fotos, por ese tipo de fotos quiero decir.

«Vaya, no ha colado. En las pelis suele salir bien».

—Depende de muchos factores. ¿Es que te ha entrado el gusanillo? Al final todos caemos —añade, guiñándome un ojo con complicidad—. Yo también fui un romántico de la fotografía como tú en mis inicios.

—Eso mismo opina Fran, que al final acabamos olvidando lo que nos llevó a esta profesión. Aunque él lo traslada a lo que escribe, que es lo suyo.

—¿Lleváis mucho tiempo juntos?

—Sí, un par de años.

—Bueno, tampoco es tanto.

—Suficiente para saber que nos queremos y respetamos.

«A veces me sorprendo hasta yo de lo naturales que me salen las mentiras».

—¿Por qué me has invitado a tu casa? —lo dice recuperando la distancia inicial, ha vuelto a sentarse con la espalda apoyada en su respaldo en vez de girado en mi dirección.

—Ya te lo dije, quería hacer las paces.

—¿De verdad es solo por eso, Alicia?

«Definitivamente, tenía razón el hacker».

—¡Claro! Me resulta incómodo trabajar contigo en esas condiciones. Echaba de menos el buen rollo que teníamos. —Intento resultarle más cercana. Aunque entiendo que mi invitación le haya dado pie a pensar en otras intenciones por mi parte.

—Y me alegra que hayas dado el paso —responde enseguida.

—Háblame de ti, apenas nos conocemos —le animo—. Tengo entendido que trabajaste con los que publicaron tus fotos. ¿Les preguntaste a ellos quién les vendió tu reportaje?

—Bueno, si te soy sincero, no acabamos en buenos términos.

Se ha levantado del sofá para acercarse al ventanal de la terraza, creo que la pregunta le ha puesto algo nervioso y eso reafirma la teoría del hacker.

—Pero habrás denunciado lo del robo, supongo.

—Claro, se ocupó la revista. Aunque ellos defienden que les llegaron anónimamente.

—Te estaré pareciendo una cotilla —me excuso, para disimular un poco—. Pero, como me vi involucrada, me preocupa que alguien pueda meterse también en mi ordenador.

—No te preocupes, lo entiendo.

—Incluso me he obsesionado con el asunto y ahora me cuesta usarlo para temas personales como charlar por Messenger o enviar correos. ¿A ti no te pasa?

Ahora está apoyado en el cristal de la terraza, con el vaso en la mano, y me observa con curiosidad, como si estuviera tramando algo. Posee un atractivo que intimida un poco, y además es consciente de la atracción que provoca.

—Ya no. Lo tengo más protegido —dice antes de darle un trago a su cerveza y se inclina para dejarla sobre la mesa. Ahora se coloca frente a mí —. ¿Te apetece bailar?

—¿Te refieres a salir a bailar?

—No, aquí.

«¡¿Qué dice?!»

—No, no, yo no bailo. Nunca.

Me bebo media cerveza de un trago, me estoy poniendo de los nervios.

—¿Cómo que no bailas? —Me tiende la mano al decirlo, pero no se la tomo—. ¡Venga, no seas cortada!

«¿Una canción lenta? ¿Qué piensa, que estamos en una película americana? ¿Le funciona este truco? ¿Dónde coño está Elena cuando se la necesita? Ya debería estar aquí».

—Que no sé bailar, te lo juro.

—Pero si es música lenta, todo el mundo sabe bailar una canción lenta.

«¡Mierda! Debí dejar la de Metallica. Aunque con mi suerte musical de hoy… habría saltado *Nothing else matters,* seguro».

—Yo no, de verdad. Además es tardísimo.

—¿Tardísimo para qué? —Se ríe al decirlo.

Empieza a sonar otro tema de mi lista privada, son canciones antiguas y rockeras que descubrí con mi grupo del instituto y que suelo ponerme cuando estoy estresada y quiero soltar todo lo que llevo dentro, saltando y cantándolas a todo volumen, incluso por encima del que ya suena la canción, si cabe, y la vivo a tope durante los minutos que dura. Elena detesta las de esa lista, dice que forman parte de mi pasado porreta y que aquella Alicia daba vergüenza ajena, no solo por las pintas de macarra que llevaba, sino por mi actitud pasota e irreverente. La canción que suena es *En blanco y negro* de Barricada. Y sí, ya puestos, tras los primeros acordes me pongo en movimiento y empiezo a cantarla bajo su atenta mirada.

—Veo todooo, en blanco y negroooo… El vasoooo acaba siendooo amigo mudooo… ¿No te la sabes?

Niega con la cabeza.

—… Quiero ser más rápido que ellos, echar todo a perder un día

tras otro… —sigo cantando a lo mío y empiezo a saltar porque la música empieza a acelerarse—. ¡Venga, sígueme, no seas cortado tú ahora! —le animo.

Al principio no lo hace, solo me mira sorprendido. Pero después se deja llevar y, aunque no se la sabe, va imitando mis movimientos a lo loco y como si tocara en un concierto.

—Estás como una regadera —me dice entre risas y saltos.

Le va pillando el ritmo y me encanta. No parece el mismo Alberto creído del trabajo. Tiene un punto divertido que desconocía. Tras esta canción empieza a sonar otra de Rosendo que me gusta, se titula *Agradecido,* y me vuelvo más loca todavía improvisando, aunque ya no sé si es por el puntillo de las cervezas en realidad.

Terminamos tirándonos en el sofá partidos de risa cuando para el repertorio musical. No sé si se ha terminado la lista de reproducción o qué pero yo me siento más relajada, aunque tenga el pelo pegado a la frente por todo lo que he sudado saltando. En ese preciso momento hace acto de presencia la tardona de mi hermana.

—¡Adivina quién ha venido!

Enseguida se le cambia el rostro y nos mira con ojos de búho petrificado. Creo que piensa que nos ha pillado infraganti. Detrás de ella viene Fran, ambos parecen sentirse incómodos al vernos, y en ese momento me doy cuenta del sentido de la frase: Las mentiras tienen las patas muy cortas.

—¡Fran! —Me levanto de un salto, como si me hubieran puesto un muelle en el culo, y me acerco a saludarlo con un efusivo abrazo; algo que nunca hacemos por muy amigos que seamos y llevemos semanas sin vernos o nos hayamos acostado en el pasado—. Sígueme el rollo —le pido muy bajito al oído—. Pero ¿cuándo has vuelto?

Le noto como pasmado, como si le costara reaccionar.

—Acabo de aterrizar prácticamente —responde al final, con la mosca detrás de la oreja o muy perdido, no sé si me ha entendido con lo de seguirme. A veces creo que conectamos con el lenguaje en clave, igual que con mi hermana, pero no. Le cuesta captarme.

—Ha venido a darte una sorpresa a la cafetería, pensaba que hoy trabajabas —improvisa mi hermana, que sí se ha percatado de la movida enseguida. Sabe que me inventé que tenía novio para evitar las insinuaciones de Alberto. Me resultaba violento rechazarlo y tener que verlo a diario en el trabajo. Era más sencillo evitar esa situación. Pero como me va la marcha… he vuelto a meterme en la boca del lobo.

—¿Por qué no me has dicho que venías? Habría ido a buscarte al aeropuerto —le digo, para parecer una novia más real. Aunque lo que acabo de decir no tiene ningún sentido, ¿cómo iba a ir a buscarlo si no tengo coche?

—Quería darte una sorpresa —confirma, siguiendo el hilo de mi hermana, que no para de hacerle señas raras con los ojos, como si tratara de trasmitirle la situación mentalmente. A lo mejor ella tiene más suerte que yo.

Mi compañero de trabajo aprovecha ese momento para presentarse.

—Soy Alberto, de la revista —aclara, y parece algo cohibido. Quizás sí se lo ha tragado del todo.

Empieza a sonar una canción que no está en ninguna de mis listas pero que conozco, es *Karma police* de Radiohead, un título muy acorde con la situación. A saber lo que habrán pensado al pillarnos en el sofá riéndonos y medio jadeantes tras el baile, por llamarlo de alguna forma.

—Y ella es Elena, mi hermana —me apresuro a presentarlos yo esta vez.

—¿Salimos a cenar? —se le ocurre a Fran, le noto algo nervioso pero de buen rollo, como feliz o entusiasmado.

Seguro que tiene un millón de cosas que contarme de ese viaje. Apenas hemos hablado últimamente por el rollo del hacker, por pudor, y le he tenido bastante abandonado.

—Sí, me apetece —responde enseguida Elena, que está intentando parar la música de nuestro equipo y cierra la pantalla después—. Así nos cuentas sobre tu viaje… ¿O queréis estar solos? —rectifica enseguida.

—No, ya tendremos tiempo de estar solos después —respondo, guiñándole un ojo a mi amigo.

—¿Te apuntas? —anima mi hermana a Alberto—. ¿O has hecho planes?

«¿Por qué coño le invita sin consultarme antes?».

Capítulo 17

Mario

La hermana de Alicia cerró la conexión justo en la parte más interesante. Al principio no entendía su cara de sorpresa cuando miró hacia la puerta, ya que no los tenía en el ángulo de la cámara. Hasta que se puso en pie y saludó a Fran, que en ese momento entró en la visión del objetivo. Alberto tenía una cara de pillado en sus intenciones que tiraba para atrás.

Por un momento, antes de que aparecieran los otros, llegué a pensar que iba a lanzarse a besarla. Y lo curioso es que por un instante se me pasó por la cabeza que ella también, como si de alguna forma hubieran conectado.

Ya la había visto en otra ocasión entregarse a esas canciones. Aunque esa vez fue aún más espontánea y desinhibida porque no sabía que era observada. Estaba limpiando los cristales del salón y acabó subida en el sofá, para saltar después a la mesa de centro y de nuevo al suelo, como si estuviera tocando en un concierto y se moviera a un lado y otro del escenario al estilo de Mick Jagger; hizo una buena versión también del *Start me up* de su banda. Lo cierto es que sus listas de Spotify son de lo más variopintas, aunque también me he permitido añadirle algunos temas nuevos por mi cuenta y disfruto con las caras de confusión que pone cuando saltan.

Planearon salir todos juntos a cenar y no fue hasta el día siguiente cuando me informó del fracaso de su estrategia.

Alicia: No encuentro la grabación, creo que hice algo mal o la borró mi hermana al apagar el equipo.

M: Pero ¿llegó a contarte algo relevante?

Alicia: En realidad, no. Pero quiero revisarla para comprobar una cosa.

M: ¿Qué necesitas comprobar?

Alicia: Nada que tenga que ver con el caso.

M: ¿Me estás pidiendo indirectamente que te la busque?

Alicia: ¿Puedes hacerlo?

M: ¿En serio?

Alicia: Sí, búscala. Pero no la veas, ¿eh?

M: Vale.

Alicia: La has visto ya, ¿verdad?

M: ¿Por qué piensas eso?

Alicia: Porque has dicho vale sin protestar.

M: ¿Y eso qué tiene que ver?

Alicia: Otro en tu lugar lo haría, solo por haberle pedido que no la viera.

M: ¿Y me has dicho que no la vea porque en realidad quieres que lo haga?

Alicia: ¿Qué clase de pregunta es esa?

M: No lo sé, dices cosas muy raras. Ahí tienes la grabación.

Alicia: ¿Cómo puedes escribir y buscar a la vez? ¡Y ser tan rápido!

M: ¿Alguna cosa más? ¿Quieres que te prepare un café mientras lo inspeccionas?

Alicia: No, pero déjame sola para verlo.

M: Estás sola. ¿O es que piensas que soy un ente que vive en tu ordenador?

Está revisando la grabación minuciosamente, pausando, rebobinando y centrándose en el final de la grabación. Sobre todo le preocupa la parte en la que aparecieron en escena el novio y la hermana. Me hace gracia la cara que puso cuando saltó la canción que busqué para el momento pillados, miró hacía la cámara con los ojos muy abiertos. Creo que fue la única que reparó en la música, quizás porque era la que controlaba el contenido de sus listas.

Ahora ha puesto música también, una lista de pop español a un volumen aceptable. Coge el portátil y se lo lleva al baño, para dejarlo sobre lo que intuyo que será la tapa del váter, en el ángulo de la cámara veo la bañera. Me planteo cortar la conexión por si los planes son darse una ducha, pero no lo hago. Sale del baño y aparece a los pocos minutos con su cámara de fotos colgada al hombro y una caja con cachivaches que deja en el suelo. Así que deduzco que no va a darse una ducha, ¿tal vez pretende hacerse una sesión de fotos a sí misma? ¿En la ducha? Me mata la curiosidad, así que decido ponerme una cerveza y disfrutar de la película que tengo delante. Hasta que, de pronto, se funde a negro la imagen y por un momento creo que lo ha cortado. Pero no, ha puesto una funda negra o algo sobre la pantalla. Suena un tono de llamada. Ha conectado el altavoz del teléfono y, antes de que alguien responda, oigo también el ruido de un objeto que se habrá caído al suelo, seguido de un «¡Ay, mierda!».

—¿Qué quieres, Ali? Estoy trabajando. —Es la voz de su hermana.

—¡Un momento! Se me ha caído el teléfono y no lo encuentro, estoy a oscuras. ¡Aquí está! Espera que lo dejo metido al fondo del

cajón para que no se me vele el carrete.

—¿Ya estás otra vez usándome, miedica? —Ahora se oye con la voz algo amortiguada, habrá cerrado un poco el cajón—. ¿Por qué no llamas a tu novio? —dice esto último como con retintín.

—Está muy liado.

—¿Y no decías que te funcionaba lo de poner música?

—Me funciona en el laboratorio cuando tengo la lámpara roja, pero para cargar el carrete en el tanque tiene que ser completamente a oscuras y ya sabes lo que me pasa.

—Tienes que superar ese miedo absurdo a la oscuridad, Ali.

—La culpa es tuya por convencerme de ver esas películas terroríficas.

—Pero ¡si era malísima! No daba ningún miedo.

—Claro, como a ti no te lo da con ninguna… ¡Y deja ya de reírte de mí, cabrona!

—Es que te imagino ahí cagada y me parto de risa sola.

—He estado a punto de esperar a que llegaras esta noche para acompañarme, pero estoy impaciente por ver lo que hay en un carrete que no encontraba.

—Pues ya me contarás. Pero voy a tener que dejarte, estoy preparando galletas y se va a calentar la masa. Ya sabes que se deforman si no está fría.

—¡No, espera! Ponte el altavoz igual que yo y las vas haciendo, que ya casi estoy terminando de enrollar el carrete en la espiral.

—Vale, pero date prisa.

—Sí, no te preocupes, ya solo me falta cargar el que está en la cámara.

—Oye, por cierto, tu compañero es majísimo. Nada que ver a como me lo habías pintado. ¿Sabes que me acompañó hasta la puerta?

—Normal, dejó aparcado el coche justo enfrente de casa.

—Ah, y yo pensando que había sido todo un detallazo. Por cierto, ¿y a qué vino exactamente?

—Estoy intentando ganarme su confianza para sonsacarle la movida de las fotos, pero no hubo manera.

—¿Todavía sigues con la historia esa del supuesto hacker?

—¿Supuesto? ¿Vuelves a dudar de lo que te conté?

—Es que he estado hurgando en el ordenador y no he visto nada raro. ¿No te lo habrás inventado? ¿No será que ese Alberto y tú estáis liados?

—¿De qué narices hablas?

—A lo mejor finges que sois enemigos y en realidad sois amantes.

—La levadura se te sube a la cabeza, deja de esnifarla.

—Di lo que quieras, pero a mí no me la das. Se notaba que os pillamos infraganti, por eso me preguntabas con tanto interés a qué

hora iba a llegar.

—Porque te estaba esperando para no estar a solas con él, pero no imaginaba que Fran vendría contigo. ¡Claro que me sentí pillada! Suerte que disimuló.

—Y si no querías estar a solas con él, ¿por qué lo invitaste a casa?

—Para interrogarle, grabarlo y tener pruebas de que él vendió esas fotos. No van a renovarme por su culpa, ya te lo conté.

—¿Y lo conseguiste?

—No confía en mí todavía. Pero pienso hacerme su mejor amiga de aquí a que se cumpla mi contrato, para que cante.

—¿Y no te has planteado enrollarte con él para conseguirlo antes? Está cañón el tío.

—Enróllate tú, si tanto te gusta. Las hermanas están para ayudarse, ¿no?

—No me importaría, la verdad, pero creo que se ha obcecado contigo. Me hizo muchas preguntas sobre ti en el trayecto de vuelta.

—Creo que es porque no me interesa. Será de esos que se obsesionan hasta que lo consiguen. ¡Ya terminé! Cuelgo.

No la ha dejado ni responder.

Enseguida quita la funda que me había puesto y se hace la luz. Aunque al parecer me había colocado mirando a la cisterna cuando me tapó y no me había dado cuenta. Supongo que lo hizo por seguridad, para evitar cualquier resquicio de luz que se pudiera escapar de la funda o manta o lo que haya puesto. Ahora mi punto de visión no es nada interesante, solo la escucho moverse y canturrear.

A los pocos minutos, me da la vuelta a la posición original y sube un par de puntos la música. No se da cuenta de que al inclinarse hacia el teclado se le abre el escote de la camiseta, ya amplio de por sí. Bueno, en realidad, de lo que no se ha dado cuenta es de que alguien la observa desde el otro lado de la pantalla.

Está pasando un par de canciones de las que solo han sonado un par de acordes, deja un tema de la lista *Alicia-favoritas* antes de alejarse al lavabo para verter sobre una especie de envase oscuro y opaco el líquido de una botella que ha sacado de la caja. Lo cierra y empieza a moverlo pausadamente, mientras teclea algo en su teléfono que aún tenía dentro del cajón. Empieza a canturrear la letra de la canción que suena, mientras sigue removiendo el recipiente con la misma cadencia lenta. Hasta que salta una alarma en el teléfono y se sobresalta. Abre el envase para vaciar su contenido y vuelve a poner otra cantidad de líquido, no sé si del mismo bote o de otro, realizando de nuevo el proceso de movimientos. Teclea algo en el móvil, que ahora deduzco que será otra alarma. Estoy tentado de hacer una de las mías, algo así como buscar un audio en YouTube o poner yo mismo una voz tenebrosa y pronunciar su nombre, ahora que he descubierto

su nivel asustadizo. Aunque con la luz encendida, tal vez no funcione.

Finalmente, tras varias sesiones de líquidos entrando y saliendo de ese envase que tiene en las manos, lo desenrosca y saca una especie de discos en los que aparecen dos tiras de película fotográfica que desenrolla y cuelga con unas pinzas, de esas metálicas de oficina, enganchadas a una especie de cordoncillos atados a la barra de la cortina de la ducha. Se acerca a recoger el ordenador y todos los demás trastos y nos lleva al salón de nuevo.

Desaparece del ángulo de visión y la oigo trastear en la cocina, después el borboteo de la cafetera, y también responde un par de llamadas. La primera deduzco que se trata de su madre, con quien mantiene una breve conversación sobre una visita que van a hacerles en cuanto su hermana encuentre un nuevo empleado para los fines de semana y así poder librar ella. La otra llamada es de su novio, y es el momento que elijo para desconectar. Sintiéndome algo culpable de nuevo por haberme metido donde no me llamaban.

Media hora más tarde, se pone en contacto conmigo.

Alicia: Tengo una candidata a favorita justo en las manos.

Sé perfectamente qué quiere decir con eso, pero decido hacerme un poco el despistado.

M: ¿A qué te refieres?

Alicia: He revelado un par de carretes y hay una foto que podría gustarte.

Decido conectar de nuevo la cámara, cruzando los dedos otra vez para que no haya quitado aún la pegatina que le recomendé poner para que Alberto no viera el testigo verde junto al objetivo frontal del ordenador.

M: ¿Todavía haces las fotos con carrete en este siglo?

Sonríe al leerme.

Alicia: Cuando son para mí, sí.

También me fijo en que hay una especie de plancha de luz sobre la mesa con unos negativos encima, es una tira más corta que las que colgó en la ducha, las habrá cortado. Ahora ha cogido una lámina de papel translúcido con bolsillos donde están alineadas el resto de las tiras. Saca otra de su compartimento y la pone junto a la de antes sobre la luz. Se acerca a observarla con una especie de visor transparente, supongo que una lupa.

M: ¿Por qué?

Alicia: Me resulta más especial, es como hacer magia.

M: ¿La tecnología no te resulta mágica?

Alicia: A ver, no digo que los avances en la fotografía gracias a la tecnología no sean

abismales en comparación y que gracias a ello lo podamos hacer todo. Solo tenemos que imaginarlo para crearlo. Pero, precisamente por eso, al hacerlo del modo tradicional lo siento más satisfactorio.

M: Supongo que es lo mismo que se siente cuando uno pone un vinilo de su colección, en comparación con la lista del Spotify. En este último lo tienes todo al alcance de teclear un título; y en el otro está el placer de buscar el disco, sacarlo de su estuche, ponerlo en el plato giratorio, colocar la aguja… y ese sonido inconfundible de fondo hasta que empieza la canción.

Alicia: Prefiero Spotify.

Lo ha escrito riéndose. Le da un sorbo a su taza, con la mirada fija en la pantalla esperando mi respuesta.

M: Eso es porque no tienes esa pasión por la música como por la fotografía.

Alicia: Es que no tendría paciencia para escuchar un disco entero, no me suelen gustar todas las canciones de un mismo artista. Y me parecería una pérdida de tiempo tirarme toda la tarde metiendo y sacando discos de sus estuches para escuchar solo las canciones que me apetecen de mi colección. Negativo. Para la música prefiero la tecnología.

M: ¿Y qué me dices de hacer fotos sin el visualizador de imágenes? ¿Cómo sabes si tienes la foto que buscabas o no? Te la juegas a llegar a casa y no haberlo conseguido.

Alicia: Bueno, siempre me aseguro de hacer un buen número de tomas. Pero, además, ahí está la gracia también, en el gusanillo de la incertidumbre.

M: No sé, no sé… No me convences.

Alicia: Porque tú eres un hacker tecnológico.

M: Y tú, para lo que te interesa, también.

Alicia: Si probaras a revelar tus propias fotos y aprendieras a jugar con todos los recursos que te proporcionan la química y la luz, opinarías como yo.

M: Sigues sin convencerme… ¿Y cómo las imprimes? ¿Digitalmente o en ese proceso arcaico tuyo?

Alicia: Utilizo los dos. Siempre escaneo los negativos para archivarlas en el ordenador también. Aunque, para sacar en papel las que más me gustan, alquilo un laboratorio por horas que conozco. Es mi hobby cuando no hago otros planes. Te invitaría a probarlo si no fueras un ente instalado en mi ordenador.

M: ¿Y no te preocupa el medio ambiente?

Alicia: Pffff… no vayas por ahí. Te dejo, estoy ocupada.

M: ¿No querías enseñarme una foto?

Alicia: Seguro que ya la has visto en mi archivo.

Y tiene razón. Es una imagen en la que aparecen dos niños subidos en una bici de esas con ruedas de aprendizaje a los lados. El que va delante, en vez de pedalear, está mirando por el agujero del cucurucho de un helado que lleva en la mano; el que va sentado atrás mira hacia el suelo donde está caída la bola que le falta al primero. Es simpática, pero me sigue gustando más la primera.

Capítulo 18

Alicia

Últimamente, me he sorprendido evitando a mi jefa. No quiero darle nuevos motivos para no renovar mi contrato, prefiero pasar inadvertida. Alberto me contó que habló con ella sobre mí y no le parece que me tenga en el punto de mira. Sin embargo, aunque han vuelto a incluirme en las reuniones importantes de planificación, noto cierta tirantez. Aunque no sé si serán imaginaciones mías, que estoy paranoica.

Desde la cena con Fran y mi hermana, ha cambiado mi percepción de Alberto. No me parece tan capullo como creía, y estuvo muy divertido en la velada. Elena opina que ha cambiado mi opinión sobre él porque ha dejado de insinuarse de forma tan directa, y que ahora echo de menos que lo haga. No creo que vaya por ahí mi juicio hacia él. Tal vez fue el hacker quien influyó negativamente en mi criterio por el asunto de las fotos.

—Hola, Ali. —Es Fran, al otro lado de la línea—. Te llamo porque al final no puedo acompañarte a la sesión, me ha surgido un imprevisto.

—¿Lo dejamos para otro día?

—Si no puedes recurrir a otro modelo masculino… sí.

—Mejor que tú no tengo. Cuando estuviste en Nueva York lo intenté con Ricky y fue un desastre. Le daba vergüenza posar, me hacía mil preguntas, intentaba modificar mis ideas… Incluso con mis primos pequeños obtengo mejores resultados.

—¿Y qué me dices de ese compañero de trabajo?

—¿Alberto? No me atrevo a pedirle algo así.

—¿Por qué no? Es fotógrafo, se pondrá en tu lugar y no te hará mil preguntas como el otro.

—Pero no tengo confianza para pedírselo, podría pensar… algo raro.

—Oye, ¿te gusta ese tío?

—¡Qué dices! ¡Noooo!

—Pues a mí me dio esa impresión, y no me trago el rollo que me

soltaste después. Ni tampoco lo del hacker.

—Bueno, pues piensa lo que quieras.

—¿Vas a enfadarte ahora? Eres como una cría.

—Estoy cansada de que siempre digáis que me lo invento todo.

—Todo no, pero admite que tu argumento fue un poco peliculero.

—¡Que te den! —digo antes de colgarle.

Fran y yo nunca nos enfadamos. Tenemos una relación de amistad tan sólida que no me imagino una circunstancia por la que ese lazo pudiera romperse. Nos conocimos cuando yo realizaba unas prácticas en el periódico donde él trabajaba en esa época. Fue amor a primera vista lo nuestro, y quizás por eso duró lo que tardamos en darnos cuenta de que éramos incompatibles como pareja. Creo que no llegó a tres meses nuestra relación. Y eso que yo dejé por él al que hasta ese momento había sido mi novio casi desde el instituto. Fue él quien primero se dio cuenta de que aquello no iba a ningún sitio. Yo era una cría de veintidós años recién cumplidos y me comportaba como si en realidad tuviera dieciséis. Esto lo admito ahora, entonces era el principal motivo de nuestras diferencias, que él se encargaba de sacar a relucir cada vez que discutíamos. Mi defensa era que a él le estaba sentando muy mal acercarse peligrosamente a la treintena.

Cuando decidió cortar la relación, me vi muy perdida y frustrada, no sé si porque sentí que había roto con Javi para nada. ¿Y qué hice? Volver con Javi. Bueno, intentarlo al menos. Él pasó de mí completamente, como cabía esperar. Pero la niñata que era no iba a quedarse tranquila ahí. Así que no paré de insistir hasta que conseguí convencerlo de que había cometido un error imperdonable y que me había dado cuenta de lo idiota que fui dejándole. Y volvimos. Pero la reconquista duró lo que tardé en descubrir que Fran no había tenido nada que ver en mi ruptura con Javi. Simplemente, aquello ya no funcionaba como al principio. Ni siquiera el sexo era lo mismo, precisamente eso era mejor con Fran. No me quedó otra opción que volver a formar parte de la lista negra de mi ex, que hoy día me tiene hasta bloqueada en sus redes sociales. Es mi hermana quien me va manteniendo informada de su vida y de sus éxitos profesionales, como si acaso me importara.

Fue un año más tarde de la ruptura cuando recibí una invitación de cumpleaños de Fran. Era por su treinta cumpleaños y me decía que necesitaba apoyo moral para enfrentarse a esa nueva etapa de su vida de alguien que siempre le ponía los pies en el suelo. La fiesta se celebraba en su casa y me presentó a gente del mundillo del periodismo, aunque él sabía que no iban por ahí mis inquietudes laborales. También conocí a Raquel, su novia por aquel entonces. Era publicista y algo marisabidilla, para mi gusto, rozando lo pedante. Salieron un par de años, y es con la que más tiempo ha durado.

Desde aquella fiesta no hemos vuelto a distanciarnos. Quizás ese primer año, tras la ruptura, sí fue necesario para ponernos en perspectiva y darnos cuenta de que sí somos importantes el uno para el otro, pero no de la forma en la que lo enfocamos cuando nos conocimos. Y no hemos vuelto a cruzar esa línea.

***

Días más tarde, me cruzo con Mario en la puerta de la revista. He salido a almorzar, pero justo antes de llegar al restaurante me he dado cuenta de que me había dejado la cámara en la oficina y tenía intención de ir a revelar las fotos que hice con Alberto.

—¡Hola! —me dice muy simpático, como si se alegrara de verme. Lo cierto es que no habíamos vuelto a vernos desde que fue a la cafetería con aquella mujer tan seca que me miraba como si quisiera desintegrarme. Pero como ya no tengo que ayudar a mi hermana, apenas piso su negocio.

—¿Por qué te encuentro en todas partes? —le pregunto, por decir algo.

—Eso mismo podría decirte yo.

—Pues no —respondo, aunque intento sonreír para que no suene seco—. Eres tú quien invade mi territorio, trabajo aquí.

—Y sabes, perfectamente, que tengo amistades aquí también.

—¿Y qué me dices de la cafetería de mi hermana? ¿Allí también las tienes?

—Bueno, eso sí fue una coincidencia —afirma riendo.

—¿Subes?

—No, en realidad esperaba a alguien. Pero… al final se ha cancelado —responde, medio titubeando—. ¿Y tú? ¿Vienes a estas horas a trabajar?

—En realidad, salía a comer. Pero he olvidado mi cámara y me he dado cuenta de camino al restaurante.

—¿Y vas a comer por la zona?

—Pues sí.

—¿Te parece bien que te acompañe?

Me quedo callada por unos segundos, analizando su pregunta.

—¿A comer conmigo? —pregunto extrañada.

—Claro, ¿a qué otra cosa si no? —afirma riendo.

—Vale —respondo, no sé si convencida del todo. Lo cierto es que sigue pareciéndome extraño que sea amigo del actor del reportaje en el que está implicado otro conocido suyo, y también que aparecieran aquel día en la cafetería así por casualidad. Aunque quizás sea una buena oportunidad para sacar información sobre esa extraña coincidencia—. Voy a buscar mi cámara y bajo.

—Bien, te espero aquí.

Ya arriba, me cruzo con Alberto que sale del despacho del director creativo, parece algo cabreado por sus gestos. Pensaba que seguía de viaje en Mallorca por un reportaje que se traía entre manos. Se para un momento a hablar conmigo de camino a su mesa.

—¿Ya has salido a comer? —me pregunta, esbozando una amplia sonrisa al verme. Hoy resalta aún más el azul de sus ojos porque su piel ha cogido un bonito tono bronceado. Se ve que le ha cundido el viaje a la isla.

—No, voy ahora. ¿Te apuntas?

Al final le pedí que me hiciera de modelo para unas tomas que necesitaba, fue unos días antes de marcharse a realizar ese reportaje. Se mostró reticente al principio, pero se convenció al saber que solo se trataba de un perfil masculino a contraluz, donde solo destacaría el fondo y nadie lo identificaría.

—Imposible —responde a mi invitación—, acabo de llegar del viaje y estoy hasta arriba de trabajo. Otro día, ¿vale?

—Claro.

Su actitud hacia mí ha cambiado notablemente desde aquella cena con mi hermana y Fran. Quizás conocerlo le sirvió de freno y me ha descartado como posible rollo de oficina, o puede que ya tenga otro objetivo a la vista. El caso es que ahora me resulta más cómoda la relación entre nosotros.

Se despide con un guiño, y yo me acerco a mi mesa para buscar la cámara. Pero no la veo por ningún sitio. En ese momento recuerdo que la llevaba colgada cuando fui al servicio antes de bajar a almorzar. Me dirijo allí, acelerando el paso, y al girar el picaporte me doy cuenta de que está ocupado. Escucho una conversación tras la puerta: «… Vale, me haces un gran favor. Y siento haberte hecho venir para nada, es que ni he tenido tiempo de llamarte para cancelarlo. Se han retrasado los representantes de una campaña publicitaria y me han desorganizado toda la agenda del día… Claro, nos vemos esta tarde… Sí, sí…». Es la inconfundible voz de Julia. Me debato entre esperar en la puerta o volver a mi mesa y recogerla cuando haya salido. Pero al final me quedo en el pasillo. Suena el secador de manos y al ratito abre, lleva la funda de mi cámara cogida del asa.

—¿Esto es tuyo?

—Sí, gracias. —Me la entrega—. Justo venía a buscarla.

—No te he visto en la reunión de esta mañana —dice, mientras caminamos por el pasillo que nos separa de la oficina. Va muy elegante, como siempre, con un vestido negro con algunos detalles en blanco que se le adapta a la figura como hecho a medida, y unos taconazos de aguja con los que me saca media cabeza de altura. Yo no puedo permitirme venir así a trabajar, a veces incluso tengo que

tirarme al suelo para algunas tomas y siempre opto por vestir cómoda.

—Me llamó Diego anoche para pedirme que adelantara la sesión de *Clones de la moda*, la quería en exteriores y hoy era favorable el tiempo.

Diego es el director creativo. No están muy compenetrados que digamos, incluso se rumorea que aspiraba al puesto de ella.

—Ah, pues no me ha dicho nada. Aunque, bueno, hemos tenido una mañana de locos. —Se aleja hacia su despacho, sin despedirse ni nada, y yo me dirijo a la salida.

Encuentro a Mario apoyado en la pared junto a la puerta de entrada, en ese momento me doy cuenta de que lo había olvidado por completo. Mi cabeza no rige bien últimamente.

—Bueno, ¿y dónde vas a llevarme? —suelta, cuando vamos caminando por la acera.

—Pues no te hagas demasiadas ilusiones con el sitio, aunque por aquí es de lo mejorcito para comer de menú.

—¿No te gusta el de enfrente? He comido un par de veces ahí.

—¿Y no te parece que está sobrevalorado? Encima de caro… Solo he ido una vez en realidad, pero no me convenció lo que pedí.

—A lo mejor no elegiste bien.

—Puede ser —termino aceptando—. Por cierto, ¿también trabajas por aquí? —se me ocurre preguntarle. Me resulta curioso encontrármelo tan a menudo.

—A unos veinte minutos andando.

—Pues debe de gustarte mucho ese sitio para venir a comer caminando.

Se ríe.

—Solo era una referencia de la distancia. He venido en moto.

Seguimos caminando durante un rato en silencio, no tenemos suficiente confianza como para entablar conversación. Me temo que la comida se nos va a hacer larga. En la discoteca nos resultó más fácil, quizás por el ambiente, era otro rollo completamente distinto.

—¿Está muy lejos ese sitio? —pregunta, cuando ya hemos dado la vuelta al edificio donde está la revista.

—No, solo a dos calles —le informo.

No conseguimos mesa, creo que me he retrasado demasiado con el asunto de la cámara y es hora punta para comer. Se le ocurre que vayamos a un restaurante cerca de su trabajo y donde siempre le hacen un hueco porque conoce al dueño; aunque llama primero para asegurarse. Volvemos al punto de partida para buscar su moto, que la había dejado aparcada en la puerta de Fashionist, y nos plantamos en pocos minutos en el sitio que ha mencionado. A simple vista no parece gran cosa. Pero debo reconocer que tanto la atención del personal como la comida son exquisitas.

—¿Cuánto tiempo tienes para almorzar?

—No tengo un tiempo determinado —respondo—, mi trabajo va un poco a lo loco en cuestión de horarios. Tan pronto estoy ociosa, que es el caso de hoy, solo he tenido lío por la mañana y me he dado un buen madrugón; como llega otro día en el que se me complica todo y aparezco en casa a las tantas de la madrugada del día siguiente y sin apenas haber comido. Esto suele coincidir con las semanas de la moda, es más puntual.

—Pensaba que hoy había sido un día de esos locos, como me han cancelado la cita que tenía programada.

—Bueno, cada departamento tiene sus propias batallas. ¿Con quién habías quedado?

—Con Julia.

—Sí, bueno, ella es un caso aparte, está metida en todas a la vez.

—Ya imagino —dice, pensativo.

Nos han traído el primer plato enseguida, y empezamos a comer sin mucho más que añadir. Parece algo inquieto con la situación, me observa y enseguida se centra en su plato, como si tratara de encontrar algún tema de conversación que no termina de salir.

—¿Y cómo va aquel asunto que me comentaste de un hacker que se había colado en tu ordenador?

—En realidad… me lo inventé.

Siento cortarle el hilo que finalmente ha encontrado del que tirar para entablar conversación, pero prefiero no jugármela y que le comente algo a Julia. Tampoco puedo fiarme de él solo porque nos hayamos visto cuatro o cinco veces. Y puede que ella le haya citado en Fashioinist para contratar un nuevo informático para la revista, hace tiempo que no veo al del bigotillo por la oficina.

—Ya me parecía extraño —afirma riendo—. Aunque por un momento conseguiste convencerme.

—Mientes fatal —le digo.

—Pues a ti se te da de miedo.

—Si fuera así, te lo habrías tragado desde el principio.

Durante unos minutos permanecemos callados de nuevo, cada uno centrado en sus cosas y en la comida. Lo cierto es que resulta extraño comer con un completo desconocido sin un tema de conversación sólido.

—Y cuéntame, ¿qué clase de negocios te traes con la revista? —me lanzo yo esta vez a preguntarle.

—Es confidencial —responde sin más.

—Entonces, supongo que tiene que ver con tu amigo el italiano. —Me mira con suspicacia—. A ver, pongamos las cartas sobre la mesa: los dos sabemos que hay unas fotos suyas que salieron a la luz de una forma poco limpia, y también que el autor de esas mismas fotos es

alguien que conoces, ¿verdad? —Afirma con la cabeza—. Y que desaparecieron, supuestamente, de su ordenador.

—¿Supuestamente?

—Bueno, sí…, esa es la versión de Alberto —respondo, extrañada —. ¿No lo habéis hablado entre vosotros?

—En realidad, no. Solo con Julia.

Dejan sobre nuestra mesa el segundo plato, merluza rebozada y ensalada de guarnición. He decidido pedir lo mismo, ya que él conocía el sitio y lo ha pedido sin titubear. Y no soy delicada para comer, me suele gustar todo.

—¿Y ella te ha pedido que analices el sistema informático de la revista?

—No —responde, tajante—. Pero si así fuera, tampoco podría decírtelo porque sería confidencial.

—¿Te contrató el actor para averiguar lo de las fotos? —Me mira intrigado y se entretiene en pensar muy bien su respuesta.

—No me ha contratado nadie. —Tras decirlo, se concentra en retirar todo el rebozado del pescado. «¿Por qué lo ha pedido así entonces?»—. Mi relación con la revista no es laboral.

—¿No es laboral pero sí confidencial? No tiene sentido.

—¿A dónde quieres ir a parar con este interrogatorio?

—Es que me intriga que aparecierais en la cafetería de mi hermana así sin más.

—Pasábamos por allí, nos pareció un sitio discreto y entramos. Fue algo fortuito.

—¿Y de dónde veníais?

—¿En serio? —Sonríe al decirlo—. ¿Quieres que te detalle nuestro itinerario de aquel día?

—No, no hace falta. —«No sé por qué, pero me da la sensación de que no está siendo del todo sincero»-—. ¿Y dónde está él?

—Pues… ni idea. No soy su niñero —se desquita, y decido no insistir.

Al ratito, deja sus cubiertos en el plato y da su almuerzo por terminado.

—¿Qué vas a pedir de postre? —me pregunta.

—Nada, solo un té. —Consulto la hora en la pantalla del teléfono que acabo de sacar de mi bolso—. Aunque tengo que irme enseguida.

—Pero ¿no habías dicho antes que no tienes horario de almuerzo?

—Es que he alquilado una sesión de revelado y me pilla un poco lejos de aquí.

—¿Quieres que te acerque en la moto?

—¿Tú tampoco tienes hora de vuelta al trabajo?

—Ni siquiera tengo que volver.

—Pues entonces me viene genial que me lleves.

—Solo con una condición.

—¿Cuál?

—¿Puedo ver en qué consiste una sesión de revelado? Tengo curiosidad.

—Solo si prometes no toquetearlo todo.

Capítulo 19

Mario

Llegamos al laboratorio y saluda a un tipo de aspecto desaliñado y edad indeterminada, de esos que parecen muy jóvenes para haber entrado en los treinta, que le entrega una llave sin perder la concentración en algo que escribe en su ordenador. Ella va directa a la sala que habitualmente utiliza, según me ha contado por el pasillo.

De todas las cosas que imaginaba de Alicia, ninguna coincidía con que fuera una persona sistemática y cuadriculada a la hora de trabajar. Quizás por el caos que encontré en sus archivos del portátil, a diferencia de su hermana que tiene sus carpetas escrupulosamente organizadas y casi rozando el TOC. En cambio, ella solo guarda cierto orden en la carpeta donde archiva sus trabajos particulares, que los va enumerando. Fuera de ahí, acumula en un mismo espacio informes personales con los laborales, archivos con retoques a medio hacer o trabajos entregados o descartados y mezclados con capturas de pantalla, recortes, fotos familiares bajadas de la nube de su teléfono… Sin embargo, en el laboratorio puedo observar lo contrario; es metódica, y todo su proceso lleva un orden acompañado de su lógica.

A simple vista, la sala parece una cocina al uso. Tiene una encimera en la pared de enfrente con su fregadero, armarios y cajones de donde va sacando cubetas, vasos medidores, pinzas y utensilios varios. Va contándome por encima para qué sirve cada cosa mientras se pone una bata de laboratorio y me pasa otra de un perchero. Observo la prenda con desconfianza, tiene unas manchas amarillas de dudosa procedencia.

—Está limpia, aunque no lo parezca. Pero evitará que eso mismo le ocurra a tu ropa. —Termino aceptándola, y noto que me tira un poco de los hombros—. Es fácil rozarse con la mesa y que hayan caído gotas de los químicos al pasar las fotos de una bandeja a otra. Más vale prevenir —insiste, abotonándose la suya.

En una esquina de la sala hay una especie de cabina tapada con una cortina negra que arrastra. En apariencia es semejante al probador de una tienda de ropa. Me explica que dentro está la máquina que

hace la magia, que ya lo iré viendo a su debido tiempo. Ahora está vertiendo un producto químico en una probeta y mezclándolo en un bote con otra medida de agua. Repite la acción con otros líquidos más. Cuando todo está listo, anuncia que ha llegado la hora de apagar las luces y nos quedamos casi en penumbra. Solo un par de lámparas rojas iluminan la sala. Saca de su cámara un carrete y de otro armario el mismo recipiente opaco que utilizó en su casa, o uno idéntico.

—Ahora tengo que meterme en el cuarto oscuro para cargarlo en el tanque —me informa, refiriéndose al carrete.

—Suena muy pornográfico eso del cuarto oscuro —añado riendo.

—Si me pagaran un euro cada vez que os escucho decir eso…

—¿Os escucho? ¿Sueles traer aquí a tus ligues?

—Pues no, en realidad eres el primero.

—¿Es que me tomas por un ligue? —pregunto con sorna.

—Me refería a que nunca traigo a nadie. Bueno, a mi hermana una vez. Pero tuve que echarla por plasta.

—¿Y a tu novio tampoco? —le pregunto algo extrañado cuando ya ha entrado al cuarto oscuro. Enseguida asoma la cabeza, ha dejado la cortina abierta.

—No creo haberte dicho que lo tenga.

—Bueno… ha sido por decir algo.

Me acerco a la cabina y me quedo observando lo que hace desde fuera, está iluminada también por una luz roja.

—¿Intentabas sonsacármelo? —Ahora me mira con picardía.

—Sí… más o menos —decido seguirle el juego.

—No tengo —suelta, la mentirosa, desmontando ese envase negro con tapa roja que ella llama tanque. Ha sacado de él un cilindro con dos bobinas de plástico.

—Pues pensaba que sí.

—¿Por qué? —se extraña.

—Tienes pinta de tener novio.

—¿En qué tengo pinta? —pregunta, y se le escapa una sonrisa.

—Déjalo, solo era una suposición.

—Bueno, voy a cargar el carrete. —Sujeta la cortina con intención de cerrarla—. No toques nada ahí fuera, ¿vale?

—Ah, pero ¿no entro contigo?

—¿Para qué?

—Para ver cómo lo cargas.

—Es que no vas a poder ver nada, se carga sin luz. Ahora la tengo encendida para colocarlo todo en la mesa y tenerlo a mano.

Veo la máquina a la que se refería. Imaginaba algo diferente, pero es una especie de columna con un aparato anclado a una guía vertical y que enfoca a un tablero sobre la mesa.

—¿Y no me lo vas a explicar tampoco?

—Pues desenrollo la película del carrete y la enrosco en esta espiral. —Se refiere a una de las bobinas.

—¿Y la otra?

—En la otra nada porque solo tengo un carrete hoy.

—¿Y vas a hacerlo a oscuras completamente?

—Sí, claro, con luz se velaría.

—¡Qué difícil!

—No lo es en realidad. Solo es necesaria un poco de práctica —añade, sujetando el extremo de la cortina—. Bueno, cierro ya. Lo demás lo haré fuera y podrás verlo —dice antes de desaparecer.

A los pocos segundos saca la cabeza de nuevo.

—¿Me vas contando algo mientras lo cargo?

En ese momento recuerdo la llamada a su hermana, mientras hacía esta misma operación en el baño de su casa, y me doy cuenta enseguida de que quiere utilizarme también por su miedo a la oscuridad. Me río por dentro.

—¿Qué te cuento? —pregunto desde el otro lado, pegándome bien a la cortina.

He escuchado el clic del interruptor de la luz, acaba de quedarse completamente a oscuras ahí dentro.

—No sé, lo que quieras.

—¿Te gusta el cine?

—Claro, ¿es que piensas invitarme? —Lo dice en tono burlón.

—Iba a contarte que este fin de semana fui a ver una película que te recomiendo. ¡Menudo acojone de historia! Es buenísima. Va de un tipo que se suicida y en el…

—… ¡No me la cuentes! —me corta enseguida—. Odio que me destripen los argumentos. Bastante tenemos con la escabechina que hacen a veces con el tráiler para atraparnos.

—No, si solo voy a contarte un poco y sin *spoiler*. Ya verás. Es de las más terroríficas que he visto.

—Prefiero que no lo hagas.

—¿Te da miedo?

—No. ¡Claro que no! —responde a la defensiva.

—Te da miedo —afirmo riendo.

—No es eso —sigue negando—. Pero necesito concentrarme en lo que estoy haciendo y me estás distrayendo.

—Vale, entonces me callo para que no te distraigas.

Me quedo en absoluto silencio.

—¡No! Sigue hablando.

Intento aguantar la risa porque se me está ocurriendo meter la mano por la cortina y asustarla.

—¿Mario? —Noto el miedo en su voz—. ¿Sigues ahí?

Me he reído un poco.

—¡No tiene ninguna gracia! —Suena enfadada—. ¡Mario!

Se oye un ruido de algo que se le ha caído.

—¡Joder! ¡¿Y ahora dónde está el tanque?!

Noto que ha rodado hacia mis pies, justo rozando la cortina. Meto la mano por debajo y lo saco con cuidado de no levantarla. Ahora está tanteando a través de la tela.

—¿Qué ha sido eso? ¿Me has tocado tú?

Termino riéndome a carcajadas.

—¡Deja de hacer el idiota! Me vas a obligar a encender la luz y perderé todo el trabajo.

—Tengo tu tanque. ¿Te lo paso?

—¡No! Espera que cierre de nuevo la tapa del carrete y entras conmigo.

—¿Estás segura?

—Sí, prefiero tenerte aquí vigilado. —Resopla con fastidio—. Ya puedes pasar.

Entro riéndome, no sé por qué me hace tanta gracia que esté tan acojonada y quizás molesta.

—Joder, no se ve nada aquí dentro.

—¿Y por qué crees que lo llamamos el cuarto oscuro? Ahora me arrepiento de haberte traído.

—Perdona, es que no he podido resistirme —me defiendo—. ¿Dónde dejo el tanque?

—No lo sueltes —responde enseguida—. Ahora me lo pasas cuando te lo pida. —Suena como si estuviera enroscando algo—. Ya estoy cargando la película en la espiral.

—¿Por qué no admites que te da miedo la oscuridad?

—No es la oscuridad. Lo que me da miedo es… pensar en el miedo.

—¿Qué?

—Bueno, yo me entiendo.

Noto su mano palpando en mi dirección buscando el tanque, pero en vez de dárselo lo voy alejando.

—¿A qué coño juegas? —protesta—. ¿Vas a dármelo o qué?

—¿Es que no sabes pedirlo?

—Por favor, hombre desconocido que no he debido traer al laboratorio, ¿me pasas el tanque de una puñetera vez? —Lo dice con voz simpática, señal de que no está cabreada realmente.

Se lo entrego y oigo que lo abre para meter dentro la otra pieza. A los pocos segundos enciende la luz roja.

—¡Listo! —anuncia, sonriente, y sale de la cabina dejándome allí plantado.

Cuando me uno a ella está desenroscando una tapa para verter un líquido dentro, es una de las mezclas que hizo antes.

—He olvidado poner música, como estabas tú se me ha pasado. ¿Tienes Spotify? —Afirmo con la cabeza—. Genial, porque yo tengo muy poca batería. Pero luego mete el teléfono en esa bolsa estanca que está ahí colgada, por si te llaman y se ilumina la pantalla —me explica, mientras va oscilando de un lado a otro el envase—. Ahora no importa, no hay material fotosensible en la sala.

—Veo que lo tienes todo bien calculado —opino, sacando mi teléfono del bolsillo del pantalón. Decido poner la lista de reproducción *Descubrimiento semanal* que me ofrece Spotify.

—He aprendido a base de errores de ese tipo. Incluso una vez, en el cuarto oscuro, encendí la linterna del teléfono para buscar la tapa del tanque, que se me había caído, ¿te lo puedes creer? —Se ríe al contarlo—. Imperdonable.

—¿Y cuánto falta para la magia?

—La paciencia no es tu fuerte, por lo que veo.

Lo cierto es que voy justo de tiempo. Julia me ha prometido que hoy saldría antes para compensar lo de haberme dejado plantado en la comida y sin avisarme.

—¿Cuánto tiempo te tiras aquí cuando vienes?

—Una sesión son dos horas. Pero se enrollan si no hay nadie después, y suelo quedarme más casi siempre.

No sé si ha sido buena idea elegir una lista ofrecida por Spotify, a saber qué va a pensar sobre mi supuesto gusto musical. Ahora está sonando una canción de Bon Jovi, *This ain´t a love song*.

—Siento haberte asustado antes, no sé por qué lo he hecho.

—He estado a esto de encender la luz. —Me indica una pequeña distancia entre sus dedos pulgar e índice.

—Pues al principio pensaba meterme a hurtadillas en la cabina bajo la máquina esa y agarrarte del tobillo.

—Llegas a hacerme eso y no sé lo que habría pasado, supongo que muerte por infarto. No vuelvas ni a pensarlo.

—No creo que vayas a invitarme más —afirmo riendo.

—De eso puedes estar seguro.

Me va explicando el proceso que está haciendo para revelar la película. Cuando termina con el último baño, como lo llama ella, saca la tira y la cuelga en un armario transparente. Dice que es una secadora, nada que ver con el proceso rudimentario de la barra de la cortina de su bañera.

Mientras se secan los negativos, va colocando unas bandejas rectangulares y de diferente color a lo largo de una mesa central, y las va rellenando con nuevos productos químicos que ha ido mezclado con agua previamente.

—¿Cómo conociste al actor italiano? —me pregunta en un momento dado, mientras observamos las imágenes resultantes de la

película sobre una lámpara de mesa. Ha cortado la tira en otras más pequeñas de seis fotogramas.

—Era vecino de mis abuelos, que vivían en un pueblo del norte de Italia. Solía pasar allí los veranos mientras mis padres trabajaban. En cuanto nos daban las vacaciones, me enviaban con ellos.

—¿Eres italiano?

—En parte sí, mi madre lo es.

—¿Y sois amigos desde entonces? —Afirmo con la cabeza, con la mirada puesta en los negativos aumentados por un visor con lupa que me ha pasado—. Yo no conservo ninguna amiga de la infancia. Mi padre es guardia civil y la verdad es que nos hemos movido mucho, sobre todo cuando éramos pequeñas, hasta que aterrizamos aquí definitivamente. ¿Tú tienes hermanos?

—No. Lo más parecido han sido mis primos, aunque casi todos viven en Italia, y también Leo que vivía en nuestra calle y se tiraba el día metido en nuestra casa o yo en la suya.

—¿Qué ha pasado con su relación? ¿Es cierto lo que dicen en la prensa?

—¿No decías que no estabas al tanto de las noticias del corazón?

—¿Eso dije? —Se ríe—. Bueno, tampoco soy de ir contando mi vida a desconocidos —añade, un poco a la defensiva.

—Eres más de inventarla, ¿no?

—Bueno, primero vamos a hacer una hoja de contactos —dice, ignorando mi comentario—. Y ya irás viendo cómo se hace la magia.

Entramos en la cabina y me explica, grosso modo, el funcionamiento de la ampliadora, que así se llama la máquina, y también que hará primero unas tiras de prueba para calcular el tiempo de exposición. Cuando ya lo tiene resuelto, pone un papel completo y lo lleva a las cubetas con los líquidos de antes. Aparecen todos los negativos impresos en pequeñito.

—¿Cómo sabes cuándo tienes que pasarlas de una bandeja a otra?

—Antes lo calculaba, ahora lo voy haciendo a ojo. Supongo que es como cocinar.

—Cuando en alguna película he viso una escena de revelado, no imaginaba que olería así aquí dentro.

—¿Ah, no? —pregunta, en tono divertido—. Pues ya ni me doy cuenta del olor a químicos.

—¿Siempre has querido dedicarte a esto?

—En realidad, no. Fue de rebote. Quería ser guitarrista en un grupo de rock. —Sonríe al decirlo, no sé si se lo estará inventando.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, de adolescente ese era mi sueño. Bueno, en realidad, me hubiera gustado ser la cantante del grupo. Pero era pésima y me relegaron. —Por el tono parece que sea verdad, pero como es tan

mentirosa… ya no sé si creer algo de lo que suelta—. Sí, tenía un grupo. Así que borra esa cara de desconfianza.

—No es eso, solo me ha sorprendido —me justifico—. Entonces, ¿se te daba mejor la guitarra que cantar?

—¡Qué va! No tengo oído musical ni constancia. Me apuntaron a clases particulares, porque me empeciné, pero no pudieron sacar nada de mí —afirma riendo—. Aun así, montamos un grupo de rock y lo pasamos pipa organizando una gira mental que duró todo un curso del instituto. Aunque del grupo solo guardo el recuerdo y las camisetas que fabricamos.

—¿Cómo se llamaba?

—No quieras saberlo. —Sonríe mientras saca la foto que estaba revelando ahora y la sujeta en el aire un momento con las pinzas mientras gotea—. ¿Y tú? ¿Siempre quisiste ser ciberseguridad?

—¿Por qué tengo la impresión de que lo dices como si fuera algo negativo?

—No. Negativo, no. Solo es algo desconocido para mí —aclara.

Cuelga la foto en una especie de parrilla que cae del techo y que está ubicada sobre la mesa de trabajo.

—Me llevo fatal con la tecnología —confiesa.

—Ya lo veo —digo, mirando la imagen que ha dejado frente a nosotros mientras se seca—, y para muestra un botón. Es tu hermana, ¿verdad?

—Se la robé el otro día cuando tomaba el sol en la terraza.

—¿Está tomando el sol? —pregunto, extrañado—. Parece la típica figura del mejicano durmiendo una siesta sentado con el sombrero tapándole media cara.

—¿Verdad? Es que está obsesionada con las manchas solares y se pone así a tomarlo. Bueno, y que nuestra terraza es minúscula —afirma, divertida.

—¿Y cómo reaccionará cuando vea la foto robada?

—Si se ve favorecida, no dice nada. En el caso contrario, intentaría destruirla.

Se mete de nuevo en la cabina y regresa con otro papel en blanco que introduce en la primera cubeta, a los pocos segundos va apareciendo la imagen. En este caso es una silueta masculina de perfil.

—¿Ese es quien creo que es?

Me pregunto cuándo habrán ido a hacer esas fotos. Veo que sigue empeñada en hacerse amiga de él para que confíe en ella y se delate. Aunque estoy convencido de que no le va a salir bien la jugada, es más listo de lo que imagina.

—Lo que veas en este laboratorio, se queda en este laboratorio. *Capisci?*

—Capito, piccola tiranna!

—¡Joder, tienes acento italiano! —Me mira como si acabara de hacer un descubrimiento—. ¿Qué más sabes decir?

—¿En serio? —Me río de su ocurrencia.

—Bueno, claro, eres medio italiano. No sé por qué me sorprendo. Por cierto, no he vuelto a ver a tu amigo, ¿ya no vais a la cafetería?

—Eres tú quien ya no va.

—Sí, eso es verdad —reconoce, y se ríe. Acaba de cambiar la foto a la segunda bandeja, es la que dice que frena el proceso del revelado —. Normalmente voy para echar una mano a mi hermana cuando se le descabala el cuadrante por alguna emergencia.

—Tiene suerte.

—¿Verdad? Díselo la próxima vez que la veas —me pide, visiblemente animada—. A todas horas se queja de que me aprovecho en casa porque siempre cocina ella. Yo soy un cero en fogones, la verdad —lo expresa en un tono simpático de confidencialidad.

—¿Más que en guitarra?

Se parte de risa.

—Joder, tenías que haber visto el primer y único ensayo del grupo. Creo que nos disolvimos tras ver la grabación que nos hizo el padre de uno de los miembros.

—No me digas que hay grabación.

Empiezo a creer que no era un farol.

—Sí, pero jamás verá la luz. Suerte que no había YouTube en aquella época, o al menos nosotros no éramos conscientes de su existencia —afirma riendo—. Es que creo que nos habríamos atrevido con un directo así en plan kamikazes. Aunque sí nos abrimos una cuenta en Myspace.

—Pagaría por ver esa actuación. Ponle un precio.

—¡Qué dices! ¡Ni loca!

—¿Tu hermana sabe dónde guardas esa grabación?

—Ni se te ocurra mencionarle a Elena su existencia.

—¿No lo sabe?

—Ni nadie que esté fuera del grupo.

—Te lo has inventado, ¿verdad?

—¿Por qué piensas que me lo invento todo? —pregunta, haciéndose la ofendida—. ¿Solo porque te solté aquella mentirijilla del hacker?

—No sé… me parece raro que no se lo hayas contado a nadie excepto a mí. ¿Me he convertido de pronto en tu confidente?

—Puede ser —responde, mirándome de un modo cómplice.

Ahora no sé qué responder.

—¿Por qué estás imprimiendo tantas fotos iguales? —Estoy revisando todas las que están colgadas secándose.

—Imprimiendo, dice… —Se ríe—. Y no son iguales. —Se acerca a

observarlas conmigo—. Mira, ¿ves? En esta he borrado la planta esa del fondo que le quitaba protagonismo al sombrero de Elena.

—¿Y cómo la has quitado?

—Jugando con la luz de la ampliadora.

—Eso no me lo has enseñado.

—Sí lo has visto —responde, extrañada—, cuando tapaba una parte del papel fotográfico. —Simula que lo hace ahora con las manos.

—Ah, ese cartón que movías.

—Claro, para difuminar un poco. Es el Photoshop del laboratorio.

—¿Cómo fue lo de dedicarte a esto?

—Salía con un chico que estaba obsesionado con el cine y el mundillo audiovisual en general, y creo que me entró el gusanillo porque me prestó una cámara réflex para unas vacaciones. Me puse a trastear con las indicaciones que me había dado para usarla y me gustó. También porque planeábamos ir juntos a la misma universidad y estudiar algo de la misma rama favorecía nuestros planes.

—Entonces, no fue algo vocacional —deduzco—. Te dejaste llevar por los gustos de otro.

—Sí, algo así —reconoce sin tapujos—. Aunque a él no le llenaba la fotografía. Pero sí ha ganado algunos premios haciendo cortos.

—¿Seguís juntos?

—No. Y eso ya me lo has preguntado —añade, poniendo una sonrisa sospechosa. No puedo creerme que sea tan mentirosa. Apuesto a que todo lo que ha dicho se lo ha inventado—. ¿Y tú?

—¿Yo qué? —pregunto.

—¿Cómo te metiste en el mundo de la vigilancia tecnológica?

—Lo mío sí fue vocacional. Era lo que quería estudiar y fui a por ello.

—¿Siempre? —Pone un gesto de extrañeza al preguntarlo—. No imagino a un niño tumbado en su cama y soñando con ser *cibersegurata*.

—Acabarás inventando una profesión a este paso…

—Di la verdad —me exige—. Seguro que tienes un pasado oscuro como yo con la música.

—Siempre que no te hayas inventado el tuyo, claro.

—¿Por qué iba a inventarme algo así? —Se ríe.

—No sé, tengo la sensación de que mientes más que hablas.

—Tú no habrás charlado con mi hermana sobre mí, ¿verdad?

—No, pero esa frase lo confirma todo.

—Por cierto, tienes una lista de reproducción muy variopinta —«dice la que tan pronto está saltando al ritmo de Rosendo como canturreando una canción melosa de Pablo Alborán…»—. ¿Has puesto tu listado de favoritas?

—No, son las que pone Spotify por su cuenta.

—Por su cuenta no las pone, utiliza tus gustos musicales para ofrecértelas —afirma riendo—. Pero esta me gusta. Luego me la pasas.

Está sonando una canción que dice «soy fan de ti» en su letra, ni idea de quién la canta.

Capítulo 20

Alicia

Salimos del laboratorio a eso de las ocho de la tarde. La verdad es que al principio fui reticente a que Mario me acompañara, pero reconozco que ha sido divertido. Me ha recordado a la época de mis inicios, cuando estudiaba y trabajábamos en equipo. Han pasado por mi mente una lluvia de recuerdos que he compartido con él cuando hemos conseguido romper el hielo inicial.

Normalmente, soy poco sociable. Mi hermana afirma que ella se llevó toda la herencia de la simpatía en nuestros genes. En realidad, no es que me caiga mal la gente así de primeras y me cierre, con los años he descubierto que puede ser cierto grado de timidez y que tiendo a camuflarla manteniendo esa distancia con mi entorno. Sin embargo, una vez que me abro, suelo ser bastante payasa y extrovertida. Pero con Mario me está costando llegar a ese punto. Hay algo en él que me desconcierta. Es como si fuera un paso por delante de mí, no sé cómo explicarlo… De alguna manera intuye por dónde voy a salir. Y eso me ha hecho pensar de nuevo en que podría ser el hacker. Aunque parezca del todo imposible, si me remito al momento en el que se presentó en la cafetería con aquella mujer mientras nos escribíamos. A no ser que, cuando dijo que trabajaba para una empresa de inteligencia artificial, deba tomármelo al pie de la letra y sea capaz de duplicarse física y virtualmente. Por si acaso, voy a mantenerme alerta. Y no pienso comentar mis sospechas con nadie, y menos aún con él.

—¿Quieres que te acerque a algún sitio? —me ofrece ya en la puerta del laboratorio.

—No hace falta, gracias. He quedado con un amigo y me pilla bien el metro.

—Bueno, pues entonces, hasta otro día. Y gracias por invitarme. Ha sido… divertido —afirma, sonriendo—. Nada que ver con imprimir, la verdad.

—Lástima que ya no vayas a volver —confirmo, riéndome.

—Me he quedado con el sitio —apunta, mirando la fachada—.

Puede que otro día me pase por sorpresa y te dé un susto de muerte cuando estés donde ya sabemos.

—Dejaré una foto con tu cara, pegada en la pared de recepción, para que te prohíban la entrada —respondo, mientras me alejo hacia la estación de metro.

He quedado con Fran en la cafetería de Elena. Está un poco tristón porque al final no ha conseguido lo de Nueva York. Suele ser excesivamente optimista y las expectativas después le juegan estos bajones. Luego se queja de mi pesimismo, pero al menos voy blindada de antemano.

Cuando estoy bajando las escaleras del metro, recibo una llamada del laboratorio. Han encontrado un teléfono móvil que sonaba dentro de la bolsa estanca. Decido volver a buscarlo, porque en una hora van a cerrar y no sé si Mario va a darse cuenta antes de que eso ocurra.

***

Llego con veinte minutos de retraso a la cafetería. Suerte que hayamos quedado allí, al menos Fran ha estado en compañía de mi hermana. Parece que ya no lo tiene tan atravesado desde que nos pillaron infraganti a Alberto y a mí, creo que le hizo gracia su implicación y se rieron bastante de mí con la coña de la grabación frustrada. También ambos coinciden en que me he inventado la existencia del hacker. Cualquiera pensaría que me paso la vida mintiendo, y no es cierto. Solo suelto alguna mentirijilla de vez en cuando, como todo el mundo.

—Ya me iba —dice mi amigo nada más verme. Elena le ha indicado que entraba y se han callado enseguida. Estaban hablando de mí, eso seguro—. ¿No habíamos quedado hace media hora? —me recrimina

—Pero me ha surgido un imprevisto —le digo.

—¿El imprevisto se llama Mario? —añade mi hermana, y la miro con curiosidad.

—¿Cómo lo sabes?

—Acaba de llamarme. Por lo visto te has llevado su teléfono y no tenía tu número.

—¿Y cómo sabía el tuyo? —«Acabo de pillarte, señor hacker».

—Porque conoce el nombre de la cafetería. Estoy en Google.

—Ah, claro.

—Ha llamado desde el laboratorio. Viene a buscarlo. Le he dicho que irías de camino. Aunque no estábamos seguros del todo, como no te localizábamos…

—Bueno, yo os dejo —anuncia Fran, acaba de levantarse de uno de los taburetes frente a la barra. No hay nadie más en la cafetería y

mi hermana está limpiando la máquina del café—. Hoy me he saltado el gimnasio y quiero pasarme antes de que cierren.

—Pero ¿entonces para qué narices me has hecho venir? —me quejo—. Podría estar ya en casa revisando mi agenda, por si me han adelantado algo, o cualquier otra cosa productiva en vez de perder el tiempo aquí.

—No pensaba que llegarías tan tarde, llevo esperándote desde las seis, y luego no has cogido el teléfono.

—¿Desde las seis? ¡Tú estás fatal!

En ese momento suena dentro de mi bolso un tono de llamada que no corresponde a mi teléfono, supongo que será el mismo número que ha estado llamando insistentemente durante el trayecto en metro y que ahora se me ocurre que tal vez era el propio Mario desde el laboratorio, pero ni se me ha pasado por la cabeza responder. Lo saco del bolso y compruebo que pone Julia en la pantalla. Lo dejo bocabajo sobre la barra, muy despacio, como temiendo que vaya a activarse la llamada automáticamente por un descuido. Solo me faltaría ahora tenerle que dar explicaciones a mi jefa de por qué el teléfono de su informático está guardado en mi bolso.

Justo entra por la puerta cuando aún no ha parado de sonar el último tono de llamada y va directo a cogerlo, sin pronunciar palabra ni saludar a los allí presentes. Responde, aunque ya debe de haber colgado porque ha separado el aparato de su oreja y va tecleando en su pantalla mientras camina hacia la salida.

Mi hermana está cerrando la caja y Fran ha aprovechado la distracción provocada por el teléfono de Mario para escaquearse sin opción a más réplicas por mi parte. Espero que se le pase pronto la tontería de la frustración y vuelva a ser el de siempre, en vez esta versión taciturna que tengo delante.

—¿Qué te traes entre manos con él? —me pregunta Elena cuando Fran ya se ha marchado. Está haciendo un gesto con la cabeza apuntando hacia la calle donde vemos a Mario hablando por teléfono tras el ventanal junto a su moto.

—Nada.

—Sí, nada… —murmura como para sí misma y con cierto soniquete—. Ha estado contigo en el laboratorio, tu teléfono desconectado toda la tarde…

—… Me he quedado sin batería —la corto.

—Y ahora el suyo aparece en tu bolso… —continúa. Me río como respuesta—. Algo se cocinó la noche que os dejé solos en aquella discoteca.

—Piensa lo que quieras.

—¿Ni siquiera vas a negarlo?

—¿Para qué molestarme? Si nunca crees nada de lo que te digo —

protesto, recogiendo mis cosas que había dejado sobre la barra—. Aunque tampoco pasaría nada de ser así, ¿no?

Mario entra de nuevo y se disculpa por no haber saludado. Mi hermana está terminando de apagar las luces y nos pide con una prisa repentina que salgamos para conectar la alarma.

—Siento habérmelo llevado —me disculpo con él ya en la calle—. Es que pensé que a lo mejor no te dabas cuenta y que te pillaría después cerrado.

—No te preocupes, has hecho muy bien. Gracias. Casi había llegado a casa cuando lo he echado en falta.

—Bueno, yo os dejo solos —interrumpe mi hermana, que acaba de echar la llave a la persiana—. He quedado y no quiero llegar tarde.

—¿Cómo que has quedado? —me extraño—. ¿No vamos juntas a casa?

—Pues no.

—¿Y entonces para qué narices te he esperado?

—¡Eh, las culpas a Fran! —se queja enseguida—. Yo no había hecho planes contigo —dicho esto, la vemos alejarse en dirección contraria a la que hubiésemos tomado para ir a casa.

—¿Quieres que te lleve? —me ofrece Mario sin mirarme, está consultando algo en su teléfono y sujeta el casco con la otra mano.

—No hace falta, gracias. Es línea directa en metro.

—Sidecars —dice, mirando la pantalla antes de subirse a la moto.

—¿Qué?

—El nombre del grupo de esa canción que te gustó antes de mi *playlist*.

—Ah… No lo conocía.

—Yo tampoco.

—Y la canción, ¿cómo se titulaba?

—*Fan de ti*.

—Pues me la apunto. Bueno, hasta la próxima —me despido, caminando hacia la boca del metro.

***

Al día siguiente, descubro que Elena no ha venido a dormir. No es la primera vez que lo hace, aunque sí entre semana. Le envío un mensaje para asegurarme de que se encuentra bien, pero se lo toma fatal.

Elena: ¿Te ha contratado mamá de niñera o qué?

Alicia: No seas antipática, solo estaba preocupada. ¿Es que no trabajas hoy?

Elena: Le he cambiado el turno a Ricky, iré esta tarde.

Hoy tenemos bastante jaleo en el trabajo. Por lo visto, Julia ha

conseguido convencer al actor italiano de que conceda una entrevista a Fashionist. Él ha pedido que sea yo quien le haga las fotos, algo que creo que ha sentado mal a algunos de mis compañeros. Bueno, en realidad a Alberto y a la propia Julia. Ahora piensa que me acerqué a él solo para limpiar mi imagen porque ya tenía pactadas las fotos de esta entrevista con el actor. Ahora gana más fuerza la hipótesis de que fuera yo la artífice del robo.

A la hora del almuerzo busco a Alberto, tengo que hablar con él para explicarle que no ha sido cosa mía. Se ha ido a la mierda todo el trabajo de confianza que ya había ganado, por el dichoso italiano. Acepta a regañadientes. Lo he conseguido porque Julia tenía otros planes en realidad. Aunque dice que no cree que tengamos nada que aclarar.

—¿De qué conoces a Leo Morelli? —pregunta.

Ocupamos la mesa que suele reservar en el restaurante de enfrente a la revista cuando viene a comer con la jefa.

—No lo conozco de nada. Supongo que me habrá elegido porque sabe que las otras fotos eran tuyas, y no creo que tú estuvieras en su top para el reportaje.

—Claro, y no hay más fotógrafos veteranos aquí. Ha elegido justo a la última en llegar —añade, y le da un sorbo al contenido de su vaso después.

—¿Y no puede haberle gustado mi trabajo? —replico a la defensiva—. ¿Tan imposible te resulta?

—Sí, podría ser. Pero también me parece demasiada casualidad.

—No sé qué más puedo hacer para que confíes en mí. —Le miro fijamente, tratando de poner la apariencia más sincera.

—Julia dice que se refirió a ti como si te conociera.

—¿Y acaso piensas que, si yo hubiera robado esas fotos para venderlas a la competencia, él tendría mejor opinión de mí de la que tiene de ti?

—Bueno, en eso llevas razón. Pero lo que yo pienso es que quien me las robó lo hizo por orden del propio interesado.

«Aquí te quería ver, amigo».

—¿Y cómo es posible que pienses eso? —Finjo extrañarme—. Ya quedó claro que el ladrón se las vendió a la competencia. ¿Insinúas que el propio Leo estaba implicado en perjudicarse a así mismo?

—Vale, no lo había visto de ese modo —rectifica—. Lo siento.

Abre la carta que acaban de entregarnos. Si piensa que lo voy a dejar aquí, está muy equivocado.

—¿Hay alguna razón por la que no confíes en mí? —Espero unos segundos para ver si me ofrece una respuesta, pero se ha limitado a negar con la cabeza—. Yo también podría pensar que tú mismo fingiste el robo porque te ofrecieron más pasta en tu antiguo trabajo.

—Ha cerrado la carta y me mira fijamente. Creo que incluso se ha puesto nervioso, lo que me confirma que el hacker tenía razón—. Y, sin embargo, confío ti. No se me ocurriría acusarte así por las buenas.

—Perdóname, Alicia. Tienes toda la razón.

En ese momento veo que entra mi jefa acompañada por Mario y se sorprende también al verme allí. Ambos lo hacen en realidad. Claro, ahora que lo recuerdo, dijo en la comida que Julia le había cancelado la cita que tenían programada, y por eso se invitó a almorzar conmigo cuando nos cruzamos en la puerta. Le pospuso la reunión para hoy, de ahí la llamada que recibió en la cafetería de Elena. Pues vaya una maleducada está hecha, no avisarle ayer y hacerle venir hasta la oficina para plantarle. Como son amigos, se aprovechó de esa confianza.

—¿Cómo puedo compensártelo? —pregunta, sacándome de mis pensamientos. Parece arrepentido.

—No hace falta. Ya lo hiciste prestándote a posar para mi serie. Por cierto, no te he contado que ya he revelado las fotos que hicimos —le informo, acabo de recordarlo al ver a mi compañero de revelado de ayer.

—¿Ya has ido? —se extraña—. Te dije que me avisaras para acompañarte, hace siglos que no piso un laboratorio.

—Iba a decírtelo cuando nos cruzamos a la hora del almuerzo, pero te vi tan acelerado… Y ya lo había reservado, no podía cancelarlo.

Lo digo por salir del paso. En realidad, no me apetecía nada que viniera, me gusta trabajar sola. A Mario le dejé acompañarme porque no tenía preparada ninguna excusa y me pilló por sorpresa su petición.

—Pues avísame la próxima vez —insiste.

Nos traen la comida. Me cuenta sobre el viaje de trabajo a Mallorca y se enrolla hablándome de un reportaje pactado a la colaboradora de un conocido programa. Las fotos eran en el yate del que supuestamente es solo un amigo, el resto lo dirá la audiencia cuando se publiquen las fotos. Lo vive intensamente mientras me lo cuenta.

Descubro la mirada inquisitiva de Julia hacia nuestra mesa en varias ocasiones durante el almuerzo. Su acompañante está sentado de espaldas a nosotros. Yo tengo a Alberto a mi derecha y acaba de darse cuenta de que estoy mirando hacia ellos.

—Creo que a la jefa no le ha sentado bien vernos juntos —comparto con él en ese momento que también la mira.

—¿Por qué dices eso?

—Me observa como si quisiera fusilarme.

Sonríe tras darle un sorbo a su bebida, creo que le ha gustado lo que he dicho.

—No, solo le habrá extrañado vernos juntos —deduce, restándole importancia—. Piensa que no nos llevamos bien.

—Puede que sea eso. Si no, serás el responsable de que no renueve mi contrato, que cumple en breve.

—Julia no haría algo así por ese tipo de razones, créeme. Es una persona íntegra.

—Pues me alegra saberlo —afirmo sonriente.

—¿Qué planes tienes hoy? —añade, mirando de nuevo hacia la mesa de ellos.

—¿Por qué lo preguntas?

—Me han invitado a la inauguración de una exposición que no me apetece nada, pero sospecho que a ti te encantará.

—¿Y puedo apuntarme? —pregunto ilusionada.

—Pero incluye una cena.

—¿Privada?

—¿Aceptarías si lo fuera? —Lo sopeso antes de responder—. No, no es privada —confirma antes de darme tiempo a contestar.

—¿Con quién tenías pensado ir antes de hacer las paces conmigo? —me intereso.

—No pensaba asistir, pero olvidé cancelarlo.

—Vale, acepto.

Parte II

Capítulo 21

Mario

Me estaba metiendo en una movida extraña y sin sentido de la que no podía culpar a Alicia. Podría afirmar que me sentía atrapado en mi propia red de mentiras por ella, pero en realidad lo había conseguido yo solito. Por suerte, actuaba con distancia cuando nos veíamos y estaba Julia de por medio. Supongo que no tienen una buena relación a raíz del asunto de las fotos y tiende a evitarla. Tampoco tendría nada de malo que me saludara, pero sí resultaría extraño que no encuentre una razón lógica para explicarle cómo nos conocimos. Aunque, tal vez, la habría tenido si lo hubiera reconocido desde el principio, en vez de negarlo cuando me preguntó por su hermana aquella noche de la discoteca, cosa que debí gestionar mejor, y ahora era tarde para rectificar.

Ha sido una suerte que, cuando salían del restaurante y Alberto ha aprovechado para acercarse a saludarnos, no haya hecho ningún comentario al presentarnos Julia.

—Ella es Alicia, trabaja con nosotros en la revista —ha dicho, sin la simpatía que la caracteriza. Me ha sonado algo seca, la verdad. Ahora entiendo que tuviera esa opinión de su jefa, creo que dijo que le parecía una estirada cuando habló de ella con Alberto en la grabación de su casa.

—Yo soy Mario —he agregado, casi antes de que terminara la frase.

Bueno, sí, quizás he sido yo quien la ha inducido a seguirme la corriente en la presentación. Y tras los dos besos de cortesía ha respondido:

—Encantada, Mario. —Y he notado cierta curiosidad en sus ojos cuando me interrogaba con la mirada al pronunciar mi nombre. No sé si se debía a lo que acababa de ocurrir, o que ya había atado cabos por lo que hice para rematar nuestra tarde de ayer.

Anoche, Julia estaba muy cansada por la jornada intensiva de trabajo y se quedó dormida en el sofá tras la cena. Aproveché que se fue a la cama pronto para organizar una reunión que me habían

adelantado en el último momento para primera hora de la mañana y de la que se me había pasado el aviso porque no escuché la notificación, me pillaría haciendo el ganso en el laboratorio con Alicia. En realidad, me había perdido varios asuntos importantes que debería haber atendido en su momento y que me retrasaron la cena, al verme obligado a resolverlos a última hora. Suerte que ella no sabía que me tomé la tarde libre y no se molestó cuando le pedí que empezara a cenar sin mí. Después me la encontré dormida.

Aproveché para fisgar dentro del dichoso ordenador de la trolera. ¿Buscando qué? No lo sé en realidad. Pero también se me ocurrió encender su cámara para ver qué estaría haciendo a esas horas de la noche conectada, aunque no era muy tarde. Y la encontré sentada en la cama con la espalda apoyada sobre un cojín grande y el ordenador sobre las piernas. Me dieron ganas de escribirle un mensaje para avisarla de los peligros del sobrecalentamiento del equipo, y que debe ponerlo sobre una superficie plana para no obstruir las rejillas de ventilación. Tenía los cascos puestos y estaba muy concentrada disfrutando del capítulo de una serie en la que iba por la tercera temporada, comiendo palomitas tan pancha. Y, claro, no pude evitar hacer una maldad. Verla así, a oscuras, con la pantalla como única iluminación sobre su cara y el bol de palomitas apoyado en el estómago, no se me ocurrió otra cosa que buscar un *meme* de esos en los que aparece una imagen estática, y de pronto se pone una cara monstruosa que se acerca a la pantalla de sopetón y parece que vaya a salir de ella. Lo que no esperaba es que del susto se le fuera a caer el bol de la cama, era de cristal y acabó hecho añicos en el suelo. Y el ordenador estuvo a punto de correr la misma suerte si no hubiera tenido los reflejos para sujetarlo.

«¡¡No tiene maldita gracia!!», me escribió desde Messenger tras terminar de barrer la que se había formado. Yo me estuve riendo un buen rato, rememorando la escena, aunque solo fue un segundo lo que tardó en volar todo por los aires y no había más fuentes de iluminación que la de la pantalla. Apagó el equipo sin darme lugar a una respuesta. Ahora sí se había enfadado. Y en ese momento caí en la cuenta de que a lo mejor acababa de delatarme, podría atar cabos con la escena del cuarto oscuro de apenas unas horas antes.

Hoy volví a quedar para comer con Julia, se empeñó durante el desayuno en que me lo debía por el plantón del día anterior, aunque esta vez era yo quien estaba hasta arriba de trabajo. Aun así me he escapado a almorzar con ella, lo de la cena también había sido culpa mía. Lo que no me esperaba era la encerrona que me tenía preparada, por lo visto tenía que asistir a una exposición y ya había confirmado que llevaría un acompañante a la cena. Habría tirado de Alberto, me ha dicho, pero él ya se había comprometido con alguien. Y deduje

enseguida de quién se trataba, al reparar en una de las mesas del restaurante. No me ha quedado otra opción que aceptar. Aunque sabe que me aburren sobremanera los eventos a los que a veces suele verse comprometida a asistir. Me siento fuera de lugar y termino solo casi la mitad de la velada; ella siempre conoce gente a la que debe saludar, otras que vienen directamente a presentarse, y el tiempo se ralentiza y parece que nunca vaya a terminar la dichosa velada. Hubiera preferido que Alberto estuviese disponible, la verdad, aunque suene egoísta.

Durante las horas previas, he hecho varios intentos para contactar con Alicia. Pero no aparece en línea hasta última hora, que la he pillado, «¡cómo no!», conectada al Spotify mientras se arreglaba para acudir a la exposición. El ordenador lo tenía sobre la cama y enfocaba un lateral del armario cuya puerta estaba abierta de par en par. Ha entrado en la habitación a los pocos minutos con el pelo mojado y un albornoz más corto de lo que yo imaginaba aquel día que la vi sentada con aquel mejunje verdoso.

Descuelga un vestido negro que descarta antes de sacarlo de la percha y vuelve a dejarlo en su sitio. Pasa unas cuantas prendas más de un lado a otro de la barra, hasta que se decide por otro en un color tirando a marrón rojizo o morado pardusco que yo habría descartado si hubiera pedido mi opinión. Se lo lleva, junto con otros dos modelos más. Escucho de fondo a Elena que le pide que baje un poco la música. Enseguida se acerca a mi pantalla y aprovecha también para poner otra lista de reproducción, y yo para enviarle un mensaje.

M: ¿No vas a perdonarme nunca?

Alicia: Cuando salgas de mi ordenador.

M: No estoy dentro, solo te escribo desde el mío.

Alicia: Me parece mucha casualidad que justo cuando estaba viendo una serie tranquilamente me enviaras un vídeo, y que se abriera sin haber hecho nada.

M: Ya te dije que algo tocarías sin darte cuenta. Ya viste que el enlace estaba aquí.

Alicia: Bueno, es igual. Tengo prisa y poco tiempo para discutir.

M: Quería informarte de algo.

Alicia: Dímelo rápido, he quedado.

M: Ya no estás en el punto de mira, no hace falta que sigas con tus investigaciones paralelas.

Alicia: ¿Quién dice que esté haciendo investigación por mi cuenta?

M: Pensaba que tu acercamiento al tipo ese era para averiguarlo.

Alicia: Sí, en principio, pero ya no. ¿Alguna cosa más?

M: No. Eso era todo.

Alicia: Entonces, ¿podemos acabar ya con esto?

M: Sí.

Alicia: Genial. Pues hasta nunca.

Me queda una sensación muy extraña tras leer esa última frase, un regusto amargo, como si todo hubiera perdido su sentido inicial; aun sabiendo que ni siquiera antes lo tenía. Yo mismo me había creído mi propia excusa de estar ayudándola a descubrir la verdad del robo de las fotos. Pero, siendo sincero, no había nada que descubrir. Su trabajo ni siquiera peligraba, el propio Alberto se había encargado de diluir el asunto de las fotos con Julia. Debería haber tomado yo mismo esta decisión de cortar la comunicación con ella, no tenía razón de ser. ¿A qué narices estaba jugando?

Justo iba a desconectarme cuando oigo la canción que le pasé, *Fan de ti* de Sidecars. Observo que tiene al grupo en el buscador y agrega el tema a su lista de favoritos en este preciso momento. Se me pasa por la cabeza que acaba de relacionar al Mario de ayer con este tramposo que la espía.

***

Mientras Julia habla con la responsable de la exposición sobre el reportaje que van a incluir en la sección cultural de la revista, aprovecho para ver las imágenes por mi cuenta.

—No te imaginaba un fan de la moda. —Es Alicia, que acaba de aparecer a mi espalda mientras observo una fotografía de la cantante Madonna con el icónico corsé que le diseñó Jean Paul Gaultier para su gira de los 90. No es que sea un fanático del mundo de la moda, es que lo pone en una etiqueta junto a la imagen—. ¿Por qué vuelvo a tener la sensación de que me sigues a todas partes? —me pregunta, centrando su mirada en la foto que tenemos delante—. Por no hablar del numerito de hoy en el restaurante, haciendo ver que no nos conocíamos —añade—. ¿Eres quien realmente dices ser?

—¿Por qué iba a mentirte? Eso te lo dejo a ti, que eres la especialista.

Le doy un trago al contenido de una copa que nos han ofrecido al entrar. A simple vista parece que estemos comentando las fotos.

—Entonces, dime la verdad. ¿Trabajas para la revista?

—Mi relación con la revista es confidencial, es lo único que puedo decirte.

—Esta imagen resume los noventa en una sola foto, ¿verdad? —añade Alberto que acaba de aparecer a nuestro lado con dos copas, una se la entrega a su acompañante. Veo que al final sí va a conseguir lo que se propone, aunque no lo siento por el novio de ella que también se las trae… Aquí el que no corre, vuela—. Qué raro verte en un evento de estos. —Ahora se dirige a mí directamente.

—Pues sí, tienes razón —le respondo—. Pero lo cierto es que me está resultando bastante interesante hoy.

Camino hacia la siguiente imagen y observo de reojo que ellos se han quedado rezagados en la anterior. Se les han unido Julia y la encargada de la exposición. Decido alejarme un poco más, pasando de largo unas cuantas fotos hasta girar a un espacio diferente con acceso a otra sala.

Capítulo 22

Alicia

—¿Quién sigue a quien? —dice Mario al verme aparecer en la segunda sala. Enseguida presta su atención a una imagen que tiene delante, donde está un joven y guapísimo Brad Pitt junto a la que entonces era su pareja, Gwyneth Paltrow.

—No te hagas ilusiones, solo estoy huyendo de la arpía de mi jefa. —Pone una cara rara y en ese momento caigo en la cuenta de que no sólo les unen los negocios, también son amigos. Incluso lo habrá invitado ella misma, como Alberto a mí—. Bueno, quiero decir en el trabajo, a lo mejor como amiga es una persona estupenda —trato de justificarme.

—¿Y qué te ha hecho en el trabajo para opinar así de ella? —pregunta muy serio.

—Bueno, eso es confidencial —resuelvo enseguida, recordando que él tampoco ha querido responderme antes.

—¿Qué edad tenías tú en los noventa? —me pregunta en otro tono más simpático. Es el tema de la exposición, los looks más icónicos de esa década.

—¿Ahora también quieres saber mi edad?

—Solo era por ver si te ponías estas pintas. —Señala una imagen donde aparecen las Spice girls con unos modelitos que no sabría decidir cuál me parece más extravagante. Tal vez el de la rubia, que lleva un picardías en toda regla, en color azul chillón y en transparencia.

—Pues en realidad son unas pintas muy parecidas a las que se llevan ahora, si descartamos algunas exageraciones de ciertos *influencers* de la época —opino—. ¿Qué edad tenías tú?

—Esto me pilló en plena adolescencia.

—A mí con seis o siete años. No fui una *groupie* de ellas, la verdad. No me dio tiempo. Nací justo el día del título de una canción muy conocida de Celtas Cortos —termino confesando.

—Pues creo que en ese mismo año de la canción que mencionas fue en el que me tocó hacer la comunión.

Caminamos hacia la siguiente foto.

—Ah, ¿sí? Yo no la hice. Me declaré en rebeldía saltándome toda la catequesis, y cuando mis padres lo descubrieron ya habían decidido en mi colegio que me pasarían al grupo del año siguiente. Pero, entre que nos mudamos y que en el nuevo la religión no era una asignatura obligatoria, al final se diluyó la historia. Aunque mi madre siempre lo ha aprovechado para llamarme la hereje de la familia, cuando se enfada.

—Serías una buena pieza.

—Eso dicen.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Avanzamos a la siguiente imagen. No les estamos prestando suficiente atención ahora.

—Ya lo estás haciendo —respondo.

—¿Qué hay entre Alberto y tú? —Lo ha preguntado tan serio que hasta me hace gracia su pregunta.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Solo curiosidad.

—Somos compañeros de trabajo, ya lo sabes. —Le observo atentamente, no sé qué estará cavilando—. ¿A qué viene ahora ese gesto?

—¿Qué gesto?

—De desconfianza, como si no me creyeras.

—Es que… conociéndolo a él como le conozco, lo que no creo es que sus intenciones sean solo de compañerismo.

—Y si fuera así, ¿qué problema hay? —pregunto, un poco a la defensiva—. Ninguno de los dos tenemos que rendirle cuentas a nadie.

Se atraganta, creo que el sorbo que acaba de tomar se le ha ido por otro sitio. Le doy unos golpes en la espalda.

—Estoy bien, estoy bien —afirma, medio riéndose ahora.

«Qué tipo tan extraño…»

—¿Sueles enrollarte con la gente del trabajo habitualmente? —me pregunta.

—Pues, no, la verdad. Sería la primera vez —miento.

Dejamos las copas vacías en una bandeja que lleva un camarero, y nos ofrece otra. Decido no aceptarla. Elena se ha empeñado en que me pusiera un vestido negro que aún no había estrenado y es demasiado ajustado para mi gusto. Creo que no me va a caber ni la cena. No sé en qué estaría pensando cuando me lo compré. Aunque juraría que en esa ocasión también fue ella quien me convenció para que me lo llevara. Siempre dice que debo aprovechar mi suerte de tener un culo pequeño para llevar faldas de tubo. Pero hoy creo que tendré que controlarme o lo reventaré por algún sitio.

—Me gustó la experiencia del revelado —afirma mientras

caminamos por la sala. Creo que al final nos estamos perdiendo la exposición, seguimos pasando de una imagen a otra sin prestarles la atención que merecen. Aunque, para ser del todo sincera, no es el tipo de presentación que yo disfruto y analizo en detalle—. ¿Sabes? —dice a continuación—. El otro día revisé una caja que tengo en el trastero de mis padres con cosas que dejé atrás cuando me independicé, y encontré negativos de algunos de los veranos que pasé con mis abuelos en Italia. ¿Podría seleccionar algunos y me ayudas a pasarlos a papel?

—¿Son en blanco y negro?

—No, son en color. —Se queda parado repentinamente—. ¿No se puede hacer?

—Es que no creo que tengan ampliadora de color en el laboratorio ni productos. Pero puedes digitalizarlas e imprimirlas.

—Ah, sí, claro, buena idea. —No parece tan ilusionado al decirlo como al principio.

—Aunque a lo mejor tus padres tienen negativos en blanco y negro, pregúntales —añado.

—Podría ser…

—O puedes apuntarte otro día a revelar las mías, si te apetece —le ofrezco, fue divertido cuando me acompañó—. Y suelo necesitar modelos para hacer mis montajes también, podrías hacerlo a cambio.

—¿Y qué tal si me pasas el vídeo de tus actuaciones de rockera a cambio de posar?

—¿Cómo estás tan seguro de que no me lo inventé?

—Nadie inventa algo que le avergüenza. Lo habrías adornado con que el grupo tuvo éxito y que cantabas de lujo.

Ya hemos dado toda la vuelta a la exposición, y no veo a nuestros acompañantes. Acabamos de cruzarnos con Diego, el director creativo de la revista, que iba acompañado de una de las redactoras de Fashionist. Pero ni rastro de Julia y Alberto. También debo reconocer que ha llegado más gente, aunque no hasta el punto de llenar la sala y que cueste localizarlos.

—¿Dónde se han metido? —pregunto, algo extrañada.

—No tengo ni idea.

Consulta la hora en el teléfono, o a lo mejor las notificaciones de mensaje. Saco el mío del bolso para hacer lo mismo, pero no tengo ninguna.

—Tú, que los conoces, ¿crees que Alberto y Julia tienen un lío?

Me mira como si acabara de decirle que soy una extraterrestre y vengo a destruir la tierra.

—¿Por qué lo preguntas?

—No sé, intuición femenina.

Veo que mira hacia arriba y descubro que la sala tiene una

segunda planta. Buscamos la escalera y al subir encontramos una estancia medio en penumbra. Han puesto una proyección de diapositivas que van cambiando sincronizadas con un juego de luces que se mueven por la sala al ritmo de una melodía algo psicodélica. Los localizamos en primera fila con la misma mujer pesada que ya estaba dándole la brasa a Julia cuando llegamos, y también se han unido a ellos ahora el director creativo y la redactora. Aún no entiendo que hayan llegado arriba antes que nosotros, he observado que la señora esa se tiraba un buen rato explicando cualquier detalle de las imágenes, como si en realidad las fotos las hubiera disparado ella.

—¿Esperamos aquí? —propone Mario—. Esa mujer es insufrible.

Parece que me haya leído el pensamiento. Nos colocamos de pie junto a la entrada.

—No me has respondido a lo de antes.

—Tu intuición se equivoca. Los conozco desde hace siglos y, créeme, no están juntos.

—¿Y conoces también a su prometido? Me dijo Alberto que Julia va a casarse.

—¿No serás tú la de los chismes en la oficina y vas vendiendo por ahí que son otros?

Me río de su ocurrencia.

—Solo tengo curiosidad por saber cómo es. Parece tan… fría. Seguro que debe de ser como ella.

—¿Fría? —Se ríe.

—Sí, además parece que lleve un palo me… ¡Perdón! ¡Joder! ¡Lo siento! Es tu amiga y yo aquí poniéndola de… Bueno, seguro que fuera de la oficina es de otra forma.

—En realidad, no es como la pintas en absoluto. Tal vez a ti te lo parezca por la relación laboral y porque llevas muy poco tiempo en la revista.

—¿Cómo sabes eso?

—Me lo dijiste tú.

—¿Yo? —«Ni de coña se lo he dicho».

—Claro. Si no, ¿cómo iba a saberlo?

—Pues… podrías haber entrado en mi ordenador en plan hacker y averiguarlo todo sobre mí.

Se le escapa una carcajada sonora, y los de delante se giran a mirarnos.

—¿Por qué iba a hacer algo así? ¿Ya estás otra vez con aquella historia que te inventaste de un hacker?

—Puede que no me la inventara.

—Y puede que seas la persona más trolera que he conocido.

—O a lo mejor eres tú quien tiene dos caras —le miro desafiante.

—¿Dónde os habíais metido? —La voz es de Alberto, que ha aparecido a nuestro lado.

—No sabíamos que esto tenía dos plantas y hemos dado un par de vueltas —le informo.

—Dice Julia que vayamos adelantándonos al restaurante, esa mujer francesa la tiene absorbida por completo —nos comunica.

—Bueno, adelantaos vosotros, yo iré a rescatarla —propone enseguida Mario.

—Te resultará imposible —señala el otro—. Me ha insistido en que nos larguemos todos para tener ella una excusa después y no coincidir en la misma mesa. Es implacable. Va a intentar endosársela a Diego y a Lucía que acaban de llegar. Le guardaremos un sitio solo a ella.

Finalmente, nos marchamos solo Alberto y yo. Mario ha visto aparecer a su amigo y ha decidido quedarse. El actor venía acompañado de una mujer guapísima que ha eclipsado la sala. En realidad, lo han hecho ambos. Según me ha informado mi amigo a la salida, es su pareja desde hace años; y, a juzgar por lo que he visto, no parece que las fotos hayan hecho mella en su relación. Pero él ha cambiado de tema enseguida, se ve que no le apetecía volver a sacar nuestra pequeña discusión del almuerzo.

El restaurante no queda muy lejos de la sala de exposiciones y aún es temprano. Ni siquiera ha anochecido cuando pisamos la calle, ventajas del mes de junio.

Capítulo 23

Mario

Antes de abandonar la sala, nos cruzamos con Leo y Angélica. Llegan tarde, como ya esperaba, típico de mi amigo. Resuelven echar un vistazo rápido a la exposición y unirse después al grupo en el restaurante. Decido acompañarlos y tratar de rescatar a Julia de la pesada que la ha absorbido por completo.

La cara de Alberto era un poema cuando ha visto aparecer a Leo. Se ve que Julia no le había informado de que vendrían. Apuesto a que cuando lleguemos al restaurante se habrán ido. Inventará cualquier excusa para no dar la cara el muy cobarde.

Aparecemos media hora más tarde. Y sí encontramos a la pareja, pero están sentados en una mesa de seis con el director creativo, una redactora y otros dos que no me suena haber visto en el staff de la revista. «Buenos reflejos». A nosotros nos sientan en otra para seis, aunque en realidad somos cinco. No hemos conseguido deshacernos de la francesa. Como Angélica no habla español, se forman dos conversaciones paralelas: la que Julia mantiene con la galerista y la nuestra.

En un momento en el que la pareja de mi amigo se ha ausentado de la mesa para ir al servicio, Leo se interesa por la relación entre Alicia y ese tipejo de las fotos, como él lo denomina. Le explico un poco por encima cómo está la situación ahora mismo. Dice que me olvide del asunto, que por él ya está zanjado y que debo hacer lo mismo. Tiene razón. Voy a cerrar el caso Alberto y también el capítulo de Alicia.

Además, por la conversación que hemos mantenido en la sala de proyección, deduzco que lo del susto fue suficiente pista para descubrirme y, si no hubiera aparecido Alberto, se lo habría confesado. Sobre todo porque me pareció demasiado seca esa despedida que me escribió: «Hasta nunca». Sonó a muy enfadada. Sin embargo, no parecía molesta cuando se acercó a mí en la galería. Es un poco bipolar.

Debe de estar divirtiéndose la pareja de la mesa del fondo,

distingo la risa de Alicia desde aquí. No sé qué le estará contando Alberto, pero no parece que finja. Decido intervenir de manera abierta, sin usar el método hacker, como lo definiría ella, y le escribo un mensaje de WhatsApp.

Mario: Al final os habéis escaqueado solo vosotros de la mujer pesada de la exposición.

Observo que saca el teléfono de su bolso de mano, lo tiene colocado a un lado de la mesa.

Alicia: Y yo veo que al final has conseguido mi número usando tus malas artes tecnológicas.

Mario: Me lo dio tu hermana cuando te llevaste mi teléfono. Pero como lo tenías apagado, no recibiste mi llamada.

Alicia: ¿Y qué quieres ahora? ¿No sabes que es de muy mala educación usar el móvil cuando estás compartiendo una cena?

Mario: Vale, vale, lo pillo.

Alicia: Y no nos hemos escaqueado. Nosotros habíamos venido en pareja, no en grupo.

Decido no responder. Esperaba otra reacción por su parte, no entiendo por qué ha sido tan cortante ahora.

Tras la cena, nos tomamos una copa en el mismo restaurante. Alberto y Alicia se han marchado sin despedirse, y también nos ha dejado la directora de la exposición para reunirse en otra de las mesas de invitados a la inauguración. Tal vez se haya quedado sin ideas para seguir dándonos la brasa y necesitaba empezar de nuevo su ciclo. Ha sido un alivio para Julia, sobre todo, la he visto bostezar disimuladamente en varias ocasiones.

***

—¿Por qué no nos han guardado la mesa Alberto y Alicia? —me pregunta en el taxi que hemos pedido a la vuelta—. Justo éramos seis contando a Leo y Angélica.

—¿A mí me lo preguntas?

—Bueno, pensé que lo sabrías. Has estado más con ellos que conmigo en la exposición.

—No aguantaba a esa mujer —me excuso—. Siento haberte dejado sola con ella.

—Has hecho bien, tú que podías escaparte. Creo que me ha producido dolor de cabeza —agrega, presionándose las sienes—, o a lo mejor solo es cansancio acumulado.

—Supongo que Alberto no quería compartir mesa con Leo —le digo como explicación.

—Ah, claro, no lo había pensado… Y yo planificando sentarlos juntos, vaya cabeza la mía. —Sonríe al decirlo, supongo que se está

imaginando la escena—. Por cierto, mis padres vienen a cenar el viernes. ¿Quieres invitar a los tuyos?

—¿Por qué?

—Para que se conozcan un poco mejor. Nos vamos a casar, Mario. Es importante, ¿no?

Lo cierto es que a mi madre le cae muy mal la de Julia. No sé la razón, porque a mí me parece encantadora. Puede que un poco altiva a simple vista. Aunque después, en confianza, pierde esa postura tan rígida.

—Está bien, se lo preguntaré. Aunque los fines de semana suelen irse a la sierra, ya lo sabes.

—Bueno, pero no siempre. Díselo con tiempo.

***

Anoche, antes de irme a dormir, me di una vuelta por la habitación en la que suelo trabajar y me conecté al ordenador de Alicia. Sé que había decidido no volver a hacerlo, pero creo que es superior a mí. Tal vez necesite un control parental para este asunto.

No se había conectado. Lo he hecho también esta mañana, mientras desayunaba, y me ha parecido muy extraño. Suele poner su aplicación de música según se levanta para ducharse, desayunar y vestirse. Incluso su hermana protesta cuando no trabaja de mañana, le pide que use el móvil en vez de poner el portátil a todo volumen en el salón para poder escuchar las canciones desde cualquier punto de la casa. Ella no le hace ni caso, responde que en el teléfono tiene limitado el número de canciones que quiere pasar y que le saltan más anuncios. Unas veces se enzarzan en una discusión y otras la deja por imposible.

Decido escribirle un escueto mensaje de despedida:

Esta sí sería una buena candidata a favorita y creo que ahora se me plantea un conflicto.jpeg

Es una foto de una Alicia mucho más joven, posiblemente acababa de entrar en la universidad. Aparece frente al espejo de un servicio público con tres lavabos. La cámara cuelga de su cuello, y no es la misma que suele llevar, esta tiene el visor en la parte alta y una especie de manivela lateral, parece muy antigua. Ella no mira al espejo, está centrada en enfocar la imagen proyectada en él desde el visor. Lleva el pelo mucho más largo que ahora, por la cintura casi, aunque se lo ha recogido hacia un lado del cuello, seguramente para que no le estorbe al hacer la foto. Va vestida de negro con unos vaqueros ajustados y una camiseta de Nirvana de manga corta. En el brazo que maneja la manivela tiene una hilera de pulseras de todo tipo: de cuero, plateadas, cordoncillos… También varios anillos en

ambas manos, y las uñas pintadas de un color oscuro, no sabría definirlo porque la imagen es en blanco y negro. Veo un piercing en la ceja izquierda.

La foto estaba por ahí suelta, en el popurrí de su almacenaje desorganizado, y la he trasladado a esa carpeta que tituló *Posibles.*

Es por la tarde cuando recibo su respuesta.

Alicia: ¿Quieres hacer el favor de salir de mi ordenador? ¡Eres insufrible!

No respondí al mensaje. Pero por la noche he recibido otro.

Alicia: ¿Quieres venir el viernes por la tarde a hacer unas fotos en una estación de tren abandonada?

M: ¿Sueles invitar a desconocidos a ese tipo de cosas?

Alicia: Los dos sabemos que no eres ningún desconocido.

M: No puedo, tengo planes.

Alicia: Bueno, tú te lo pierdes.

***

El viernes, a eso de las seis de la tarde, me encuentro con Alicia donde hemos quedado. Por lo visto quiere presentarse a un concurso que se titula *Caminos de hierro* y está preparando una serie que va a hacer en una estación de tren abandonada. En realidad, creo que me ha invitado solo para que le haga de transporte. Empiezo a sospechar que es una interesada del demonio, pero decido no materializar mis pensamientos para no cabrearla. Me divierto más cuando está de buen rollo.

—¿Cómo y cuándo llegaste a la conclusión de que era yo? —le pregunto ya en el sitio donde va a realizar las fotos. Al verme llegar al punto de encuentro, solo ha sonreído con la satisfacción de haberme descubierto, justo antes de ponerse el casco que le he pasado y dirigirnos aquí directamente. Ahora me alegra que lo sepa.

—En realidad lo sospeché casi al mismo tiempo que descubrí la identidad del protagonista de las fotos. No creo en las casualidades.

—Pensaba que había conseguido despistarte con mi gran actuación de aquel día, cuando me presenté con María.

—¡Ni de coña! Se le vio el plumero enseguida a tu doble.

—No seas mentirosa. Te lo tragaste.

—Bueno, tal vez un poco —rectifica riéndose—. ¿Y quién es esa tal María?

—Una vieja amiga.

—No parecía una vieja amiga, sino una amiga-amiga.

—¿Qué es una amiga-amiga?

—Pues una más que amiga.

—¿En qué parecía una más que amiga?

—¿Y yo qué sé? No me acuerdo. Pero lo parecía.

—¿Falta mucho para que hagas alguna foto?

Llevamos un rato dando vueltas, caminando entre las vías del tren, y ella no para de enfocar con el visor de la cámara a todas partes, aunque en realidad no está disparando a nada.

—No lo sé, aún no he encontrado nada interesante —lo dice apuntándome con el objetivo.

—Ni se te ocurra hacerme u… —Suena un clic—. Pensaba que solo ibas a fotografiar escenarios.

—Depende, puede que también te utilice ya que estás aquí.

—No pienso aparecer en una foto que vayas a presentar a un concurso.

—¿Por qué no? ¿Acaso te busca la policía por hurgar en ordenadores ajenos? —Muestra una sonrisa traviesa.

—Ja, ja. Muy graciosa.

—No vinisteis a la cafetería de mi hermana por casualidad, ¿verdad? —Trata de indagar ahora.

—Y eso, ¿qué importancia tiene?

—Es curiosidad más bien.

—Pues justo eso fue, pura curiosidad.

—¿Querías ver a la pardilla que no sabía ni actualizar su programa de edición?

—La verdad es que eres un caso aparte con la tecnología —afirmo en tono divertido—. Aunque reconozco que luego no se te da mal usarlo para retocar las fotos.

—¿Es que también me has espiado utilizándolo?

Me río de su ocurrencia, aunque no va mal encaminada.

—No, pero he visto el antes y después de algunas fotos que has editado.

—Pero ¿cuántas horas te tiras allí metido?

—¿Por quién me tomas?

—Admite que un poco acosador sí que eres —sonríe al decirlo.

—¿Y te quedas tan pancha pensando así? ¿Incluso me invitas a venir?

—Bueno, no pareces peligroso. Excepto cuando envías vídeos terroríficos para acojonarme.

—Tenías que haberte visto la cara —afirmo riendo.

—¡Espera un momento! —Frena en seco y se pone delante de mi trayectoria—. ¿Me viste a través de la cámara? —«¡Joder!»—. Dime que no has estado espiándome —lo dice frunciendo el ceño, creo que acabo de meter la pata hasta el fondo.

—Solo… Bueno, un poco, sí. Lo admito.

—Pero ¿tú de qué vas? ¡No me lo puedo creer! ¿Cuándo? ¿Eres un

pervertido o qué?

—Bueno, tampoco te he visto haciendo nada extraño.

—No, solo faltaría… —Está bastante enfadada, su tono ha cambiado completamente—. Pero ¿cómo se te ocurre?

—Lo siento. Fue… No sé… De verdad que no es lo que piensas.

—Mira, será mejor que nos larguemos de aquí. Ya no estoy de humor para hacer fotos contigo.

Se da la vuelta y empieza a caminar hacia el lugar donde hemos dejado la moto aparcada, va guardando la cámara en su funda y aligera el paso en cuanto la cierra.

—No te enfades. —La sigo—. Solo han sido un par de veces —me justifico cuando la alcanzo y camino ya a su lado.

—¿Y esperas que te crea?

—No. Pero sí espero que me perdones.

—¡Ahora lo entiendo! Estabas espiándonos cuando grabé a Alberto, ¡tú manipulabas la música, claro! —Se lo confirmo con un movimiento afirmativo de la cabeza—. Entonces, cada vez que he usado la cámara, ¿has estado ahí viéndome?

—No, eso no ha tenido nada que ver.

—Pues explícamelo.

Para de caminar para escucharme y se pone frente a mí, cruzada de brazos.

—Solo han sido unas cuantas veces, la de ese día que estuvo Alberto y alguna más.

—Como por ejemplo…

—El día que revelaste en tu baño y llamaste a tu hermana para que te acompañara mientras cargabas el carrete en el tanque.

—Claro… —añade pensativa—, por eso sabías que me asustaba y jugaste a hacer el idiota en el laboratorio, ¿no? No me habrás visto duchándome, ¿verdad?

Normalmente lo deja en la habitación o en el salón, en el baño solo coincidí cuando reveló el carrete.

—No, pero gracias por la idea —digo, tratando de restarle seriedad al asunto para volver a estar como antes de meter la pata confesándole que me conecto a su cámara. «¿Seré gilipollas?». Me mira negando con la cabeza, sigue igual de seria.

—Pues no te pega ese perfil tan cerdo.

—Teniendo en cuenta que me conociste espiando tu ordenador, lo raro es que te extrañe mi comportamiento.

—Pensaba que te interesaban mis fotos, no mi intimidad.

—Me interesa todo en realidad. —Ahora me mira sorprendida. Y yo también me he quedado igual, incluso un poco cortado por lo que acabo de soltar.

De pronto se fija en un punto indefinido detrás de mí y echa a

correr en esa dirección. No sé qué ha visto. Cuando me he girado, ya me sacaba unos cuantos metros de distancia.

—¡Eh! ¡Espera! —va gritando.

Pero no veo a nadie. Se dirige hacia el edificio en ruinas del que veníamos antes de empezar a discutir sobre la videocámara. Acaba de girar y la pierdo de vista. Acelero el paso y, cuando doy la vuelta al edificio, veo que está hablando con un chaval de unos dieciséis años que lleva una mochila. Por lo visto le ha pillado justo cuando iba a *graffitear,* y al percatarse de que estábamos allí se marchaba. Le está convenciendo para que la deje fotografiarle mientras lo hace. Al principio se muestra reticente, pero al final consigue que ceda. No me extraña, es persuasiva de cojones. Lo hará con la condición de que no aparezca su cara. Prefiere no meterse en líos si la foto va a presentarla a un concurso.

***

La sesión de fotos se ha demorado más de lo que pensaba, pero no podía dejarla plantada allí con un desconocido y sin medio de transporte para regresar. No ha vuelto a sacar el tema de controversia y me alegro por ello. Insiste en que nos tomemos algo a la vuelta. Lo cierto es que está muy entusiasmada con el resultado de las fotos, y eso que no las ha visto. Sigue jugándosela con la fotografía analógica. Me habría gustado quedarme a compartir su euforia, pero ya llego tarde a la cena familiar que ha organizado Julia en casa y no puedo escaquearme. Se suponía que yo recogería la cena, y al final he tenido que encargarle ese recado a mi padre a espaldas de mi novia.

—Pues como no te quedas a celebrarlo, no pienso avisarte cuando las revele.

—Tú te lo pierdes —respondo.

—Sí, claro —agrega riendo.

—¿Has avisado de que venías o volverá a dejarte plantada tu novio? —Acabo de dejarla en la puerta de la cafetería de su hermana.

—¿Por qué sigues empeñado en que es mi novio?

—He visto ciertas fotos, trolera.

—Ah, claro, olvidaba que eres un maldito voyeur que me espía.

—Bueno, las fotos no eran tan explícitas como para calificarme así.

—Pues deja de hurgar en mi ordenador o me veré obligada a denunciarte.

—Pero ¡si te encanta! —afirmo riendo—. Si no, ¿por qué no me denunciaste desde el principio?

—Se suponía que me estabas ayudando a resolver el misterio —protesta enseguida.

—¿Y te tragas todo lo que un desconocido te escribe a través de la red?

—Normalmente no, pero parecías de fiar.

—Pues no te fíes mucho.

—¿Es una advertencia? —pregunta con picardía, devolviéndome el casco—. ¿Tienes algo en mente?

—No me tientes —respondo, antes de arrancar de nuevo la moto.

Capítulo 24

Alicia

—He resuelto el misterio —le anuncio a mi hermana, entrando directamente en la cocina. Huele como a tostadillo, debe de habérsele quemado alguna hornada.

—¿Qué coño haces aquí? —pregunta, sobresaltada, y casi se le cae la pila de platos que acaba de sacar del lavavajillas. «Ni que hubiera visto un fantasma».

—Joder, vaya reacción. Pues he venido a verte. ¿Qué pasa?

—No, nada. —Va colocando los platos en el estante que hay sobre la nevera de la cocina—. Es que no te esperaba.

—Casi no nos vemos últimamente, por eso he venido.

—Ya, estoy muy liada. ¿Y qué es eso del misterio que has resuelto? —Finge interesarse para que no le sonsaque información sobre su vida privada, se creerá que no la tengo calada…

—Mario es el hacker.

—¿Quién es Mario?

—¡Pues Mario! El amigo del actor italiano. —Me mira arrugando la frente, como si no me comprendiera—. Él fue quien entró en mi ordenador. Y en el de Alberto para buscar las fotos comprometidas de su amigo y borrarlas. Me lo ha confesado.

—Bueno, eso tiene más sentido que aquella historia de detectives y hackers que te inventaste.

—¡Que no me la inventé!

—¿Has venido a ayudar o te vas a quedar ahí como un pasmarote entreteniéndome?

—Pero si apenas hay nadie —protesto—. Hasta Ricky está ligando con una en la barra.

—No está ligando, es la nueva camarera.

—Ah, pues… parecía otra cosa. ¿Y tú qué te cuentas? ¿Cuándo vas a presentarme a tu chico?

—Aún es pronto para eso.

—Pero a Marta se lo has presentado.

—Porque nos pilló infraganti. ¡Menuda bocazas!

—¿Salimos a cenar? Hace siglos que no lo hacemos.

—No puedo. Ya he quedado.

—Pues sí que estás pillada…

Me saca la lengua y sale de la cocina con una torre de tazas para colocarlas en la estantería junto a la cafetera.

Decido largarme a casa. Tampoco he conseguido localizar a Marta y me apetecía tomar algo aprovechando que mañana es sábado y no toca madrugar. Con Fran ni lo he intentado, se enfadó conmigo el otro día porque quería ver la exposición y me pidió acompañarle, pero le dije que ya había ido con Alberto el día que la inauguraban. ¡Que le había sustituido!, me soltó. A ver, es cierto que siempre hacemos ese tipo de cosas juntos. Pero a él solo le molesta cuando soy yo quien cambia de acompañante. Bueno, a lo mejor también me pasé un poco cuando le dije que no era su secretaria porque me pidió buscarle un teléfono, él no podía acceder al suyo en ese momento, iba conduciendo y hablando conmigo, y quería que se lo enviara en un mensaje. Pero en mi defensa diré que me pilló en mal momento, también estaba escribiéndome con el hacker por el ordenador y justo acababa de invitarlo a venir a hacer las fotos; y esperaba que de alguna manera negase mi descubrimiento de su identidad. Pero no lo hizo, y eso me descolocó bastante.

Lo cierto es que en el fondo me alegra haber confirmado que son el mismo. Se me hacía extraño que no lo fuera. Lo que me ha sorprendido de verdad es que haya estado espiándome a través de la cámara, y yo como una gilipollas sin darme cuenta. Encima de que mi hermana ya me advirtió que lo había visto en una película. Pero, ahora que lo pienso, ¿no la habíamos tapado ya? ¡Claro que sí! Hay un trozo de cinta negra. La veo todos los días. Es un farol, seguro.

Cuando llego a casa, lo primero que hago es abrir la tapa de mi ordenador y comprobar lo de la pegatina. ¡Mierda! La quité de la cámara y la puse solo en la luz para poder grabar a Alberto. ¿Seré idiota? Se ha tenido que descojonar vivo de mí. Me planteo mentalmente todas las situaciones en las que puede haberme visto frente a la cámara y me suben los colores. Puede que hasta me haya visto depilándome el bigote. ¡Qué vergüenza! Me dan ganas de coger un rotulador negro indeleble y cancelarla de por vida. ¿Cómo ha podido ocurrírsele hacer algo así? Yo jamás lo habría hecho, ni aunque hubiera sabido cómo. Hay que ser muy cotilla para entrometerse así en las vidas ajenas.

—¿Vas a seguir enfadado de por vida? —He decidido llamar por teléfono a Fran para hacer las paces.

—Pero si no estoy enfadado, exagerada. Simplemente, no me viene bien quedar cuando a ti se te antoja.

—Pues se me antoja una cerveza ahora, ¿por qué no te acercas a

casa y te espero en la taberna de abajo? ¡Venga!, y picamos algo.

—No puedo, Ali. No insistas.

—Has conocido a alguien, ¿es eso?

—Si fuera eso te lo diría, ¿no crees?

—Está bien, te dejo en paz. Pero ¿quedamos este fin de semana?

—Ya veremos.

—¿Lo ves? ¡Es raro! Tú solo me abandonas cuando hay una tía de por medio. Eres un interesado de narices.

—Mira quién fue a hablar…

—Bueno, vale, ¡que te den!

***

Estoy trabajando en un reportaje para la revista y no me concentro en la tarea. Me siento observada, a pesar de haber tapado con doble cinta la cámara de nuevo.

Alicia: Me gustaría saber cuándo exactamente te has conectado con mi cámara y qué viste.

M: No quieras saberlo.

Alicia: Tengo derecho a saberlo.

M: Pero es mejor que no lo sepas.

Alicia: Eso no me tranquiliza.

M: Es precisamente lo que quiero.

Alicia: Es un farol, ¿verdad? En realidad no te has conectado.

M: ¿Utilizas tu talla real a la hora de comprar albornoces o los venden así de cortos? Mi favorito es el rosa.

Alicia: ¡¡Eres un puñetero pervertido!!

M: Depende de lo que haya visto que hagas.

Alicia: Pues eso me gustaría saber a mí.

M: ¿Por qué? ¿Qué has hecho?

Alicia: ¡Qué te den!

Capítulo 25

Mario

—*Figliolo, smettila di usare il telefono!*

Cree que por decírmelo en italiano no van a notar que me está regañando. Como si su cara no reflejara la misma mirada reprobatoria que ha puesto Julia.

—Perdón, lo siento. Es un asunto del trabajo —miento.

—*A quest'ora della notte?* —insiste mi madre.

—Bueno, no seas pesada, mamá. Ya lo dejo. —Decido ponerlo en silencio y sobre la librería cuando me dirijo a la cocina a buscar más hielo.

La velada ha ido mejor de lo que esperaba. De no haber sido por la noticia que nos tenía Julia reservada para los postres, la habría calificado de perfecta.

Mis padres han llegado a casa, con el sushi de ese restaurante que tanto le gusta a Julia, justo cuando yo subía en el ascensor desde el garaje. Me los he encontrado cuando se han abierto las puertas en la planta baja. Así que, al final, ella no se ha enterado de que no había cumplido con mi encargo. La mesa ya estaba puesta cuando hemos subido, se había encargado Felisa de prepararla junto con los aperitivos antes de marcharse. Se suponía que iba a ser algo informal, pero no lo parece si observamos el despliegue sobre el mantel. Y a Julia, que se ha vestido como si fuéramos a salir. Por la mirada que ha cruzado mi madre conmigo, debe de estar maldiciéndome mentalmente. Le dije que iba a ser una cena sencilla y en casa, cuando me preguntó si sería en uno de esos sitios snobs que tanto le gustan a mi futura suegra, para no desentonar con ella. Cosa que ocurrió porque, aunque ellos iban vestidos de forma elegante a su manera «o a la de cualquiera que vaya a cenar a una casa en un día normal sin ser Nochevieja», los padres de Julia se presentaron como si les hubieran invitado a cenar en Downton Abbey. Decidí quedarme con la ropa que me había puesto por la mañana para ir a trabajar ignorando la insistencia de Julia, que ya dejaba caer que teníamos algo que celebrar.

—Bueno hija, ¿y qué es eso tan importante que tenéis que decirnos? Nos tenéis intrigados a papá y a mí.

Los míos también lo parecían, al igual que yo. Prácticamente acabábamos de enterarnos de que teníamos algo para celebrar. Y por su cara de intriga, parecía que intentaran leerme la mente. Mi padre incluso hizo un gesto disimulado con los brazos de acunar a un bebé. Cosa que yo descarté inmediatamente, claro, negando con la cabeza. A Julia jamás se le ocurriría anunciar algo así sin haberlo compartido antes conmigo. No podía ser. ¿Cómo iba a ser eso? ¿Sería capaz? Empezó a entrarme un pánico atroz al pensarlo y me ventilé el vino que quedaba en mi copa de un trago. También el de Julia que, ahora que me fijaba, no se lo había tomado, su copa parecía intacta, y eso no hizo más que aumentar mi desazón. Volví a rellenarlas.

—¡Nos casamos el siete de septiembre! —anunció alegremente, dirigiendo su mirada hacia mí, en primer lugar, y después al resto. Lo recibí con tal alegría de que no fuera un embarazo repentino, que ni siquiera reparé en que solo faltaban tres meses escasos.

—¿De este año? —preguntó su madre en un tono que desprendía cierto desconcierto.

—Sí, justo. Han cancelado una boda y era una oportunidad única para no retrasarlo año y medio.

—Pero en tres meses apenas va a darnos tiempo a nada, hija.

—Bueno, tampoco queremos una boda por todo lo alto, ¿verdad? —añadió, mirándome con complicidad y después a mi madre, creo que acababa de ganársela de por vida—. Será algo íntimo y muy especial, con solo cien invitados de cada lado.

—Menos mal que te decidiste a encargar el vestido aquel día, si no… —dejó caer su madre.

Ese dato no lo conocía. Pensaba que solo habían ido a mirar, aprovechando que estaba en la ciudad la hermana pequeña.

***

Un par de días más tarde, recibo un mensaje de Alicia invitándome al laboratorio para revelar las fotos del concurso. No había vuelto a hablarme desde aquella noche. Descubrí que volvió a tapar la cámara. Ya lo imaginaba antes de comprobarlo, claro. En el fondo me alegré. Era la única forma de no caer en la tentación. Decidí, también, ya que me había descubierto, no volver a colarme en su ordenador. Me comunicaría con ella solo por el método tradicional de mensajería.

Al entrar en el laboratorio, observo que ya ha preparado todos los utensilios. Me he retrasado un poco por razones laborales, pero me está esperando para revelar el carrete. No lo hace por cortesía, claro,

sino por interés.

—¿Siempre has sido así de miedosa? —le pregunto, ya dentro del cuarto oscuro. Está enroscando la película en esa cosa que llama espiral.

—¿Por qué no hablamos mejor de esa faceta tuya de mirón? —se queja—. Siempre hablamos de mí.

—¿Qué quieres saber?

—¿Por qué me espías?

—No lo hago.

—Claro, porque ya te he cortado el grifo —afirma riéndose. Tiene una risa de esas que se contagian—. Pero ¿lo haces con más gente?

—¿En serio? ¿Piensas eso de mí?

—Entonces ¿por qué yo?

Le doy un par de vueltas antes de responder y noto que el silencio la incomoda. Seguro que está imaginando posibles fantasmas a su lado en la oscuridad.

—¿Ya vas a empezar como el otro día?

—No. Solo estoy pensando mi respuesta —le aclaro, no quiero meter la pata y acabar como la otra vez—. Fueron un cúmulo de coincidencias las que me llevaron a tu equipo. Como ya te dije, estaba buscando las fotos de mi amigo para destruirlas, él me lo pidió.

—Pero aquellas fotos jamás estuvieron en mi ordenador —observa ella.

—Lo sé. Pero justo en ese momento que las estaba borrando del suyo, apareciste allí. Le escribiste para que te ayudara con el programa. Enseguida vi sus intenciones y te lo arreglé para…

—… Espera un momento —me corta—. ¿Arreglaste mi programa para que no fuera a su casa?

—Sí… bueno… era una chorrada ir para eso. Tardé cinco minutos en solucionártelo.

—Pero, entonces, ¿Alberto no es amigo tuyo?

—Solo nos conocemos.

—Y las fotos os han distanciado, ¿no? Lo he notado, que entre vosotros hay tensión.

—En realidad, nunca nos hemos llevado.

—Pues a lo mejor deberías darle una oportunidad. Él solo hacía su trabajo, aunque te parezca cuestionable por ser amigo de Leo. Y no es mal tipo, una vez le conoces.

«Otra que ha caído en sus argumentos de lavado de imagen».

—¿Olvidas que te acusó del robo?

—Es normal que lo hiciera, no sabe de tu hazaña.

—¿En serio lo estás defendiendo o solo lo haces para picarme?

—Lo digo de verdad. En el fondo, es amable y divertido. Además, se ha pringado por mí con la jefa. Aunque creo que ella sigue

odiándome.

—¿Por qué piensas eso?

—Juraría que está celosa desde que salimos juntos.

—¿Salís juntos?

—Bueno, no salir de salir. Solo es a comer, a hacer fotos y a la exposición del otro día. A lo mejor ella te invitó a ti por eso, eres su sustituto.

Me río de su ocurrencia.

—Puede ser. Normalmente no me van esas cosas, y me pidió que la acompañara porque Alberto ya tenía con quien ir.

—¿Lo ves? Te cazó de segundo plato. ¿Me pasas la tapa?

«Segundo plato, dice…»

—¿Ya has terminado? Esta vez has tardado menos.

—Porque no has hecho el idiota asustándome.

Enciende la luz tras enroscarla y me mira como si acabara de descubrir algo al verme de nuevo, se le han abierto mucho los ojos.

—Ahora que me acuerdo… ¡Manipulaste la música el día que grabé a Alberto! —Se me escapa una sonrisa al ver la evolución de su ceño fruncido según ha ido hilvanando la frase lentamente—. ¿Elegiste aquella canción para salvarme de bailar lento con él?

—Pues en realidad sí, pero luego me arrepentí. Pensé que tal vez debería haberte dejado la lenta, casi parecía que os ibais a enrollar y que tú participabas —me atrevo a afirmar.

—Sí, a mí también me lo pareció —dice, y se queda tan pancha—. Por eso te pedí que me buscaras la grabación, estuvimos a nada de besarnos.

—Habría sido una pillada en toda regla. Agradéceme que te salvara.

Sonríe y sale de la cabina con el tanque.

—Pues sí. Hiciste bien. No me gusta enrollarme con gente del trabajo. Luego se estropea y es incómodo. ¿No te parece?

—Sí, ahí tienes razón.

«Por lo visto, le preocupa más que la relación laboral se enrarezca a ponerle cornamenta a su novio».

—¿Puedes poner el líquido de esta botella en el tanque? Yo te aviso del cambio. Mientras tanto, voy a preparar las mezclas para el papel.

—¿Hay que removerlo?

—Sí, un poco. Pero sin agitarlo, es solo para asegurarnos de que el liquido entre bien en toda la película.

—¿Por qué no te has enfadado conmigo? —me atrevo a preguntarle—. Pensaba que no volverías a hablarme al descubrir lo de la cámara.

—Bueno, tampoco pienso que hayan sido malas tus intenciones.

Aunque sí creo que se te ha ido un poco de las manos.

—A ver, al principio, mi única intención era desenmascarar a Alberto. Sé que él vendió las fotos de mi amigo a la competencia.

—¿Por qué estás tan seguro de que fue él? —me corta enseguida.

—Porque negoció con ellas previamente, antes de que yo eliminase las fotos de su ordenador. ¿Cómo crees que llegaron a publicarse después? Se supone que ya no existían.

—Conservó los originales en la tarjeta de la cámara —responde al instante—. ¿Se lo has dicho a Julia?

—No puedo confesar que entré en su ordenador y se las robé. Lo que he hecho no es legal precisamente. Solo lo sabemos tres personas, una eres tú.

—¿Y no probaste a exponérselo como una suposición?

—Lo hice, y no me creyó. Él supo vendérselo mejor. Alberto y ella están muy unidos, y él es un intocable de la revista. Hasta dejó de sospechar de ti porque la convenció también.

—Lo sé.

—¿Sigue pareciéndote un buen tipo?

—¡Deja de intentar manipularme! —protesta enseguida—. A ver, independientemente del asunto de las fotos… me cae bien. Y puede que me guste un poco.

—Estás de coña, ¿no?

—¿Por qué me cuestionas siempre? No me conoces tanto.

—Es que me parece tan extraño… Has pasado de detestarle a que te guste en cuestión de días.

—Bueno, del amor al odio dicen que hay solo un paso. Al revés es el mismo trayecto, ¿no crees?

—¿En serio?

—No, ahora sí estaba de coña —afirma riendo—. Has puesto una cara… ¿Por qué te cae tan mal? Aparte del asunto de las fotos, claro. No me digas que tú también vas detrás de Julia y que en realidad sois rivales —deduce, y me mira expectante—. ¿Es eso?

—No somos rivales. Y tampoco me ha hecho nada concreto, quitando lo otro.

—Bueno, tu amigo se lo buscó solito por exhibirse ahí a plena luz del día… —opina, vertiendo sobre la primera cubeta de la mesa uno de los líquidos que ha mezclado—. Por cierto, no sé si te contó que le hice un reportaje fotográfico para la revista y comimos juntos ayer.

—Sí, ya me dijo que le pillaste de improviso cuando le preguntaste sobre el día que me suplantó.

—Nos estuvimos riendo a tu costa. Él no sabía que me espiabas con la cámara y se sorprendió bastante. También me habló de esa tal María.

«¡Qué cabrón!».

—De eso no me dijo nada —respondo.

—Me contó que tuvisteis un algo durante un viaje, pero se terminó a la vuelta porque tenía pareja; y que luego, cuando ella quedó libre, el que estaba ocupado eras tú. Y que ahora vais dando tumbos sin poneros de acuerdo para coincidir en el mismo momento vital.

—Sí, más o menos.

—¿Y habéis coincidido ya?

—No lo creo.

—Pues mejor. No me cayó nada bien.

Me hace gracia que para unas cosas sea tan mentirosa y en otras, en las que sería normal disimular o evitar decir algo, ella sea tan franca.

—¿Por qué?

—No sé, la noté un poco… ¿posesiva? Si hasta le molestó que te invitara a una galleta.

Capítulo 26

Alicia

Le quito el tanque de las manos y termino el proceso de fijado. Aprovecho también para poner música con mi teléfono esta vez. Lo meto en la bolsa estanca.

—¿Quieres hacer la hoja de contactos? —le ofrezco.

—¿La qué?

—Aquella copia con todos los negativos para visualizarlos.

—Ah, sí, vale. Pero ¿me ayudas? No me acuerdo del tiempo y todo ese rollo.

—No te preocupes, ahora hacemos una tira de prueba para el tiempo. Verás que sí te acuerdas.

Termina haciéndolo él solo y se le iluminan los ojos cuando ve aparecer la imagen en la cubeta del revelado.

—¿La saco ya? —pregunta, al pasarle las pinzas.

—No, espera a que los negros se vean negros.

—¿Y cómo sabes que son negros y no grises en realidad? —Está moviendo la cubeta como le he enseñado que lo haga para bañar bien la copia.

—Porque en una buena escala siempre es necesario un blanco puro, varios grises y un negro.

—Pero ¿y si no lo hay?

—Créeme, aquí los hay.

—¿Y si no los hubiera? —insiste.

—Pues entonces nos habrían salido una mierda de fotos y tendríamos que corregirlas usando filtros o un proceso de doble revelado o un papel con un contraste más alto… Una imagen en blanco y negro con solo grises no me sirve para enviarla a un concurso.

Revisamos con la lupa las imágenes para decidir cuáles ampliar. Hay unas cuantas muy interesantes con el *graffitero* de fondo. Hice bien en convencerlo. Me pidió que le enviara una copia para su Instagram. Aunque no podré hacerlo hasta que finalice el concurso y publiquen el fallo, la imagen debe ser inédita.

—Si te digo una cosa, ¿prometes no enfadarte conmigo? —me dice cuando estoy enfocando para ampliar una de las fotos que hemos señalado como posible candidata.

—No puedo prometerte eso. Si me molesta, sabes que voy a enfadarme.

—Bueno, tampoco te enfadas tanto cuando lo haces.

—Eso no lo sabes. No me has visto enfadada.

—Yo te habría bloqueado directamente si tú me hubieras espiado la mitad que yo a ti.

—¿Cómo voy a bloquearte si eres un maldito hacker? Si consiguiera hacerlo, que no sabría cómo, apuesto a que serías capaz de hablarme a través de la tostadora. —Se ríe a carcajadas con lo que acabo de soltar—. Sí, ríete, pero compadezco a la que decida salir contigo. Si a mí me has espiado, solo porque me crucé casualmente en tu camino, no quiero ni pensar lo que harías para asegurarte de que no te ponen los cuernos.

—¿En serio piensas así de mí?

—¿Y te extraña? A las pruebas me remito.

—Pues te equivocas. Además, nunca me había metido en el ordenador de nadie. Bueno, quiero decir así, sin permiso, y fuera del entorno laboral.

—Vaya, ¿quieres decir con eso que debería sentirme halagada?

—No quiero decir eso. Bueno, es igual. Si tampoco vas a entenderme.

—Es que no hay razón posible para hacerlo. Que entraras en el ordenador de Alberto para robar las fotos de tu amigo no es ético, pero sí entendible. Lo mío, ni lo uno ni lo otro.

—Y aun pensando así, aquí me tienes. ¿Por qué?

—No lo sé… Es otra de las contradicciones de este misterio que nos ocupa.

Sonríe con mi respuesta. Tiene una sonrisa bonita, de esas que transmiten seguridad en sí mismo y franqueza. Creo que fue eso lo que hizo que confiara en él, su forma de mirarme cuando entró en la cafetería desde el primer día. Me observaba con interés, como si nos conociéramos, porque de alguna forma él ya me conocía.

—¿Te sirve que te diga que no he visto nada comprometido a través de tu cámara?

—Es que eso lo doy por sentado.

—Solo algún concierto en vivo con ese grupo que os puse aquella tarde.

—¡No!

Afirma con la cabeza y se ríe.

—¿Cómo es ese paso que haces con el cepillo cuando lo usas de micrófono? —añade, sin parar de reír.

—¡Vete a la mierda!

—Mi cabeza cortocircuitó el día que descubrí esa lista de reproducción tan variopinta, se salvan Green Day y Red Hot Chili Peppers. Pero no te he cogido el punto todavía, no sé si te gusta el hard rock, el punk, el grunge… y luego está el pop español para despistar en tus listas abiertas.

—Vaya, veo que te entretienes bastante con mi Spotify, ¿es que los hackers no tenéis hobbies?

—No tan divertidos como los tuyos. ¿Qué era eso verde que te pusiste el otro día en la cara?

Se me cae la foto que estaba colgando y va a parar a la cubeta del fijador.

—¡Mierda! Estabas tardando en liarla hoy —digo antes de sacarla y enviarla de vuelta al aclarado—. ¿Puedo saber si hay algún momento del día en el que no me tengas vigilada?

—¿Te refieres a antes de que taparas la cámara? —Está entretenido en mover la cubeta del agua, pensará que hace algo—. Por cierto, te recuerdo que aunque la hayas ocultado, el sonido sigue siendo el mismo. Lo digo solo por avisarte.

—Definitivamente, voy a llevar mi equipo a un experto para que te prohíba la entrada. Alberto asegura que el suyo ya lo tiene protegido.

—Tú sigue fiándote de ese fanfarrón.

Me hace gracia la manía que le tiene, y yo pensando que eran amigos.

—Pues he quedado luego con él. Viene a recogerme aquí.

Le ha cambiado la expresión.

—¿Lo dices en serio?

—¿Te preocupa que me vea contigo? —Me río al decirlo—. Por cierto, ¿por qué te presentaste aquel día en el restaurante como si no nos conociéramos?

—Porque habría sido muy extraño que te conociera.

—Pues, no lo entiendo. Entramos con vosotros aquella noche en la discoteca, ¿no te vieron hablar conmigo?

—Ah, pues… también es verdad, no lo recordaba. Y ellos se ve que tampoco, porque nos presentaron.

Tiene razón, nos presentó Julia. Y Alberto tampoco lo mencionó, que ya nos conocíamos.

—Era una broma, no hemos quedado —le aclaro.

—Ya lo imaginaba, trolera.

Suena la canción *El mundo tras el cristal* de La Guardia y levanta un dedo refiriéndose a ella.

—¿Ves? Tienes muchísimas canciones de este tipo entre tus favoritas, y de esta época.

—Sí, me hubiera gustado ser de esa década.

—¿Estás segura? Porque, en ese caso, ahora estaríamos escuchando esta canción en una cinta de casete. Y cuando se acabara, me mandarías a darle la vuelta para buscar otra que te guste; y encima no sabría cuántas tendría que pasar porque con esta luz no sería capaz de leer los títulos.

—Creo que no nos habríamos conocido —afirmo riendo—. Ni yo tendría mi portátil ni tú serías un hacker cotilla. ¿A qué te habrías dedicado?

—Bueno, los ordenadores no se inventaron en este siglo. Puede que yo me ocupara de los equipos en vuestra revista, y que me siguieras por toda la oficina para invitarme a revelar tus fotos igualmente.

—¿Perdona? Fuiste tú el que se invitó el primer día.

—¿Y eso qué más da? Lo que cuenta es que estaríamos aquí discutiendo sobre quién le da la vuelta a la cinta o qué canción poner después. Y, además, me habría perdido tu baile loco de Barricada. ¿Cómo puede gustarte ese grupo?

—Me recuerda a esa etapa loca de mi vida, cuando montamos el grupo.

—Entonces, ¿era cierto lo del grupo de rock? No lo creeré si no veo las pruebas.

—No voy a caer en tu trampa.

—¿Y si te lo cambio por blindar el acceso a tu ordenador?

—¿Cómo sabré que lo has hecho?

—Tendrías que confiar en mi palabra.

—No cuela. —Descuelgo dos imágenes que ya se han secado y se las pongo delante. Son muy parecidas—. ¿Cuál de las dos te gusta más?

—Es que aquí con la luz roja no se aprecia bien.

—Pues vamos al cuarto oscuro y encendemos la otra.

Se toma su tiempo para observarlas.

—En esta me gusta más el encuadre. Pero de esta me atrae más el gesto del chico; parece que haya mirado fugazmente a la cámara y esté a punto de recoger sus cosas para largarse.

—El encuadre puedo copiarlo, al ampliar me he comido un poco de esta parte.

—Entonces, solucionado —afirma, con un guiño.

Apago de nuevo la luz blanca y conecto la roja antes de sacar el papel fotosensible. Selecciono el negativo y lo coloco de nuevo en el portador. Enfoco la imagen sobre la base y ajusto el temporizador.

—¿Te apetece tomar algo después? —propone, tras la exposición —. Hoy no tengo ningún compromiso familiar.

—Pues yo tampoco, así que me apunto. —Abro la cortina para

salir a revelarla y me sigue. Es lo que hace todo el tiempo si no le propongo realizar algún trabajo que le distraiga—. ¿Cenas con tus padres habitualmente?

—Cenar no tanto, lo del otro día fue algo puntual. Pero a comer con ellos sí suelo ir más a menudo. Aunque no me pillan cerca del trabajo precisamente.

—Aun así tienes suerte de tenerlos aquí. Nosotras solemos ir a visitarlos en vacaciones y puentes. Yo iré este fin de semana. Elena me ha dejado colgada porque sale con un tipo nuevo y están en la etapa pegajosa. ¿Tú has ido por la cafetería últimamente?

—No, hace tiempo que no voy.

Se ha puesto serio al decirlo.

—Ah, era por saber si la habías visto con alguien por allí.

—Tampoco te solucionaría gran cosa que la hubiera visto, ¿no?

—Claro, tienes razón. Vaya tontería. —Saco la foto del revelador y la meto en la siguiente cubeta para que frene el proceso—. ¿Qué te parece ahora?

—Muy buena con ese encuadre. Me gusta más.

—¿Verdad? Pues ya la tengo. ¿Te encargas de pasarla al fijador? Voy a sacar la definitiva.

—Pero ¿no era esta?

—Ah, no. Ahora voy a meterle un papel baritado de calidad. Es el que se usa para las exposiciones.

—¿Por qué no hablas con la pesada esa del otro día para que te deje exponer tus fotos allí? —se le ocurre cuando vuelvo con la copia definitiva.

—Pero ¿tú estás loco? —Me río de su ocurrencia—. Yo no soy nadie en el mundo de la fotografía, ¿cómo va a exponer mis fotos?

—Pues no sé qué tenían las que vimos el otro día, que les falte a las tuyas.

—Bueno, para empezar, nada que ver. Pero normalmente en esos sitios exponen a fotógrafos conocidos. Las mías pueden aparecer, como mucho, en la exposición de un certamen.

—Y también aparecen en una revista bastante popular y de tirada nacional.

—Me refería a mi trabajo independiente.

—Creo que los límites te los pones tú misma.

Regreso al cuarto oscuro para ampliar una foto que no es del concurso. Cuando salgo, está canturreando una canción que ni me suena haber guardado.

—Acabo de descubrir el misterio —digo, y me mira intrigado—. Yo acusando a mi hermana de haber metido canciones en mis listas y resulta que eras el culpable. —Se ríe enseguida.

—Alguien tenía que enseñarte lo que es gusto musical.

—¿Perdona? El otro día me saltó una canción de Mojinos Escozios.

Se descojona.

—Ese día estaba de coña.

—Sí, claro. Ahora vas a usar eso para justificarte con las que no me gusten.

—Pues esta no la has borrado.

—¡Porque es la primera vez que la escucho!

Se acerca a mirar la foto que acabo de meter en la cubeta del revelado, le ha pillado por sorpresa.

—¿Y esto? —Se extraña al verla.

—¿No te gusta?

—¿Por qué la has ampliado?

—Para que la tengas.

Cuando la hice pensaba que había salido movida, se giró al mismo tiempo que disparaba. Suerte que tenía puesta una velocidad alta.

—Nunca me habían regalado una foto mía.

—Siempre hay una primera vez.

El encuadre ha quedado inclinado y le da sensación de movimiento a la escena y frescura. No es un primer plano, sino medio. En color habría quedado mejor, la luz de aquel sitio era espectacular a aquella hora, en tonos anaranjados y amarillos. Llevaba una camiseta blanca, limpia, sin ningún dibujo, unos vaqueros negros y un blazer claro que dejó en la moto. Y el pelo algo más largo de lo que lo lleva hoy, se lo ha cortado.

—¿Ves? Este es un ejemplo de escala perfecta. Fíjate en el blanco de tu camiseta, el negro del pantalón y todos los grises que hay entre tu piel, el pelo, los ojos… ¡Qué bonitos se ven! ¿De qué color son? Con la luz roja no se aprecia.

—Marrones.

—Pero muy claros, ¿no?

—Sí, tiran un poco a amarillos y a verdosos, según lo que me ponga a veces se ven de un color u otro.

—¡Qué envidia me dan tus pestañas! ¿Cómo pueden ser tan perfectas? Lo que me ahorraría en tiempo de maquillaje si fuera tú.

—Bueno, deja de inspeccionar ya la dichosa foto. —Me la quita de las manos y la cuelga de una pinza, pero del revés para quitarla de nuestra vista.

—¿Qué? ¿Te da corte? Pues ahora piensa en todas las que has cotilleado en mi ordenador. ¿Qué tendría que hacer yo? ¿Quemarlo?

Capítulo 27

Mario

Son las siete de la tarde cuando salimos del laboratorio con toda la selección de copias en una carpeta con asas que lleva. Le he pedido que guarde la mía para otro momento que no venga en moto. Aunque no sé qué haré con ella, no soy de poner fotos mías en ningún sitio. Me ha resultado extraño el momento de verla analizando mi imagen. Nunca me he considerado tímido, pero en ese momento sí he sentido cierto pudor, no sé si por la forma en la que me miraba y comparaba mis rasgos con los del retrato.

Hemos decidido dejar la moto aparcada y quedarnos por la zona para tomar algo.

—Acabo de recordar que no me has contado una cosa —dice cuando nos sentamos frente a la barra de un local que nos ha llamado la atención. Según ella, acaban de abrirlo, antes había una mercería.

—¿Qué cosa?

—Me has dicho que me contarías algo si prometía no enfadarme contigo. Pero al final no lo has hecho —se queja, soltándose el pelo y colocándolo a un lado del cuello, como en la foto de los lavabos. Hoy se lo ha dejado con sus ondas naturales. En el laboratorio se lo había recogido con la pulsera de tela que lleva ahora en la muñeca, o lo que yo pensaba que era una pulsera. Me fijo también en sus cejas y no veo el agujero de su antiguo piercing.

—Tampoco me lo has prometido —respondo.

En realidad no sé si debo contárselo, esto me ha pasado por bocazas.

—Vale, pues te lo prometo ahora.

—No sé si puedo fiarme de ti, mientes más que hablas.

—Todavía no entiendo por qué piensas eso. ¿En qué te he mentido, a ver?

—Pues para ponerte un ejemplo, me dijiste que no salías con nadie.

—Y así es —afirma, aparentemente convencida.

—Los dos sabemos que sí. Recuerda que soy tu hacker.

—¿Mi hacker? —repite con suspicacia—. Pues precisamente por eso deberías saberlo mejor que nadie.

—Es que justamente por eso sé que sales con Fran.

Se echa a reír con ganas.

—Vaya un hacker de pacotilla… —Continúa riéndose—. ¿Y tú pretendías desenmascarar a Alberto? ¡No tienes ni idea! Fran es solo un amigo.

—¡Venga ya, Alicia! ¡Pero si he visto vuestras fotos! ¿Cómo se puede ser tan trolera?

—Ahhhhh, las fotos… —Vuelve a reírse. No sé qué le hace tanta gracia. Para mí que se le está subiendo la cerveza por bebérsela tan rápido, decía que venía sedienta y casi se ventila la primera del tirón —. ¿Y por casualidad no te has fijado en las fechas? Tuvimos una relación hace varios años, pero ya no salimos juntos. Solo somos amigos.

Pues menos mal que no le he ido con el cuento de que está liado con su hermana, que es lo que llevo un tiempo planteándome si debería contarle o no. Los pillé infraganti, cuando fui a recuperar mi teléfono y Alicia se marchó a casa en metro porque la dejaron plantada. Fran estaba esperando a la vuelta de la esquina, y Elena se reunió con él en cuanto cerró la cafetería. Iban caminando de la mano cuando pasé junto a ellos con la moto, y al parar frente al semáforo en rojo presencié un beso apasionado por el espejo retrovisor. Me impactó tanto, que no sabía cómo actuar. Me planteaba si decírselo o esperar a que lo descubriese por su cuenta. Lo primero me iba a salpicar, estaba convencido. ¿Y quién era yo para entrometerme? Además, se trataba de su hermana, era un asunto demasiado delicado. Pero, por otro lado, merecía saber la verdad. Aunque, también ella estuvo a punto de lanzarse con Alberto. Puede que su relación estuviera haciendo aguas, pensé en ese momento.

—Al final voy a terminar creyéndote en lo que es mentira y desconfiando de la verdad —me quejo.

—Bueno, pues ya has comprobado que no miento. ¿Qué tienes que decirme ahora?

—Es que no quiero ser un cotilla entrometido.

—Demasiado tarde para eso, amigo. Eso es precisamente lo que eres.

—Pues dimito de ese papel. A partir de este momento renuncio a mi pasado cotilla.

—¿Renuncias solo por no contarme eso que ocultas? —Me mira con un gesto divertido—. Es demasiado tentador. Prefiero que sigas espiándome a cambio de saber lo que me ocultas.

—Empiezo a sospechar que en realidad te gusta sentirte observada y que por eso te lo has tomado tan bien.

—Será porque no tengo nada que ocultar, a parte de mis extraordinarios bailes.

—Bueno, también es una forma de definirlos —acepto riéndome.

—¡Deja de criticar mis bailes! —protesta, en un tono fingido de queja—. A no ser que quieras mostrarme tus habilidades para que yo también pueda opinar de los tuyos.

—Me temo que eso no lo verás nunca.

—Pues Alberto sí estuvo a la altura.

—No pienso caer en esa provocación. —Suena en este momento en el local *Take on me* de A-ha—. Mira, esta puede que sea de esa época dorada que te gustaría haber vivido.

—Creo que te estás desviando del tema para no contarme lo que en realidad te he preguntado. Y odio quedarme con la intriga.

—No hagas eso, ¿no ves que entonces me obligas a no contártelo? Es como aquel día que te daba miedo cargar la película en el cuarto oscuro, si hubiera tenido más confianza contigo te la habría arruinado seguramente.

—Menudo fanfarrón… Pues no veo que hoy lo hayas hecho, y eso que estabas más suelto.

—Porque hoy soy más consciente del proceso y también del valor que tiene. —Me observa con curiosidad—. Y encima me habría tocado hacerte de chofer otra tarde para repetir las tomas.

—Serían irrepetibles. Lo sé por experiencia.

—¿Por qué sacaste tu autorretrato del archivo? No imagino una imagen más apropiada para iniciar o finalizar, según se mire, tu exposición.

—Primero, no tiene nada que ver con la temática de la serie. Segundo, ¿tú has visto qué pintas llevaba?

—Sí, ¿y?

—No me identifico con esa Alicia.

—O no quieres identificarte, más bien.

—Puede ser.

—Pero esa eras tú ese día, no deberías renegar de la Alicia que fuiste. Pagaría por veinticuatro horas en el ordenador de aquella Alicia.

—Eso sí que ha sonado pervertido. —Se ríe a carcajadas—. Tenía diecisiete años, capullo, podrías acabar en la cárcel.

—Bueno, ya has visto que me va el peligro.

Me está mirando de un modo que me pone nervioso. Bueno, en realidad no lo hace de una forma diferente, pero noto cierta curiosidad y también que analiza lo que digo.

—Aquella foto fue algo que improvisé. Estábamos trabajando con el medio formato en el estudio y quise hacer una comparativa de iluminación por mi cuenta. Era muy de experimentar.

—Pues el resultado se merece un hueco en esa carpeta de Posibles.

—No tienes ni idea.

—Que no sepa hacer fotos no significa que no pueda identificar una buena cuando la veo.

—¿Ah, sí? ¿Y en qué te parece buena? Porque hasta le falta algo de foco.

—Yo te veo bien iluminada.

Se ríe.

—En el argot fotográfico eso es enfoque.

—Ah, pues tampoco me lo pareció, y la estuve observando detenidamente. Por cierto, ¿dónde está el agujero de tu piercing?

—Desaparecieron —reconoce, pasándose un dedo por la ceja, un gesto que le he visto hacer muchas veces a través de la cámara de su ordenador—, ¡y deja de observarme ahora como un búho! —Sonríe al decirlo, aunque creo que se siente igual de incómoda que yo cuando ella me analizaba.

—Y la del charco, ¿es real o buscada? —se me ocurre preguntarle para cambiar de tema.

—Es Elena. Se enfadó porque la hice caminar de un lado a otro de la calle unas cincuenta veces. Ella te dirá que fueron trescientas, y que encima elegí la primera toma y podríamos habernos ahorrado todo el calvario.

—¿Y cómo sabe que elegiste la primera? Podrías no habérselo dicho para ahorrarte la queja.

—Porque también le hice cambiarse unas cuantas veces de calzado y de ropa, por eso lo supo. Desde entonces, se siente congraciada con la dura labor de una modelo. La mía, en cambio, le parece un camino de rosas.

—Me encanta la relación que tenéis. Sois una pareja de lo más cómico que he presenciado.

—En un *reality* robado. Termina la frase, ¡mirón! —se queja—. Por cierto, ¿a ella también la has pillado infraganti? Porque supongo que te habrás dado cuenta de que compartimos el equipo.

—¿Estás segura de eso? A ella solo la he visto un par de veces, y era de fondo contigo.

—Vale, al final va a tener razón cuando dice que me apropio de las cosas. —«Bueno, teniendo en cuenta que ella se lo está montando con tu ex… A lo mejor estáis en tablas»—. ¡Has puesto cara rara!

—¿Rara? —me extraño— ¿Cómo?

—Como si recordaras algo sobre lo que he dicho. La has oído comentar cosas de mí, ¿a que sí?

Debo observarme en el espejo para comprobar qué gestos hago mientras pienso, parece que me lo adivine.

—¡Qué va!

—Mientes fatal.

—Claro, es que habló la experta.

—Además, no se me ha olvidado que tienes algo que contarme, por mucho que te desvíes del tema. Soy implacable. No pararé hasta que lo sueltes.

—Tu hermana y Fran están liados.

Se descojona viva.

—No vale inventárselo. ¡Suéltalo, venga!

—¡Era eso!

—Eso es imposible. ¿Elena y Fran? Son como la noche y el día. Además, se llevan fatal.

—Los ingredientes perfectos para que haya saltado la chispa.

—Pero ¿lo estás diciendo en serio?

—¿Por qué iba a mentirte?

—¿Y eso era lo que tenía que prometerte que no me enfadaría contigo?

—Es que pensaba que estabais juntos y que me salpicaría por decírtelo.

—¿Y cómo lo has sabido? ¿También espías a Fran?

—¿Cómo puedes pensar eso?

—Porque se te va de las manos el *ciberespionaje*.

—Los vi juntos de casualidad.

—¿En mi casa?

—No, por la calle.

Le cuento la escena que presencié y se descojona de risa otra vez. Y yo pensando que iba a molestarle.

—Vaya, vaya… Qué guardadito lo tenían… Lo que me voy a reír a su costa.

—¿Qué piensas hacer?

—Nada.

—Estás poniendo cara de tramar algo —le digo, y vuelve a sonreír porque es verdad.

—Joder, tienes que ayudarme a pillarlos infraganti. Me lo voy a pasar pipa.

—Pensaba que ibas a tomártelo fatal y te estás divirtiendo. Eres la persona más rara reaccionando que conozco.

—Es que ni te imaginas el coñazo que me dio cuando salía con él. Que si menudo chulo, que me sacaba mil años, que si solo me fijo en el físico, que cómo pude dejar tirado a Javi por él, que menuda niñata… ¡Y ahora se lo cepilla ella!

—¿Javi era el chico que te metió en la fotografía?

—Sí, el mismo.

—¿También tienes buena relación con él?

—No, me tiene completamente bloqueada de su vida. Puede que

hasta haya fantaseado alguna vez con ponerme una orden de alejamiento.

Me sale una carcajada espontánea.

—¿Qué cojones le hiciste?

—No pienso contártelo —dice, y vuelve a mirarme de un modo que me inquieta—. Me has visto con la cara verde, lanzando un bol de palomitas por los aires, discutiendo con mi hermana, bailando como una posesa y a saber de qué otras formas ridículas más… Al final, no voy a necesitar que me bloqueen el equipo para prohibirte la entrada, vas a salir corriendo tú solito.

Su comentario acaba de ponerme en perspectiva. «¿Qué cojones estoy haciendo? ¿Crearle falsas expectativas respecto a nosotros?».

Capítulo 28

Alicia

—¿Nos vamos ya? —dice repentinamente.

«Pero ¿qué narices ha pasado?». Se ha quedado muy serio. «¿Qué he dicho?». Me encantaría tener una grabación de la escena, como la tarde que estuve en casa con Alberto, y poder rebobinar para escucharme de nuevo.

—Vale —respondo, algo dubitativa y consultando la hora en la pantalla de mi teléfono—. Es tarde. Sí —miento, no son ni las nueve.

Salimos a la calle y damos la vuelta al edificio para cruzar a la otra esquina donde ha dejado aparcada su moto. No dice nada durante ese tramo que recorremos y su actitud ha cambiado notablemente, parece sentirse incómodo.

—¿Quieres que te lleve a casa? —me ofrece cuando ya hemos llegado a la puerta del laboratorio. A pesar del gesto amable, su semblante sigue igual de serio que cuando decidió dar por concluida nuestra reunión.

—No, no hace falta, gracias. Me pilla bien el metro desde aquí.

—Bien, entonces, hasta luego —se despide sin más, levantando la mano.

—Ya te devolveré la foto en otro momento —añado, como despedida y mostrándole la carpeta con un gesto.

—Vale, y gracias.

Me alejo hacia el metro y no entiendo por qué de pronto me he sentido tan incómoda. ¿O era él quien se sentía incómodo? Creo que me lo ha transmitido. Espero que no haya pensado que me refería a que le estaba insinuando que yo… Bueno, a ver, fue él quien inició esto, ¿no? Para empezar, se metió a cotillear mis fotos. Claro, que… las cotilleó porque buscaba las de su amigo. Pero luego me arregló el programa de edición. ¿Se lo pedí? No. Bueno, también es su trabajo, no le costaba nada solucionarlo; igual que a mí no me ha costado nada hacerle una foto y revelarla. A lo mejor no tenía que habérsela regalado. Creo que ha sido ahí cuando ha empezado a incomodarse, y por eso no se la ha llevado. En el compartimento de esa pedazo de

moto cabría un buey. No la quería, está claro.

Cuando me siento en el andén de la estación, abro la carpeta del material y saco la foto para observarla detenidamente. Me encanta esa mirada que ha captado la cámara: una mezcla entre tímida y desafiante. Recuerdo el momento de la toma. «No irás a hacerme una…», y pulsé el disparador en mitad de su frase. Sonrió tras el sonido del obturador, pero eso no logré capturarlo en la imagen.

Fue una jornada muy distinta a la del día que fui con Alberto, aunque era en otro lugar. Ya tenía en mente presentarme al concurso y estaba buscando escenarios. Pero no me sentí igual de libre con mi compañero, por eso no he querido invitar a Alberto al laboratorio. De una forma u otra se inmiscuía en mi trabajo, por deformación profesional, no le culpo. Pero después no siento que el resultado sea mío, queda contaminado por una influencia externa.

Con Mario voy a mi bola. Se moja lo justo y solo cuando le pregunto. Pero me deja a mi aire, y se implica como lo haría un niño curioso con ganas de aprender. Eso también me gusta de él.

Alicia: ¿Estás en casa?

Elena: No, pero te he dejado cena en el frigo.

Alicia: Mamá no va a tragarse que no vienes por el trabajo teniendo ya una nueva camarera.

Elena: Tienes un don para convencerla. Eres la consentida. Sabrás hacer tu trabajo.

Alicia: ¿Y qué gano a cambio?

Elena: ¿Aparte de alimentarte?

Alicia: No empieces con ese rollo… ¿Saco a relucir quién paga las facturas? Le diré a mamá que estás muy liada si prometes presentarme a tu novio a la vuelta.

Elena: ¿Por qué tienes tanto interés en conocerlo?

Alicia: Para darte mi visto bueno, como sueles hacer tú. Todavía recuerdo la brasa que me diste con Fran… ¡Qué tiempos! Le ponías a parir a todas horas, pobre. Un día tengo que contárselo, lo que nos vamos a reír.

Elena: Mira que puedes llegar a ser exagerada. Te dejo, estoy liada.

«Sí… Liada con mi ex».

***

—Dime la verdad, ¿cómo ves a tu hermana? Porque el otro día hablamos con ella por la pantalla y la notamos mucho más flaca. Ese trabajo suyo la está destrozando, ¿no crees? —opina mi madre, mientras me ayuda a deshacer el poco equipaje que he traído. «Es Fran, que la mata a polvazos»—. ¿No lo crees? —insiste ahora.

Creo que me ha pillado negando con la cabeza, intentaba quitar de mi mente la imagen de Fran y mi hermana montándoselo a lo

bestia. Debería estar prohibido que un ex se acueste con tu hermana. Es que encima puedo imaginarme la escena con todo lujo de detalles… «¡Joder, qué mal rollo!».

—Bueno, sí, está siempre muy liada. Pero comemos bien, no te preocupes.

Me espera una jornada intensiva con mi madre pegada como una lapa. Si al menos hubiera venido Elena, me podría librar un poco de su constante interrogatorio, que ya empezó cuando me recogieron en la estación.

—¡Ay, el pan! —dice de pronto—. Ya sabía yo que se me olvidaba algo. Voy a llamar a tu padre. ¿Necesitas alguna cosa? ¿Quieres aprovechar que ha ido al supermercado y se lo pides?

—Nada, mamá. Ya sabes que me gusta todo y me adapto. ¿Te importa si me doy un chapuzón en la playa antes de comer o quieres que te ayude con algo?

—No, claro que no. Ya está todo preparado. Ve a bañarte. ¿Quieres que te ponga la crema antes de salir? —propone, cuando me estoy poniendo el bikini—. Estás muy paliducha. A ver si vas a quemarte.

—Mamá, por favor, que ya no soy una cría.

—¿Cómo que no? —Se acerca a besuquearme.

—¡Joder, qué plasta! —le digo riendo e intentando zafarme de sus achuchones.

—¡Te aguantas! Ya me echarás de menos cuando falte.

—Mamá, por dios, que llevas diciendo eso desde que éramos niñas. Y aquí sigues…

—No sé cómo has podido salir tan arisca, con lo cariñosa que es tu hermana. Ya se te podía pegar algo.

—Pero ¿quién es la que ha venido a verte? —digo, zanjando la conversación y metiendo la toalla en mi pequeña cesta de playa, que siempre dejo colgada en una percha decorativa junto al armario.

—Bueno, la pobre no tiene tanta suerte como tú con el trabajo.

«Sí, claro, el trabajo…»

Necesitaba esta escapada tanto como respirar. Se me está haciendo largo este año y aún no sé ni cuándo podré pillarme vacaciones. Pero han merecido la pena las seis horas de autobús y el madrugón. He tenido suerte con que Diego me haya permitido tomarme el viernes libre. Fue un acierto cenar con ellos el día de la exposición, me dieron muy buena impresión fuera de las formalidades de la oficina, tanto él como Lucía, y no es tan arisco como Julia. Agradezco que sea él quien coordina mi trabajo; a ella no la soportaría, si la tuviera encima todo el tiempo. También me gustó coincidir con Lucía en aquella cena, escribe muy bien y mis fotos han acompañado algunos de sus artículos. Ni siquiera sabía que estaban

casados, ella y Diego. Creo que tengo que cambiar de fuentes en radio patio. No me informan de estos datos que son reales, y sacan a la luz mentiras sobre posibles escarceos entre la jefa y Alberto.

Ni siquiera me he traído el ordenador esta vez. He decidido descansar del todo y no tener la tentación de revisar mi agenda de trabajo de la próxima semana para ir adelantando algo. Prefiero centrarme en recargar las pilas del todo y dejarme mimar estos tres días. Aunque sí he cargado con mi cámara, debería mirármelo.

Capítulo 29

Mario

Me rayé un poco en el bar con Alicia. No sé qué estoy haciendo. Siento que hemos cruzado una pequeña línea sin darnos cuenta. Aunque mentiría si dijera que no esperaba que esto sucediese. En realidad, lo que no quería era verlo. Había señales por todas partes que me decían: Mario, no. Cuidado. ¿Dónde vas? ¿Qué cojones estás haciendo? Se te está yendo de las manos.

Al llegar a casa tomé la decisión: se acabó. En algún punto tenía que ser. Este momento era tan bueno como cualquier otro. El asunto de Alberto y las fotos pasó a la historia. Ella no va a perder su trabajo. Fuimos a hacer unas fotos, las revelamos… y ya no queda nada por hacer. Incluso hemos tomado unas cervezas juntos. Círculo cerrado. Fin de la historia.

***

Me desperté al día siguiente con las ideas más claras y completamente convencido de la decisión tomada. Era lo correcto. Debía centrarme en lo importante: mi vida con Julia, mi trabajo, nuestros proyectos en común, la boda… Bueno, esto último me tenía algo alterado. Soy consciente de que fui yo quien le propuso matrimonio. Me pareció que había llegado el momento de dar ese paso, y no solo por las indirectas que nuestras familias solían dejarnos caer, también a Julia le hacía ilusión y, al fin y al cabo, llevamos casi dos años viviendo juntos. Aunque también pienso que no debió adelantarla. Me habría gustado disponer de algún tiempo más para ir mentalizándome de la que se nos viene encima con los preparativos.

Julia ya estaba en la ducha cuando sonó mi despertador. Decidí entrar con ella, lo necesitaba. Se extrañó al principio, pero enseguida se dejó llevar por mis ganas.

—¿Y si nos vamos este fin de semana al apartamento de la playa? Hace meses que no vamos —se me ocurrió proponerle durante el desayuno.

—Imposible —respondió tajante—. Esta tarde tenemos que pasarle a Romualdo la lista de invitados. También nos entregará las invitaciones y los menús del catering para seleccionar los que más nos gusten para una prueba. El sábado nos han dado cita para confeccionar la lista de regalos de boda. Y el domingo, se ha empeñado mi madre en visitar la iglesia que ha escogido la tuya para la ceremonia.

Bueno, más que escogerla…, salvó sus planes de adelantar la boda. Los que cancelaron la suya iban a casarse solo por lo civil. Se había resuelto lo de la celebración, sí, pero no lo más importante. Y eso fue lo que opinó mi madre cuando se ofreció a hablar con un párroco conocido de la familia.

—Y, a partir de ahora, ¿todos nuestros planes van a girar en torno a la boda? —me quejé tras escuchar el listado que nos habían organizado.

—Deberías alegrarte de que la haya adelantado; cuanto antes empiece todo, antes terminará —alegó, a la vez que me pasaba su taza vacía para que me levantara a rellenársela de café. Aunque, mientras tanto, me robó la mía.

—Pensaba que contratando un organizador de bodas nos ahorraríamos lo de estar tan pringados en la planificación. ¿Le pagamos tanto para esto? ¿Qué demonios hace él?

—Créeme, sin él aún sería mucho peor.

—Permíteme dudarlo… Pienso que esa gente que planifica bodas se empapa de las películas americanas para sacar ideas ridículas e innecesarias, y a nosotros la pasta.

—¡No exageres! —protestó riendo. Se la veía muy feliz y encantada con el asunto.

—¿Exagero? ¿Desde cuándo se celebra aquí una cena de ensayo? ¿Y qué me dices de la sesión de fotos preboda? ¿No se supone que el novio no debe ver a la novia con su vestido hasta que llega al altar?

—¡Tú sí que has visto películas! —Empezó a reírse con más ganas —. Las fotos preboda no se hacen vestidos de novios, cariño, sino con ropa normal.

—¿Y para qué queremos un álbum de fotos vestidos como cualquier otro día? Para eso ya tenemos las que nos hacemos cuando viajamos o celebramos algo, no necesitamos a un fotógrafo profesional para eso.

—Pero ese reportaje sirve de ensayo para el día de la boda, y evoca el tipo de pareja que éramos antes de casarnos —me explicó mientras cortaba un kiwi en rodajas—. Cómo se nota que no lees nuestra revista.

***

Sé que había dicho «se acabó» y que no iba a contactar más con Alicia, pero se me hacía extraño. Era esa sensación de cuando te has enganchado a una serie de esas largas con más de diez temporadas y pequeños capítulos que apenas ocupan media hora y te acostumbras a ver un episodio diario. Al principio parece que nunca vayan a terminarse. Hasta que un día ves el último, y cuando acaba te quedas un poco vacío y no sabes con qué rellenar ese hueco ahora. Algo así me ocurría con ella. Había adoptado la costumbre de entrar a ver lo que estaría haciendo, en qué andaría trabajando, qué música nueva habría descubierto… o tal vez estaría enviándole un mensaje o ya me lo habría escrito ella.

Pero llevaba tres días completamente desconectada. ¿Se le habría estropeado el equipo? Era demasiado extraño. Me preocupó que le hubiera pasado algo y no enterarme. Tantas vueltas le estuve dando, que decidí pasarme por la cafetería de su hermana cuando llegó la tarde del domingo y comprobé que seguía sin dar señales de vida.

—¿Dónde te has dejado al antipático? —preguntó Elena cuando se acercó a mi mesa para tomarme nota. Se ve que se la tenía jurada a Leo desde el día que rechazó publicitar su negocio.

—Se ha quedado subido a su ego —respondí con un guiño, para congraciarme.

—Qué raro verte por aquí, ¿has venido buscando a mi hermana? —añadió, con una sonrisa cómplice.

—Solo pasaba por aquí.

—Sí, claro… ¿Qué te pongo?

—Un café con la leche fría.

Se alejó a prepararlo y en ese momento apareció por la puerta el otro camarero que suele turnarse con ellas. Al ratito, volvió a regresar ella a mi mesa con el pedido.

—¿Te digo ya dónde está o espero a que me lo preguntes?

—No sé de qué me hablas —dije, antes darle un pequeño sorbo a mi café.

—Ni tampoco has estado aquí, ¿no?

Sonrió antes de volver a colarse detrás de la barra.

***

Son cerca de las nueve de la noche cuando veo que conecta su ordenador. Espero un mensaje del tipo: «Me ha dicho mi hermana que has estado en la cafetería», o algo similar. Pero no recibo nada. Posiblemente, Elena no se lo habrá dicho. O tal vez las cosas se han enrarecido de verdad entre nosotros.

Enciendo la cámara para ver si, con un poco de suerte, ha quitado la cinta y puedo ver qué expresión tiene o si noto algo extraño en su

actitud. Pero al otro lado no está Alicia, sino Elena. No puedo verla, la cámara sigue fundida a negro. Pero tiene puesta una de sus listas de Spotify: *Elena-Favoritas en español,* con un tema de Bisbal y de fondo el sonido de una batidora. Me quedo un rato más escuchando, esperando tal vez a que en algún momento aparezca Alicia en escena y se apodere del equipo, como suele hacer, tras una breve discusión entre ellas sobre el hecho de que lo acapare siempre. Pero lo que oigo ahora es el sonido del teléfono.

—¡Voy! —dice enseguida, como si fueran a oírla—. ¡Un momento! —Se oye el grifo y el agua correr—. ¿Hola? Me pillas con las manos en la masa literalmente.

—Ah, lo siento. —Es la voz de Fran, ha conectado el altavoz del teléfono—. Es solo para preguntarte por qué te viene mal lo de la cena.

—¿Qué? Si la estoy preparando. No te entiendo.

—Me acaba de llamar Alicia. Dice que hay un cambio de planes, que te venía mal y quiere aprovechar para que cenemos solos. Por lo visto tiene algo importante que contarme.

—¿Estás seguro? A mí no me ha dicho nada. Aunque a lo mejor me ha llamado antes, cuando tenía conectada la batidora. ¿Y qué le has respondido?

—¿Qué iba a decirle? He tenido que aceptar. Pero creo que deberíamos contárselo. Es incómodo para mí. Me conoce y sabe que mi comportamiento es extraño. Se lo voy a soltar en cuanto la vea.

—¡Ni se te ocurra hacerlo! Tú no la conoces. Se lo va a tomar fatal. Es una inmadura. Tienes que dejármelo a mí.

—Yo también la conozco, y no creo que vaya a tomárselo así. Alicia no es como piensas.

—¿Me vas a decir cómo es mi hermana? Convivo con ella, y es de lo más volátil e impredecible que te puedes echar a la cara. Lo resolveré a mi manera.

—Vale, como prefieras. Pero ¿qué hacemos hoy?

—Pues nada, cena con ella y después ya veremos. Llámame cuando puedas, y nos reunimos más tarde.

«Qué cojones estará tramando…»

A los pocos segundos de colgar, entra otra llamada. Se la oye quejarse con fastidio, debe de ser porque no puede manipular bien el teléfono por lo de las manos en la masa.

—Dime. ¿Has llegado ya?

—No, pero casi —reconozco la voz de Alicia enseguida—. Aunque hay un cambio de planes. Al final le he propuesto a Fran que cenemos fuera. Así descansas y no tienes que preparar nada. Pero gracias de todas formas por aceptar invitarlo.

—No era ninguna molestia, ya sabes que me encanta cocinar.

—Lo sé, pero estarás cansada, que hoy te ha tocado trabajar todo el día.

—No te preocupes, he preparado algo ligero y ya casi lo tengo listo.

—¡Oh, lo siento, Elena! Tenía que haberte avisado antes. Es que… a nosotros nos apetece hoy salir en otro plan.

—¿En qué plan?

—Pues ya sabes, algo más fiestero.

—¿En domingo? ¿No estás agotada del viaje?

«Así que era eso, se había ido de viaje. Lo había olvidado por completo, y sí que me contó en el laboratorio que este fin de semana visitaría a sus padres».

—¡Qué va! Si no he hecho otra cosa que comer, dormir y tomar el sol. Ya sabes cómo son, me han tenido entre algodones. He dormido una buena siesta en el bus. Ahora solo me apetece cenar y darle algo de mambo al cuerpo.

—¿A qué te refieres con mambo?

—¿Tú qué crees, hermanita?

—¿Vais a salir a bailar?

—Me refería a otro tipo de mambo.

—¿Quieres decir… que vas a acostarte con un tío?

—¡Bingo! He pensado que, ya que viene Fran a recogerme a la estación, voy a quedarme a dormir en su casa. Así que no te preocupes si no vuelvo. Es que, durante estos días he pensado mucho en lo nuestro y…

—… ¿A qué te refieres con lo nuestro? —la corta.

«¡Qué cabrona! Se la está liando».

—Me he acordado de nuestra relación en estos días de descanso, y creo que falló porque era una cría. Pero ya no lo soy, he madurado. Y ahora estamos en un buen momento para volver a intentarlo.

—Yo no lo veo, Alicia. Segundas partes nunca funcionan. Mira lo que te pasó con Javi.

—Pero Javi era un niñato como yo. ¡Mira cómo reaccionó! Fran es un tío sensato, y tenemos algo muy bonito. Además, noto que él también siente lo mismo. Más de una vez hemos estado a punto de caer en la tentación, ya sabes…

—No digas tonterías. Te vas a cargar la amistad.

—Sé que no me entiendes, porque en el fondo no le tragas. Pero haré que os llevéis bien y, cuando veas lo felices que somos juntos, te alegrarás por mí. —«Incluso yo empiezo a tragármelo»—. Voy a ir a saco esta noche. ¡Deséame suerte!

—¿Que vas a ir qué?

—Tengo que dejarte, Elena, que bajo del autobús y ya lo estoy viendo por la ventanilla. Besos.

—¡Joder! —dice con furia.

—¿Decías algo?

—No, nada, pensé que ya habías colgado.

«Está como una regadera. A ver cómo acaba esto. Me gustaría presenciar la otra escena».

Capítulo 30

Alicia

Me habría encantado ver la cara de Elena al escuchar que voy a lanzarle la caña a su novio. No sé ni cómo he podido aguantarme la risa. Llevaba tres días urdiendo mi plan. Mientras desayunaba con mis padres, se me ocurrió hacer una videollamada con ellos allí presentes, y antes de despedirnos le propuse invitar a Fran a cenar esa noche porque le había pedido que me recogiera en la estación, que llegaría cargadísima con mil historias que mis padres siempre se empeñan en que nos llevemos, como si aquí pasáramos hambre sin su presencia. Menuda cara se le quedó hasta que reaccionó y disimuló un poco. No entiendo cómo no me había fijado antes, se puso nerviosa en cuanto mencioné su nombre. Aceptó mi madre por ella:

—Claro que sí, hija. Eso ni se pregunta, ¿verdad, Elena? Es muy buen chico. Nunca entenderé por qué lo dejaste escapar.

—No era mi prisionero, mamá —respondí riendo.

—Es una forma de hablar.

—La dejó él —añadió enseguida la que iba a caer en mi trampa—, tampoco podía hacer mucho.

—Podría volver con él, si quisiera —respondí con tonillo burlón, por fastidiarla, y ella soltó una carcajada sonora.

—¿También discutís por aquí? No quiero imaginaros allí en casa —refunfuñó mi padre enseguida en tono serio, como es él.

Tras la videollamada, me fui corriendo a mi habitación marcando por el camino el teléfono de Fran y utilicé la misma estrategia, pero a la inversa. Sin darles opción a ponerse de acuerdo el uno con el otro para rechazar mi supuesta cena.

La segunda parte de la estrategia ha venido por la noche, cuando ya estaba a punto de llegar, que lo he llamado a él primero para decirle que había un pequeño cambio de planes: al final la cena no sería en mi casa, que a Elena no le venía bien, pero le invitaba a tomar algo por ahí y que además tenía algo importante que contarle. Ha terminado aceptando, aunque le notaba dubitativo. Enseguida he llamado a mi hermana, pero comunicaba. Señal de que había sido más

rápido y estaban hablándolo. Ahí temía un poco que se me chafara el plan, que ella se pusiera digna y que me impidiera llevarlo a cabo. Pero estaba contenida.

Desde que me enteré de su relación, me cuadra más la actitud de Fran. Yo lo achacaba a que tal vez seguía afectado por lo de su aspiración frustrada, pero creo que se siente incómodo conmigo porque sabe que le noto raro.

***

Me ayuda con el equipaje y lo dejamos en el maletero de su coche. Cuando ya nos hemos subido a los asientos le llega una retahíla de notificaciones y, justo cuando intenta consultar su pantalla, le suena una llamada entrante que rechaza enseguida. Se muestra nervioso. Ha cerrado la pantalla sin ni siquiera leerlos.

—¿Y qué era eso tan importante que querías contarme? —dice, ajustándose el cinturón.

—Responde antes la llamada, si quieres, luego hablamos —le ofrezco, sabiendo que es mi hermana.

—No te preocupes, lo pongo en silencio y ya. —Le suena de nuevo —. No es importante.

Guarda el teléfono en un compartimento del coche, el que está entre ambos asientos y lo cierra.

—¿Dónde quieres ir a cenar?

—He pensado que podríamos ir a tu casa. Lo cierto es que estoy un poco cansada del viaje.

—¿Y no prefieres que te lleve a la tuya y así descansas?

—No. Me apetece estar contigo esta noche —se lo digo en tono seductor. Aunque no estoy muy segura de que haya quedado como lo imaginaba en mi cabeza, me está costando mantenerme seria.

—¿Conmigo? —se extraña—. No te entiendo.

—Sí me entiendes —respondo, mirándole fijamente y le acaricio el brazo al mismo tiempo.

Todavía no ha arrancado, seguimos en el aparcamiento.

—A ver, Alicia, ¿se puede saber qué te pasa?

—Es que… he pensado en lo nuestro y… creo que deberíamos intentarlo de nuevo.

No he podido resistirlo y me estoy descojonando viva. «A la mierda la estrategia».

—Ya te has enterado, ¿no? —Se ha contagiado de mi risa.

—¿Cómo has podido ser tan capullo y no contármelo?

—Ha sido cosa de Elena, joder, que no me dejaba decírtelo. — Ahora se ha puesto serio—. Que te lo ibas a tomar fatal, decía. —Me mira con sentimiento de culpa—. Y…, en fin…, tampoco quería crear

un conflicto entre vosotras.

—Mi hermana es idiota… ¿Por qué voy a tomármelo mal? Sorprendida sí me he quedado, menudo shock imaginaros en la cama. ¡Joder, eso sí que me da mal rollito! —Se ríe con ganas de nuevo—. Pero por lo demás… ¡Y ni se te ocurra compararnos! —le amenazo enseguida.

—Acabo de tener un *déjà vu* con esa misma frase —afirma riendo.

—Pero ¿cómo coño pasó?

—El día que os pillamos infraganti a tu compañero o rollo o lo que seáis ahora… me pasé por la cafetería. Pensaba que trabajabas ese día, con el cambio horario estaba un poco empanado, y nos quedamos charlando sin darnos cuenta de la hora, por eso cerró tarde y se retrasó. Después la llevé a casa, con la excusa de ir a verte… y de ahí nació la historia. Bueno, y nos enrollamos en el ascensor —confiesa, mostrando una tímida sonrisa esta vez y con los ojos encendidos como si lo estuviera evocando en su memoria—. Por eso fue todo tan confuso al entrar, y me quedé tan pasmado cuando me dijiste que te siguiera el rollo… Estábamos con la cabeza en otra parte nosotros.

—Mira por dónde… —añado, pensativa, recordando la escena. Es cierto que los noté un poco acelerados, sobre todo a Elena, pero lo achaqué a nuestra pillada más bien—. Pues debe de estar desquiciada, porque le he dicho que iba a ir a saco contigo esta noche. Estará pensando que nos lo estamos montando ya en el coche. Así que llámala y conecta el manos libres, por favor, que me apetece divertirme un poco más.

—¡No seas mala!

—Se lo merece por no haberte dejado contármelo. ¡Venga, cobarde!

Me hace caso y arranca el coche para conectarlo con el teléfono.

—¿Y adónde vamos, entonces?

—A mi casa, claro.

Al final no tiene ni que llamarla; en cuanto el *bluetooth* se conecta con el teléfono, entra la llamada de Elena.

—¡Joder, por fin! ¿Qué pasa? Te he dejado como cincuenta mensajes. Tenemos un problema. ¡Ali quiere volver contigo!

Me tapo la boca para no reírme.

—Elena, estamos en el coche con el manos libres.

—¿Qué?

—Ya te vale, hermana —respondo enseguida—. Lo que pagaría por ver tu cara ahora mismo.

—No te agobies, ya lo sabía de antes —se adelanta él—. La cena era una trampa.

Nos ha colgado. Debe de tener un cabreo de pelotas. Luego presume de ser Miss Simpatía, pero tiene un mal perder…

—Tranquilo, cuando lleguemos se le habrá pasado. Pero vigila tu plato, que no te ponga una guindilla o cualquier historia, es muy vengativa.

***

No he vuelto a tener noticias de Mario. Ni siquiera sé si sigue conectándose a mi ordenador. He estado tentada de quitar la cinta negra para comprobarlo y que me lo chive el piloto verde si lo hace. Pero al final he pasado. Si quiere contactar conmigo, que lo haga del modo tradicional. No pienso ir detrás de él. ¿Qué se ha creído?

Hoy he tenido una reunión con Julia. Le sentó mal que no la avisara de que el viernes me lo había tomado libre, cosa que no entiendo, siempre es Diego el encargado de coordinar mi trabajo y me deben mil días libres. Aunque creo que su problema no era ese, precisamente. El caso es que me estuvo haciendo preguntas extrañas sobre el fin de semana, como si de alguna forma quisiera averiguar dónde había estado en concreto. Me blindé enseguida y no le di lo que quería. Ya no me fío de los tejemanejes de esta oficina, ni del lío en el que podría quedar implicada sin una buena coartada.

—¿Qué quería? —me preguntó Alberto al verme salir de su despacho. Me había convocado tras finalizar la reunión de grupo, delante de todos.

—Si te digo la verdad, no tengo ni idea.

Sonrió para sus adentros, como si en el fondo supiera algo.

—¿Comemos juntos? —propuso.

—Imposible, tengo mucho lío en el estudio. Me he traído el almuerzo.

—Vale, pues te invito a cenar.

—Ni siquiera sé si saldré hoy de aquí.

—Pues me quedaré contigo y de paso te echo un cable, para algo están los amigos, ¿no? Además, así me cuentas qué tal tu fin de semana largo y yo el mío.

—¿También te tomaste el viernes libre? —Afirma con la cabeza como respuesta.

***

Llegué a casa antes de lo que imaginaba. Lo cierto es que no las tenía conmigo cuando acepté la ayuda de Alberto, pero se presentó a media tarde con una pizza enorme y ha resultado ser de gran ayuda. Aunque la moda no es lo suyo, hacía unas combinaciones sin pies ni cabeza. Al final le he pedido que se encargue solo de la iluminación y me deje componer a mi aire.

Los tortolitos me han dejado la noche libre. No sé si era más cómodo cuando no sabía el asunto; encontrarme a Fran esta mañana saliendo de la ducha ha sido muy extraño. Prefiero que se lo monten en su casa hasta que termine de procesar la historia del todo.

Conecto la cámara réflex al ordenador mediante su cable y descargo la sesión de hoy para trabajar en las fotos que voy a enviarle a Diego para el artículo. Espero que no me las tire para atrás, si no me tocará mañana hacer un hueco para repetirlas y tengo otro trabajo en exteriores.

Al ratito, me sobresalto al escuchar una canción que no he puesto. Ni siquiera tenía conectado el programa de música. Suena *Fan de ti*, de Sidecars.

Capítulo 31

Mario

Habría pagado por ver su cara al saltar la canción, pero no hizo falta. Quitó la cinta de la videocámara y me la encontré al otro lado, negando con la cabeza y con una sonrisa que iluminaba la pantalla. No dijo nada, solo la escuchó en silencio mientras trabajaba y noté algo de rubor en sus mejillas. No tenía pensado hablar con ella, mi idea solo era poner la canción, pero tampoco esperaba esa reacción espontánea por su parte.

Cuando terminó la música, escribí en el chat que abrí como hacker.

M: ¿Qué tal fue el viaje?

Alicia: ¿Cómo sabes eso?

M: ¿En serio, Alicia?

Alicia: Es que no me he llevado el equipo ni lo he escrito en ninguna parte. Empiezo a sospechar que tus zarpas abarcan otros electrodomésticos de la casa.

M: Tú misma me lo contaste el otro día en el laboratorio, no inventes.

Alicia: ¿Y tú qué has hecho?

M: Nada especial.

Alicia: Pero aunque no sea especial, ¿qué haces normalmente cuando no estás trabajando ni espiándome?

M: Nada tan interesante como hacer fotos o revelarlas. ¿Cuándo repetimos?

Alicia: Cuando termine el carrete que empecé el finde. Me quedan unos siete disparos.

M: Pues haz una sesión de esas tipo selfi del lavabo, y la pones en el fin de tu serie. Así tienes la de la rockera de cría, representando tus inicios, y esta de ahora que eres una fotógrafa de éxito.

Alicia: Sí, menudo éxito…

M: No te pega ser tan pesimista. ¿Dónde está la Alicia segura que conozco?

Alicia: Te habrás confundido con otra en tu ronda de rastreo.

M: Haz las fotos y reserva el laboratorio. Ya me avisas cuando tengas fecha.

Me desconecté sin darle opción a réplica. Julia acababa de entrar

en mi estudio para pedirme que nos fuéramos a dormir, aunque no era muy tarde.

***

Tres días más tarde, me escribe para decirme que el viernes por la tarde ha reservado el laboratorio. Me viene fatal. Julia ha organizado una cena con amigos para entregar las invitaciones de boda y voy a ir demasiado ajustado. Pero decido aceptar. No puedo rechazarlo ahora, ya que fue idea mía.

No hemos hablado en estos días. Ella ha estado muy liada en el trabajo y apenas se ha conectado, a excepción de su rutina musical. Aunque no la he visto, volvió a cancelar la videocámara del ordenador tras nuestra conversación de aquella noche. Era de esperar, sabiendo de mis fechorías. Pero lo que sí hizo fue crear una lista de reproducción nueva que tituló: *Alicia - Canciones Revelado*, y en la que incluyó la nuestra. Ahora hay otras que hemos ido agregando ambos. Algunas en plan divertido, de los descubrimientos semanales que nos ofrece Spotify, y otras en otro tono más personal. Sin darnos cuenta hemos creado nuestro propio código, enviándonos mensajes indirectamente a través de la música.

***

Esta vez he llegado puntual. Nos hemos encontrado en la puerta al mismo tiempo. Ha sido extraño vernos, no sabría explicarlo… Creo que la situación es distinta, y ambos estamos contagiados de esa misma sensación tensa y a la vez excitante.

Recoge la llave que le entrega el tipo de la entrada y nos dirigimos a la sala de siempre por el pasillo del fondo. Camino detrás de ella. Apenas hemos cruzado tres frases seguidas. Lleva su cámara colgada de un hombro y en la otra mano la carpeta con asas donde trae el papel fotosensible y se lleva después las ampliaciones ya hechas.

Se nota que ha ido a la playa, tiene un bonito bronceado que destaca sobre el azul claro del vestido que se ha puesto. Lleva el pelo suelto, le llega a mitad de la espalda. Pero hoy no veo en su muñeca la pulsera que suele usar para recogérselo mientras trabaja. Usará cualquier bolígrafo, como la vi hacer frente al ordenador un día que parecía tener calor en el cuello. Observé cómo se lo enrollaba y luego lo clavaba al estilo japonesa con palillos.

—¿Qué ha pasado con lo de tu hermana y Fran? —se me ocurre preguntarle cuando cruzamos la puerta del laboratorio—. ¿Al final se lo comentaste a Elena?

—Intenté hacerles caer en una trampa para que se delataran

solitos. Pero no me salió bien, y Fran me pilló. Aunque me reí un huevo —reconoce.

Creo que la Alicia de siempre se estaría desternillando de risa al contármelo, pero está algo contenida. Se entretiene ahora en hacerse una trenza. Tras rebuscar en su bolso, ha murmurado con fastidio que se le había olvidado traer una goma. «Minipunto para mí».

Voy ayudando a sacar los utensilios, ya sé dónde lo guarda todo, mientras ella aprovecha para mezclar los químicos.

—¿Va todo bien? —me animo a preguntarle.

—Sí, claro, ¿por?

—Estás muy callada.

—Me concentro en tomar las medidas para no equivocarme —se excusa enseguida.

—¿Pongo mi Spotify o prefieres el tuyo? —propongo.

—Sí, ponlo tú. Olvidé recargarlo en el estudio y voy muy justa de batería. Además, en el tuyo no hay anuncios y tenemos a Siri para saltar las que no nos gustan… ¿Ves que sí adoro la tecnología?

Me mira sonriendo.

—¿Y qué tipo de música quieres escuchar? Tengo varias listas. ¿O prefieres el descubrimiento semanal? —sugiero—. A lo mejor encontramos alguna buena.

—Pon mejor la *playlist* de canciones que te gustan.

—Eso es algo muy personal —afirmo, intentando ponerme muy serio—. En versión musical equivale a leer el diario de alguien.

Ahora sí se ríe con ganas.

—Entonces tú has leído el mío, canalla. Y es de justicia que ahora me toque curiosear el tuyo.

—En tu caso no es lo mismo, compartes la cuenta con tu hermana y las canciones que marcáis como favoritas son un popurrí de las dos. ¿Por qué no os abrís una cada una?

—Por pereza. Tendríamos que iniciar el programa y cerrarlo cada vez que usamos el equipo, y es un rollo. Ella usa la mía en el ordenador y crea sus listas. Aunque en su teléfono tiene la suya propia.

—No os pasaría eso si tuvieseis un perfil de usuario distinto al iniciar sesión en el equipo, como todo el mundo.

—¿Un qué?

—Sois un caso para la tecnología —afirmo riendo.

Al final pongo mi lista de favoritas y meto el teléfono en la bolsa estanca. Empieza a sonar una que incluyó ella en la lista del laboratorio y que yo marqué como favorita tras escucharla. Se titula *Viaje a los sueños polares* de un grupo que desconocía, como la mayoría de las que ella agrega.

—¿Has clonado mi lista? —me pregunta intrigada.

—No. Pero esta te la robé hace nada y por eso ha saltado la primera —me justifico—. ¿Te has dado cuenta de que cada día encuentras canciones más raras?

—Pero ¡si te encantan! Mira cómo las incluyes luego en tus favoritas.

Sonrío porque tiene razón.

—¿Me dejas intentar cargar el carrete hoy?

—¡Ni de coña!

—¿Por qué? —Me río tras su reacción tan rotunda—. ¿No confías en mí?

—Es complicado, podrías cargártelo.

—El primer día dijiste que era fácil, que solo se necesitaba algo de práctica.

—Exacto, ¿y acaso has practicado?

—¡Es que no me dejas!

—Se practica con una película inservible primero. No esperes que me la juegue con mi carrete.

—Apuesto a que lo hago sin cargármelo.

—Paso de apuestas. La que perdería sería yo si lo estropeas. Y si no, ganarías la apuesta. ¿Dónde estaría el beneficio para mí?

—Ponle un precio a tu carrete. Si lo hago mal y te lo estropeo, ¿qué querrías a cambio?

—¿Qué querrías tú si lo cargas bien?

—He preguntado primero.

—Pero el organizador de la apuesta eres tú, pon las cartas sobre la mesa si quieres negociar.

—Si consigo cargarlo correctamente, quitas la cinta que tapa la videocámara de tu ordenador.

—¿Para siempre?

—Exacto.

Me río por la cara de asombro que pone.

—Y si lo cargas mal y se jode mi carrete… —Se entretiene un momento pensándoselo— aparte de que serás mi chófer oficial para ir a hacer fotos cuando se me antoje…, instalarás en mi ordenador un programa de *hackeo* con acceso al tuyo que usaré indefinidamente, como haces tú.

—Acepto.

—No pienso darte instrucciones —añade, para intentar disuadirme, creo que esperaba que me echaría atrás.

—Me parece un buen trato —confirmo.

—Pero si ves que no puedes, dímelo y lo cargo yo. Aunque habrás perdido la apuesta, claro. —Me interroga con la mirada al decirlo—. Y solo te perdonaré lo de ser mi chófer si no lo estropeas.

—Lo veo justo —acepto.

Lo que ella no sabe es que he visto varios tutoriales en YouTube para aprender a hacerlo y, aunque no he podido practicar, me he aprendido la teoría al dedillo.

—Pues aquí tienes —me pasa el tanque, el carrete y unas tijeras para cortar la película. Me quedo extrañado de que no me entregue un aparato para abrir el carrete, y la lengüeta del principio de la película está metida. ¿Cómo la saca ella?

—¿Lo abres con las tijeras? —Me mira con desconfianza tras mi pregunta—. Lo digo por la tapa del carrete, ¿no necesito una especie de abridor o algo para sacar la lengüeta?

—Eso es cuando el carrete es desechable. Este no lo es, los recargo yo misma con un rollo de película que tengo en casa.

Lo observo detenidamente y descubro que no necesita abridor, va con una rosca. Espero que el tanque y la espiral sean como en los vídeos, si no estaré perdido.

Me sigue al cuarto oscuro y, cuando estamos dentro, cierra bien la cortina mientras yo desmonto las piezas del tanque y las ordeno tal y como le he visto hacer a ella.

—Cuando estés listo, apago la luz.

Guardo en uno de los bolsillos de la bata las tijeras y el carrete para no perderlos después en la oscuridad. Manipulo la espiral para buscar las muescas de entrada y practico lo de ir girando para avanzar la película. Creo que ya lo tengo, voy a ganar la apuesta.

—¿Esto para qué es? —Es una pieza extraña en la que no me había fijado.

—Es para que la espiral no flote si vas a cargar solo una película.

«Ah bien, en los vídeos que yo vi usaban la otra espiral vacía para esa misma función. Haré lo mismo».

—Bien, ya estoy listo.

Apaga las luces y saco de mi bolsillo el carrete. Lo desenrosco y saco la película. Me resulta difícil cortar a oscuras el final de la tira, por no hablar del principio. En el vídeo lo hacían antes de meterse en el cuarto oscuro, gracias a ese aparato de sacar lengüetas.

—¿Va todo bien?

—Sí, tranquila. Aunque no necesito que me entretengas, aquí la única miedica eres tú.

—Miedica no serás, pero tenso sí te noto. ¿Tienes miedo a perder? —Me está provocando para desconcentrarme—. Ya me estoy frotando las manos buscando momentos en los que voy a visualizarte.

—¿Ah, sí? —Me hace gracia eso último—. ¿Y qué quieres ver exactamente?

—No pienso decírtelo, prefiero pillarte infraganti.

Tanteo sobre la mesa buscando la espiral, pero en el camino he tirado algo.

—¿Buscabas esto? —dice, partida de la risa y girando la espiral para que reconozca el sonido.

—No vale interferir en la misión, tramposa. Eso no entraba en el trato.

—¿Había reglas?

—Juego limpio, al menos.

—Pues todavía recuerdo el primer día que viniste, y no me lo pusiste nada fácil.

—Así que te estás vengando ahora.

Guardo la película enroscada sobre sí misma en el bolsillo de la bata y tanteo hacia donde está ella para buscar las espirales, me vale con una. Está intentando aguantarse la risa porque no la encuentro. Se ha metido debajo de la mesa, es de ahí de donde procede el sonido de su risa, que intenta contener. Me agacho y me golpeo la cabeza con la mesa.

—¡Joder! —Ahora se descojona con ganas—. Anda, sal de ahí que te he pillado. —Tanteo y encuentro sus manos, pero no tiene nada—. ¿Dónde están?

—No lo sé —responde—. Solo me he agachado a buscar el cilindro, que se te había caído.

Noto que ya se ha puesto en pie y vuelvo a tantear la mesa. Pero solo localizo el tanque, su tapa con forma de embudo, el cilindro que ya ha dejado encima y las tijeras.

—Dime dónde están o enciendo la luz.

—Si la enciendes gano.

—Habrás ganado con trampas.

Me acerco otra vez a ella y tanteo buscando de nuevo, tal vez las haya metido en los bolsillos de su bata, aunque lo dudo un poco por el tamaño.

Capítulo 32

Alicia

Había colocado las espirales encima del cabezal de la ampliadora para dificultarle un poco el proceso. Me temo que ha estado averiguando por su cuenta cómo cargar la película; que me pida un abridor para el carrete y algo para sacar la lengüeta… han sido pistas suficientes.

Ahora está tanteando en los bolsillos de mi bata. Lo hace de una forma pausada y delicadamente, incluso podría afirmar que me acaricia por encima de la ropa. Siento una corriente eléctrica cuando noto sus manos registrándome.

—Si buscas algo, no lo llevo encima.

—No te creo, eres demasiado mentirosa —me lo dice tan cerca… que juraría que su boca está a escasos milímetros de la mía, y que se ha quedado allí deliberadamente.

Empieza a sonar *Do I Wanna Know?* de Arctic Monkeys. Esta también me la ha robado, el muy ladronzuelo, la capturé con Shazam viendo a *los Peaky*. ¡Menudo morro tiene! Por eso era tan reticente a poner su lista de favoritas.

—Está bien, te las devuelvo —termino rindiéndome. Alargo la mano para tantear el pie de la ampliadora y voy subiendo hasta que las recupero—. Toma, aquí están.

—Tramposa…

Vuelve a ocupar su espacio, muy a mi pesar. Me ha costado contenerme. Una parte de mí quería lanzarse sobre él y terminar lo que había provocado ese acercamiento. Pero ha intervenido la otra parte más cobarde para retenerme en mi sitio. Pienso que, si él sintiera lo mismo, no habría reculado. Tal vez son imaginaciones mías y soy la única que nota la corriente eléctrica entre nuestros cuerpos.

Al ratito escucho el sonido inconfundible de la espiral girando con el avance de la película. Lo ha conseguido.

—Asegúrate de escuchar el clic cuando cierres la tapa del tanque —le advierto—. Supongo que también lo dirían en ese tutorial donde lo hayas aprendido.

Oigo una risa de confirmación.

—¿Cómo lo has sabido?

—Intuición.

—¡Lo tengo! —afirma en modo triunfal—. Ya puedes encender.

—No cantes victoria hasta que revelemos —añado, antes de abandonar el cuarto oscuro.

***

Pero lo ha hecho impecablemente. Colgamos la película en la secadora tras su revelado, después organizamos la mesa con las cubetas para el proceso en papel. Suena una canción en italiano, cuya letra se sabe a la perfección, y la canturrea mientras faenamos.

—Me recuerda a Beret en el estilo, ¿quién es el que canta? —me intereso—. No estoy nada familiarizada con la música italiana, quitando a Nek y a Tiziano Ferro… Bueno y a Eros Ramazzotti.

—¿Te gusta? —Afirmo con la cabeza—. Se llama Ultimo. Hay varias aquí de él.

—¿Y qué dice?

—Bueno, la letra es un poco trágica, la verdad, aunque es pura poesía. Habla de perder trenes, de perder a alguien y de perderse uno mismo también… Es difícil resumir una canción.

—No tengo ninguna en italiano en mis *playlists* —observo, tratando de revisar mis listas mentalmente—. Agrégame esta, quiero buscar la letra.

—Tiene varias muy buenas, ya te pasaré alguna más.

—Me gusta escucharte en italiano, te pones muy… sexy. —Suelta una carcajada—. Lo digo en serio. Pensaba que el francés sonaba sensual, pero he descubierto que el italiano me pone. —Me mira con los ojos muy abiertos, y acabo de caer en la cuenta de lo que he soltado sin filtro—. A ver, no quiero decir que…

—… Has dicho lo que has dicho —me corta, y se ríe de nuevo—. *Non cercare di giustificarti ora.*

Está recortando los negativos mientras yo termino de rellenar las bandejas con los químicos para el revelado en papel.

—¿Intentas provocarme?

—*Vuoi che ti provochi?*

No sé qué narices ha dicho, pero me está mirando como si tramara algo.

—Deja ya de hablar en italiano, me pones nerviosa —me quejo.

—¿También te pone nerviosa aparte de lo otro?

—No hay ningún lo otro —añado riendo.

—Claro, claro…

Se lleva los negativos al cuarto oscuro para hacer la hoja de

contactos. Me parece que se ha convertido en un alumno bastante aplicado. Le acerco el papel fotosensible a la cabina y le ofrezco que amplíe una imagen sin mi ayuda, tomando él las medidas del tiempo de exposición por su cuenta también. Fuera sigue sonando la música, ahora una que agregó él a nuestra lista, es *Valiente y libre* de Funambulista.

—¿Y si apostamos un doble o nada con esto? —propongo después.

—¡De eso nada! —responde—. No quiero tentar a mi suerte de nuevo.

—Cobarde… —murmuro entre dientes.

—Vuelve a decir eso —me reta, sacando una lámina de papel de la funda negra para poner los negativos encima.

—Co-bar-de —repito lentamente y muy cerca de su oído.

Y entonces se gira, supongo que a pedirme que lo repita de nuevo. Pero no lo dice.

Capítulo 33

Mario

Lleva toda la tarde provocándome, tanto con la mirada como con esa forma de acercarse cada vez que me pasa el papel o el visor de la película, a escasos centímetros, desprendiendo su perfume cada vez que mueve el pelo que se le desengancha de la trenza sin la puñetera goma. Cuando ha escondido las espirales, he estado a punto de perder el control. He conseguido contenerme en el último segundo. «Cobarde», me ha dicho. Y sí, lo admito. Lo soy. Pero la deseo con todas mis ganas. «Cobarde», me ha repetido al oído, de una manera tan sensual que me ha sonado a «bésame de una vez» y a «desnúdame si te atreves». Sus ojos me lo están pidiendo a gritos ahora; y también sus labios, que acaba de humedecer con un movimiento lento de su lengua y se entreabren.

Deseo hacerlo, aunque no deba.

Y voy a hacerlo.

Da un paso atrás cuando yo lo doy hacia adelante, no sé si por la sorpresa de mi reacción o para apoyarse en el respaldo que le ofrece la pared. Tiene la respiración algo agitada, noto cómo su pecho se eleva y desciende, en un movimiento constante. Me mira con intención, seguramente se pregunta por qué todavía no me he lanzado. No sabe que voy a hacerla sufrir un poco más, a no ser que sea ella la que tome la iniciativa. Aunque lo dudo mucho, hay algo que la mantiene retraída; tal vez ese beso que no ha conseguido materializarse.

Acerco mis manos y empiezo a desabrochar los botones de su bata, sin ninguna prisa. Me he propuesto jugar a recrearme y ahora estoy entretenido en observar el escote cruzado de su vestido, tras deshacerme de la prenda de trabajo. Me fijo en lo suave que parece su piel y fantaseo con la hendidura donde se juntan sus pechos; quiero perderme ahí dentro. Ella me observa expectante, con más impaciencia si cabe, pero me sigue el juego y se decide a desabotonar también la mía y después mi camisa que deja caer sobre la mesa. Sin tocarme.

Su vestido va anudado con un cinturón del mismo tejido a la

cintura, tiro de la lazada y después desabrocho el único botón interior que lo mantiene cruzado. Apenas rozo su piel cuando lo hago. Creo que aguanta la respiración cuando mis manos abren por completo la prenda, como si fuera un telón, igual que tantas veces me he imaginado abriendo la tela de su albornoz, dejando ahora a la vista una ropa interior que ha elegido con intención, tiene que haberlo hecho, parece diseñada para su cuerpo y puedo entrever en sus transparencias bastante más de lo que ya he imaginado por mi cuenta. Dejo caer el vestido por sus hombros y desaparece a nuestros pies, mientras ella se entretiene en desabrochar el cinturón de mi pantalón. Imita mi forma de hacerlo, con movimientos lentos y sin dejar de mirarnos. Veo que ha captado mi estrategia de hacerla impacientarse. Tal vez debería pasar a la de romperle las bragas y embestirla a lo bestia para confundirla. Pero me seduce que estemos así, en una especie de coreografía lenta y silenciosa, bajo el clima de esta luz roja que nos ofrece la cabina y el sonido agradable de la música de fondo.

Nos hemos deshecho de todas las prendas excepto de la ropa interior y aún no nos hemos besado ni tocado, solo el roce inevitable al retirar la ropa que nos cubría. Me observa con más intención que impaciencia, pidiéndome a gritos mudos el siguiente paso. Sus manos se han cogido a las mías, avanzan hacia los brazos en una caricia casi imperceptible, como si no se atreviera a rozar mi piel. Acerco una mano a su hombro para bajarle una tira del sujetador mientras la otra alcanza su cintura, ahora sí la acaricio, noto cómo se estremece a mi contacto y acerca su cuerpo al mío. Nuestra respiración ha cambiado y se ha vuelto más agitada. Sus dedos han alcanzado mi espalda y mi cuello, mientras mi boca decide que ha llegado el momento de entrar en contacto con sus labios, que se entreabren ansiosos y húmedos. Me acerco lentamente, y me recibe con un beso cálido, tierno, suave…, hasta que nuestras lenguas se encuentran y se devoran de una forma más desenfrenada, transmitiendo ese fervor al resto de nuestro cuerpo.

Quiero quedarme saboreando su boca, mordiendo sus labios, y también quiero bajar y recorrer toda su piel al mismo tiempo. Las caderas de Alicia me buscan con desesperación, y deja escapar un pequeño gemido en mi boca cuando nota que mis dedos se han introducido bajo su ropa interior buscando la humedad de su sexo.

Empiezo a bajar besando su cuello, mientras intento deshacerme de su sujetador, sin mucho éxito, o ninguno, de momento me conformo con bajar los tirantes del todo, dejando al descubierto sus pechos. Enseguida me pierdo en uno de ellos, acariciándolo, apresándolo entre mis dedos, lamiendo su pezón, que se ha puesto más duro al contacto de mi lengua y el roce de mis dientes. Ella me clava sus dedos en la piel como respuesta al placer que le provocan mis labios y mis dedos.

Fuera sigue sonando la música, mi repertorio en italiano, aunque en realidad ni la escucho, estoy centrado en saborear su piel que huele tan dulce… Sus manos acarician mi pelo cuando me arrodillo para deshacerme de sus bragas. Lo haría lentamente, como indica el protocolo que me había planteado inicialmente. Pero lo cierto es que mi excitación se ha multiplicado a la máxima potencia y ha decidido por su cuenta pasar al otro plan.

Mi lengua se desliza por sus pliegues con hambre, y noto cómo ella se estremece en mi boca, cómo se agita, se humedece y se retuerce de placer cuando mis dedos vuelven a unirse al festín, sin darle tregua, mientras sus jadeos se confunden con la música. Quiero follármela hasta que no quede canción para amortiguar sus gemidos, hasta que nos echen de este sitio, hasta que nos duela.

Me recreo en devorarla más de lo que supongo que puede aguantar, me lo indican sus manos que han empezado a agarrarse de mi pelo con más fuerza que caricias. Está tan a punto, tan al límite, que siento que va a rendirse en cualquier momento. Decido darle un pequeño respiro mientras me deshago de la única prenda que llevo puesta, al ponerme en pie, y vuelvo a entretenerme con sus pechos tras sentarla sobre la mesa, en el escaso espacio libre junto a la ampliadora; aunque no sé si ha sido buena idea, noto que nos rozamos con la máquina y uno de los dos ha pulsado el interruptor de la luz, dejándonos en la oscuridad absoluta. Ni nos molestamos en encenderla. Me resulta excitante, se potencian las sensaciones, igual que en ese instante en el que no me atreví a besarla y casi podía notar la vibración de sus labios frente a los míos. Ahora el contacto piel con piel es más intenso, y los besos se perciben más íntimos.

Lo que sí decido es bajarla de la mesa y colocarme detrás de ella, que ahora tiene enfrente la pared. Retiro su pelo a un lado del cuello y me entretengo en besar su hombro y mordisquearlo, y en humedecerla de nuevo con los dedos aunque no haya dejado de estarlo. Ella coloca su mano sobre la mía acomodándola al ritmo que le gusta, y siento cómo arquea su espalda hacia mi pecho, jadeante, buscándome… y necesito que ya me encuentre. Necesito sentirla. Me aferro a sus caderas como si el suelo fuera a desaparecer bajo nuestros pies. Noto cómo se agita, y la humedad que me envuelve, que rodea mi erección, y el temblor de sus piernas cuando se estremece con cada movimiento, con cada embestida, cómo se aferra a mí, sus jadeos, mis gemidos... ¡Joder! Me está volviendo loco. Ojalá no se hubiera apagado la luz y pudiera vernos. Ahora odio esta puta oscuridad que nos limita.

Se le antoja cambiar de postura y se pone frente a mí, se engancha a mi boca con fervor, casi con rabia, me muerde los labios, me acaricia con su lengua, hace lo que minutos antes no podía, se abraza a mi cuello, se encarama a mis caderas buscando de nuevo que la

penetre. Apoyo su espalda contra la pared y sujeto bien sus muslos. Mantenemos un ritmo suave ahora, deleitándonos en cada vaivén, lenta y profundamente, muy profundamente, mientras ahogamos los gemidos en la boca del otro. Desearía tener las manos libres para poder tocar sus pechos, su garganta, su espalda, comerme sus pezones de nuevo...

—¿Quién coño tiene el *Nessun Dorma* en su maldita *playlist*? —me pregunta al oído, medio jadeante—. ¿Lo tenías preparado?

—¿Cómo iba a tenerlo preparado si suena de forma aleatoria?

—Me da igual, también me pone tu lado hacker. —Si no estuviera tan excitado me habría reído.

—¿Quieres callarte de una vez y no parar? —Sonríe en mi boca mientras me besa.

Me estoy resbalando con todas las cosas que cayeron al suelo cuando la bajé de la mesa y se da cuenta, me pide bajarla y probar en el suelo. Lo hacemos, yo debajo y ella sentada frente a mí rodeándome con sus piernas, acomodándose para que vuelva a entrar en ella. Ahora puedo sujetarla por las caderas y apretarla fuerte contra mí, noto que arquea su espalda hacia atrás aunque no pueda verla, y también que la penetración es más intensa, más brutal. La acaricio en ese punto y siento la humedad, la suavidad y la excitación en la yema de mis dedos. Vuelvo a agarrarme a su cintura para potenciar mis embestidas, hasta que termina rindiéndose al orgasmo y yo me dejo llevar enseguida también. Quedándonos exhaustos y rendidos en los brazos del otro.

Enseguida notamos que hace un calor insoportable aquí dentro y hasta hemos perdido la noción del tiempo, al menos yo. Cuando enciende la luz roja, observamos el desastre a nuestro alrededor. No sé si van a salvarse los negativos, los hemos pisado; y también las hojas de papel fotográfico que han caído por el suelo mezcladas con nuestra ropa. Abro la cortina para que entre algo de aire en el interior.

***

Me siento extraño con lo que acabamos de hacer en el cuarto oscuro, una mezcla entre euforia y sensación de culpa. Nunca me había visto envuelto en algo similar. Bueno, en realidad sí estuve al otro lado, justo en la posición de ella, cuando me acosté con María durante aquel viaje. Pero en esa ocasión yo sí sabía dónde me metía. En el caso de Alicia es diferente, ella no lo sabe, y me preocupa cómo actuar a partir de este momento. Además, sé lo que se siente cuando se juega en esa posición, cuando no puedes esperar nada. Lo que pasó, pasó. Y no hay más. Ni siquiera me lo había planteado.

Miento. Claro que me lo he planteado más de una vez, pero en

plan fantasía, no para materializarlo y mucho menos planificarlo. Simplemente, no he podido resistirme a la tentación desde que la he visto aparecer por la calle con su vestido azul de esa tela tan sedosa que se le iba enredando entre sus piernas a cada paso que daba. No me he concentrado en otra cosa desde que hemos ideado la apuesta de cargar el carrete.

—¿Va todo bien? —pregunta, mientras trata de poner recto un negativo que ha quedado bastante dañado. Ya nos hemos vestido y estamos fuera en la sala de revelado.

—Sí, claro, ¿por qué?

—Te has quedado muy callado —apunta sin mirarme.

—No, solo estaba escuchando la música.

No es cierto, aunque suena una canción que me gusta, *We Are Young*.

Ha sacado ella la hoja de contactos al final y se ve alguno distorsionado porque no se mantiene el negativo plano.

—Bueno, el que ha quedado dañado no tiene nada interesante —señala, cuando saca el papel del revelador—. Son unas tomas que hice en un paseo con mis padres, y no me dejaron centrarme a mi aire.

—Al final me hiciste caso. —Lo digo porque ha hecho una serie de autorretratos similar a la de los lavabos, aunque en otro escenario. Supongo que es su habitación en la casa de sus padres, la de aquí la reconocería.

—Ya, pero no me gustan.

—¿Por qué? No irás a soltarme el rollo del foco otra vez. ¿O vas a decir que les falta luz?

Me acerco a observarlas de nuevo, pero le da la vuelta a la hoja de contactos para evitarlo.

—¿Qué pasa?

—Nada, que me incomoda que las veas. A ti también te pasaría si fueran tuyas.

—¿Ahora vas a salir con eso? —me quejo—. Pero si he visto montones de fotos tuyas.

—Lo sé, no hace falta que me lo recuerdes.

Me río. No sé qué mosca le habrá picado, pero se nota tirantez en su tono.

—Oye, Siri, ¿qué hora es?

—Tienes un reloj encima de la puerta —me indica, cuando ya me está respondiendo el teléfono que son las siete y cuarto.

—Hoy tengo que irme un poco antes —le informo.

—No te preocupes, eres libre de irte cuando quieras —responde enseguida, algo fría—. Además, yo voy a quedarme más tiempo que otros días.

El ambiente está un poco tenso. Eso hace que me arrepienta aún más de lo que ha ocurrido ahí dentro. No somos capaces de actuar con

normalidad ahora.

—Pues entonces me marcho ya, si no te importa. Tengo algo que hacer antes de volver a casa.

No me mira ni responde, está centrada en analizar la tira de pruebas que ha sacado para una imagen en la que aparece un *kitesurfista*.

Dejo la bata colgada del perchero y recupero las cosas que suelo dejar en el cajón donde ella pone las suyas. También el teléfono, que esta vez no olvido sacar de la bolsa estanca, y cierro el programa que amenizaba la sala.

—Siento dejarte sin música.

—No pasa nada. Ya tengo el mío cargado, ahora lo pongo —explica muy seria.

—Bueno, pues…, hasta otro día —me despido.

—Hasta luego —responde ella, entrando de nuevo al cuarto de la ampliadora sin ni siquiera girarse.

Me subo a la moto y le doy vueltas a nuestro encuentro del cuarto oscuro durante todo el recorrido, no puedo quitármelo de la cabeza. Ha sido brutal. Pero no sé qué cojones ha pasado después, ni por qué nos hemos sentido tan incómodos. Aunque por mi parte lo entiendo, me ha atravesado el sentimiento de culpa. Pero me preocupa por la suya. Puede que haya influido el sitio. No es como estar en una habitación en plan relajado y charlar después o dormirnos. A lo mejor ha sido violento hacerlo y, justo después, revelar como si no hubiera pasado nada. Pero ¿qué podíamos decir? No íbamos a ponernos a comentar la jugada.

Cuando llevo recorrido la mitad del trayecto, decido darme la vuelta. No puedo dejar las cosas así. No me voy tranquilo.

Capítulo 34

Alicia

No entiendo su actitud. «¿Hola? Acabamos de echar un polvazo. ¿De pronto tengo la peste o doy calambre?». En mi vida me habían hecho sentir tan incómoda. A lo mejor la culpa ha sido mía, y me han jugado una mala pasada mis propias expectativas. Tal vez he creado en mi cabeza una imagen de él que no se corresponde con la realidad. Pero ¡menudo chasco! Con lo bien que había empezado todo, incluso terminado. Aquello parecía una película con su banda sonora incluida.

En cuanto sale por la puerta, decido encender luces, recoger el laboratorio y largarme también. Se me ha cortado todo el rollo de cuajo hoy. Aunque no me quito de la cabeza lo del cuarto oscuro. Hacía tiempo que no lo hacía de esa forma tan… de la hostia. Joder, he tenido que reprimir las ganas de gritar, reír, llorar, todo junto y al mismo tiempo. Me habría lanzado a su cuello en un segundo asalto sobre la encimera de las mezclas, si no lo hubiera estropeado con esa actitud tan distante que ha mantenido después. ¿Por qué? ¿No le ha gustado? A lo mejor esperaba más de mí y no he cumplido sus expectativas. ¡Pues que le den!

Tras abandonar el laboratorio, llamo a Marta para ver si está libre y hacemos planes. Acepta.

Cuando ya voy en el metro, recibo un mensaje de Mario. En la previsualización de la pantalla de inicio pone: «He vuelto al laboratorio y no estás». Decido no abrirlo para no responder. ¿Qué se le habrá olvidado esta vez? Ojalá sean las llaves de su casa y tenga que llamar a un cerrajero.

***

He quedado con Marta cerca de mi casa, hay más ambiente que en su zona. Aprovecho para darme una ducha y cambiarme. Elena sigue en su línea desaparecida en plan luna de miel con su nuevo novio. Unos tan cariñosos y otros tan fríos…

Abro mi portátil y descubro que estoy sin batería. Hoy no es mi

día con la tecnología punta… Lo conecto a la corriente y lo dejo sobre la mesa del comedor cargando, con la música puesta, mientras me preparo un té frío con limón. Me fijo en la pegatina negra sobre la cámara frontal y enseguida recuerdo la apuesta, pero no pienso quitarla aunque me la haya ganado. ¿Qué se ha creído? Además, hizo trampas. Venía preparado y participé en desventaja.

Descubro unos mensajes nuevos cuando salgo de la ducha, esta vez en el propio ordenador. He ignorado los otros del teléfono.

M: Sé que estás ahí, ¿por qué no contestas?

Alicia: Soy Elena.

M: No seas trolera, aunque no te vea sé que eres tú.

Le muestro el dedo corazón por si me está viendo a través de otra cámara secreta a la que solo los hackers tienen acceso.

Alicia: ¿Cómo estás tan seguro?

M: Estás escuchando una de tus listas de música.

Alicia: Para ver si tiene alguna canción que me guste y agregarla también a la mía. Suelo hacerlo.

M: No cuela. Conozco tu forma de escribir.

Alicia: ¿Y qué quieres?

M: ¿Va todo bien? Entre nosotros quiero decir.

Alicia: ¿Por qué lo preguntas?

M: Porque yo también nos he notado extraños en el laboratorio.

Alicia: Sí, bastante, la verdad.

M: ¿Por qué no me lo has dicho en ese momento?

Alicia: ¿Por qué no me lo has dicho tú?

M: ¿Nos vemos mañana y lo hablamos?

Alicia: Como quieras.

M: ¿Tú no quieres?

Alicia: Sí, vale.

M: Por cierto, gané una apuesta.

Alicia: Ni lo sueñes.

M: Encima de trolera, tramposa.

Alicia: Tengo que dejarte, acabo de salir de la ducha y no encuentro mi albornoz rosa para taparme.

M: ¡Quita esa pegatina, mujer! Quiero ver a plena luz lo que me he perdido en la oscuridad.

Alicia: No sé de qué me hablas. Adiós.

Cierro el chat y me voy sonriendo hacia mi habitación,

llevándome el ordenador para elegir qué me pongo sin perder el hilo de la música.

Me decido por un vestido rojo del armario de mi hermana y vuelvo a mi cuarto a vestirme. Con un poco de suerte, no se enterará de que me lo he puesto. Solo tengo que lavárselo mañana en cuanto me levante y, con el calor que hace, en una hora lo tendrá de vuelta en su sitio. Es una tiquismiquis… Yo estaría encantada de compartirlo todo, así tendríamos el doble de looks para el fondo de armario. Pero ella es una maniática para sus cosas. Si entras a su habitación parece que no habite nadie. No hay nada fuera de los cajones ni encima de su mesita de noche ni sobre el tocador. Y al abrir el armario lo encuentras todo a la primera y a simple vista; no como el batiburrillo que aparece cuando abres el mío, que cualquier día cede la barra y me encuentro con un amasijo de ropa recibiéndome.

Compruebo la hora y veo que no va a darme tiempo a arreglarme el pelo. Lo dejaré así, secándose a su aire. Y, como tengo colorcito del sol playero, tampoco necesito maquillaje. Solo un toque para alargar las pestañas, y labios a juego con el vestido.

Casi me clavo el cepillo de la máscara de pestañas en el ojo cuando se corta la canción que estoy escuchando y empieza a sonar *Mil calles llevan hacia ti* de La Guardia. Sonrío para mí. Seguro que antes de ponerla habrá pensado: «Mira, ahí tienes una de la época que te habría gustado vivir».

Capítulo 35

Mario

Pensaba que la fiesta sería con nuestros amigos más íntimos, pero lo cierto es que Julia ha tirado de nuestras agendas y la reunión es más numerosa de lo que imaginaba. Incluso está María, a la que no ha olvidado incluir tras aquella conversación que mantuvimos. Por lo visto ha sido cosa de Romualdo, que se ha encargado de hacer las invitaciones para enviarlas por vía electrónica. «¿Ves que sí vale lo que nos cuesta? —ha aprovechado para decirme—. También se ha ocupado del catering que se servirá y de los cócteles. Tú solo tienes que ponerte guapo y disfrutar de nuestra fiesta».

Sin embargo, mi cabeza no está para este tipo de evento hoy. Una nebulosa de culpabilidad ha invadido mi mente, y Leo es el primero en notármelo.

—*Va tutto bene?*

—*Sì, perché?*

—*Sembra che tu non stia prestando attenzione.*

—Eh, vosotros dos —nos interrumpe enseguida Julia—, no habléis en italiano para compartir vuestras confidencias en secreto —añade en tono simpático.

Se la ve muy contenta y satisfecha por la velada. Aprovecha para saludar a mi amigo con dos besos y, enseguida, pasa de largo para entretenerse con otros invitados que acaba de cruzarse al salir a la terraza.

—Ven a mi despacho —le pido a mi amigo, que está soltando su copa vacía y la sustituye por otra que le ofrece un miembro del catering.

Casi todo el mundo está fuera, hace una noche sorprendentemente fresca para ser principios de julio.

—Me ha pedido Angélica que te dé las gracias por la invitación, en su nombre, le ha sido imposible volar este fin de semana.

—No tiene importancia —respondo, y cierro cuando ya hemos entrado—. Me he liado con Alicia —suelto enseguida y sin darme tiempo a pensármelo mucho.

—Sabía que al final caerías en la tentación —afirma, ocupando una de las sillas. Yo me quedo de pie, apoyado en la puerta que he cerrado—. ¿Y por eso estás tan raro?

—Joder, estoy hecho un lío. ¡Menuda mierda! —Me froto la cabeza pensativo—. Julia organizando esta reunión por nuestra futura boda, y yo mientras tanto montándomelo a sus espaldas con otra.

—Bueno, tampoco te atormentes, son cosas que ocurren. Tómatelo como un desliz en tu despedida de soltero. No tiene tanta importancia.

—No ha sido ningún desliz, Leo, sino completamente premeditado.

—¿Y qué más da eso? Lo importante es que mantengas los pies en el suelo: te vas a casar con Julia. Lo único que debes hacer es dejar el pico cerrado. No se te ocurrirá contárselo, ¿verdad?

—No, claro que no. ¿Cómo voy a decírselo?

—Pues ya está. No tengas remordimientos. Es algo que le puede ocurrir a cualquiera. A ti te afecta porque es la primera vez.

—Lo tuyo es que no tiene nombre —reconozco.

—Eh, no me juzgues, amigo. Angélica también tiene sus líos por ahí. ¿Crees que me habría perdonado lo de Daniela si no fuera así?

Le miro con curiosidad.

—Ni se me habría pasado por la cabeza eso de Angélica.

—Pues ya ves… Lo que sí debes hacer es distanciarte de Alicia. Trabajan juntas, joder. Imagina que se enamora de ti y se lo cuenta a Julia para que cancele la boda.

—No sabe que Julia y yo vamos a casarnos. Ni siquiera que somos pareja.

—¿Aún no lo sabe? —se extraña—. A mí casi se me escapa el día que hizo las fotos para mi entrevista, suerte que reaccioné a tiempo y saqué el tema de María.

—Lo sé, me lo contó. En realidad piensa que Julia dejó a su prometido y tiene un lío con Alberto. —Me mira atónito—. Rumores de oficina —añado, para restarle importancia.

—¿Y te fías de ese cretino?

—Me fío de mi novia.

—¿Y cómo ha sido la aventura?

—No pienso contártelo.

—Sabes que te lo sacaré dentro de unas cuantas copas, sería más interesante conocer los detalles ahora que me pillas sobrio.

Me niego a darle los detalles de mi escarceo, y termina dándose por vencido. Después me anima a salir de mi refugio para integrarnos en la fiesta. María no tarda en monopolizarme, bajo la atenta mirada de mi futura esposa. Aún me cuesta formular estas palabras en mi mente.

***

He pasado la mitad de la velada rememorando lo ocurrido en el laboratorio y la otra parte preguntándome si estaría ella haciendo lo mismo. Lo último que supe de Alicia fue una breve conversación que mantuvimos en el ordenador. No me quedé con buen sabor, a pesar de que traté de arreglarlo citándonos mañana. Por ello, mientras me arreglaba para la cena, se me ocurrió enviarle una canción de esas de la era analógica que tanto le gusta. No sé qué estaría haciendo, pero tenía el programa de música conectado y escuchaba una lista de reproducción que seguramente le había ofrecido Spotify, titulada: Versiones vs Originales. No escribió nada cuando se la cambié por la que yo había elegido, pero al ratito metió en nuestra lista del laboratorio una de Pablo López titulada *Te espero aquí*. Es su manera de enviármelas, ya que no sabe hacerlo a la mía. No pude escucharla en ese momento, tenía a Julia pululando por la habitación y arreglándose también para la fiesta. La estoy escuchando ahora con los AirPods. Ya se han marchado todos, y me encuentro solo en la terraza respirando el aire fresco que me ofrece la madrugada.

Capítulo 36

Alicia

Me he cargado el vestido de mi hermana. No sé si confesarlo abiertamente o deshacerme del cadáver y rezar por que no lo eche en falta. La culpa fue de Marta. Se empeñó en que la acompañara fuera de la discoteca para fumarse un cigarro, y con el moco que llevaba no me atreví a dejarla sola. Nos sentamos en la escalinata de la puerta y se puso a hacer el gilipollas. Le había contado lo del pequeño robo y empezó a decir: «¿Le hacemos un agujerito?», partida de la risa. No paró hasta que se le descapulló el cigarro y, cómo no, aterrizó sobre mi regazo atravesando la tela y quemándome el muslo. Fue ahí donde me di cuenta, al sentir el quemazón. Ella se estaba desternillando mientras observaba su colilla decapitada. Si hubiera prendido el vestido, ni se habría inmutado.

Debí rechazar su oferta. Yo solo había planeado tomar unas cervezas por la zona, y después a casa. Me habría ahorrado esa maldita escena y la que me tocará presenciar cuando Elena descubra el incidente. Si el vestido fuera de esta temporada, le compraría uno nuevo y se lo colgaría como si no lo hubiera tocado. De momento lo tengo escondido debajo de la cama.

Ahora estoy en la cocina preparándome un café bien cargado. Había dejado programada una alarma en el teléfono para levantarme temprano y adelantar algo de trabajo acumulado, pero he debido de apagarla dormida y me he despertado gracias al bofetón solar que entraba por mi ventana.

M: ¿Te apetece que comamos juntos?

No sé si tendrá un chivato que le avisa en el momento justo en el que me conecto, pero siempre adivina que estoy frente al ordenador.

Alicia: Prefiero cenar, tengo un poco de resaca.

M: ¿Saliste anoche?

Alicia: Sí.

M: Pues no puedo, ceno con mis padres otra vez.

Alicia: Bueno, en ese caso, vale. ¿Quieres venir a casa?

M: ¿Vas a cocinar tú? Recuerdo cierta conversación donde confesabas que no sabías encender ni los fogones. No quiero morir tan joven.

Alicia: No pensaba cocinar para ti, pero podemos pedir algo. Hace calor y estoy de resaca… Venga, di que sí.

M: Está bien. Envíame la ubicación.

Alicia: Eres un maldito hacker, sabrás cómo llegar.

A los pocos minutos, me conecta el Spotify por su cuenta y pone una canción pachanguera que se titula *Estás buscando guerra,* y la letra del estribillo tal vez sea una declaración de intenciones, dice tal que así: «Estás buscando guerra y la vas a encontrar».

No hemos quedado a ninguna hora concreta, pero aparece un rato después de nuestra conversación. Por muy poco no me ha pillado en la ducha, aún tengo el pelo chorreando. Son las doce aproximadamente y ni siquiera es hora de comer, ni creo que fuera eso lo que tenía en mente cuando me propuso quedar, porque no me deja ni pronunciar una sola palabra cuando le abro. Tampoco sé si hemos llegado a cerrar del todo la puerta. Me está dejando sin respiración mientras me besa y va dirigiéndome hacia el sofá, que le pilla de espaldas ahora, sorteando los muebles con facilidad y sin chocarnos. Veo que lo tiene bien ubicado todo para ser la primera vez que pisa mi casa…

Se sienta en el sofá atrayéndome hacia él, y me coloco encima con mis piernas a ambos lados de su cuerpo. Desata el lazo de mi albornoz y se entretiene en observar mi desnudez, acariciando allí donde se van clavando sus ojos. Cerraría los míos para poder concentrarme solo en el recorrido que van haciendo sus manos, que ahora están bordeando la prenda para deshacerse de ella y la deja caer por mi espalda; pero me está gustando mirar cómo se excita al tocarme. Desabrocho su pantalón y enseguida me ayuda a deshacernos de toda su ropa.

—Estamos solos, ¿no? —dice en medio de un beso y ya desnudos.

—Claro, ¿qué clase de exhibicionista crees que soy?

Nos tumbamos ahora. Le gusta jugar a no darme lo que quiero cuando me impaciento, y me provoca cuando nota que algo me gusta, para quitármelo y dosificarlo a su antojo. Ahora se ha centrado en recorrer con su lengua la línea que baja desde mi ombligo y se queda a escasos milímetros de mi sexo, rozando lo justo para regresar de nuevo al punto inicial con más calma de la que ya había empleado en llegar. Y está haciendo lo mismo con esa mano que no termina de girar a la parte interna del muslo. Me estremezco al notar ahora su erección jugando a entrar, y trato de acercarme lo que puedo; pero no me deja, ha vuelto a distanciarse y decido aprovechar para incorporarme y tomar el control. Es mi casa, mi territorio, aquí mando yo.

Ahora él está tumbado debajo, y me distraigo un momento observándole. Está tan guapo así… despeinado, con las mejillas encendidas y los ojos enmarcados en esas pestañas tan espesas. Enseguida empiezo a darle de su propia medicina, recorriendo con mi lengua y mis labios la zona baja de su vientre. Aunque no se me da tan bien jugar a no dárselo y vuelvo a impacientarme, me pueden las ganas de saborearlo y, al final, sale ganando. O perdiendo… según se mire, porque lo que me hizo sentir ayer, cuando ni siquiera me había tocado, fue cercano al éxtasis.

Respira más fuerte y se muerde el labio de abajo cuando siente mi lengua recorriendo su erección, se estremece deseando penetrar en mi boca y dejarse llevar por ese placer que aún no voy a permitirle disfrutar. Son mis manos las que se encargan ahora, mientras las suyas acarician mis pechos y buscan alcanzar ese punto húmedo que la distancia de la postura no le permite. Me mira fijamente, mostrándome su excitación con descaro, aprovechando que la luz que entra a través de la cortina nos permite deleitarnos en lo que no pudimos ver ayer. Hago lo mismo que él, mirarle con desvergüenza mientras lo saboreo, ahora con todas mis ganas. Se retuerce de placer y me clava los dedos en el hombro y donde pilla, echando la cabeza hacia atrás, intentando controlar la respiración, tratando de retener sus jadeos al morderse con más fuerza. Me excita verlo tan rendido, tan a punto de correrse y luchando contra su propio placer para seguir aguantando.

Cuando siente que ha encontrado su límite se incorpora, atrayéndome a su boca y mordiéndome los labios. Enseguida devora uno de mis pechos con ansia, mientras yo me estremezco y busco satisfacer mi placer colocándome sobre su erección que también me busca. Su lengua es puro fuego, y necesito quemarme entera. Ya no juega conmigo a refrenarnos, no puede. Aunque yo trato de hacerlo con calma, deleitándome en cada movimiento, dominando el ritmo que me apetece; y él me sigue, clavando sus dedos en mis caderas. Nos devoramos con la boca y sobre todo seguimos haciéndolo con la mirada, como si quisiéramos compensar lo que nos faltó ayer.

Es una locura en sensaciones, ahora que nuestros cuerpos se reconocen un poco. Sensaciones que se entremezclan con las que aún no se habían borrado en nuestra piel; lo siento en la yema de los dedos cuando le acaricio y en la zona que recorre con las suyas.

Se ha tumbado sobre mí. Quiere robarme el mando. Quiere sus reglas. Quiere romperme. Me está matando de placer. De un intenso y profundo placer que no termina. Que se resiste a hacerlo por si después nos supera y nos distancia. Por eso nos aferramos fuerte al cuerpo del otro. Respirándonos en cada beso. Deshaciéndonos en cada penetración. Ardientes. Fundiéndonos en uno solo. Hasta que todo

termina, y nos devolvemos la piel. Aunque no nos movemos. Nos resistimos un poco más a separarnos.

Ha empezado a sonar una canción de Funambulista. Creo que le gusta mucho ese grupo, comparte muchas de ellos. Se titula *Ya verás.* La coló ayer de madrugada en nuestra lista, supongo que tras escuchar la mía, y la puse en bucle cuando volví a casa. Aunque no sé muy bien lo que quería decirme con ella, la letra me confunde demasiado porque habla de una despedida: dice que ella se va, y también que le olvida y piensa que no la merecía. Quizás se refería a ese momento cuando llegó al laboratorio y ya me había ido, y le ignoré por ese desencuentro que sentimos al terminar. Parece que hubiera utilizado sus técnicas *hackerianas* para que suene justo ahora.

Me siento aturdida. Demasiadas sensaciones juntas para procesar al mismo tiempo ahora que todo ha terminado de nuevo. Hemos dejado de besarnos y seguimos aferrados a este abrazo íntimo, más largo que el de ayer. No sé por qué trato de comparar todo el tiempo ambos momentos. Quizás sea el miedo a acabar del mismo modo. Confusa. Incómoda. Desilusionada.

—¿Estás bien? —pregunta, alejándose un poco para poder mirarme. Lo hace fijamente, interrogante.

—Perfectamente —respondo, antes de volver a atraerlo para seguir besándonos como si no fuera a repetirse de nuevo después.

Pero sí se repite una y otra vez a lo largo de la tarde. Lo que apenas hacemos es descansar. También contamos, o al menos yo lo hago, los minutos que quedan para que tenga que marcharse a esa cena que no puede cancelar.

Capítulo 37

Mario

Cuando escribí a Alicia para proponerle quedar y hablarlo, antes de la fiesta en mi casa, en mi mente transcurría así la escena: Quedábamos a tomar algo al día siguiente, y le aclaraba que había sido un error por mi parte y que no puedo seguir adelante con lo nuestro. Pero me sonaba tan mal solo de pensarlo, que lo cambié por esto otro: «Alicia, tengo que confesarte algo. Julia y yo somos pareja y vamos a casarnos. Siento no habértelo dicho». Así, de frente. Sin adornos. Sin excusas. Merecía saber la verdad, aunque tras pronunciarla me convirtiera irremediablemente en un ser despreciable para ella.

Pero después me llegó su canción… *Te espero aquí*, rezaba su título. Y con los auriculares puestos, sin poder dejar de escucharla, volví a replantearme ese final. Necesitaba encontrarme con ella una vez más. Iniciar una nueva partida de ese juego que habíamos creado. Solo una más. ¿Qué daño podría hacernos? Solo sería un poco más de todo aquello que sentimos por la tarde en el cuarto oscuro.

Que me invitara a su casa solo era una señal más para lanzarme de lleno. Solo me llevó dos minutos encontrar su dirección y anotarla en el navegador de mi teléfono. Julia había organizado una sesión completa de Spa en el club, que incluía comida con una de sus hermanas y un par de amigas. Esperé a que saliera ella primero, para ahorrarme darle explicaciones que serían mentira.

Llegué a su casa cargado de deseo y dispuesto a anular todo ese amasijo de remordimientos que me habían nublado la mente el día anterior. Otra me habría recibido arreglada, tal vez como iba vestida cuando nos encontramos en el laboratorio; pero lo hizo con el albornoz que sabía que me provocaba y el pelo aún mojado de la ducha. Enseguida descubrí su sonrisa maliciosa mordisqueándose el labio inferior. Ni siquiera me salieron las palabras, creo que mis instintos más básicos hablaron en mi nombre.

Nunca me había sentido tan confuso en mis emociones, luchando al mismo tiempo por olvidarla y por tenerla.

***

Me ha gustado ver su casa en directo. Es más pequeña de lo que parecía a través de la videocámara. Aunque a lo mejor la estoy comparando con la mía, que es enorme y ocupa toda una planta del ático de un edificio. También me ha hecho gracia ver su equipo con la cinta negra que me impide verla cuando quiero.

—¿Qué te pasaba ayer? —me pregunta, estamos sentados a la mesa con los bocatas de tortilla que se le han antojado encargar en el bar de abajo y las croquetas. Dice que es comida de resaca, que cuando su hermana no tenía novio dejaba esas sobras de la cena listas para combatirla al día siguiente y les sentaban de maravilla.

Me encanta que sea así de espontánea y natural, y también trolera. Sobre todo me gusta pillarla en sus pequeñas mentiras.

—Pues me pasaba lo mismo que a ti —respondo, recolocando los bordes de la tortilla de patatas, que está poco hecha y amenaza con desprenderse del bocata al aplastarlo—. Tú también estabas rara.

—Pero lo mío fue consecuencia de lo tuyo —admite, antes de mordisquear el borde de la suya que sobresale del pan.

—¿Y no puedo afirmar lo mismo?

—Bueno, da igual, no me apetece una conversación en bucle ahora. Estoy demasiado cansada —lo dice sonriendo—. ¿A qué hora tienes que irte?

—¿Tanta prisa tienes de que me vaya?

—No, bobo. Es para saber cuánto tiempo vas a estar aquí.

—¿Piensas exprimirme como a un limón?

Se parte de risa.

—Era por hacer algún plan. ¿No te apetece salir a algún sitio?

—¿No estabas tan cansada y hacía tanto calor fuera?

Mira por la ventana como si fuera a comprobarlo. Está sentada al otro lado de la mesa baja del salón, sobre un cojín que ha lanzado al suelo. No le resultaba cómodo el sofá y no ha querido tampoco que usáramos la mesa alta porque la tiene llena de cachivaches de fotografía, carpetas, negativos, la lámpara de visión, el ordenador… y no le apetecía despejarla.

—Bueno, sí, pero me refería a hacer algo en plan tranquilo. Aunque ya veo que a ti no te apetece —responde, no sé si desilusionada.

—¿Te digo lo que me apetece?

Enseguida me mira con los ojos muy abiertos, expectante.

—Espero que sea dormir una siesta —añade.

Me río, porque era justo lo que iba a decir, pero estoy tentado de proponer lo contrario.

***

Me despierto con el pelo de Alicia haciéndome cosquillas en la nariz. Está profundamente dormida y desnuda de espaldas a mí. Tiene tres lunares muy graciosos en la escápula derecha formando un triángulo casi equilátero, dan ganas de coger un bolígrafo y unirlos en tres trazos.

—¿Qué estás dibujando? —dice sin moverse. Me ha pillado proyectando con uno de mis dedos lo que pensaba.

—Estaba intentando recordar la fórmula del teorema de Pitágoras.

—Qué raritos sois los hackers. —Se da la vuelta al decirlo y queda frente a mí.

Está anocheciendo, pero aún puedo ver nítidamente sus rasgos a través de la luz que entra por la ventana. Me mira a los ojos y, sin borrar su sonrisa, se centra después en mi boca. Y sé lo que va a pasar como siga besándome con la mirada.

—Voy a tener que irme ya.

—Lo sé, y no me apetece nada —dice acurrucándose un poco más —. Aunque me vendrá bien para hacer algo útil —añade—. Mi jefa debe de pensar que no tengo vida propia y le ha pedido a Diego que me encargue también de los trabajos de otro fotógrafo que está de vacaciones y se ha dejado proyectos a medio terminar.

Me levanto enseguida de la cama, creo que acabo de recibir la bofetada de realidad que necesitaba. Ella también abandona las sábanas y recupera el vestido, o camiseta larga que parece un vestido corto, lo había lanzado por los aires tras la comida cuando entrábamos en la habitación de nuevo para dormir la siesta.

Termino de vestirme en tiempo récord, y me acompaña a la puerta.

—Acuérdate de cerrar —le digo, a modo de despedida, porque cuando llegué no la habíamos empujado del todo.

Se me enreda entre los labios antes de cerrarla, sin decir nada ni proponer un nuevo encuentro que no volverá a materializarse de esta forma.

Capítulo 38

Alicia

Hicimos bien en no proponer ningún plan para el domingo, gracias a ello conseguí ponerme al día con los trabajos que debía presentar el lunes. De lo que no me libré fue de la charla de la histérica de mi hermana. Olvidé mi estrategia de deshacerme del vestido quemado; entre polvos, duchas y siestas… se me fue del todo. Lo encontró porque asomaba debajo de mi cama. Era la tarde del domingo, que libraba y habían planeado ir al cine. Justo se le antojó ponerse ese vestido, ¡mira qué casualidad! Le dije que no sabía de qué vestido hablaba. Pero como tengo esa fama de mentirosa que me han colocado injustamente, se empeñó en registrar mi armario. Se ve que no lo lancé bien y, como tiene ese color tan llamativo, lo localizó al primer vistazo en cuanto abrió la puerta.

Me la cargué con todo el equipo. Ahora no me habla. Le he propuesto que elija uno mío, el que prefiera, o comprarle otro. Pero nada. Es más rencorosa… No he vuelto a saber nada de Mario. Ni siquiera se ha conectado a mi ordenador. Lo sé porque descubrí cuando se fue que había arrancado la pegatina de la videocámara, el muy tramposo. Y no he visto el chivato de la luz encendido, al menos cuando he sido consciente mientras trabajaba. Lo que sí he encontrado es una canción nueva en nuestra *playlist*. Si no recuerdo mal, es aquella en italiano que canturreaba el otro día en el laboratorio, y que le pedí que agregara. *Pianeti* se titula. Busco la letra en español mientras la escucho. Es muy bonita y triste a la vez. Habla de lo que dijo, de perder trenes y de perderse, pero también de una despedida.

***

El lunes a primera hora, me convoca Julia para una reunión privada en su despacho. Mi contrato ha sido renovado, así que no me preocupa que vayan por ahí los tiros. Me recibe con una sonrisa espléndida y en un tono demasiado amable, a diferencia de como suele dirigirse a mí desde que ocurrió aquel incidente que no quiero

repetir más ni recordar.

—Quería proponerte algo, Alicia, y espero que lo aceptes porque es de suma importancia para mí.

—Pues tú dirás.

Ocupo la silla que me ofrece frente a su mesa.

—No sé si sabes que me caso en septiembre. —Niego con la cabeza. Lo cierto es que estaba convencida de que la supuesta boda formaba parte de otro bulo de los muchos que circulan por esta oficina —. Reconozco que es algo precipitado. Pero resulta que nos ha fallado el fotógrafo a última hora y, quedando la boda tan cerca, nos está resultando imposible encontrar un sustituto.

—Yo no soy especialista en bodas —añado enseguida, por si acaso se le ha pasado por la cabeza que lo haga yo. «¿Se le va la olla o qué?».

—Sé que no lo eres, pero tu trabajo en la revista es impecable, y no rechazas ningún desafío de los que te proponemos. —«¿Es que podría rechazarlos?».

—¿Y Alberto? —se me ocurre enseguida—. Es más veterano que yo, o Vicky… Nunca he hecho una boda, la verdad.

—Precisamente por eso he pensado en ti —alega enseguida—. No quiero las típicas fotos encorsetadas de bodorrio; quiero algo más fresco, de tu estilo y con esa esencia que consigues sacar a tus modelos. —«¿Se está deshaciendo en halagos para convencerme?»—. Dime que aceptas y ponle un precio, el que sea. Pero necesito que estés mañana en casa para el reportaje preboda. Mi hermana pequeña ha venido el fin de semana a pasar unos días y cogerá un vuelo al día siguiente. Quiero algunas tomas en familia.

—¿Y si hago el reportaje preboda, que es algo más informal, y mientras tanto buscáis a alguien más preparado para las de la ceremonia?

—No tengas miedo, Alicia. —Rodea su mesa y se acerca a mí. Se apoya sobre el borde, adoptando una pose más cercana y reposa una de sus manos en mi hombro—. No te sientas insegura porque nunca lo hayas hecho. ¿Crees que te lo pediría si no estuviera convencida de que vas a hacerlo genial?

Termino aceptando el reto. Lo cierto es que me ha animado bastante que confiara así en mí. A lo mejor debería empezar a creer un poco más en mi trabajo también, como siempre me recrimina Mario.

A todo esto, olvidé decirle que ya había presentado la foto del *graffitero* al concurso. Le escribo desde el ordenador esa misma noche. Aunque no me contesta.

Alicia: ¡Adivina qué!

Estoy eufórica y a la vez nerviosa con lo de mañana. Me ha dado la dirección de su casa antes de salir de la oficina y me ha dicho que

tome prestado todo el equipo de iluminación que necesite del estudio de la revista. Hemos aprovechado para cargar en su coche algunos reflectores, pantallas y trípodes, para no ir tan cargada después en transporte público. Bueno, habría cogido un taxi, claro, no podría llevarlo de otro modo.

***

Al día siguiente, aún no he tenido noticias de Mario. Me resulta extraño que no haya respondido tampoco al mensaje que le dejé en el teléfono para proponerle comer juntos hoy. Me apetecía mucho. Debe de estar liado en el trabajo estos días, ni siquiera lo ha leído.

A la hora acordada, acudo a la casa de Julia. Hace un calor de mil demonios, y la boca de metro pilla bastante retirada. Si lo llego a saber, habría cogido un taxi como pensé inicialmente. Debí dejarle también la cámara y los objetivos en el maletero de su coche.

Me sorprendo de que tengan un portero físico, que incluso la ha llamado personalmente desde su mesa para permitirme subir. Por lo visto se necesita un código especial para ir a su planta, aunque él lo ha hecho girando una llave porque la numeración es privada y solo la conocen los propietarios. «¡Menudos pijos!». Cuando se abren las puertas del ascensor en la última planta, me encuentro con que ya estoy dentro, directamente en el hall de su casa. Ahora entiendo las precauciones que tomaba el conserje. Me recibe una señora que debe de trabajar para ellos y me acompaña a la terraza, que es donde me espera Julia, vestida demasiado elegante para unas fotos preboda en plan casual; casi hubiera quedado mejor con la ropa que llevaba esta mañana en la oficina. Mi concepto de fotos preboda son en las que se ve a los novios en su vida cotidiana, haciendo cosas que les gusta compartir. Aunque puede que su hábitat natural sea este, viendo el pedazo de casa que tienen, y no van a hacer ver que son más campechanos solo para fingirlo en sus fotos.

—Pasa, pasa —dice muy sonriente en cuanto me ve aparecer—. ¿Te apetece tomar algo?

—Sí, un vaso de agua, por favor. Hace muchísimo calor en la calle y la parada del metro pillaba bastante retirada —añado.

Nada que ver con el clima tan agradable de su terraza con esa pérgola y ese toldo… «¡Uy! ¿Acaba de rociarme una bruma de agua automática del techo? ¡Qué gustazo!».

—Felisa, tráenos una jarra de agua aromatizada con hielo, por favor, y unos aperitivos. —Cuando ella abandona la terraza, se dirige a mí—. Sentémonos aquí tranquilamente mientras le esperamos, y te voy contando qué ideas tengo para la sesión.

Ocupamos un sofá de terraza que es más amplio y estiloso que el

de cualquier salón que haya visto antes, sin contar con las imágenes de revista. Creo que el espacio donde nos encontramos ahora mismo es dos veces mi casa, así que no quiero imaginarme el interior del ático.

—¿No ha llegado tu prometido aún? Lo ideal sería planificarlo con él también.

—Sí, sí está. Vivimos juntos. Es que ha ido a cambiarse —me explica—. Se había puesto demasiado informal para las fotos —aclara, en un tono grácil que desprende cierta complicidad.

Me dan ganas de decirle que es justo como debería ser su atuendo, informal. Pero mi cabeza ha colapsado al ver salir a la terraza a Mario. Por un momento he perdido el sentido del tiempo, me he quedado como congelada y mis ojos lo están visualizando a él del mismo modo, petrificado. Somos como dos fotos estáticas, la una frente a la otra, sin ser capaces de asimilar qué puñetas está pasando ni qué hacemos aquí. En mi caso, no sé si será que he cogido una insolación del trayecto a pie desde el metro. Tal vez sean visiones. Puede que en realidad el prometido de Julia siga aún en su habitación, cambiándose, y este solo es Mario que viene a hacerle una visita a su amiga. Porque eran amigos, ¿no? A mí me dijo que eran amigos. A mí nunca me contó que estaba prometido ni que fuera a casarse.

—¿Lo ves? Así mucho mejor —le dice, poniéndose en pie y acercándose a él para retirarle una pelusa invisible de su camisa inmaculada. Apoya su mano después en su pecho y le hace un ligero gesto de cariño acompañado de una sonrisa cómplice.

«¡Es su prometido, por Dios!».

«Mario es el prometido de Julia. Mi jefa».

«Se van a casar. En septiembre».

—¿Recuerdas a Alicia? —añade enseguida, en el mismo tono simpático que viene adoptando desde ayer—. Va a encargarse de hacernos las fotos. Tendrías que ver su trabajo, es de lo mejorcito que tenemos en la revista. ¿No es genial?

Aparece la tal Felisa con una jarra de agua que parece helada. Me dan ganas de arrebatársela y vertérmela por encima de la cabeza para despertar de esta pesadilla. Y si no despierto, frotarla a modo de lámpara de Aladino, para pedirle el deseo de desaparecer de este lugar y transportarme a otro cuento donde Mario no sea el prometido de Julia.

—¿Te encuentras bien? —Ella se dirige a mí ahora. Creo que estoy completamente bloqueada, y noto una vena palpitándome en la sien, no sé si de ira o de pánico.

—Creo que… no… no me encuentro bien.

—Ven —me sujeta por el brazo—. Vamos a sentarnos dentro mejor. ¡Mario, acércale un vaso con agua fría, por favor! Creo que ha

venido muy acalorada.

Me dejo guiar al interior de la vivienda. En realidad no sé si estoy caminando realmente, mi cuerpo está funcionando con el piloto automático mientras mi mente trata de centrarse y comprender lo que ven mis ojos.

Enseguida me entrega el vaso que ella le ha pedido, sin decir nada. No ha abierto la boca desde que ha aparecido. Debe de estar tan bloqueado y asombrado como yo.

«¡Y una mierda! ¿Cómo va a estar asombrado? ¡El muy falso! En todo caso estará acojonado porque le he pillado. Y sabe que puedo montarle una escena y joderle la boda, si quiero. ¡¡Menudo teatrero!! Ahora empiezan a encajarme algunas piezas. Me hizo creer que su relación con ella era de amistad y laboral también. ¡Confidencial, decía! Lo hizo con toda la intención para que picara el anzuelo. ¡¡¡Maldito cabrón!!!».

—¿Te sientes mejor? —pregunta Julia, visiblemente preocupada. Afirmo con la cabeza mientras bebo y me obligo a recomponerme.

«A ver, Alicia, la dignidad ante todo. ¿Quién ha jugado sucio? Él. Tú no tienes la culpa de haberte acostado con su prometido. Él es el canalla en esta historia. ¿Le gustaría que renunciaras al reportaje? Eso seguro. ¡Pues que le den! Tu trabajo en la revista también está en juego. No montes una escena. Ni siquiera merece verte jodida por la situación».

—Ya estoy bien. —No sé si trato de convencerme a mí misma en realidad. Dejo el vaso sobre la mesa que tengo delante—. Ha sido solo un pequeño mareo. Creo que se me ha indigestado algo que comí el sábado —añado, mirándolo a él con intención. Ni siquiera es capaz de sostenerme la mirada.

—¿El sábado? —se sorprende ella—. ¡Qué tontería! Eso es mucho tiempo para una indigestión. Tiene más pinta de haber sido un golpe de calor, ¿no crees? —Se dirige al canalla, como pidiendo su opinión, y él se frota el pelo incómodo sin saber qué decir ni dónde meterse—. ¿Quieres dejar de tocarte el pelo? Vas a salir hecho un cuadro en las fotos —remata ella, ajena a lo que se cuece en nuestras cabezas y en las miradas de indignación, al menos las mías. Las de él se debaten entre la vergüenza y el miedo. Seguro que está preguntándose en qué momento voy a estallar y a contarle a Julia lo nuestro.

«Ojalá no fuera mi jefa».

«Ojalá pudiera prescindir de mi trabajo».

Cuando ya ha dado por hecho que me encuentro mejor, me explica la idea que tiene para el reportaje. Él ni opina. No sé si porque le parecen bien todas las ideas de ella o porque sigue petrificado por nuestro sorprendente reencuentro. Yo lo miro con odio infinito cada vez que se cruzan nuestros ojos.

Julia quiere unas fotos en la casa que comparten. Después se cambiarán de ropa y nos trasladaremos a un club privado con amplios jardines, donde suelen hacer deporte, circuito de spa, reunirse con otros socios en una especie de gastrobar y actividades del estilo…, justo las cosas mortalmente aburridas que no me contaba que hacía el muy cretino.

Aprovecho los momentos en los que Julia desaparece para retocarse o cambiarse de ropa, y le lanzo dardos envenenados al capullo. Ahora nos encontramos en la terraza del restaurante, esperándola de pie frente a una mesa alta donde reposan las bebidas que nos han servido para refrescarnos.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? ¿En una postal desde Las Maldivas en vuestra luna de miel? —le espeto, furiosa.

—Lo siento, Alicia. No sé qué más puedo decirte.

—No me sirve que lo sientas.

—¿Y qué puedo hacer para que te sientas mejor?

—¿Qué estarías dispuesto a hacer? ¿Tal vez arrancarnos la ropa y montárnoslo aquí en la fuente delante de todos tus amigos? Sería un juego limpio al menos.

—Estoy hablando en serio —se defiende—. Lo siento de verdad, no era mi intención hacerte daño.

—Y si no era esa tu intención, ¿por qué coño *hackeaste* mi ordenador? ¿Por qué escribiste gilipolleces en mis fotos? ¿Por qué cojones te presentaste en la cafetería de mi hermana para conocerme?…

—… No pensé que llegaríamos tan lejos —me corta.

—Ah, claro, no lo pensaste. Pero podrías haberme dicho la verdad. Eso sí habría estado bien. ¡Me lo ocultaste deliberadamente para meterte en mi puñetera cama! —le recrimino, tratando de contenerme para no montarle una escena, porque me está poniendo de los nervios con las estupideces que está soltando.

—Tampoco fue esa mi intención inicial.

—¿Ah, no? ¿Y cuál era? Si se puede saber.

—Solo quería… conocerte.

—¿Mintiéndome? ¿Así querías conocerme? ¡Qué bonita forma! —agrego, antes de darle un trago a mi limonada.

—Tampoco eres un ejemplo de sinceridad.

Le lanzo el contenido del vaso en la cara, justo en el momento en que aparece Julia a nuestro lado.

—Tenía una avispa en el pelo —digo para defenderme.

Enseguida uno de los camareros entra en escena y le ofrece un taco de servilletas para que se seque. Puede que uno de los hielos le deje marca en el pómulo derecho, ha sonado fuerte al golpearle.

—Mario, ¿estás bien?

—Sí, tranquila, no es nada —afirma mientras se seca y ella me mira con desconfianza—. Tenía una avispa revoloteando cerca de mi oreja —confirma enseguida el muy cobarde.

—Exacto —añado—, estaba cagado de miedo. Si hubieras visto la cara que ha puesto, le habrías lanzado también el tuyo.

Me alejo hacia la zona donde he dejado el equipo para terminar de recogerlo. Escucho que le pide que venga a ayudarme mientras ella le agradece a no sé quién que nos haya permitido realizar el reportaje en las instalaciones.

—¿Recuerdas cuando me has preguntado qué podrías hacer para que me sienta mejor? —le digo sin mirarle, cuando noto que está a mi lado recogiendo—. Si desaparecieras de mi vista, me sentiría mejor. Pero encima me he comprometido a ser la fotógrafa de vuestra puñetera boda. ¿Se puede caer más bajo?

—Puedes negarte —propone, intentando plegar las patas de un trípode sin mucho éxito.

—Eso es lo que a ti te gustaría que sucediera, ¿verdad? —Me acerco a él desafiante y le hablo con rabia contenida—. Pero no va a pasar, Mario. Las haré. No voy a arriesgar mi trabajo por ti. No me merece la pena. Y tranquilo, que tampoco pienso boicotear vuestra boda. Por mí que seáis felices por siempre jamás. «En vuestra mansión de ensueño que escupe bruma aromatizada y refrescante, con todos estos pijos del club deportivo que ni siquiera sudan ni se despeinan».

—Quiero que hablemos tranquilos en otro momento —me dice, como si no hubiera procesado nada de lo que le he dicho hace tan solo un segundo.

—Demasiado tarde. Ojalá no hubiera estado tan ciega —concluyo, alejándome con parte del equipo hacia los aparcamientos.

Debí preguntarle a Alberto algún dato sobre la identidad del prometido de Julia cuando se rumoreaba que lo había dejado y él me confirmó que no era cierto, que se casaba. Pero me importaba entre cero y nada esa información. Ni siquiera sabía que Mario me gustaba. Creo que ocurrió tan deprisa e inesperadamente que no llegué a asimilarlo realmente hasta que me golpeó de lleno.

Capítulo 39

Mario

Tras las primeras tomas de retratos familiares en casa, Julia ha invitado a Alicia a cenar con nosotros. Estaba tan eufórica con el resultado de las fotos que le ha ido mostrando en el visor de la cámara, que no se ha dado cuenta de lo incómoda que ella se siente con la situación. Pero cómo va a darse cuenta, por otro lado, si Alicia se ha blindado como un búnker. El único que lo ve soy yo, que he recibido durante toda la jornada sus miradas de odio y decepción absoluta, aparte del arrebato de lanzarme el contenido de su vaso, que a punto ha estado de reventarme un ojo con el hielo. Aún me duele el golpe. Pero no más que el otro. Julia se ha encargado de maquillarlo un poco para que no afectara a las imágenes del maldito reportaje. Como si acaso me importara quedar bien en las fotos, lo que realmente me preocupa es la cabronada que he cometido con Alicia. Ni siquiera he sabido gestionarlo cuando he tenido la oportunidad de hablar con ella. Ha sido tal el impacto de verla en la terraza de mi casa, mirándome de esa forma tan dolorosa, que ya no era capaz de ser yo mismo. Mi mente solo trataba de buscar una fórmula para explicarle ni sabía qué, mientras que mi cuerpo se movía como un autómata a las órdenes que iba recibiendo de uno y otro lado para la labor que teníamos programada.

A nuestra casa no ha parado de llegar gente para la sesión nocturna, donde queríamos representar una velada cualquiera al calor de nuestras familias. Mi madre en esta ocasión no ha tenido que mirarme como si quisiera asesinarme también, venían preparados para la ocasión al igual que mis futuros suegros. Me pregunto qué habrán reservado en el armario para el gran día. Y, sobre todo, qué habrá pensado Alicia de esta familia de excéntricos vestidos de gran gala.

Tras la cena, me he ofrecido a llevarla a su casa. A nadie le ha sorprendido que lo hiciera. Solo a ella, que insiste en que no me moleste. Pero Julia ha apoyado mi gesto, está demasiado entretenida con sus hermanas, que la han acaparado desde su llegada. Además, nos ha pedido que guardemos el equipo de iluminación en el maletero

de su coche, aprovechando que bajamos, y así poder dejarlo ella mañana a primera hora en la revista.

Alicia ha evitado mirarme en todo momento, lo ha hecho solo durante la sesión de fotos a través de su cámara y por obligación. Actúa como si no nos conociéramos de nada. La tarde tan jodidamente especial que pasamos juntos el sábado en su casa se ha esfumado como si solo formara parte de un sueño, uno delicioso que no he podido dejar de evocar desde que crucé la puerta al marcharme.

Incluso ahora, que bajamos en el ascensor con el equipo, ya a solas, evita mirarme. La tensión podría cortarse.

Dejamos todo en el maletero del coche de Julia, y abro uno de los compartimentos de mi moto que está aparcada al lado para sacar los cascos.

—No voy a subir contigo en la moto —dice cuando se lo ofrezco, en tono serio y a la defensiva—. Ahora no hay nadie delante y no tengo que guardar las formas. Así que ¡adiós!

Se aleja hacia la puerta de acceso peatonal del garaje y va soltándose el moño improvisado que se había recogido con la pulsera que ahora ha devuelto a su muñeca. Se lo hizo antes de montar el equipo, cuando todavía no me había dirigido ni la palabra, cuando se tragó todo lo que le habría gustado decirme si no hubiera estado Julia delante; y pude observar, también en silencio, cómo escondía la rabia tras el escudo de su cámara, a la que se aferraba como si no existiera nada más en aquella estancia. Era una escena tan extraña a mis ojos y a la vez tan… cercana. Era Alicia en mi casa, midiendo la luz, cambiando de un objetivo a otro, buscando encuadres perfectos a través de su visor. Pero faltaba algo. Faltaba su voz y su sonrisa. Faltaban las bromas, las miradas chispeantes, la emoción, la complicidad… Alicia no estaba allí. Esa no era Alicia. Parecía un sueño de esos raros en los que nada tiene sentido, donde empiezas a mezclar cosas y todo es inverosímil, rozando lo psicodélico. Aquella escena era eso. Irreal.

—No puedes salir de aquí si yo no te abro —le comunico cuando ya ha avanzado unos metros.

Frena en seco y se da la vuelta con ese gesto de indignación y odio que se ha apoderado de ella.

—¿Y qué tienes pensado hacer? ¿Secuestrarme?

No puedo evitar sonreír por su ocurrencia. ¡Joder! ¿Por qué ha tenido que pasar así? Me habría gustado ser yo quien le explicara la situación. Odio que se haya enterado de esta forma tan horrible. Tampoco estoy preparado para que las cosas terminen de este modo, aunque ya hubiera tomado la decisión desde el momento en el que cerró la puerta de su casa. Ni estaba preparado entonces ni lo estoy ahora. Y menos de este modo. No quiero recordar esta historia así, con

rencores. Odiándome. No puedo llevarme este recuerdo amargo de algo que fue tan auténtico.

—Voy a acompañarte, eso es lo que tengo pensado hacer. Y después, si no quieres volver a verme, lo entenderé.

—Pienso ir en metro.

—Pues iré también.

—Eres libre de usar el transporte público cuando te apetezca. Si sabes hacerlo, claro.

—¿Qué piensas? ¿Qué nunca voy en metro?

—No sé, creo que no conozco a este Mario que tengo delante.

—Soy el mismo que hace tres días.

—Bueno, dime ya cómo salir de esta maldita jaula.

—Y si te llevo en el coche, ¿te sentirías menos incómoda? Así no tienes que tocarme.

Ni afirma ni desmiente, así que me lo tomo como un sí. Le indico en dirección al otro lado del garaje donde está aparcado mi coche y caminamos hasta él.

No abre la boca durante el trayecto, creo que su cabeza aún está procesando toda la información o simplemente me odia y ya no quiere ni hablarme. Me siento tan perdido que ni siquiera sé cómo dirigirme a ella. ¿Cómo he podido dejar que ocurriera esto, que se entere de esta forma tan dolorosa?

Voy conduciendo como un autómata, no estoy seguro de si vamos en la dirección correcta. Me gustaría parar y hablarlo tranquilamente, pero sé que no va a permitírmelo y solo conseguiré que se baje del coche de malas formas para marcharse por su cuenta, la conozco lo suficiente.

—Mira, sé que… debí decirte que Julia y yo somos pareja y que vamos a casarnos. Soy consciente de que las cosas entre nosotros habrían sido muy distintas en ese caso, pero a veces uno no piensa en las consecuencias hasta que se ve metido de lleno.

—¿Esa es tu mierda de excusa? —Me mira con más furia que antes, si cabe—. Casi habría preferido que no dijeras nada. Al menos yo podría haber imaginado una más elocuente por ti.

—¿Te habría servido alguna?

—Esa no, desde luego.

—Entonces, ¿qué esperas que te diga, Alicia?

—Lo que no espero es que me preguntes lo que quiero escuchar. Así que mejor no digas nada. Ya has dicho bastante para todo lo que has callado.

***

Este fue el último consejo que recibí de mi amigo, antes de que

ella descubriera la verdad: «Debes alejarte de Alicia o se complicará todo más. Y quien va a sufrirlo al final será ella, porque tú tienes a Julia». Sin embargo, a mí también me afectaba desprenderme así de golpe. Buscaba una manera de hacerlo sin que nos perjudicase a ninguno. Pero no la encontré.

La primera vez que hablé con Leo sobre este asunto, antes de que nos hubiéramos acostado, me dijo: «Pueden pasar dos cosas. La primera es mejor que la segunda. Si solo sientes atracción y morbo, acostaros puede ser la solución. Pero si no es solo eso, puede resultar el efecto contrario y engancharte más. Y no hay modo de saberlo. Cable rojo o cable azul».

Y qué razón tenía.

Desde nuestra despedida del sábado en su casa, cuando aún no había saltado todo por los aires, solo entré una vez en su ordenador y encendí la cámara. Acababa de darse una ducha, la vi salir del baño envuelta en una toalla y dirigirse a su habitación con los pies descalzos en puntillas. Al ratito volvió, vestida con una camiseta de tirantes y un pantalón corto, llevaba una especie de cuaderno y se dirigía a la mesa, supuse que a sentarse frente al equipo. Desconecté para que no me descubriera por la luz y le dejé en nuestra *playlist* una canción italiana que me había pedido en el laboratorio, a modo de despedida. También desinstalé mi acceso a su ordenador y aproveché para dejárselo blindado de otros intrusos como yo.

Julia no me dijo que Alicia se encargaría de hacer las fotos. De haberlo sabido, habría hecho lo imposible por impedirlo. No quiero imaginar lo que sintió al verme aparecer. Ni puedo quitarme esa imagen de decepción que vi en su rostro. Tampoco supe cómo reaccionar.

Ojalá le hubiera prestado más atención a Julia durante la comida, cuando empezó a bombardearme con ideas para el reportaje. Tal vez, si me hubiera implicado más, habría sacado a colación a la persona que iba a realizarlas. Pero lo único que recuerdo sobre el caso es una conversación que mantuvo con Romualdo la noche del lunes en la que le confirmaba que no hacía falta que hablara con no sé quién, que ya se encargaba ella. Desconecté. Como hago cuando salen a relucir los temas que empiezan por la palabra «preparativos» y acaban por «boda».

Las bodas no deberían celebrarse. Y, de hacerlo, tendrían que venir ya envasadas en un pack como las excursiones en algunos viajes. El proceso debería consistir en una única reunión con el organizador, donde te ponga por delante una presentación PowerPoint, y, si me apuras, sin contacto, hacerla por Teams. Tipo de boda uno: incluye invitaciones a elegir entre a, b o c, menú a, b o c, colores para los adornos florarles a, b o c…, y así con un sinfín de elecciones que, vale,

a lo mejor sales con dolor de cabeza de la cita, porque habrás tomado tantas elecciones tipo test que al final no sabrás si has salido de organizar tu boda o te has sacado el teórico de conducir. Pero el día de la ceremonia, nos presentaríamos a la hora acordada y empezaríamos a encontrarnos casi por sorpresa con todo aquello que elegimos en su día, incluida la ropa, y que solo nos tomó una tarde de nuestras vidas decidir. Y a disfrutar de la fiesta, y después a seguir con nuestras vidas como si en medio no hubiera pasado un huracán llamado boda.

Capítulo 40

Alicia

Me bajé del coche con un portazo imaginario. Ni siquiera quise darle esa satisfacción de verme tan dolida y furiosa. Elena ya se había acostado, o a lo mejor ni estaba. Yo fui directa a meterme en la ducha y dejé caer junto al agua toda la rabia acumulada y la decepción en forma de lágrimas. Lo necesitaba, me había costado no derrumbarme delante de ellos. También tomé una gran decisión.

Al día siguiente, acudí a una tienda de electrónica para comprarme un ordenador nuevo con la pasta gansa que su futura esposa me ofreció por el reportaje. El que compartíamos decidí cedérselo a Elena, me sirvió además para que hiciera las paces conmigo por lo de su vestido. Aunque se extrañó un poco, ella apenas lo cogía. Me escudé en que se me había quedado corto de espacio para trabajar. Además, le pedí al de la tienda que me instalara el mejor *antihackers* que tuviera. Ahora era completamente libre de intrusos. Y Elena se encargó de sacar todos mis archivos y pasármelos al nuevo equipo, cosa que me daba una pereza enorme. Ella estaba encantada, lo que disfruta esta mujer haciendo limpiezas…

Pensé que el transcurso de los días me haría sentir mejor, pero era complicado pasar página. Hasta mi sitio favorito me lo había estropeado. Me planteé cambiar de laboratorio, pero no era fácil encontrar uno con esas características, son zonas extintas. Además, ¿de qué serviría? Ni aun cambiando de sala podía olvidarlo. Solo el olor de los químicos, que antes ni apreciaba, o la simple oscuridad de la cabina me hacían recordarlo todo. ¿Y qué hacía con mi casa? ¿Quemaba el sofá? ¿Lanzaba mi cama por la ventana?

Me aficioné a comer con Alberto. No sé si lo hacía porque sabía lo mucho que le repatearía saberlo o por lo contrario, porque de alguna forma lo relacionaba con él. Creo que mi cabeza no rulaba del todo bien en ese aspecto.

—¿Qué opinas del prometido de Julia? —me atreví a preguntarle el primer día que comimos juntos tras el fatal descubrimiento.

—¿Por qué lo dices? —Le noté interesado.

—Por curiosidad. Me cayó un poco mal el día de la exposición.

—¿Sí? —se extrañó—. Yo os vi bastante a gusto juntos.

—Cortesía pura —me defendí.

—No es mal tipo. Aunque pienso que ha cambiado bastante a Julia. Ella antes era un alma libre, de las que se comen el mundo. Solo hay que ver todo lo que ha conseguido.

—¿Y qué piensas? ¿Crees que la está frenando en su carrera profesional?

—Ella siempre ha dicho que no se planteaba casarse ni formar una familia.

—Entonces, ¿ha sido cosa de él?

—Sí, me lo contó ella misma cuando se lo pidió. —Le noté algo afectado.

—¿Hubo algo entre vosotros? —me atreví a preguntarle.

—No. —Tardó un poco en decirlo y no me miró.

—Me refiero a antes de que ellos… se conocieran.

—Nunca tuvimos algo serio. Era más como un rollo pasajero que nunca pasa… ¿Sabes a qué me refiero? —Ahí sí me miró fijamente, como esperando que lo entendiera.

—¿Te dejó por él? —me interesé enseguida.

—Lo cierto es que fui yo quien lo hizo primero y… me arrepentí tarde.

—Y has estado jugando al picaflor de la revista para vengarte de su indiferencia, ¿no es cierto?

—¿Tanto se me ve el plumero? —respondió en un tono que desprendía resignación.

—Pues sí, amigo. A lo mejor por eso no te ha funcionado.

—Esto no saldrá de aquí, ¿verdad?

—¿Por quién me tomas? Aunque me gustaría hacerte una pregunta importante. —Me observó con curiosidad—. ¿Fue Julia la que te dio el soplo del hotel donde se alojaba Leo Morelli?

Sonrió de una forma que lo delataba.

—Un buen fotógrafo jamás revela sus fuentes —fue su respuesta.

—¿Por qué la traicionaste y se las vendiste a la competencia? —continué el interrogatorio. Ya de perdidos, al río.

—No es la primera vez que haces esa afirmación, ¿por qué piensas eso?

—También tengo mis fuentes.

Resopló mientras meditaba su respuesta, frotándose el mentón pensativo.

—Me vi obligado a hacerlo tras el robo. No estaba dispuesto a regalarlas, obviamente. —Me miró con franqueza al decirlo.

—¿Y por qué a la competencia y no en Fashionist?

—Julia no estaba convencida de publicarlas. Se echó atrás cuando

le mostré de qué tipo de fotos se trataba. Ella sabía que el italiano tenía una affaire con su representante, supongo que por la amistad que los une a ellos, y pensaba que sacaríamos unas fotos menos explícitas en realidad. Quizás lo tanteó con Mario y él la convenció para que cambiara de opinión. Así que, al final, me vino bien lo del robo del reportaje.

—La jugada perfecta —opiné, dándole vueltas a lo curioso del asunto—. ¿Alguna vez estuvo en peligro mi puesto?

—Solo al principio —reconoció—. A Julia le preocupó que tuviéramos un topo en la revista. Pero tras revisar tu equipo, Vicente te descartó enseguida. Y yo también, la verdad. Estoy convencido de que fue Mario.

—¿Por qué? —Me sorprendió su afirmación, sin un ápice de duda.

—Porque sabe, puede y tenía motivos para hacerlo.

—¿Ella sospechó también de él?

—Ni siquiera me permitió insinuárselo. Aseguraba que Mario jamás habría vendido las fotos de su amigo a la competencia. Y tenía razón en eso, claro.

—Al final, los dos teníais la coartada perfecta para que ella no se diera cuenta de vuestros trapicheos —resolví, pensativa—. ¿Y no te preocupa que me vaya de la lengua?

—¿Crees que no sé por qué Morelli te dio el reportaje? —lo dijo en un tono que desprendía cierta complicidad—. Sé lo tuyo con Mario. Pero, tranquila, que esto tampoco saldrá de aquí.

—No sé de qué hablas —respondí, con una punzada de miedo en el estómago.

—Os estuve observando el día de la exposición. La complicidad, las miradas, los mensajes en el restaurante… No me he caído de un guindo, Alicia.

***

El verano se llevó consigo todos los recuerdos que me obligué a dejar atrás, junto a las canciones. Lo primero que hice, cuando descargué la aplicación de Spotify en mi nuevo ordenador, fue borrar la *playlist* que compartíamos. No quería seguir haciéndome daño, tratando de entender por qué me había enviado aquella última canción italiana con esa letra tan confusa y triste. Aunque es cierto que yo misma se la pedí. Pero ya no hacía falta si lo que pensaba era largarse como si nunca nos hubiéramos conocido. Porque eso es lo que habría hecho si no le hubiera descubierto a tiempo. Por eso había dejado de escribirme incluso antes del fatal desenlace. Y también por eso me había enviado esa otra canción que yo había escuchado en bucle como una gilipollas, esa que también sonó cuando estábamos

juntos en mi casa y con la que me lo estaba diciendo todo claramente, casi al pie de la letra. Solo le faltó poner un luminoso con una flecha. Y yo, como una imbécil, tratando de encontrarle otro sentido por mi cuenta a la canción. Cómo pude estar tan ciega…

Me habría gustado no saber cuándo se celebraría la boda. Pero era imposible. Yo formaba parte de ese acontecimiento. Era la encargada de dejar constancia de él, nada menos. Pensaba que no me afectaría, que lo peor ya lo había pasado cuando descubrí el pastel en su casa. Pero no. Nada había cambiado en mí, por mucho que hubieran transcurrido dos meses con sus eternos días de calor, sus festivas noches veraniegas y las vacaciones, que agradecí para desconectar también de mis tardes de recuerdos amargos en el laboratorio. Lo que sí había conseguido, contra todo pronóstico, era superar mi miedo a la oscuridad. Me llegan a decir que con un polvo en el cuarto oscuro se me quitaría, y lo habría hecho antes. Pero creo que no se trataba del sexo en sí. Mi cabeza evocaba ese recuerdo cuando entraba a la cabina y lo monopolizaba todo, no dejaba lugar para pensar en historias de miedo. También porque mi hermana vivía más en casa de Fran que en la nuestra y ya no me hacía ver esas películas terroríficas con ella.

No voy a decir que estuve pasando un duelo por nuestra no ruptura, porque a aquello que tuvimos no se le podía llamar relación y por lo tanto tampoco podía romperse. Pero mi corazón sí se había roto un poco. Bastante. Aunque no lo suficiente como para encerrarme en casa a llorar por las esquinas. Salí todo lo que pude y me apeteció, y me enrollé con un par de tíos que pasaron a la historia de mis conquistas nocturnas sin demasiado peso. Vamos, que no recuerdo el nombre de ninguno de ellos.

Pero a veces la vida te da un palo y después te lo compensa con otro. Aunque, para cualquiera que no conozca mi historia, pueda parecer que estoy gafada. Para mí, sin embargo, lo que me ocurrió fue una bendición. Me torcí el tobillo y caí escaleras abajo en plena hora punta del metro, una mañana que iba con la hora pillada para ir a trabajar. El resultado fue un esguince con hematoma y dos semanas de baja, con mi pie vendadito y aprendiendo a manejar unas muletas que en mi vida había usado. Y no me he vuelto loca por alegrarme de caer rodando escaleras abajo, que podría haberme roto la crisma; sino porque estábamos a tres días de la jodida boda y me libré de presenciar dicho enlace.

¿Quién hizo las fotos? Ni lo sé ni me importa.

Cuando se enteró mi madre del accidente, obligó a mi padre a traerla para ayudarme. Noticia que Elena recibió con bastante fastidio por su relación secreta. Para mí fue divertida esa semana en casa con ellos. Mi hermana haciendo ver que no tenía novio, porque se negaba a presentárselo. «Es muy pronto —me decía—. Y además que ya te

vale a ti, para tres meses que saliste con él, ¿no podías haberte ahorrado meterlo en casa y presentárselo?». Ahora se avergonzaba de haber compartido al mismo tío. Pero, vamos a ver, yo nunca les he escondido los ligues a mis padres. ¿Qué culpa tengo de que ella siempre haya querido ser tan bien queda? A mí me daba igual lo que opinaran. «Hija, ¿no es muy mayor para ti?». Es lo único negativo que me dijo de Fran. «Mamá, por favor, que son solo seis años de diferencia». El novio que peor llevaron de todos fue el que me hizo el piercing en la ceja, sobre todo mi padre, ese fue el primero que les presenté. Además, él se había depilado por completo la suya izquierda y llevaba en su lugar el tatuaje de un rayo. Le juzgaban por los accesorios en realidad. Terminé mintiendo y les dije que lo habíamos dejado para que no me dieran más la turra con el asunto.

También me reí cuando entraron en casa el primer día y se encontraron con la pared que habíamos derribado, ni nos acordábamos ya. Aunque, tras el primer impacto, les pareció útil enseguida. Hacía años que no pisaban la ciudad. Se habían vuelto muy perezosos para viajar a ningún sitio. Presumían de que allí lo tenían todo, que dónde iban a ir de vacaciones que estuvieran mejor que en su propia casa con la playa a dos pasos.

Elena solo me preguntó una vez por Mario. Fue en uno de esos días que mis padres pasaron con nosotras, y el tema salió a colación porque mi madre encontró su foto escondida en mi armario. Quise que me tragara la tierra.

—¿Quién este chico tan majo? —preguntó, subida en la silla que estaba usando para bajar el edredón del altillo, mientras analizaba el retrato.

—Nadie —respondí enseguida, recuperando la foto que puse bocabajo sobre el escritorio.

—Pues para ser nadie… te has puesto muy colorada, hermana —saltó la metomentodo, partida de la risa.

Al principio, la mantuve guardada en mi carpeta. Pero me afectaba verla cuando la abría para sacar el papel fotográfico. Me planteé romperla. Aunque, mientras lo decidía, pensé que estaría a salvo de mi vista ahí arriba. En la hora puñetera que se ofrecieron a ayudarme a guardar la ropa de verano por el cambio de estación.

—Vaya, vaya, qué calladito lo tenías… —insistió Elena cuando mi madre salió un momento de la habitación.

—No es lo que parece. Pero total… no vas a creerme, diga lo que diga.

—Ahora entiendo la brasa que dabas antes con el hacker para acá y el hacker para allá. Y también que no haya vuelto a la cafetería. ¿Cuándo rompisteis?

—Nunca hemos roto, porque tampoco hemos salido.

—Pero ¿tú crees que yo me chupo el dedo?

—Chúpate lo que quieras y déjame en paz.

Nadie sabía de nuestra historia, a excepción de Alberto que no sé cómo puñetas lo descubrió. Aunque solo lo intuía, no tenía pruebas sólidas ni tampoco le convenía irse de la lengua.

Parte III

Capítulo 41

Mario

Tras la boda, todo volvió a su sitio. Julia dejó atrás sus histerismos por los preparativos, que le dieron quebraderos de cabeza hasta el último momento. Lo más gordo fue lo del accidente de Alicia. Al principio pensé que lo del esguince y las muletas era solo una excusa que había utilizado para librarse de la situación tan comprometida en la que se había visto envuelta, y no la culpaba. Pero Julia lo corroboró personalmente. No le quedó otra opción que aceptar el plan de emergencia que le propuso Romualdo: un fotógrafo del tres al cuarto que sacó un reportaje digno de un artículo en Fashionist bajo el título: *Diez tips que debes evitar si no quieres arruinar las fotos de tu boda.* Cada vez que nos colocaba para posar, imaginaba la cara que habría puesto Alicia si hubiera estado presente.

Lo cierto es que, aunque parezca contradictorio, me alegré de que no viniera y a la vez deseaba que hubiera estado allí. Llevaba dos meses sin verla y seguía echando de menos estar cerca de ella.

Ha sido un verano extraño. Por un lado me sentía feliz porque hice lo que realmente quería. Que me hubiera acostado con Alicia, no significaba que no quisiera a Julia. Y que me hubiera casado con Julia, no significaba que no me importara Alicia. Contradicción otra vez. En eso me había convertido, en una grandísima contradicción.

Me he preguntado muchas veces durante este tiempo transcurrido, qué habría pasado si no hubiera sucedido lo del laboratorio ni lo de su casa después. Si hubiéramos seguido igual que estábamos, con nuestros rollos de las fotos, el revelado, los mensajes, las risas, la música, quitando y poniendo la cinta de la cámara de su ordenador para espiarla… ¿Qué habría ocurrido si no hubiera pasado nada entre nosotros? A lo mejor seguiríamos en contacto. A lo mejor no habría abandonado su ordenador para comprarse otro. Ni habría eliminado nuestra lista de canciones. Ni algunas de las que ya eran suyas y que también se ha deshecho de ellas, como por ejemplo esas que bailaba de aquella forma tan divertida. También la habría felicitado por ese puesto de finalista en el concurso de las vías, y podría haberle contado

que fui a ver la exposición del certamen y que me hubiera encantado poder asistir el día de la inauguración con ella, para que me explicara por qué esa foto que teníamos delante no merecía haber ganado el primer premio. Seguro que me habría soltado alguna excusa sobre el foco, la profundidad de campo, la luz…

Son cosas que me he descubierto haciendo cuando veo una foto en blanco y negro. No puedo evitarlo. Me pregunto: «¿Tiene una escala perfecta de grises?». Echo de menos el laboratorio. Bueno, en realidad, lo que echo de menos es ir con ella o simplemente hablar, porque verla lo hago de vez en cuando, procurando siempre que no me pille.

Qué segura debió de sentirse con su nuevo equipo. Y me alegra que sea así, porque merece ser libre y actuar como ella misma. Mi presencia la condicionaba a veces. Y es una pasada observarla al natural, cuando se prepara un té extraño con infinidad de hierbajos que a veces deja olvidado si está concentrada en retocar una foto. También cuando suena una canción que le gusta y sube el volumen y la escucha sin hacer nada, a veces pensativa mirando a la pantalla, y, cuando está a punto de terminarse, desliza el dedo por el *touchpad* y retrocede la barra de desplazamiento para escucharla de nuevo sin dejarla acabar. Son algunas de las que aprovecho para agregar a mis favoritas, porque sé que es una de esas que ella habría guardado en nuestra lista.

Me hizo gracia un día, al principio de estrenar el ordenador. Supongo que Spotify, en las sugerencias de temas por descubrir, le proponía música italiana por haberle incluido yo algunos autores de los míos; y la oí decir: «¡Deja ya de ofrecerme canciones *italianinis*, joder!».

Confieso que, cada vez que entro a su ordenador, me veo tentado de hacer alguna travesura de las mías y empezar de nuevo. Pero no me atrevo. Sé que no debo.

Capítulo 42

Alicia

—¿A quién se le ocurre dejar un trabajo sin haber recibido aún la confirmación de otro?

He ido a desayunar con mi hermana a su cafetería. Desde que vive con Fran está insoportable. Espero que él no esté planteándose enviármela de vuelta, ya me he acostumbrado a vivir a mi bola.

—Tengo dinero ahorrado y hago trabajos por mi cuenta, no tengo problemas de pasta. Así que no te preocupes por mí. Además, la entrevista era solo una formalidad. Diego me respalda, y les gustó mi porfolio. Está todo controlado.

—Me hubiera gustado ver la cara de esa bruja cuando le dijiste que te largabas.

—¿Por qué la odias tanto si no la conoces?

—Me cae mal desde aquella vez que te amenazó con despedirte si no le dejabas hurgar en nuestro ordenador.

—Bueno, ha llovido mucho desde entonces. Y en realidad no es mala jefa, solo… algo quisquillosa a veces. —«Y desde que Alberto abandonó la revista más aún».

—Pues podrías haberme avisado de que hoy estabas libre, le habría cambiado el turno a Ricky.

—No te preocupes. Además, quiero pasarme por la autoescuela para ver si puedo hacer unas prácticas antes de que me llegue el coche.

—Pero ¿no lo habías pedido automático? —se sorprende—. ¿Qué leches quieres practicar?

—Para soltarme un poco por la ciudad, llevo mil años sin conducir… Desde que me saqué el permiso, para más señas.

—¿No te llevó el otro día Fran a dar una vuelta con el suyo?

—No me dejó salir del parking del centro comercial, dice que tengo mucho peligro. Lo de la autoescuela ha sido idea suya.

***

He quedado con alguien que he conocido en Instagram. No soy muy de redes sociales. En su día me abrí una cuenta de Facebook y lleva años abandonada, solo la usaba cuando me escribía con Fran por el Messenger en realidad. Él odia escribir con la pantalla del teléfono y pasa mucho del WhatsApp, prefiere llamar o cualquier aplicación que le permita usar el teclado del ordenador. Ahora se ha aficionado a los audios. Me recuerda a mi exjefa, que jamás la vi escribiendo. Mi problema con el Messenger es que olvidé la clave de acceso a Facebook y no he sido capaz de recuperarla en el nuevo ordenador, porque el correo que usé para abrirla también lo perdí. Lo sé, yo en estado puro. Pero no me importa en absoluto. Si la tuviera, es muy probable que siguiera abandonada. Fran y yo no hablamos tanto como antes, Elena lo tiene monopolizado. Aunque nos llevamos igual de bien y existe una alianza no pactada para picar a mi hermana. Es nuestro juego favorito cuando estamos juntos.

La cuenta de Instagram la abrí un día que, curioseando por la red, encontré la página de un fotógrafo que me gusta y, mirando sus publicaciones, me entró el gusanillo de hacer lo mismo con mis imágenes. Pensé que, para que estén guardadas en una carpeta, las comparto con el mundo así. Y a su vez, he conocido gente como el chico de hoy. Hemos hablado bastante en privado, parece simpático y también le interesa la fotografía.

Llego con quince minutos de retraso a mi cita, pero se ve que la puntualidad tampoco es su fuerte. No está frente a la barra, que es donde hemos quedado. Aunque tampoco sé si podré reconocerle a simple vista. En la foto que aparece en su perfil, aun siendo un primer plano, se ha puesto la cámara de fotos delante, como disparando. Solo podría identificar un ojo, que está guiñando, y sus labios que dan ganas de mordisquear por lo carnosos que parecen en la imagen. Bueno, y el pelo, tiene una melenita rubia curiosa. Las fotos que publica son de tipo artístico, como las mías. No aparece ningún selfi ni fotos personales.

Pues sí, le acabo de localizar. Justo acaba de cruzar la puerta con una sonrisa espléndida de sus fantásticos y apetecibles labios. «Pero ¿qué tiene? ¿Quince años?».

—¡Hola! Siento el retraso, es que he pinchado la bici.

—No te preocupes, si acabo de llegar.

«¿Cómo se hace cuando quieres abandonar una cita y te preocupa que se note demasiado el chasco que acabas de llevarte?».

***

Fran y mi hermana se están descojonando de mí. Al final le envié un mensaje a Elena y le pedí que me llamara urgentemente para

interrumpir mi cita por una emergencia familiar. Pero estaban dale que te pego, aunque ahora lo nieguen, y ni se enteró. Así que al final tuve que ser sincera con el chaval y afrontar la realidad. Porque ¿dónde iba con un crío de veinticuatro años? Que a él la edad le daba igual, me dijo, el pobre inocente. Terminamos cargando la bici en un taxi y lo mandé para casa.

Al rato me llamaron para que fuera a tomarme algo con ellos.

—Eso te pasa por quedar con desconocidos.

—Ni que quedara todos los días —me defiendo—. Solo me ha pasado una vez.

—¿No te habías instalado Tinder? —me recuerda Fran, que hace unos minutos me ha abierto la puerta en calzoncillos, y Elena le ha enviado a adecentarse. «Pero si me ha visto en bolas en el pasado», se ha ido refunfuñando, lo peor que le puede decir a mi hermana además. «Es cuestión de respeto», ha añadido ella algo tirante. Y estoy con ella. Eso nunca lo hacía cuando éramos amigos y me invitaba a su casa. Aunque sí presumía de su tableta, medio en serio medio en broma, para provocarme. Pero no es el caso ahora. Además, le noto en baja forma para lo estricto que era cuidándose. Decidió abandonar el gimnasio por falta de tiempo, dijo, pero me parece que se ha relajado desde que ha salido del mercado—. Pues ahí se ve cómo son y la edad que tienen, deberías probar —insiste con el dichoso programita del amor, que en realidad es solo para el sexo.

—Ya —respondo, no muy convencida—. Pero no sé manejarlo.

—Si solo hay que pasar fotos y elegir —agrega la experta.

Ella está muy guapa. Juraría que ha ganado algún kilo también, pero estaba demasiado escuálida. Ahora tiene hasta buenas tetas, la cabrona. Y decía que le había sentado muy mal el confinamiento a su físico…

—Ya, pero ¿y si me equivoco y quedo con un gilipollas integral? —me escudo—. Además, hay que poner foto y paso de que me vea algún conocido ahí metida.

—Si te ve alguno, será porque está dentro también —añade Fran riendo—. ¿Qué más te da?

—No me va ese rollo de hablar con desconocidos. Lo del crío ese ha sido algo puntual, me comentaba las fotos y hemos mantenido alguna conversación interesante por privado. Y aún así…, me ha salido rana.

—Pues para no gustarte hablar con desconocidos, bien que mantuviste el contacto con uno que hasta te *hackeó* el equipo —nos recuerda mi hermana riéndose.

—¿Otra vez me vas a saltar con ese rollo caducado? Aquel tío pasó a la historia. Punto.

—Vuelvo a saltar con ese rollo porque ha venido a la cafetería esta

tarde.

He sentido una punzada bastante aguda en la boca del estómago.

—¿Hoy? ¿Y eso?

«Pero ¿a mí qué cojones me importa que haya ido?».

—No lo sé. Le ha atendido Flor, yo estaba en la cocina. Pero lo he visto por la ventanilla, estaba sentado en la mesa del rincón —me explica, estudiándome con la mirada. Sigue empecinada en que tuvimos algo—. Y estaba solo.

—¿Y había ido más veces?

—No desde aquella época. Aunque, bueno, también es normal con la pandemia y todo el rollo… Hay mucha gente a la que no hemos vuelto a ver por allí.

Capítulo 43

Mario

Llevo casi dos años sin saber nada de Alicia. Aunque pueda parecer mentira, me desvinculé por completo de su vida. No fue de golpe, sino poco a poco, cada vez curioseaba menos lo que hacía. Al principio, porque algunas cosas me dolían. Después, me acostumbré. No era fácil asumir que se escribiera con otros, como si lo nuestro no hubiera sido especial. Pero tampoco tenía ningún derecho a reprochárselo, ni siquiera de pensamiento. Era yo quien había decidido nuestras circunstancias. Si nos hubiéramos conocido en las mismas condiciones, tal vez estaríamos juntos ahora. O a lo mejor no, ¿quién sabe? Nada puede darse por sentado. Ha cambiado todo tanto… Y a la vez, tengo la sensación de que todo está igual. Incluso a veces pienso que la vida se me quedó congelada en la prepandemia, y que ahora despierto de una especie de letargo extraño donde nada está en su sitio. No sé si tiene algún sentido lo que pienso.

Ayer fui a la cafetería de Elena. Ni siquiera sé qué me llevó hasta allí. ¿Mi vuelta de las vacaciones en Italia? ¿La conversación que mantuve con Leo tras una larga temporada sin vernos? Creo que la última vez fue en nuestra boda, o tal vez en la Navidad de ese mismo año. Después todo se precipitó con la que se nos vino encima al siguiente. Julia se alegró de haber adelantado la boda. Se hartó de decirme: «Si no lo hubiéramos hecho, nos habrían cancelado la nuestra. Fue cosa de los astros». Y sí, puede que lo fuera, aunque no crea en esas cosas.

No sé qué esperaba encontrar en la cafetería cuando me decidí a ir. Sabía que Alicia no había vuelto a trabajar allí. A su hermana parecía irle bien con el negocio. No ha cerrado, y eso ya es mucho para los tiempos que corren. Y había bastante gente cuando entré. Incluso mi mesa estaba ocupada y elegí otra distinta, muy a mi pesar. Recordé la primera vez que entré allí con Leo; la expectante sensación que sentí al cruzarme con ella en persona, cuando se acercó a tomarnos nota y se confundió de mesa después; lo entretenida que estaba en la barra con su ordenador abierto, frunciendo el ceño

porque acababa de descubrir un mensaje que le había dejado en sus fotos; el gesto de retirarse la melena hacia un lado del cuello, y a su hermana señalándole la pulsera que llevaba en la muñeca para que se lo recogiera; ella devolviéndole una mueca de fastidio y enroscando todo el pelo en una especie de moño alto; y después mordisqueando una de esas galletas horrorosas que estaban de vicio. No pude resistirme a pedir una con el café cuando se acercó la camarera a atenderme.

Después, al llegar a casa, me entretuve deshaciendo la maleta. Pero enseguida me conecté a su ordenador, tras siglos sin hacerlo. Fue una sensación tan rara y a la vez tan cotidiana, tan familiar, tan de estar de vuelta… No encendí la cámara. Solo estuve dando un paseo por sus archivos de fotos y listas de música. Creo que una parte de mí necesitaba encontrar algún tipo de señal.

Capítulo 44

Alicia

Desde que Elena me ha contado lo de Mario, estoy un poco paranoica. Es como si se me hubiera activado un radar extraño que percibe cosas que podrían estar relacionadas con sus viejas artimañas de hacker. Para empezar, al volver de la casa de Fran, mientras revisaba unos encargos que debo planificar, ha saltado una canción de un grupo que a él le gustaba mucho: Funambulista. Yo lo había sacado de mis listas por completo, y por eso precisamente me ha parecido extraño. Aunque es cierto que no estaba escuchando ninguna de mis *playlists.*Había puesto los descubrimientos de la semana, y podría haber sido cosa de Spotify. La canción se titulaba *Solo luz,* y al escucharla detenidamente también me ha parecido que significaba algo. Habla de dos cobardes que no tienen nada claro… y el cuento que ha vuelto a ocurrir… y una foto con cara de bobos… Son frases sueltas de la letra que medio encajan con nosotros. ¿Sería cosa suya?

Aun así, he conservado la calma y he actuado con normalidad; fijándome bien en el piloto junto a la cámara para pillarlo infraganti y asegurarme de que no sean imaginaciones mías. Porque, ¿cómo va a *hackearme* otra vez si no sabe que tengo otro equipo? Me encantaría poder preguntarle: «¿Qué puñetas quieres ahora?». Y también: «¿Por qué coño has ido a la cafetería de nuevo?». Pero borré su teléfono de mi agenda y ya no tengo ni Messenger.

He abierto un documento en blanco de Word para escribirle:

Sé que estás aquí.

¿Se puede saber cómo me has encontrado?

Y deja de ponerme canciones.

Al rato, reviso minuciosamente la lista de reproducción que estaba escuchando, la de los descubrimientos semanales, y veo que sí aparece esa canción. «Menos mal. Ha sido una falsa alarma». Envío el documento a la papelera junto con un sentimiento extraño que no quiero recuperar.

Hasta donde sé, ellos siguen casados y felices en su ático de

ensueño que escupe purpurina. Me extraña que aún no hayan tenido descendencia. Lo sé porque soy testigo de las actualizaciones de estado del perfil de Instagram de mi exjefa. Podría haberla eliminado hace tiempo, o no haberla seguido cuando ella descubrió mi perfil y desplegó su simpatía y encanto alabando mis trabajos en los comentarios. Encima debo admitir que, tras el reportaje de sus fotos preboda, se volvió encantadora conmigo. Incluso me visitó cuando le comuniqué mi «fatal» accidente.

Después, tras su luna de miel y mi reincorporación al trabajo, me citó en su oficina. Temí por un momento que el canalla le hubiera contado lo nuestro en un arrebato de culpa y sinceridad, y me acordé de todos sus muertos mientras recorría el pasillo que separaba mi mesa de su despacho. Ahora iba a quedarme sin trabajo, aparte de jodida por su engaño. Pero no. Solo quería tomarse un café conmigo y aprovechar para reírnos juntas del desastre que habían sido sus fotos oficiales de la boda. Se la veía espléndida, feliz, llena… desde que había regresado de su viaje. Ni siquiera le importaba la chapucería que teníamos delante: fotos mal encuadradas, contraluces sin sentido, filtros innecesarios, ausencia de foco en algunas tomas, profundidad de campo mal aprovechada… Solo se salvaban un puñado de imágenes y las miradas cómplices entre ellos, que brillaban como el precioso vestido que lucía ella.

No podía odiar a Julia; antes tendría que odiarme yo primero. Tampoco podía odiarme; no tenía la culpa de haberle conocido, ni de las verdades que ocultó. Pero tampoco podía evitar que me doliera ver todo aquello.

A partir de ese café compartido en su despacho, no sé por qué razón, Julia quiso convertirme en una especie de Alberto que la acompañara a almorzar para discutir ideas y empezó a interesarse por mi opinión en las reuniones de equipo. «¿Qué mierdas había pasado? ¿Qué cables se le habían cruzado para llegar a esto?». Intenté guardar toda la distancia que me fue posible sin que interfiriese en nuestra relación laboral. Casi la prefería estirada y odiosa, como cuando me puso en el punto de mira, porque no podía mirarla a la cara sin recordar que me había tirado a su futuro marido entonces. Y no solo una vez ni en una sola postura, aquella tarde estuvimos bastante inspirados en mi habitación. «¡Joder!». Cuánto había fantaseado con aquellas escenas. Durante una temporada, Mario me estropeó el sexo con otros tíos. Empecé a comparar y a decepcionarme. Idealicé a ese maldito cabrón por mucho tiempo. ¿Cómo iba a convertirme en algo parecido a una amiga para Julia? Aquello no tenía ningún sentido ni yo podía tragar con ello.

Lo consulté con Alberto, el porqué de ese cambio de Julia hacia mi persona, y su respuesta me fulminó. «Existe un dicho muy popular:

Mantén a tus amigos cerca, pero a tus enemigos más». También le pregunté si había ido a su boda. «¿Cómo iba a perdérmela? Es lo que hacen los amigos, ¿no? Acompañar en los malos momentos, y en los buenos también —creo que el orden aquí es inverso, pero no le dije nada, no es un tipo que dé puntada sin hilo—. Una pena que te lesionaras, habrías disfrutado mucho del enlace. Todo salió como lo habían planeado, de lujo». El tono irónico de su voz no disfrazaba lo que sentía realmente. Ni lo pretendía. Conmigo ya no disimulaba. Sin embargo, de mí no sacó ninguna emoción. No quise entrar en su juego. No deseaba enturbiar lo que había sentido con Mario, por mucho que se hubiera jodido todo y lo odiara. Eso era solo mío y me pertenecía.

Antes de acabar ese año, Alberto dejó la revista. Las malas lenguas dijeron que fue por su ruptura amorosa. La versión oficial es que lo contrató una famosa revista, y lo cierto es que no le va nada mal allí. Aunque llevo todo este tiempo sin hablar con él. Lo poco que sé de su vida es como lo que veo de la de Julia: instantáneas de su felicidad, en solitario, en compañía, en festejos, viajes… Lo que deciden mostrar en redes.

A veces me gustaría no ver nada de lo que publica ella. Pasarlo de largo y no prestarle ninguna atención. Pero no me lo permito. No necesito engañarme. No quiero ocultármelo. Prefiero saber que aquello nuestro fue una mentira. Que confié en un extraño que se coló en mi ordenador con embustes y argucias para acostarse conmigo y ya. Después, si te he visto no me acuerdo. Me duele menos verlo así, con Julia, en todas aquellas fotos de boda que me enseñó, o en las de su idílica vida de Instagram. Ahí puedo seguir odiándole y es ajeno a mí. Esas imágenes me recuerdan la tela de araña en la que caí. También me ayudan a no intentar recordarlo como yo lo conocí, y a que el paso del tiempo no suavice su traición. Porque el Mario de mis recuerdos duele. Mucho.

Capítulo 45

Mario

No sé cómo cojones ha adivinado que estaba conectado a su ordenador, no he encendido la cámara. Había estado hurgando en sus carpetas de imágenes, que siguen tan desordenadas como entonces. ¿Ni siquiera la pandemia la ha dejado tiempo libre para dedicarse a labores mundanas como la limpieza y el orden de su equipo? Aunque reconozco que se ha vuelto más práctica al archivar sus fotos. En lugar de enumerarlas, que no servía para mucho, las titula con algo relevante de la imagen. Me ha sorprendido que la del charco se siga llamando: «Mi favorita.jpeg».

Ha hecho dos series más, una por año. Me ha parecido extraño que la que corresponde al año pasado sea en color. Tal vez el laboratorio estuvo cerrado y prefirió hacerlas en digital. O puede que quisiera darle algo de colorido a un año tan negro, quién sabe. Ojalá pudiera preguntárselo. Ojalá hubiéramos podido hablar durante todo este tiempo que no lo hemos hecho. Ojalá me atreviera a escribirle ahora, y responder a esas preguntas que ha escrito en un documento en blanco que después ha eliminado: «Sí, estoy aquí», le habría respondido a la primera frase. «No es que te haya encontrado, es que no me había ido del todo», sería la respuesta a la segunda. «Y no he sido yo quien ha puesto esa canción, eres tú quien espera que lo haga. Aunque si lo hago, me odiarás por haberlo hecho. Porque no me perdonas. Y soy demasiado cobarde para enfrentarme a ti de nuevo».

Fue complicado pasar página. Más de lo que imaginé aquel día que cerró la puerta de su casa a mi espalda, tras aquella tarde tan especial que compartimos. Creo que, si no me hubiera descubierto ella de aquella forma tan fulminante, a lo mejor no habría sido capaz de desprenderme yo solo. Y habría seguido engañándola, y prometiéndome de nuevo que solo sería una vez más. Hasta que todo hubiera saltado por los aires, con el mismo resultado pero mucho más tarde, multiplicándose el dolor por unas falsas expectativas traicionadas.

Por muy extraño que resulte, no hemos vuelto a cruzarnos en

persona. Rara vez recojo a Julia en la revista y no he vuelto a asistir a ningún evento. Tampoco la he visto en fotos. Hasta ahora, que he curioseado en su equipo y en la nube que descarga las de su teléfono. No ha cambiado nada. Solo el corte del flequillo, que oculta por completo sus cejas, aunque el resto luce más largo ahora sobre su espalda.

Sé que abrió una cuenta de Instagram, pero en ella solo publica su trabajo personal, sus series que ella llama, y donde conversa con otros fotógrafos que la siguen. También por privado. ¿Quedaría muy mal si digo que he leído conversaciones muy personales y privadas? Lo he hecho. Y también me he odiado por ello. Es algo que no se me ocurriría hacerle a Julia. ¿Por qué no respeto su derecho a la intimidad del mismo modo? ¿Es porque la conocí así? ¿Hurgando en sus cosas? ¿Es porque no se enfadó? ¿Es porque no le dio tanta importancia? Aunque si no se la dio, fue porque desconocía los detalles. Y tampoco sabe hasta dónde he llegado ahora solo por saber si todavía queda algo de lo que hubo entre nosotros.

Por eso lo de hoy me ha desclavado un poco esa espinita. Que haya pensado que le había puesto esa canción —supongo que era la de Funambulista, las demás de esa lista que estaba escuchando ni me sonaban—, me ha dado unas alas que no sé ahora mismo cómo utilizar. Debo meditarlo con la almohada.

Mensajes de audio de Julia:
Mensaje 1: Cena sin mí, ¿vale? Tenemos lío aquí, luego te cuento.

Mensaje 2: O ya te contaré mañana, no me esperes despierto. A saber cómo acabaremos…

Mensaje 3: Ah, se me olvidaba, llévate mañana mi coche a trabajar y le pones gasolina. Yo cogeré el tuyo, ¿vale? ¡No me odies! Te quiero, amor.

«Prométeme que no cambiaremos después de casarnos», me dijo una vez… Y ahora parecemos compañeros de piso que comparten cama y muy de vez en cuando sexo.

Mensaje de audio para Julia:
Te recuerdo que mi coche está en el taller pasando la revisión, tenía pensado ir en moto. ¿Quieres cogerla tú y yo tu coche?

Mensaje de audio de Julia:
Sabes de sobra que no sé conducir ese trasto infernal.

Mensaje de audio para Julia:
Si quieres, te llevo mañana en la moto y ya le pondremos gasolina al tuyo en otro momento. Tengo que hacer varias gestiones fuera de la oficina y paso de comerme atascos interminables. Es mi última oferta.

Seguro que lo ha dejado en reserva, como hace siempre. Odia poner gasolina. Afirma que es por solidaridad con los puestos de trabajo que se pierden por el autoservicio y que debería estar prohibido que cualquier mortal manipule material inflamable y

peligroso. También dice que la única gasolinera que conoce donde se la ponen amablemente le pilla muy retirada de su itinerario. La apoyaría en sus argumentos si supiera que esas son sus verdaderas razones. Pero sé que es una pereza inmensa lo que la invade cuando ve que el nivel está llegando a sus mínimos. Algún día la dejará tirada y aprenderá la lección.

***

Me he despertado a las dos de la madrugada con una sensación extraña. No he sabido qué era hasta que me he incorporado y he descubierto que Julia no estaba en la cama. Juraría que la oí llegar cuando ya estaba dormido. Abrió la puerta del vestidor y la luz me deslumbró cuando trataba de despegar los ojos. «Lo siento —murmuró en un susurro—, sigue durmiendo». Y caí de nuevo en mi plácido sueño. Pero la cama no está deshecha en su lado. «¿Lo habré soñado?».

Decido llamarla por teléfono. Lo cierto es que estoy preocupado. En el momento en el que escucho el tono de llamada salir de mi móvil, oigo el rumor de una conversación en voz baja. Me levanto con el teléfono aún pegado a la oreja y me acerco a la puerta del baño, que es justo de donde procede la voz. Cuelgo. Y justo cuando me dispongo a tocar en la puerta, la abre ella.

—¡Hola, amor! Al final te he despertado, ¿no? Lo siento. Estaba discutiendo algunos flecos con la editora. Mañana es un día importante de trabajo y...

—… ¿A las dos de la mañana? —me extraño, cortando su explicación.

—Ya, lo sé, es que… estaba cansada, me apetecía volver a casa, y los he dejado allí liados… Tenía que haberme quedado un rato más. Perdón por despertarte, ¿vale? Vamos a dormir. —Tira de mi mano para dirigirme hacia el dormitorio.

—No sé si podré ahora —digo, sin moverme del pasillo—, creo que me he desvelado del todo.

—¿Te preparo una infusión? —me ofrece, solícita, sin soltarme de la mano.

—Conozco una manera mejor —propongo, sonriente y zalamero, acariciando su cuerpo a través de la tela de ese camisón de seda que se ha puesto y que juraría que es nuevo—. Sería una justa recompensa por haberme despertado.

—Estoy rotísima —se escaquea enseguida, deshaciéndose también de mi gesto de cariño que ha parecido incomodarla—. Pero te lo compensaré mañana, prometido.

Se aleja hacia nuestro dormitorio con los pies descalzos y esa

forma tan sensual que tiene de caminar. Yo me dirijo a la cocina para regar con un vaso de agua fría las promesas aplazadas, y lo llevo a la terraza. Hace una noche cálida de mediados de junio. Me recuesto sobre el sofá, con una duda hilvanándose en mi mente: ¿Por qué hablaba desde el baño? Quiero decir que, con lo enorme que es nuestra casa, podría haberse ido al salón o a la cocina o a mi estudio o a la terraza o incluso a la habitación de invitados… A lo mejor se estaba cepillando los dientes cuando la ha recibido, se me ocurre. No sé por qué me ha parecido tan extraño. Ni siquiera es la primera vez que la veo hablar en ese lugar, su teléfono es una extensión de su brazo.

Pero últimamente, me ha dado por pensar cosas raras sobre Julia. Y con *raras* me refiero a que se me ha pasado por la cabeza que… tiene a alguien. Lo cierto es que se me hace incómodo hasta pensarlo. No tengo pistas sólidas ni razones lógicas, en realidad es más bien una sensación. ¿Se puede tener una sensación para algo así? ¿Tuvo ella alguna sensación cuando lo hice yo?

Al pensar en esto último, se me ocurre imaginar qué hacía yo diferente, en la época que estuve con Alicia, que no haga ahora. En realidad, quitando las horas que le restaba al trabajo o a mi tiempo libre para conectarme a su equipo, o para acompañarla a hacer fotos o al laboratorio…, nada cambiaba en mi día a día. Bueno, quizás sí estaba un poco en las nubes y desconectaba a veces de algunas conversaciones o reuniones de trabajo. En más de una ocasión percibieron mi estado ausente y llamaron mi atención. Recuerdo que Leo me lo cazó al vuelo por eso precisamente.

Hacía tiempo que no pensaba tanto en aquella época. No sé por qué lo llamo época, no duró más de un par de meses. Aunque en realidad es como si siguiera durando todavía. Creo que solo cuando lo olvidemos dejará de existir.

Capítulo 46

Alicia

Hoy he tenido una pesadilla con el mentiroso. Ese que se llenaba la boca para decirme trolera y experta en la mentira, cuando el tipejo manejaba un nivel Dios. No entiendo por qué ha tenido que aparecer a estas alturas, después de dos años, y presentarse en la cafetería de mi hermana… ¿Buscando qué? Porque no creerá que vaya a tragarme que simplemente pasaba por allí y decidió entrar. Como cuando me contaba que pasó por casualidad con su amigo y les pareció un sitio discreto, y resulta que me había *hackeado* el ordenador previamente. Esto es justo lo que he soñado esta noche: que encendía el ordenador, el que no conoce, y me lo encontraba al otro lado como en una videollamada que no se apagaba nunca, ni cerrando la pantalla. Cuando intentaba hacerlo, aparecía en la tapa también, donde está el logo de la marca. Y me decía gilipolleces como que si no hablaba con él, no me arreglaría el equipo. Yo respondía que me daba igual, que ya me compraría otro, y me iba a la calle para quitármelo de encima. Pero entonces aparecía en las marquesinas de los autobuses, donde ponen la publicidad, y la gente me miraba de forma reprobatoria porque no le hacía caso. Incluso una señora mayor, que era bastante coñazo, me perseguía para convencerme de hablar con él. Decía que no lo entendía, que parecía buena gente. «¿Buena gente, señora, y le puso los cuernos a su futura esposa conmigo?». Y la anciana me atizaba con el bastón y me llamaba golfa, más que golfa… Si no llego a despertar, me abre la cabeza allí mismo.

He dormido fatal… Me he desvelado varias veces y hasta tuve que levantarme a ver la tele. Al final me quedé frita en el sofá, casi amaneciendo. Suerte que no tenía que ir a la revista. Ahora trabajaré para una agencia de publicidad. No difiere demasiado de lo que hacía en Fashionist, y el horario es más de lo mismo. Pero el sueldo compensa bastante más, y encima pierdo de vista a Julia. ¿Se puede pedir más?

Ella celebró la marcha de Diego de la revista con una alegría silenciosa. No entiendo por qué le tenía tanta tirria, a mí me parece un

buen hombre: justo, amable y exigente con el trabajo. Cualidades que ella también posee, si le bajamos un poco la nota en lo de amable. Julia es muy selectiva a la hora de repartir o mostrar su amabilidad, y eso que conmigo sí lo hacía. Terminé cayéndole en gracia, supongo.

A mí me dio pena que Diego nos dejara. Y me alegró que un par de meses más tarde se pusiera en contacto conmigo para ofrecerme el puesto que voy a ocupar en breve. Bueno, en la distancia a mi casa he salido perdiendo: tengo que agregarle un autobús interurbano al metro, y es una auténtica tortura. Por eso me he decidido a comprarme un coche. Y además me he tomado unas semanas libres. Bueno, no así exactamente, hago trabajos extra bajo pedido como *freelance*. Bastantes en realidad. Empecé a ganar más dinero así que en la propia revista. No le sacaba partido a esto de la tecnología y fue Alberto quien me abrió los ojos y me enseñó. Reconozco que fue una suerte que aquel desafortunado incidente cruzara nuestros caminos. Estoy convencida de que si no hubiera sido por aquello, jamás habríamos intimado lo suficiente como para caernos bien. Porque para mí, Alberto es de esos que me tiran para atrás de primeras. No hablo en el terreno sentimental, porque ahí lo sigue haciendo, me refiero más al de la amistad. A él también lo terminé añorando cuando se fue.

Recibo una llamada de mi hermana, y son las ocho de la mañana, está claro que hoy no descanso. A saber lo que se le habrá cruzado ahora por la cabeza. Espero que no sea que Fran la ha echado de su casa y vuelve al cuchitril, como lo llama ella… No la soportaría de nuevo aquí, y eso que la eché de menos a rabiar cuando se mudó.

—Dime, estoy ocupada.

—Buenos días a ti también.

—Es que tienes un don para llamar en los momentos más…

—… ¿Tienes a un tío en la cama o qué? —se me adelanta.

—¿Alguna vez te he cogido el teléfono en esas circunstancias?

—Bueno, que… ¿por qué no me paso a buscarte y desayunamos juntas por ahí abajo?

—¿No trabajas hoy?

—Por la tarde.

—¿Y no estaba Fran de vacaciones? ¿Por qué no desayunas con él? No irás a decirme que hay problemas en el paraíso…

—Ha tenido que pasarse hoy por la redacción. ¿Por qué tiene que haber problemas siempre?

—Porque es muy raro que me llames a las ocho de la mañana para improvisar unos planes conmigo, huele la tostada desde aquí.

—Vale, está bien… —Oigo un resoplido—. Tienes que comprarme un test de embarazo.

—¿Que qué? —Me incorporo del sofá de un salto.

—Tengo un retraso importante, ¡no te rías!

—No me río, es que estoy muy nerviosa. ¿Lo sabe Fran?

—Si lo supiera, tendría ya una docena de test en la encimera del baño. Se acojonaría más que yo.

—¿Por eso quieres que lo compre yo? ¿Estás cagada?

—Sí, a mí me temblaría hasta la voz al pedirlo.

—Pero hasta las nueve no abren, creo.

—Yo estoy de camino, casi llegando ya.

«¿Llegando? Esta no ha pegado ojo tampoco».

—Pero ¿te has dado cuenta de ese retraso al despertarte o qué?

—Sí, más o menos… He tenido una pesadilla con el asunto y me he puesto a hacer cálculos a las cinco de la mañana.

—Está bien, creo que hay una abierta las veinticuatro horas a dos manzanas. Voy bajando ya, mami.

—Cierra el pico, cabrona, que vas a gafarme.

—¿Yoooo? Si no le dierais tanto al mambo…

—Anda, calla, envidiosa. Y prepárame un café.

—¿Las embarazadas pueden tomar café?

—¡Que te jodan!

***

Todavía no la he convencido de que se levante del sofá de una vez y se ponga al lio. Dice que no tiene ganas aún, y eso que se ha bebido dos infusiones seguidas porque me he inventado que con exceso de café salen de esos niños llorones que no duermen, no me apetecía limpiar la cafetera y hacerlo. Al final se ha acojonado.

—O te levantas o llamo a Fran y le digo que estás haciéndote la remolona con un test de embarazo en la mano. Va a poner el coche en dos ruedas hasta aquí.

—Mira que tienes ganas de verme sufrir, ¿eh? —Se levanta arrastrando los pies y la acompaño hasta el baño—. ¿También vas a entrar conmigo?

—Sí, para comprobar que lo haces. Tú eres capaz de mojarlo debajo del grifo y engañarnos.

—¿Se hace aquí directamente en el palo? ¿O me das un vaso y lo introducimos?

—¿Qué? ¡Menuda guarrería! Si es con vaso lo haces en tu casa.

—Pues lee las instrucciones, que estoy muy nerviosa.

Las saco de la caja. Son tan largas que no sé si acabaríamos antes buscando un tutorial de YouTube.

—A ver… blablablá… es una muestra noventa y nueve por ciento fiable que blablablá… ultra fácil de usar con una luz que… blablablá… Sí, puedes hacerlo directamente en el palo hasta que te lo indique la luz.

—¿Qué luz?

—Será como un sensor que indica que ya tiene suficiente muestra, por si te tiembla el pulso y no apuntas bien con el chorro, ¡yo qué sé!

—¿Y por qué no me has comprado un test normal de esos de las rayitas sin luces?

—Porque este era el mejor que tenían, ¡de nada!

Nos tiramos un rato discutiendo. Creo que lo hace para que la mande a tomar vientos y así quedarse sola para no hacérselo. Pero lo lleva claro si piensa que voy a moverme del baño hasta que lo haga. Me he atrincherado en el borde de la bañera y no me voy a levantar del sitio. Termina cediendo.

—Deja de mirarme como un halcón, que me cortas el chorro.

—¿Qué chorro? Si no estás haciendo nada.

—Porque no me sale en público.

—Anda la otra… ¿Y cuando te metías a hacerlo mientras me estaba lavando los dientes?

—Calla, que ya sale. Asómate para ver si lo estoy haciendo bien.

—Sí, claro, y ahora querrás que te lo sujete también, no te digo…

Cuando termina, le pone la tapa y me lo entrega. Dice que solo le dé el resultado si es negativo. Se ha largado al salón y está tirada de nuevo en el sofá.

—¿Qué? —se interesa tras sentarme a su lado. Lo dejo bocabajo sobre la mesa, para que lo mire si quiere—. ¿No vas a decírmelo?

—Me has pedido que solo te lo diga si es negativo.

—¿Qué coño quieres decir?

—¡Que estás embarazada! —grito abrazándola, entre alucinada y emocionada.

—No puede ser. —Lo coge para comprobarlo y vuelve a soltarlo —. ¿Estás segura?

—¿Es que no sabes leer? —Se lo pongo delante—. Lo dice con todas las letras EMBARAZADA.

—¿Por qué no lo has comprado de los normales, de los que dejan dudas? —Me río de su ocurrencia—. Y ahora cómo se lo digo a Fran…

—A Fran le va a hacer una ilusión enorme, boba.

—¿Tú crees?

—¡Pues claro! Dejaste de tomar la píldora, le va a encantar follar a pelo de nuevo.

Me da un empujón y casi me saca del sofá.

—¿Qué quieres que te diga, Elena? Le sorprenderá… Se acojonará como tú al principio, pero luego… se hará a la idea y será un padrazo.

—¿Y yo? ¿Cómo voy a llevar la cafetería con el barrigón?

—Bueno, no es un bebé mutante, el barrigón irá apareciendo poco a poco. Ya nos arreglaremos, boba. Y además tienes a Ricky, ese chico es más jefe en ese negocio que tú.

—Estoy pensando… —Mira al ventanal de la terraza mientras lo dice, me temo que se viene algo gordo—, que ya no voy a poder escaquearme de contarles a nuestros padres que salgo con tu ex.

Se me escapa una carcajada. Todavía seguía pensando que cortarían antes de que le diera tiempo a contárselo. Pobre…

***

He quedado con mi amiga Marta para ponernos al día. Hacía semanas que no quedábamos y desde el confinamiento no habíamos estado tanto tiempo seguido sin vernos. Queremos planificar un viaje relámpago a Edimburgo, antes de que yo me incorpore al nuevo trabajo, y vamos a aprovechar para hablar de los detalles porque ella tiene sus vacaciones ya programadas y no sabe seguro si podrá rascar algunos días sueltos.

Se ha quedado alucinada con la noticia de Elena. Al final, fui testigo de cómo se lo decía a Fran. La llamó estando conmigo, porque ya había terminado, y pasó a recogerla. Creo que necesitaba soltarlo delante de mí para sentirse arropada, por si él reaccionaba como ella. Pero no. Lo hizo mucho mejor, con más madurez, la verdad. Estaba encantado con la noticia y hasta juraría que no le sorprendió del todo.

Ahora llevan peor otra cosa: presentarse en casa de mis padres y darles la noticia de que llevan saliendo dos años… Lo cuenten como lo cuenten, a ellos les va a parecer que acaban de empezar su relación con el bombo ya puesto. Les está bien merecido.

Capítulo 47

Mario

Nunca pensé que repetiría lo que le hice a Alicia: invadir su intimidad colándome en su ordenador. Pero desde que descubrí a Julia cuchicheando en el baño, y su extraño comportamiento posterior, no me quito de la cabeza que algo pasa. Recuerdo que la propia Alicia sacó una vez esto mismo en una conversación, dijo algo así como: «Si me espías a mí de ese modo —en aquel momento no teníamos nada—, no quiero imaginar lo que harías para asegurarte de que no te ponen los cuernos». No me apetece ser como ese que mencionaba. Pero lo estoy siendo.

No he encontrado nada en el ordenador de Julia ni en su teléfono. Aunque es una nada demasiado sospechosa. Demasiado aséptica. ¿Qué haría alguien tras cometer un crimen? Dejarlo todo muy, muy, limpio, ¿verdad? Ni siquiera existe la llamada nocturna. ¿Hablaba con un ente imaginario? ¿Hay gato encerrado o no?

Mensaje de audio de Julia:
Perdona que no te haya cogido la llamada ni contestado antes al mensaje, amor. Hemos tenido una mañana de locura. No me viene bien lo de comer hoy. ¿Recuerdas que Belén venía este fin de semana? Me ha pedido recogerla a la una en el aeropuerto. ¿Lo podemos dejar para la semana que viene? Mamá quiere que comamos las tres con ella en el sitio ese que tanto le gusta, y Miriam también ha cogido ese hueco en el trabajo.

Mensaje de audio de Mario:
No hay problema.

Mensaje de audio de Julia:
Pero ¿te has enfadado? Te noto seco.

Mensaje de audio de Mario:
No, no te preocupes. Solo estoy ocupado.

Se me ocurrió, sobre la marcha, proponerle esa comida con la intención de seguir indagando en persona. Esta noche tengo una cena de trabajo y no quiero que se enfríe el incidente de anoche para sacarlo. Aunque, en realidad, me he alegrado de que lo cancelara. Creo que estoy sufriendo otra seria recaída con el ordenador de Alicia. Hurgando en su equipo, he descubierto que Julia tampoco me había

contado que ella ya no trabaja en Fashionist. Me he enterado de rebote por una conversación que ha mantenido con el antiguo director creativo de la revista, se la lleva con él. También está registrada en una página donde le hacen encargos fotográficos. En ello estaba ocupada cuando me he atrevido a encender su cámara, cruzando los dedos para que no me descubra. Pero al ser de día, el piloto canta menos.

Sigo debatiéndome entre si debería interactuar de nuevo con ella o mantenerme en la distancia. Mi miedo es terminar haciéndole más daño. Es lo único que me frena.

Juraría que se ha arrepentido de cortarse el flequillo, se lo ha enganchado hacia arriba con una pinza hace un momento. Parecía agobiada con él, pasándolo de un lado al otro, abriéndoselo como una cortinilla y poniendo caras de fastidio… Supongo que le molesta, ya le tapa casi los ojos.

No está escuchando música mientras trabaja, y se me hace extraño. Antes siempre lo hacía. Era inagotable. He curioseado en su nueva lista de favoritos y he descubierto una nueva incorporación que no estaba el otro día, cuando me conecté por primera vez tras mi vuelta. Lo sé porque el título ha sido un imán para mis ojos, *No olvidarme de olvidar*, y la letra me ha hecho pensar. Apostaría la cabeza, sin miedo alguno a equivocarme, a que esa canción habla de nosotros. Más bien de lo que sintió cuando todo voló por los aires. Es lo mismo que viví yo. Hasta me he preguntado si no la habrá incluido adrede como barrera protectora para que no me acerque, tras intuir que merodeaba por su equipo de nuevo.

Ha dejado lo que estaba haciendo y está ahora concentrada mirando un blog sobre viajes. Concretamente se ha interesado por Edimburgo, y está visitando un enlace que la ha llevado a YouTube. Si no recuerdo mal, habló con un tipo por privado en Instagram sobre unas fotos que él había hecho en ese mismo destino. Hablaron mucho, demasiado, y hasta propusieron quedar y conocerse. Me pregunto si lo hicieron, y también si saldrá con alguien. Aunque en el fondo no sé si quiero saberlo.

Lo que quiero en realidad es descubrir que no.

Capítulo 48

Alicia

Por fin nos hemos puesto de acuerdo en las fechas de nuestro viaje. Marta acaba de llamarme para confirmármelo. Será en un par de semanas. Si encontramos vuelo, claro. Voy a consultarlo ahora mismo. «¡Qué ilusión me hace!».

Meto en el buscador el destino y después las fechas. Cuando pulso el botón para activar la búsqueda descubro algo en el borde superior de mi pantalla que me deja helada: es el testigo verde indicándome que la cámara está encendida. Enseguida presto toda mi atención a la página donde aparecen los vuelos, para disimular. Aunque ni sé lo que leo porque mi cabeza está centrada en otra cosa. «¿Cómo, cojones, me ha encontrado?». Me debato entre cerrar la tapa, o disimular y que no sepa que lo he pillado. Me atrae esta última idea y opto por ella, con algo de miedo por si me delata algún gesto en mi expresión. Decido guardar lo de la reserva del viaje para hacerlo en otro momento; no quiero que sepa los detalles de lo que hago, ni dónde voy ni con quien, y la mejor forma para ello es que tampoco sea consciente de que lo sé. Esta vez no va a salirse con la suya si su plan es volver a colarse en mi vida.

Para que no se note que he dado marcha atrás en mi tarea, abro mi agenda, que había dejado junto al teclado, y anoto los vuelos que me han aparecido para consultarlos luego en privado con Marta.

Me levanto con el teléfono y la agenda en una mano y la taza del té en la otra para dejarla en el fregadero, saliendo así de su campo de visión. Aprovecho para llamar a mi amiga:

—Hola, ¿te pillo bien? —Estoy hablando cerca del ordenador con la intención de que me oiga, voy a utilizar la conversación con Marta en mi propio beneficio.

—Pues no —me dice al otro lado de la línea—, me pillas bañando a un perrito. Pero dime, tengo conectado el altavoz.

—Solo es para decirte que ya he mirado los vuelos y que a mí me vienen bien todos. Voy a pasártelos por mensaje y decide tú, ¿vale?

—Lo miro cuando me tome un descanso y así lo pillamos cuanto

antes.

—Sí, claro, ya me dices. Nos vemos esta noche.

—¿Esta noche? Pero ¿tú qué te has fumado? ¡Que es lunes para el resto de los mortales!

—Sí, sí, en tu casa. Un beso.

—¿Qué? ¡Conmigo no cuentes!

Cuelgo la llamada y le envío un wasap diciéndole que era una broma. También le paso una foto de los vuelos que he anotado en mi agenda y le pido que se encargue ella de hacer la reserva. Refunfuña un poco al principio, dice que hasta la noche que llegue a casa no va a poder hacerlo y que nos podemos quedar sin opciones. Pero me he inventado que tengo un virus en el ordenador, y entiende que no quiera meter el número de la tarjeta.

Después vuelvo al otro lado de la mesa y me fijo en que todavía sigue la luz encendida, así que decido entretenerme en trabajar para aprovechar el tiempo y que se aburra sin poder sacarme información por su cuenta.

Capítulo 49

Mario

Acabo de descubrir que sale con alguien. Es normal, claro. Pero me jode. Iba a escribirle un mensaje en respuesta a lo que ella puso en aquel Word que tiró a la papelera, pero no me he atrevido a hacerlo tras escucharla hablar por teléfono. Está claro que ha pasado página y que interferir de nuevo en su vida sería hacernos daño de nuevo. Debo desconectar y dejarla seguir su camino.

***

Regreso a casa algo más tarde de lo que esperaba. La cena ha sido animada, y habríamos terminado de copas en una discoteca que me trae bonitos recuerdos, muy cerca de donde nos encontrábamos, si no hubiera estado cerrada por las restricciones. He sentido cierta nostalgia al pasar por la puerta y recordar lo distinto que era todo entonces. Eso me ha hecho también pensar en Julia y en sus mentiras. Esas que suelta sin pestañear, como si estuvieran tan acostumbradas a habitar en ella que no necesitan rozarla para escapar de su boca sin dejar signos de desconfianza para el que las recibe.

Ni siquiera he necesitado indagar mucho más. La frase «Las mentiras tienen las patas muy cortas» debería estar siempre presente en nuestra cabeza antes de embarcarnos en una. Se me ocurrió llamar a Belén a mediodía, con la excusa de pedirle que me pasara con su hermana porque debía de tener el teléfono en silencio y necesitaba consultarle algo. Si me la hubiera pasado, Julia se habría extrañado de no tener ninguna llamada perdida mía, pero eso solo era una minucia que habría improvisado sobre la marcha. Lo verdaderamente importante es que Belén ni siquiera estaba en Madrid.

—¿No te has ido a dormir? —pregunto en tono amable cuando llego a casa y me acerco a la terraza donde está tumbada leyendo algo con su iPad. He visto la luz encendida desde el hall de la entrada.

Recibí una llamada suya a los pocos minutos de hablar con Belén. Ya contaba con que, al extrañarse también de lo curioso de mi

llamada, se pondría inmediatamente en contacto con su hermana. La excusa fue de lo más elocuente: «Siento haberte mentido, amor, pero te aseguro que no es lo que piensas», dijo nada más escuchar mi voz al otro lado de la línea. «¿Y qué crees que pienso?». «Pues lo más fácil y lógico en estos casos: que tengo un affaire». «Empiezas a intrigarme ahora si no es eso». Lo cierto es que estaba impaciente por escuchar qué se habría inventado. «Preferiría no contártelo, incluso a riesgo de que pienses que se trata de eso otro», añadió. «¿Te has metido en algún lío legal? Porque es lo único que se me ocurre que pueda ser peor que admitir que tienes un lío, cosa que normalmente se niega hasta que no dan más de sí las excusas». Empezaba a tener dudas incluso. «No he cometido ningún delito». «¿Entonces?». «¿Tengo que contártelo?». «Deberías, sí». «¿Es que tú me lo cuentas todo?».

Y debo admitir que tenía razón. Yo tampoco le había contado lo que no quería que supiera. ¿Por qué iba a estar ella obligada a hacerlo? Decidí dejarlo pasar y también lo de hurgar en sus secretos. ¿Qué iba a conseguir con ello? ¿Romper lo que teníamos? ¿O era eso lo que realmente buscaba, tener una excusa?

—Me apetecía esperarte despierta. —Esto sí es nuevo.

—¿Sentimiento de culpa? —Decido sentarme en uno de los asientos a su lado.

—Voy a contarte dónde estaba realmente. Pero no quiero que me juzgues, ¿vale?

—Nunca lo hago.

—Tenía cita en una clínica para inyectarme Botox. Ya está. Ese es mi secreto —agrega, sintiéndose algo incómoda.

Sonrío al ver la mueca tan graciosa que ha hecho con la boca al confesarlo.

—¿Quieres decir con eso que voy a perder ese gesto tan tuyo de levantar una ceja cuando te escama algo?

—¡Claro que no! Puedo hacerlo, mira. —Las eleva independientemente, alternando, y después juntas—. No me han tocado la frente.

—¿Y qué necesidad tenías de hacerte eso? Me gustas tal cual eres.

—Nadie dice que lo haya hecho por ti —protesta, algo resentida —, y te he pedido que no me juzgues.

—No te juzgo, solo opinaba. Lo siento. —Me levanto para irme a dormir, estoy cansado—. ¿Vienes a la cama?

—Ahora, dentro de un rato. Me apetece quedarme aquí un poco más.

***

Salgo de la ducha, dándole vueltas a la conversación con Julia en

la terraza. Es posible que sea verdad lo que ha dicho, ni siquiera lo pongo en duda. Pero sí me pregunto para quién sería esa foto tan sensual que se hizo frente al espejo que tengo ahora mismo delante, con esa pieza de lencería que no le había visto hasta esa noche. La encontré en las imágenes eliminadas que la nube no descarta hasta que pasan treinta días.

Capítulo 50

Alicia

Estoy gafada. Tengo que estarlo, las cosas que me pasan no tienen otra explicación. Vengo de recoger mi coche del concesionario con Elena, que la he obligado a acompañarme porque me daba como miedo traerlo sola. Es algo tonto, lo sé, porque a ver qué va a solucionarme ella, si no tiene ni idea de conducir. Y, además, en mala hora se me ha ocurrido traerla… Ha sido la culpable de lo que me ha pasado.

Parecía que lo tenía todo controlado: hemos salido sin problema del concesionario y además el tráfico no era denso, ya había pasado la hora punta. Iba concentrada a lo mío, prestando toda la atención a la calzada, a las señales de tráfico, a los retrovisores…, hasta que de pronto me ha dicho Elena:

—¡Mira! ¿Ese de ahí no es aquel amigo tuyo? El que trabajaba contigo.

Y, claro, he mirado. He mirado y me he encontrado con todo el pastel. Estaba en la puerta de su casa, enseguida he reconocido su portal de aquella vez que me presenté con mi antiguo ordenador y que dio pie a todo lo que vino después. Lo sorprendente es que estaba con Julia. ¡Besándose! Pero besándose de cine, como cuando se acaba la película y los protagonistas ya no pueden esperar más porque llevan toda la historia aguantándose las ganas.

—¡Frena! —Es lo siguiente que he escuchado de la boca de Elena, antes de casi empotrarme con el todoterreno de delante. Y digo casi, porque la cosa ha quedado en una pequeña abolladura de mi inmaculado coche. El tanque del otro conductor ha quedado como si no lo hubiera ni rozado.

Eso sí, me he llevado una bronca de mi hermana, que hasta el hombre ha tenido que mediar y decirle que no había sido nada.

—¿Nada? ¡Tengo una criatura en la barriga! —«Un garbancillo que ni se habrá enterado». Pero no he querido abrir la boca por si me soltaba un sopapo. La veía muy capaz en este momento.

Lo peor de todo ha sido que me ha visto. Alberto me ha visto

mirarlos. Sabe que los he pillado infraganti. Ella se ha largado enseguida, pero él se ha acercado para ver si nos encontrábamos bien. También me ha ayudado a sacar el coche de allí, porque ya no daba pie con bola del susto y estaba algo bloqueada con todos los coches de atrás pitándonos. Enseguida hemos llevado a mi hermana a casa, que ahora ni me habla. Las hormonas la están volviendo de un sensible…

—¿Tienes tiempo para tomarte algo conmigo? —me dice cuando ella se ha bajado del coche.

—Sí, pero déjame conducir esta vez. No quiero cogerle miedo.

Nos dirigimos a mi zona y dejo el coche aparcado cerca de mi calle, frente a una cafetería donde decidimos tomar un café.

—Quieres hablar sobre lo que he visto, ¿verdad? —me adelanto. El resto de las cortesías sobre qué tal nos va y qué es de nuestra vida ya las hemos compartido por el camino.

—En realidad no has visto nada.

—Sí que lo he visto —afirmo, no sé por qué trata de disimularlo —. ¿Salís juntos? No sabía que se hubieran divorciado.

—Y no lo han hecho, ¿es que ya no te relacionas con él? —lo dice bastante extrañado.

—No. Ni ahora ni antes.

Me mira con desconfianza.

—Ahora no lo sé, pero antes sí. ¿Por qué intentas ocultarlo si sabes perfectamente que os descubrí?

—Solo por que nos vieras una noche hablando con cierta confianza, no nos convierte en… ¿qué? ¿Qué es lo que pensaste?

—Alicia, Alicia… qué poco me conoces… ¿Piensas que me engañaste con aquel numerito de tu casa?

—¿De qué numerito hablas? —Empiezo a ponerme nerviosa. «¿Qué coño sabe este? No será otro puñetero hacker como el otro, ¿no?».

—Pues que até cabos y descubrí todo el pastel. Pero tranquila, vuestro secreto está a salvo conmigo. Ella solo tiene sospechas.

Trago saliva, tengo un pequeño nudo en la garganta.

—¿Secreto? No sé a qué te refieres.

«¿Qué ha querido decir con que ella tiene sospechas?».

—Mario y tú… Tú y Mario…

Creo que las mejillas me arden, e instintivamente mis manos se han ido a comprobarlo.

—No hay nada entre nosotros —niego rotundamente—. No entiendo tu acusación.

—Aquí nadie está acusando a nadie, mujer. Pero tampoco hace falta que mientas. Los dos estamos en el mismo barco.

—¿De qué barco hablas? Yo no estoy en ningún sitio. A mí dejadme al margen de vuestras movidas.

—No te enfades conmigo. Solo trato de poner las cartas sobre la mesa.

—¿Qué cartas? ¡Que yo no estoy en la partida! —añado a la defensiva—. Y vale, no he visto nada. ¿Es eso lo que quieres comprar? ¿Mi silencio? Pues ya lo tienes. Que seáis felices con vuestro lío, y olvidaos de mí.

Nos quedamos callados cuando se acerca la camarera a dejarnos los cafés. Qué incómoda me siento. «Maldita la hora en la que nos hemos cruzado».

—Ella no tiene intención de romper su matrimonio —dice muy serio, y quizás algo apesadumbrado, mirando hacia el ventanal que da a la calle—. No quiere darle ese disgusto a su familia, les importan demasiado las apariencias —termina confesando—. Y nos va bien así, tampoco sé si estoy preparado para una relación más… formal.

—¿Y él qué opina? —añado con intención, porque doy por hecho que ni lo sabe. Su mirada me lo confirma.

—¿De verdad no tenéis relación alguna? —Niego con la cabeza—. ¿Qué pasó? Cuando te largaste de la revista hablamos de ti. Julia me contó que en una ocasión le lanzaste a Mario una bebida a la cara, y que te comportaste de forma extraña.

—No recuerdo nada de eso. —Trato de evitar el tema.

—Creías que no llegarían a casarse, ¿verdad? Pensaste que rompería su relación por ti, ¿fue eso?

—Te equivocas, nunca hubo nada entre nosotros. Ni siquiera amistad. Solo nos caímos bien aquel día en la exposición y hablamos. Es todo.

—¿Recuerdas la noche que nos encontramos en la puerta de aquella discoteca? —No respondo, pero le miro expectante—. Me sorprendió que tu hermana se acercara a hablar con Mario. En ese momento no sabía seguro que fuera tu hermana, claro, aunque el parecido no dejaba lugar a dudas. Le pregunté a Julia si la conocía. Se extrañó del mismo modo que yo, pero no le dio mayor importancia. Lo que sí me escamó un poco fue cuando, desde la balconada de la planta de arriba, os vi hablando y hasta parecía que compartíais confidencias. Ahí se me encendió la bombilla: tú, la que pensé que me había robado las fotos. Y él, el verdadero artífice del robo. Juntos. Y lo más sorprendente fue que después me citaste en tu casa para hacerme un montón de preguntas alrededor de aquello. Supongo que él te pidió que lo hicieras, claro, no contento con haberme robado el reportaje. ¿Qué pretendía?

—Te equivocas, citarte en mi casa fue cosa mía.

Me mira, interrogándome, aunque no pienso picar.

—No te creo. Era como si buscaras que confesase que las había vendido. ¿Pretendíais enfrentarme a Julia? Él siempre ha querido

quitarme de en medio y…

—… Razón no le falta por lo que he visto —le corto—. Aunque aquello de mi casa fue solo idea mía. Y sí, lo hice para pillarte. No voy a negarlo. Pensé que iba a perder mi trabajo —reconozco—. ¿Por qué me ayudaste, entonces?

—No tenía nada contra ti. Al fin y al cabo, tú eras solo un peón que ambos habíamos usado.

«¿Un peón? Pero ¿de qué va este tío? Al final va a tener razón Mario y es gilipollas del todo».

—¿Por qué me cuentas toda esta mierda? —me defiendo—. Ya lo habíamos hablado en su día.

—Porque te empeñas en negar las evidencias y, entre Mario y tú, no hubo solo una conversación casual en una exposición. Antes de eso, os vi salir un día en la moto. La tenía aparcada en la puerta de Fashionist, y yo estaba en el restaurante de enfrente recogiendo un pedido. —Intento hacer memoria, tuvo que ser aquella primera vez que se invitó a comer conmigo—. Tuvisteis suerte de que ese día decidiéramos almorzar en su despacho y que no os viera ella.

—Solo fuimos a comer, ya lo recuerdo —admito—. Justo nos cruzamos y me dijo que se había quedado descolgado porque Julia estaba liada. Fue pura cortesía. Y volvimos a por la moto porque el sitio estaba lleno, ¡no inventes! —protesto—. Además, ¿por qué no se lo contaste a ella, si tantas sospechas tenías?

—¿Para qué? Seguías siendo mi peón en el juego.

—¡Tú eres gilipollas!

—No te enfades, mujer. Es solo una forma de hablar.

—¿A dónde quieres ir a parar con esto?

—Julia pensaba que era yo quien te interesaba en realidad. Y yo dejé que lo creyera.

—Eso ya lo sé, no me estás descubriendo nada nuevo.

—Pero sí me sorprendió, el día que te invité a la exposición, que al saludar a Mario en el restaurante os presentaseis como si no os conocierais. Después del episodio de la moto… ¿Qué ocultabais? —Niego con la cabeza—. Algo hubo entre vosotros, Alicia, lo quieras reconocer o no.

—Me da igual lo que pienses. De todas formas, insisto: por mi parte puedes quedarte tranquilo. Me da igual vuestra relación. Hazte a la idea de que no nos hemos visto.

—¿Y no quieres aprovechar la jugada de hoy para recuperarlo?

—¡Así que es eso! —exclamo, sorprendida—. En realidad, quieres usarme para que destruya su matrimonio… Menudo cobarde estás hecho.

—No es cobardía. Pero ella nunca dará el paso si no es él quien lo hace.

—¿Y te habrá merecido la pena?
—¿Qué quieres decir?
—Que no estarás con Julia porque lo haya elegido ella.

Capítulo 51

Mario

—¿Has vuelto a espiarla? —se escandaliza mi amigo, que ha hecho un hueco en su apretada agenda para comer conmigo en un restaurante cerca de la casa que se ha alquilado, vivirá aquí el tiempo que dure el rodaje de la segunda temporada de la serie.

—Lo sé, ha sido una gilipollez —me defiendo, bastante avergonzado—. Es que últimamente… Ya sabes que no estoy en mi mejor momento, eso es todo.

—¿Quieres mi opinión? —Afirmo con la cabeza—. Deberías quedar con María y sacarte de encima el calentón ese que tienes, que te nubla la mente. ¡Y olvídate ya de Alicia, joder! —añade, frunciendo el ceño.

—¿Por qué María sí y Alicia no? Siempre le has tenido un poco de recelo.

—No es eso, pero María nunca se ha interpuesto en vuestra relación. Veo más peligro con Alicia.

—¿Mi relación? ¿No has escuchado nada de lo que te he contado antes? ¿Qué tiene que ver Alicia en eso?

—Pues a lo mejor más de lo que piensas. Puede que Julia no te haya sentido al cien por cien en vuestro matrimonio y por eso se ha buscado un lío por ahí.

—No digas gilipolleces, Leo. ¿Por esa razón le eras infiel a Angélica? ¿Porque no la notabas al cien por cien? ¿Y ella a ti? ¿Te los ponía por falta de atención? Lo hacíais por puro morbo. No inventes. Y así acabasteis, cada uno por vuestro lado.

—¡Cómo te gusta hurgar en la herida, amigo!

—Te estuvo bien merecido, cabrón.

—Tienen un bebé —añade en tono serio ahora—, ¿te lo puedes creer? He estado muy jodido.

—¿No estabas encantado con la cría esa de la serie? —agrego enseguida, para cambiar de tema y que no le dé vueltas al coco.

—Deja de llamarla cría, solo nos llevamos… ocho años.

—Según la Wikipedia son quince —afirmo riendo.

—Si no recuerdo mal, Alicia también era mucho más joven que tú.

—Pero no tanto ni hacía de adolescente en una serie de televisión.

—¡Universitaria! —corrige enseguida—. *E smettila di rompermi le palle!*

—Pues deja de tocarme tú los huevos también con lo de Alicia.

***

Tras la comida con Leo, he decidido pasarme por Fashionist para sorprender a mi querida esposa. Últimamente me ha dado por ahí, por ser espontáneo. No voy a hurgar más en sus equipos, pero pienso pasarme por el forro de los cojones ese protocolo al que estamos tan acostumbrados.

Como ya esperaba, no está en su despacho. Habrá tenido un almuerzo muy entretenido. Según su secretaria, se ha tomado la tarde libre y todo. No le dejo ningún recado, aunque me lo ofrece, ni siquiera parece saber quién soy. Le digo que simplemente pasaba por allí y subí a saludar, que ya me pondría en contacto con ella personalmente.

Antes de ajustarme el casco, decido hacer una de las mías. Tarda en responder mi llamada, posiblemente esté en algún lugar concurrido y por eso no lo oye.

—Dime, amor. Estoy bastante ocupada. Tenemos mucho lío en la oficina con el nuevo número. ¿Qué tal la comida con Leo? —No oigo ningún ruido de fondo, se ve que habla desde un sitio tranquilo.

—Bien, muy bien, te manda recuerdos. Si quieres podemos tomarnos un café y te cuento. Justo estoy aquí abajo, en Fashionist.

—¿Qué? —Le ha salido más agudo de lo que habría deseado—. ¿Ahora? Es que… ya te he dicho que estoy muy liada.

—Te lo puedo subir y lo tomamos en tu despacho, serán diez o quince minutos nada más. Me apetece verte.

—Mira, mejor… Espérame en el Starbucks de la esquina y en cuanto me desenvuelva un poco me acerco y lo tomamos allí. Así desconecto, que me vendrá bien salir de aquí para despejarme un poco. —«Muy aguda».

—Bueno… si estás tan liada… Tampoco quiero entretenerte. No te preocupes. Déjalo. Nos vemos en casa.

Capítulo 52

Alicia

Hoy he salido a hacer fotos con el crío de la bici, como le llamamos en casa cuando hablamos de él. Bueno, Fran y Elena en realidad le mencionan para hacer la coña, dicen que me lo cepillé en el coche cuando me ofrecí a llevarlo a casa y que lo niego para que sus padres no me denuncien por seducir a un menor, obviando que ahí todavía no me habían entregado el coche y sus argumentos hacen aguas… Pero aun así aprovechan para reírse de mí. Y también lo hacen con la foto que he puesto en mi cuenta de Tinder, que ni siquiera se aprecia que soy yo porque estoy tan lejos que parezco alguien que pasaba por allí, según dicen. Y tienen razón, para qué voy a mentir. Es un recorte de una foto que le hizo alguien a mi hermana en una fiesta, y yo salgo de fondo hablando con Javi por casualidad. Ni siquiera es actual. Pero es que me niego a poner un primer plano y exponerme ahí… Tampoco es que le esté haciendo ningún uso a la aplicación. He mirado un poco por encima y los que me llaman la atención me producen desconfianza; hasta los hay que dan miedito y me imagino en un cartel de esos de desaparecida… No valgo para esto. No.

El crío de la bici sí le da uso, que por cierto se llama Carlos y en realidad tiene veinticuatro años, o al menos eso dice. Es de los que tienen rasgos dulces, quizás poco masculinos me atrevería a decir, y eso le da una apariencia más juvenil. Pero con cuarenta estará cañón. Me está viniendo de lujo como ayudante y modelo. Además, también ha traído a un par de amigas a la sesión y hemos aprovechado la mañana haciendo un reportaje por la ciudad, que tenía planificado para la selección de un encargo. Creo que les van a gustar casi todas.

Está pesadísimo con que quiere que le enseñe a revelar. Solo ha probado la fotografía digital y está como loco por acompañarme un día al laboratorio. Voy a reservar esta semana, y así le compenso que me haya prestado su tiempo para lo mío. Aunque le encanta posar, y se le da de lujo. Normalmente, a los que nos gusta estar detrás de la cámara nos incomoda ponernos delante. Pero este es la excepción de

la regla, además de divertido. Ahora me alegro de que, aquel día que quedamos, las cosas no salieran como en un principio iban encaminadas. Es la segunda vez que me pasa. Aunque con Fran sí hubo tema, y ahora hasta me da repelús pensarlo. Antes solo era un ex convertido en amigo. Pero es que ahora es mi cuñado, cuñado de verdad, y mi cabeza cortocircuita un poco si me viene algún flashazo de lo que hubo entre nosotros. Y si a la mía le pasa eso, no quiero imaginar lo que circulará por la mente de mi hermana si alguna vez se le cruza alguna escena, porque enrollándonos nos vio más de una vez.

Este fin de semana van a darles a mis padres la noticia. Ya ha confesado su identidad, que no es poco. La muy *cobardica* lo hizo por videollamada, aprovechando que me pasé por la cafetería, para utilizarme de escudo protector. Se lo tomaron muy bien: «Anda, mira, Fran, por lo menos lo conocemos», dijo mi padre. «¿Y a ti te parece bien?», me preguntó ella directamente, algo preocupada. «Claro, mamá. Si lo nuestro no fue nada, hemos sido más amigos que otra cosa». Y ahí quedó todo. Me interrogó luego sobre si tenía algo también por ahí escondido, como Elena. Mi padre refunfuñó como hace siempre, dice que es muy pesada con el tema. Aunque, en el fondo, creo que le doy un poco de miedo con mis elecciones, y prefiere no saberlo. Lo del chaval de los tatuajes diabólicos todavía lo tiene presente.

Quedamos en visitarlos este fin de semana, pero en realidad irán ellos dos. Yo me quedo en tierra firme, a ver si me va a salpicar algo, que son muy tradicionales con eso del matrimonio y los hijos… Y esa guerra no es mía. Bastante tengo con manipular al canalla, que aún no estoy segura de si entra o no en mi equipo.

La primera vez que volví a iniciar sesión en mi ordenador, tras el día que vi la luz verde de la cámara, lo hice como si estuviera desactivando una bomba lapa. Hasta revisé mis archivos, para ver si había cambiado algún título, como solía hacer. Pero no encontré nada aparentemente sospechoso. Tampoco en mis listas de reproducción de música, se ve que ya no le da por ahí. Tal vez no se atreve. Le pregunté a mi hermana si había vuelto a pasarse por la cafetería. Intenté dejarlo caer disimuladamente, pero no me salió bien y enseguida quiso curiosear. Me confirmó que no había vuelto, y creo que por aquí tampoco. Supongo que cazó al vuelo mi conversación con Marta y será suficiente para que se mantenga alejado de mí.

No sé a qué coño viene ahora, después de dos años. En vez de meterse en mi ordenador, le interesaría más *hackear* el de su señora esposa y conectar su cámara, allí podría encontrar cosas mucho más interesantes y jugosas si estuviera más avispado.

Recuerdo cuando quiso ponerme sobre aviso de que Fran estaba enrollado con mi hermana, cuando pensaba que era mi novio. ¿Quiso

hacerlo por prevenirme como dijo? ¿O en realidad fue con la misma intención que tiene Alberto?

Al vaciar la papelera del baño me he encontrado con la bolsa de la farmacia y el test de embarazo de mi hermana, enseguida se me ha ocurrido una idea.

Capítulo 53

Mario

Mensaje de audio de ayer de Julia:
¿Dónde estás? ¿Por qué no respondes al teléfono? Estoy preocupada, es muy tarde.

Mensaje de audio de Julia:
¿Qué tienes pensado hacer hoy, amor? ¿Comemos juntos? Me sabe mal que ayer no pudiera tomarme ese café contigo.

Mensaje de audio de Mario:
Tengo que trabajar hasta tarde hoy, lo dejamos para otro día.

Mensaje de audio de Julia:
¿Estás enfadado por algo? Te noto seco. Ni siquiera te oí llegar anoche y esta mañana te has marchado muy temprano, sin despedirte.

Menaje de audio de Mario:
Estoy bastante ocupado esta semana. Ya hablamos en casa.

Estuve en la casa de María. Decidí seguir el consejo de mi amigo, pero no de la forma en la que él me lo planteó. No necesito acostarme con nadie para quitarme ningún calentón que él cree que tengo. Lo que en realidad me apetecía era no volver a casa, no encontrarme con Julia. No estoy preparado aún para esa conversación que tenemos pendiente. Y necesitaba a alguien cercano y de confianza para hablar, para… olvidarme un poco de todo. Algo que solo puedo permitirme cuando estoy centrado en el trabajo.

También me he alejado de Alicia, aunque por razones muy distintas. Ni siquiera sé qué podría decirle para que me perdone. Actué como un auténtico cretino. Y no solo por ocultarle aquello, sino por la forma tan estúpida de reaccionar cuando lo descubrió. Me dejé llevar por lo fácil, y me escudé en ello. Ella no quiso hablar ni volver a verme, y para mí fue la opción más cómoda. Sabía que nada de lo que dijera podría borrar la verdad, ni tampoco las mentiras que le dije para ocultarla. Aquello no tenía ningún remedio. Eso era lo que pensaba.

Y ahora ya es tarde. Demasiado tarde.

—No sabes la sorpresa que me has dado al llamarme. ¿Cuándo fue la última vez que nos vimos? —dijo María ayer nada más abrirme la

puerta de su casa. Decidió pedir algo para tomar allí, no le apetecía cenar fuera porque había llegado cansada, y tampoco me permitió cancelarlo cuando me sentí culpable por haberla abordado así de improviso.

—¿En la inauguración del local de Jaime? —traté de recordar mientras abría una botella de vino que había comprado por el camino.

—Sí, exacto. En abril, entonces. Lo pasamos genial, ¿verdad? Y también recuerdo que bebiste más de la cuenta —añadió, apuntándome con un dedo acusador.

—¿Yo? Nunca bebo de más.

—¡Mentiroso! Recuerdo cierto viaje que… se te fue un poco de las manos.

—Mejor no hablemos de ese viaje.

—¿Por qué? ¿Te arrepientes de algo? —Me miró desafiante, o provocativa más bien.

—No, la verdad. Y aunque me arrepintiese, lo preferiría también a no haber actuado.

—Me gusta este Mario —dijo, mirándome fijamente antes de darle un trago a su copa.

Después nos dirigimos a la terraza mientras llegaba la comida.

—Soy prácticamente el mismo.

Negó con la cabeza, ocupando una de las sillas junto a la mesa. Yo me apoyé en la barandilla, y enseguida me giré para no darle la espalda.

—¿Qué pasa con Julia? —se interesó.

—¿Por qué piensas que pasa algo con ella?

—No te acompañó a la inauguración de Jaime, y tú estabas… no sé… ¿disgustado tal vez? Y además has veraneado solo.

Bebí un sorbo de vino, mientras me planteaba si contarle o no la situación que estoy viviendo. Decidí no hacerlo.

—¿Cómo sabes eso?

—Las redes sociales a veces dicen mucho más de lo que muestran.

—Por eso no tengo ninguna.

—Pero tu mujer sí.

—¿Sigues a Julia?

—Digamos que fue ella quien se interesó por mí. ¿Qué iba a hacer, rechazarla? Pero dime, no le des la vuelta a la conversación, ¿por qué ella estaba de ruta por la Provenza francesa, mientras tú escribías en el chat del grupo que te habías tomado un mes sabático en Génova? Habéis sido la comidilla de los *microchats* alternativos.

—Vaya panda de cotillas me rodea —me quejé riendo.

—Es broma. En realidad solo lo comenté en privado con Jaime. Le pregunté si os pasaba algo, pero no tenía ni idea.

—Y así es.

—Entonces, ¿estáis bien? —Afirmé con la cabeza—. No pareces muy convincente.

—No tengo que convencerte de nada, María. Estamos como todas las parejas, unas veces mejor y otras no tanto.

—Pero solo lleváis dos años casados.

—¿Es que te has vuelto consejera matrimonial desde la última vez que nos vimos? —Me bebí lo que quedaba en mi copa de un trago.

—Está bien. Ya lo dejo. Qué borde…

—Perdona. No me apetece hablar de ello.

—¿Y de qué quieres hablar?

—De nada concreto, cuéntame tú.

La velada fue tranquila y me ayudó en parte a que el tiempo pasara. Recibí algunos audios de Julia que ignoré al principio. Decidí marcharme pronto, antes de dar pie a la conclusión que, intuía, ya empezaba a tomar forma en la cabeza de María: tal vez que ambos estábamos en ese punto en el que nada nos impedía repetir lo de aquel viaje. Quizás hasta yo lo pensé también en algún momento de la cena. Pero ya no era capaz de ver a María como entonces. Nuestro momento había pasado definitivamente, al menos por mi parte.

Cuando llegué a casa, Julia estaba durmiendo plácidamente. Me tumbé en el sofá de la terraza y le di vueltas a cómo afrontaría esa conversación al día siguiente.

Y mi forma de hacerlo ha sido levantarme más temprano que nunca y largarme a la oficina. Por eso aquí estoy, con un café sobre la mesa de mi despacho y haciendo lo que me había prometido no volver a hacer: conectarme al ordenador de Alicia.

Se ha levantado temprano también. Ha descargado un reportaje de su cámara, y se ve a un grupo de amigos divirtiéndose por la ciudad, tomando algo, probándose accesorios en tiendas, en la parada del autobús, algunas escenas son de una pareja, otras de dos amigas divirtiéndose, un trío, algunas en solitario… Las hizo ayer, según la fecha de los archivos.

Durante un instante me ha parecido que miraba a cámara y se me ha congelado un latido del corazón, por un segundo me he visto pillado. Pero ha sido una falsa alarma. Sigue trabajando con su programa de edición. Si me hubiese descubierto, habría reaccionado de alguna forma; supongo que cerrando la pantalla o diciéndome cualquier barbaridad.

Ahora se ha alejado del ordenador y ha ido hacia la cocina. Al ratito vuelve con un té humeante que deja sobre la mesa. Se ha puesto los auriculares conectados al teléfono y marca algo en su pantalla:

—Hola, ¿te pillo en buen momento?… ¿Ah, sí?… Claro, me apetece… Ahora te las paso, quedaron genial… No hace falta… Al final tenemos reservado el laboratorio este viernes a las cuatro,

¿terminaste el carrete?… —«¿Ha dicho que tienen reservado el laboratorio?»—. El mío sí, con las tuyas, las de la playa… —«Pero ¿no decía que nunca se llevaba a nadie?»—. Prefiero cena, tengo bastante lío aquí esta mañana y no sé a qué hora terminaré… —«¿Con quién cojones estará hablando?»—. No, en tu casa me parece bien… Vale, un beso.

Se quita los auriculares y cruza los brazos pensativa. Juraría que está recordando algo que la hace feliz. Ahora abre una bolsa que tiene colgada del respaldo de la silla, saca una caja que parece un medicamento, y de ella extrae el prospecto que desdobla y lee detenidamente. «Bien hecho. Es de las mías. Jamás tomo un medicamento sin leerlo antes, me da igual que me lo hayan recetado y tenga clara la pauta que me ha indicado el médico».

Cuando termina, no sé si entero porque parece haberlo leído en diagonal, saca de la caja lo que parece un… ¿test de embarazo?

«¡Joder! Pero ¿qué cojones…?».

«Así que sale en serio con ese tipo».

Se aleja de la pantalla y se dirige al cuarto de baño. Si me mordiera las uñas, lo estaría haciendo en este preciso momento.

«¿Cómo es posible?».

«Pero ¿cuánto llevan saliendo?».

Me levanto y paseo por la oficina, dándole vueltas al asunto. «Ni siquiera viven juntos».

Entra una llamada y me sobresalto. Es un cliente plomazo, decido ignorarlo. Ya me pondré en contacto con él más tarde.

«Y ni siquiera parecía agobiada».

«¿Es que quiere tener un bebé?».

Vuelvo a sentarme y compruebo la hora en la pantalla del monitor, van a ser las nueve y estoy aquí como un gilipollas sin preparar la reunión que tengo en una hora.

«No me pega nada Alicia con un hijo».

«¿Alicia con un hijo?».

«¿Quién cojones será ese tío?».

Aparece al rato y trae el dispositivo en la mano. Pero no puedo ver el resultado y su expresión tampoco lo refleja. Lo deja sobre la mesa y ¿sonríe?

«¿Sonríe porque está embarazada y le hace feliz o porque no lo está y se ha quitado un peso muy grande de encima?».

Capítulo 54

Alicia

He estado a punto de joder todo el plan porque según imaginaba la cara que iba a poner cuando sacara el test de embarazo de la bolsa, me han entrado ganas de reír. Lo he hecho luego a mis anchas en el baño, mientras hacía tiempo para que pareciese que me estaba realizando la prueba.

Sin embargo, la conversación ficticia con Carlos creo que me ha quedado perfecta. Y eso que no la tenía ensayada, la he ido improvisando en directo.

Debe de pensar que ya no me fijo en el testigo luminoso, y es algo que me acostumbré a hacer por su culpa en aquella época. Me pregunto si se atreverá a presentarse el viernes en el laboratorio para averiguar quién es el posible padre de la criatura. Se lo tiene bien merecido por mentiroso.

Aunque, por otro lado, me agobia un poco pensar en encontrármelo. No sé si estoy preparada para ello. Solo de saber que está al otro lado de la pantalla me inquieta, y no del mismo modo que lo hacía antes. No sé explicarlo. Ahora es que no sé qué cojones busca ni espera. En cambio antes, en aquella época, estábamos en sintonía y dentro del mismo juego.

***

El viernes me presento en el laboratorio con el crío, sabía que no iba a fallarme. Decido, por si acaso aparece el canalla, vestirme de un modo que no va a pasarle inadvertido. Me ha costado trabajo encontrar aquel vestido azul que me puse el día que entré, yo solita, en la boca del lobo. Lo tenía guardado en mi antiguo armario, que ahora lo uso solo para almacenar la ropa que no me pongo tan a menudo y así mantener el de mi nueva habitación más ordenado. No recuerdo qué sandalias me puse aquel día, ni tampoco creo que él reparase en ellas, así que elijo unas nuevas.

Lo diviso enseguida en cuanto giramos la esquina, quizás porque

ya iba buscándolo desde que aparcamos, dos calles más arriba. Está apoyado en su moto, justo en la puerta. Sé que nos ha visto, pero estoy disimulando para que piense que no me he dado cuenta. Aprovecho, que Carlos está preguntándome algo de unas fotos que hicimos, para mostrarme más distraída y metida en nuestra conversación. Pero veo de reojo que se está poniendo el casco cuando nos acercamos y tiene intención de largarse. Supongo que ha visto suficiente y por fin lo perderé de vista para siempre. Que te vaya bonito, cabronazo.

Capítulo 55

Mario

Miro la pantalla del teléfono un par de veces para comprobar la hora; viene con retraso. Normalmente era puntual cuando quedábamos. No sé dónde se habrá metido, o tal vez lo haya cancelado. Estoy esperándola en la puerta. Temo que en cuanto me vea se dé la vuelta y estropearle la jornada de revelado. Ni siquiera sé qué voy a decirle ni qué explicación puedo darle de por qué estoy aquí ni como he sabido que vendría justo hoy a revelar.

Al ratito, los veo aparecer al otro lado de la calle. Viene hablando con un tipo algo más alto que ella, que también lleva una funda de cámara al hombro. Acaba de pasarle a él su carpeta del papel fotográfico para tener las manos libres y guardar las gafas de sol en su funda. También sonríe por algo que él le está contando y le da un pequeño empujón con el hombro, de manera cómplice. Ahora suelta una carcajada porque se le ha descolgado la correa de la bolsa del equipo a su amigo al empujarle. La puñetera lleva el mismo vestido que le desaté aquella tarde en el cuarto oscuro. «¿Qué pretende? ¿Celebrar el resultado de la prueba? ¿Va a montárselo con él en el mismo sitio? ¿O acaso es lo que hacen habitualmente?».

Cuando llegan a la puerta no me ve, sigue concentrada en la conversación que mantienen. Escucho que le dice: «Si es tan buena como está en mi cabeza, pídeme lo que quieras», en tono seductor. «Te tomo la palabra», le ha respondido él. Y ella le sonríe y se muerde el labio.

Me coloco el casco y decido largarme de aquí. No ha sido buena idea.

«¿En qué puñetas estaría pensando?».

—¿Mario? ¿Eres tú? —Me planteo arrancar la moto y darme a la fuga como si no la hubiera oído, pero no lo hago. En vez de eso me retiro el casco—. ¿Qué haces aquí?

Le ha cambiado la expresión por completo al dirigirse a mí. Odio haber presenciado esa escena y también que ya no me mire de la forma en la que lo hacía antes.

—Pasaba por aquí y pensé que a lo mejor… te pillaría dentro. Le he preguntado al de la entrada y como no podía darme esa información… —acierto a decir—. Bueno ya me iba.

—El de la entrada ahora es una chica —me informa en tono irónico—. Veo que sigues en tu línea.

Se ha cruzado de brazos frente a mí. El otro también, aunque un par de pasos más atrás, en plan guardaespaldas. Parece un poco crío, ahora que lo veo más de cerca, juraría que le saco unos quince. Aunque no lo parece tanto al lado de ella.

—¿Podemos hablar a solas? —decido proponerle. Ya que me ha pillado, será mejor que hablemos.

—Lo que tengas que decirme puede escucharlo él.

—Preferiría hacerlo en un lugar más… —Niega con la cabeza—. Entonces, ¿puedes dejarnos un momento solos? —Le pido amablemente a él, que a su vez la mira para buscar su confirmación.

—Si quieres ve pidiendo la llave en la entrada —se dirige a él—, dile a Ana que estamos en la tres y que vienes conmigo.

Cuando desaparece de nuestra vista, vuelve a observarme con recelo, esperando que le diga a qué he venido. Ojalá yo también lo supiera. Ojalá hoy no fuera hoy. Me encantaría poder chascar los dedos y que la Alicia que tengo delante fuera la Alicia que llevaba ese mismo vestido dos años atrás. Pero no para repetir lo que hicimos aquel día, sino todo lo contrario, para hacer las cosas bien. Si es que existía una fórmula para hacerlo bien. La única que se me ocurre sería haberme presentado desde el minuto uno como el prometido de Julia, y, partiendo de esa premisa, jamás nos habríamos conocido. Porque sé que absolutamente nada habría sido igual.

—Tienes un par de minutos —ofrece, y en sus ojos veo la herida que se le abre al mirarme—. Tenemos mucho trabajo dentro.

—Déjalo, no quiero hacerte perder el tiempo.

—Entonces, ¿para qué has venido?

—No lo sé —lo digo con absoluta franqueza—. Solo… quería verte. ¿Estás bien?

—Sí, perfectamente. —Noto que se ha quedado extrañada—. ¿Eso es todo?

Me gustaría decirle tantas cosas… que al final opto por lo más razonable, no decirle ninguna.

—Cuídate, Alicia —añado, antes de ponerme el casco de nuevo y arrancar la moto. Ella se queda mirándome desconcertada, quizás esperaba hablar de lo que nos pasó o discutir como la última vez que nos vimos. Pero creo que eso es lo último que quiero.

Capítulo 56

Alicia

«¿Y ya está? ¿Eso es todo? ¿Tanto meterse en mi jodido ordenador para después presentarse y encima no tiene nada que decir?». Es lo que voy refunfuñando mentalmente cuando lo veo alejarse calle arriba en su moto. No entiendo por qué me ha sentado tan mal que se vaya sin aclarar nada. ¿Y acaso no era eso lo que buscaba, que me dejara en paz? Pues ya lo tengo. Pero en paz no me he quedado. Lejos de quedarme tranquila estoy más rabiosa que cuando me pidió hablar a solas.

Creo que verle me ha afectado negativamente y no sé si me arrepiento de la tontería que hice con la escena del test. Ha sido como revivir el pasado. Tenerlo ahí delante, a solo un paso… Parecía que el tiempo no hubiera transcurrido, y han sido dos años. Pero no ha cambiado nada, sigue exactamente igual que la última vez que le vi cuando me bajé de su coche destrozada. Aunque no ha sido esa escena la que he recordado cuando lo he visto. Lo cierto es que me ha venido aquel Mario que me esperaba dos años atrás en está misma puerta, el día que todo cambió entre nosotros.

Entro en el laboratorio y me encuentro a Carlos subido a la encimera. Bueno, en realidad está sentado y leyendo las instrucciones de un bote de químico. Abre el tapón y lo huele. Me río de la cara que ha puesto, es un concentrado. Para ser sincera, me apetece entre cero y nada la clase de revelado de hoy. Preferiría estar sola, a mi aire, escuchando música y sin tener que hablar. Pero ya es demasiado tarde para echarme atrás, así que nos ponemos las batas y después al lío.

«¿Por qué he sido tan borde con él? —voy rumiando mientras trabajamos—. Tampoco hacía falta ponerme tan chulita. ¡Mierda! Ahora me siento culpable. Pero ¿culpable de qué? ¿Soy gilipollas o qué me pasa?».

***

Nada más llegar a casa, enciendo el ordenador. En el pasado,

sabía siempre cuándo estaba conectada y enseguida recibía un mensaje escrito o en forma de canción. Creo que verlo, y además revelar con el crío, me ha traído demasiados recuerdos; sobre todo de las primeras veces que fuimos al laboratorio. Era tan distinto con él… Ni siquiera me daba cuenta mientras ocurría. Pero ya fluía una especie de conexión especial entre nosotros, se apreciaba en la forma de mirarnos y de hablar. Como si revelar fotos o hacerlas fuera lo de menos, lo importante era ese momento que compartíamos.

Lo he pensado detenidamente y creo que voy a hablar con él. Pero no sé cómo hacerlo. La luz verde de la cámara no ha vuelto a conectarse, y tampoco ha leído un documento Word que he dejado abierto en el que había escrito simplemente: «¿Quieres que hablemos?». Supongo que no lo ha leído. Otra cosa es que lo haya hecho y pase. Pero no tendría sentido. A qué ha ido entonces al laboratorio si no es porque sabía que estaría allí.

Tampoco da señales de vida al día siguiente ni al otro, y no tengo forma de localizarle. Lo único que sé de él es la dirección de su casa. Pero, obviamente, no voy a presentarme allí para hablar con él. No entiendo nada. ¿Ha decidido por su cuenta que ya no hay nada que hablar? Pues debió hacerlo antes de optar por volver. Estaba bien tranquila hasta que apareció otra vez en mi vida.

Capítulo 57

Mario

Cuando llevaba recorrido la mitad del trayecto, volví al laboratorio. Estaba dispuesto a entrar y hablar con ella. Pero esa determinación que me llevó a regresar comenzó a desvanecerse en cuanto me quité el casco. ¿Qué iba a solucionar? ¿Qué esperaba realmente? Ni siquiera podía responderme yo mismo esas preguntas. Decidí que con quien realmente tenía que hablar era con Julia. Llevaba una semana intentando no coincidir y cada vez me resultaba más difícil hacerlo. Había llegado el momento de enfrentarme a lo que ya era inevitable.

No estaba en casa cuando llegué. Tampoco era mi hora habitual ni la suya. Decidí tomarme ese tiempo de espera para pensar en qué iba a decirle, sin admitir que había entrado furtivamente en su vida privada para intentar descubrir que está con alguien.

Llegó tarde y se sorprendió de que estuviera despierto, o tal vez de que hubiera llegado tan pronto a casa. Las últimas noches había sido yo quien me había retrasado. Me encontraba en la cocina, poniendo hielo en un vaso para servirme una copa mientras hacía tiempo. Llevaba toda la tarde trabajando en el despacho que uso en casa y lo único que se me ocurría después de la cena para distraerme era entrar en el ordenador de Alicia. Pero me obligué a no hacerlo. Aún seguía relamiéndome las heridas por el descubrimiento de su posible embarazo, y el verla esa misma tarde con aquel tipo no había hecho otra cosa que joderme más aún. Tener tanta información sobre alguien es doloroso. La ignorancia me mantuvo a salvo cuando la dejé tranquila. Así que he decidido que quiero ser libre de ese malestar. Lo necesito.

—Vaya… dichosos los ojos —dijo Julia al entrar. Estábamos distantes. Supongo que, a estas alturas, ella también intuía mis sospechas.

—Tenemos que hablar —respondí—. ¿Quieres uno? —Le pregunté, refiriéndome al whisky que me estaba sirviendo.

—¿Lo voy a necesitar? —Elevó un poco las cejas al decirlo.

—Eso solo tú lo sabes.

—No quiero tomar nada, gracias.

—¿Nos sentamos en la terraza? —Me siguió hasta allí y no se puso a mi lado, quiso mantener una distancia y se acomodó en uno de los sillones individuales—. Sabes por qué quiero hablar contigo, ¿verdad?

—Sí. La mosquita muerta de Alicia te ha ido con el cuento, ¿no? —Me puse nervioso al escuchar su nombre. «¿Qué cojones había querido decir?». No atiné a encontrar una palabra en respuesta que me ayudara a tirar de ese hilo sin meter la pata y, simplemente, afirmé con la cabeza o eso creo que hice—. ¿Y qué quieres que te diga, Mario? Lo siento mucho… —Se presionó las sienes mientras decidía cómo seguir—. No era mi intención que te enterases así, yo… quería contártelo… o no, no sé. Ni siquiera sé si quiero a Alberto realmente ni si estoy dispuesta a perderte.

Una punzada se me clavó en el estómago. «Así que Alberto… ¿Cómo he podido olvidarme de ese capullo?». Me impactó saberlo, aunque no me sorprendió en absoluto. Llevaba muchísimo tiempo sin mencionarlo. Parecía que se le hubiera tragado la tierra desde la última vez que se vieron, a principios de año, en una cena que organizó en su casa para un grupo reducido de amigos y a la que decidí no asistir. «¿Habría surgido su idilio de haber acudido yo? ¿Debería lamentarme ahora por no haberlo hecho?», me pregunté más tarde.

—¿No vas a decir nada? —añadió, mirándome fijamente. Yo seguía tratando de asimilar la información.

—¿Qué tiene que ver Alicia con todo esto? —Era la única pieza que no encajaba allí. Enseguida noté que fruncía el ceño.

—Tú sabrás qué tienes con ella.

—La has mencionado tú, no yo.

—Pensé que te habías enterado de lo de Alberto por ella. —Me interrogaba con la mirada—. Nos vio.

Recuerdo que Alicia siempre intuyó que estaban liados. Lo mencionó varias veces en su día, cuando nos conocimos. Así que, a falta de información, decidí usarlo.

—¿Por qué te casaste conmigo si estabais liados? No lo entiendo, Julia.

Se quedó pálida por mi afirmación y no respondió enseguida, permaneció un momento mirando hacia sus manos que frotaba algo nerviosa.

—Porque te quería a ti, por eso me casé contigo.

—¿Y cuándo te diste cuenta de que ya no? Habría sido un detalle admitirlo en vez de liarte con él a mis espaldas.

—Si ya no te quisiera, lo admitiría. Pero ya te he dicho que no quiero perderte.

—Es tarde para eso.

—Lo sé —admitió, secándose las lágrimas que habían empezado a brotarle de una forma imparable—. Pero podríamos intentarlo.

—¿Intentar qué, Julia? ¿Seguir engañados? ¿Desengañarnos más?

—Pensaba que… lo tenía claro. Pero estos días que has estado distanciándote, me he dado cuenta de que no es así. Por eso sé que podemos superarlo.

—Yo no.

—¿Tan fácil es para ti olvidar lo nuestro?

—Es a ti a quien le ha resultado fácil, ¿no crees?

—Ha sido un error, todos cometemos fallos. ¿Acaso no tonteaste tú con ella? Admítelo, Mario. Alberto me lo ha confesado todo, se lo dijo la propia Alicia. Por eso pensé que te lo había contado ella: te distanciaste de mí justo el día que nos vio.

—No voy a admitir nada. —«Ni siquiera creo que sea cierto lo que dice. Si Alicia hubiera querido revelar lo nuestro, aunque solo fuera para hacerme daño, lo habría hecho el día que me pilló en mi propia mentira, justo en este mismo lugar. Y no lo habría vendido como un simple tonteo. Se está tirando un farol»—. Tampoco perdonar mis errores o los tuyos va a salvar esto, Julia. Por mi parte no.

***

Llevo unos días instalado en la casa de mis padres mientras encuentro un nuevo apartamento. Ya he echado un vistazo a un par de ellos cerca de mi trabajo. Se han tomado fatal la noticia de la separación, aunque no he entrado en detalles. Insisten en que lo arreglemos. Estoy replanteándome el ofrecimiento de Leo y mudarme a su casa. Lo rechacé porque mi madre jamás me lo habría perdonado si se entera. Pero me siento extraño aquí con ellos. Llevaba viviendo solo desde el último año de universidad, que ya trabajaba y decidí independizarme. También es raro porque… no sé, en el fondo me siento algo perdido en este giro que ha dado mi vida. Soy consciente de que ya llevaba mucho tiempo mal con Julia, aun sin estar al corriente de lo que hoy sé. Pero siento un vacío dentro, ahora que se han confirmado mis sospechas y la he perdido. Aunque por la información que me proporcionó sin darse cuenta, ni siquiera sé si alguna vez ha estado conmigo del todo. «¿Cómo pude estar tan ciego?».

Capítulo 58

Alicia

—¿Cómo vas a tener contracciones a los siete meses de embarazo? Eso serán gases, hija.

Está parada en mitad de la acera con una mano puesta en la zona lumbar y en la otra sujetando un pepito de crema.

—Sigue andando, quejica, que pareces la única embarazada de la tierra —añado, tirando de ella.

Mi madre quiere regalarle el dormitorio del bebé y nos tiene de aquí para allá sin decidirse por uno que le haga juego con la decoración del papel pintado que ha puesto. Me tienen harta entre las dos.

—Claro, como vosotras no tenéis que cargar con este peso…

—Pues deja de zampar. —Le quito el bollo que se está comiendo y lo lanzo a la primera papelera que nos encontramos.

—¡Mamá, dile algo a esta niñata! No me deja vivir tranquila.

—Tiene razón tu hermana, has cogido mucho peso y verás luego para quitarte eso de encima.

—Vaya dos arpías… —se queja, limpiándose el azúcar de los dedos—. Tendría que haberme traído a Fran, a ver si con él delante os atrevéis a robarle el alimento a su hijo —va refunfuñando por delante de nosotras.

—El alimento dice… y no hace más que comer dulces.

—¡Lo que me pide el cuerpo! —Se gira a responderme—. Eso me dijo la matrona, que el cuerpo es muy sabio.

—En mi época, que se comía mejor y no había tanta porquería, valdría eso que te han recomendado. Pero ahora…

—Pues tengo sed y pienso tomarme un granizado, ¿algo que objetar? —Se ha plantado frente a nosotras con los brazos en jarras, igual que una niña pequeña con un berrinche está.

—¿En febrero un granizado? Tú estás fatal, hermana.

—Mira, vamos a entrar ahí y así paso al servicio.

Se ha metido en la primera cafetería que ha encontrado, sin darnos opción a réplica. Mi madre me mira con cara de resignación,

como pidiéndome en secreto que deje a Elena tranquila por nuestra salud mental, y entramos detrás también. Dejamos que se pida un batido espumoso con helado que se le ha antojado de la carta. «La que tenía tanta sed». Menuda bomba se va a meter entre pecho y espalda. Nosotras dos hemos optado por un café.

—Hay un chico en esa mesa que nos mira, ¿a vosotras no os suena de algo? —nos informa mi madre en voz baja cuando se retira la camarera que ha atendido nuestro pedido. Me quedo congelada al descubrir que se trata de Mario. Intento disimular retirando la vista enseguida hacia otro lado. Pero nuestras miradas se han cruzado, y creo que hasta me arden las mejillas.

—Y tanto… —agrega Elena con sorna y disfrutando de la coincidencia—, pregúntale a tu hija.

Enseguida mi madre nos observa con curiosidad, primero a mí y también a él, furtivamente, supongo que trata de hacer memoria de qué le suena. No recuerda que lo vio en una fotografía en el altillo de mi armario.

—¿Es alguno de esos novios del instituto que traías a casa cuando vivíamos aquí? —se le ocurre—. Aunque por las pintas… no parece de aquellos.

Elena se ríe del comentario.

—Frío, frío… —añade.

—No lo conozco de nada —trato de venderle a mi madre. Después me dirijo a Elena con mirada asesina, esperando que cierre el pico.

A ella le conté la historia en un arranque de… nostalgia, creo, cuando vi que no podía localizarlo y perdimos el contacto de nuevo. No volvió a conectarse a mi equipo ni he tenido noticias en todo este tiempo. Y eso que hice de todo para comprobarlo, desde volver a añadir algunas de nuestras canciones en mi Spotify, hasta poner alguna en bucle para ver si reaccionaba. Pero nada. Desapareció de mi mapa.

También intenté averiguar algo a través de Alberto, no sé qué exactamente, información, un correo, un número de teléfono… Pero no descolgó ni respondió después mi llamada. Más tarde, descubrí que Julia me había eliminado de su perfil de Instagram. Deduje enseguida que Alberto se habría ido de la lengua y que por eso me evitaba, el muy cobarde. Y tal vez por eso mismo también, Mario había decidido desaparecer, quizás arrepentido. Posiblemente estarían centrados en restablecer los cimientos de su matrimonio. Es lo único que se me ocurrió pensar y decidí mantenerme al margen también, claro. ¿Qué sentido tenía hablar con él ya? ¿Para qué? ¿Hacer las paces? No tenía lógica alguna mi empeño en localizarlo.

—Pues viene hacia aquí —nos informa ahora por lo bajini, y me debato entre salir corriendo al baño o meterme debajo de la mesa. Mi

hermana suelta una carcajada, que contagia a mi madre, y las dos me miran fijamente—. Has puesto una cara de pánico, hija… —agrega ahora en el mismo tono jocoso que mi hermana—. ¿Tan mal acabasteis?

—Qué graciosa, mamá. Ya sabemos de quién ha sacado el sentido del humor tu querida hija.

Me la ha colado y bien colada. Mario sigue sentado en su sitio, la mesa la ocupan otros dos hombres trajeados y una mujer elegantemente vestida que nos da la espalda. Él parece inquieto, supongo que le incomoda mi presencia como a mí la suya. Lleva el pelo más largo de lo que se lo he visto nunca, y un mechón rebelde se le va cayendo hacia la ceja y lo retira discretamente.

—¿Se lo puedo contar? —Vuelvo a fulminarla con la mirada.

—Pues claro que sí, hija, me estáis intrigando ahora.

—Te guardé el secreto del embarazo hasta que os cazaron, ¡deja de dar por culo ya! ¡Joder! —le advierto.

—¿Y esa boca, Alicia?

Al final ha conseguido lo que buscaba, la cabrona.

—¡Era una broma! —se defiende mi hermana—. ¡Cómo te pones! —Se le cae un hilillo de chocolate sobre la panza tras dar un sorbo a su batido, por llamarlo de alguna forma… Si hasta le han insertado un macaron de adorno sobre la última capa espumosa de nata—. ¡Ya me he manchado por tu culpa!

—Eso ha sido el karma, Elenita. —Ahora la que se ríe soy yo.

Siempre hace lo mismo, culparme de todo.

—Anda, vamos al servicio —la anima mi madre, que está intentando reducir la mancha con una servilleta—, con un poco de agua y jabón se disimulará un poco.

Me da que va a volver con un churrete más grande. Pero no pienso disuadirlas, me tienen las dos un poquito hasta el moño hoy.

—Hola, Alicia —oigo a mi izquierda cuando las he perdido de vista. Está de pie junto a mi mesa, y detrás sus acompañantes poniéndose los abrigos y alguno saliendo ya hacia la puerta.

—¡Ah, hola! —digo, en tono de sorpresa, como si acabara de descubrir que está allí, y enseguida me siento incómoda por haber reaccionado de esa forma tan ridícula.

Me levanto y nos damos dos besos de cortesía. Ha transcurrido más de medio año desde la última vez que nos vimos en la puerta del laboratorio. Aunque me parece que haya pasado un siglo porque ese día fue tan fugaz, que a veces he dudado de si ocurrió realmente o no. Al igual que la luz encendida de la cámara de mi ordenador, llegué a pensar que fue solo una ilusión óptica.

—¿Cómo te va? —me pregunta.

—Bien, como siempre. ¿Y tú?

—Igual, bien. —Parece algo nervioso también—. He visto que… vas a tener un sobrino.

—Sí. ¿Y tú?

—Yo lo veo difícil, no tengo hermanos —admite sonriendo.

—No, quería decir que si tú tienes bebés. Hijos, me refiero. —«¿Por qué le he preguntado eso?».

Niega con la cabeza.

Miro hacia la puerta de los servicios. Me inquieta que vuelvan las dos cotillas que tengo allí metidas y me saquen los colores soltando cualquier chorrada de las suyas.

—¿Te apetecería tomar algo?

—Es que…

—… No me refiero a ahora —me corta enseguida—, algún otro día.

—Vale —lo digo titubeando un poco. En el fondo, no sé si merece la pena volver a lo de siempre, a recordar lo pasado para terminar decepcionada de nuevo, que es lo que ocurre cuando reaparece. Aunque ya lo ha hecho, de nada serviría negarme a quedar con él. Este reencuentro ya ha dejado una marca.

—Bien pues…, ya hablamos para quedar —resuelve.

—Pero ¿vas a entrar en mi ordenador?

Vuelve a sonreír, y me trae tantos recuerdos su sonrisa que por un segundo me olvido de todo.

—Pues no tenía pensado hacerlo.

—¿Y cómo contactamos entonces?

—Por teléfono, como personas civilizadas.

—No tienes mi teléfono ni yo el tuyo.

—¿Lo has cambiado?

Niego con la cabeza.

—Entonces lo tengo.

«¿Y por qué no me has llamado si lo tenías? ¿Has esperado a que nos encontremos fortuitamente para decidirlo?».

—Bueno pues, hasta otra día —digo a modo de despedida y ocupo mi sitio de nuevo. He visto que se abría la puerta de los servicios y no quiero darles pie a que se inmiscuyan de nuevo en mis asuntos.

Capítulo 59

Mario

Cuando la vi aparecer, desde el ventanal del bar donde había salido a desayunar con algunos compañeros de mi equipo, no daba crédito. Vi primero a Alicia en la puerta y discutía algo con su hermana, que estaba de espaldas a la fachada y la tapaba casi del todo. Lo primero que observé cuando entraron fue una barriga de embarazada, y por unos segundos las confundí y pensé que era ella, quizás porque mi mente se fue directamente a aquella escena del test de embarazo. Me alegró descubrir que fuera Elena. Las acompañaba una mujer que supuse enseguida que sería su madre por el parecido entre ellas. Lo curioso es que me observó como si me conociera, cosa que me extrañó porque, además, llamó la atención de sus hijas que en el acto se giraron en mi dirección también. Los ojos de Alicia se cruzaron con los míos durante apenas un segundo, lo que tardó en reaccionar y volver la mirada hacia su taza.

Estuve a punto de enviarle un mensaje de texto en ese momento, pero no sabía qué ponerle y no me atreví. Me dije que lo haría al marcharnos de allí. Aunque, finalmente, aproveché que se había quedado sola en la mesa, justo cuando nos disponíamos a salir de la cafetería. Les dije a mis compañeros que enseguida me uniría a ellos en la puerta, que iba a saludar a alguien. Me gustó que no estuviera a la defensiva, como la última vez que nos vimos frente al laboratorio.

A pesar de las ganas que tenía de llamarla, me he tomado algo de tiempo. Esta vez quiero hacer las cosas bien, sin prisa, y, sobre todo, sin trampas. Como si viviéramos en el siglo pasado, esas décadas que a ella le habría gustado vivir para sentirse libre de la influencia del mundo tecnológico que tanto la intimida.

Eso también me influyó en su día para cambiar de estrategia y dejar de entrar en su equipo. No podía seguir de aquel modo, obsesionado por saber si todavía quedaba algo que le diera la vuelta a nuestra situación. No solo estaba mal por mi parte, sino que, además, me hacía daño ver que había pasado página; mientras yo seguía enganchado a aquellos recuerdos. También decidí que debía dejar al

tiempo que hiciera su trabajo y, tal vez, contactar con ella más adelante. Pero aún no había encontrado el momento ni el modo. Hasta que, sin esperarlo, nos hemos cruzado como habría ocurrido en cualquier época. Sin necesidad de ninguna artimaña por mi parte. Y libre de las batallas internas que llevaban machacándome desde mi separación con Julia: las dudas que generaron su arrepentimiento, sus ganas de volver, de querer arreglarlo, de darnos una segunda oportunidad; enfrentadas con mi decepción y mi deseo de mandarlo todo a la mierda y comenzar una nueva vida, que finalmente ganó.

Vendimos la casa, y ella se instaló en uno de los apartamentos propiedad de su familia. Sus padres trataron de mediar en el asunto, como ya hicieron los míos también y con el mismo éxito. Lo último que he sabido tras la firma del divorcio es que ha iniciado una relación con un paparazzi de la prensa rosa. Supongo que es el lavado de cara que han querido darle a su antiguo romance.

Qué ciego estuve… Incluso Alicia me lo puso en bandeja con los supuestos rumores que corrían por la oficina, y no los creí. Confiaba más en Julia que en mí mismo. De hecho, me sentí tan débil cuando caí en la tentación y tan mezquino… que, cuando sospeché que ella se veía con alguien, una parte de mí respiró aliviada de esa culpa.

Sé que podría habérselo perdonado si no hubiera estado Alberto en medio. Habría sido algo fortuito, como lo mío, algo inesperado que surge de la nada y se transforma en un deseo incontrolable. Pero lo de él fue absolutamente premeditado. Incluso lo metió en su oficina. Dudo mucho que empezara cuando él ya no estaba dentro, como aseguraba ella. Aunque lo cierto es que ya me daba igual. Los dos lo hicimos mal, y lo suyo no ha hecho otra cosa que lavar lo mío frente a lo nuestro. Pero no anula ni repara el daño que le hice a Alicia.

La llamé una semana más tarde de aquel encuentro en la cafetería y le propuse salir a tomar algo en un bar con música en vivo, un lugar tranquilo que me descubrió una vez Leo y en el que toca el hermano de su nueva novia. Quiso quedar allí directamente, a pesar de mi insistencia de ir a recogerla. Supongo que aún quería mantener una prudente distancia.

***

Aunque he reservado mesa, decido esperarla en la puerta. Llega con retraso y me planteo si no será esta su venganza: dejarme plantado. Aparece a los veinte minutos, cuando ya me disponía llamarla para asegurarme de que no le haya ocurrido nada.

—Lo siento —se disculpa mientras viene caminando todavía hacia donde me encuentro—. He seguido mal las indicaciones del navegador y me he perdido. —Tiene las mejillas y la nariz rojas por el frío que

aún nos acecha a primeros de marzo; y por las prisas, tal vez, no le ha dado tiempo de abotonarse el abrigo—. No podía avisarte porque no sé salir de la aplicación para llamar desde el coche.

Sonrío al escucharla, no me sorprende nada de lo que dice.

—No te preocupes, tenemos mesa reservada sin límite de tiempo. Mi amigo Leo ha movido algunos hilos.

Nos han colocado en primera fila, muy cerca del escenario. El lugar es acogedor y muy elegante. Juraría que han hecho alguna remodelación; no me suena que la barra estuviera en la entrada y las mesas son algo más pequeñas, supongo que para acomodarse mejor a las limitaciones del aforo.

—¿Cómo le va a tu amigo? Elena y yo nos enganchamos a su serie. Ella es muy fan —comenta cuando el camarero nos ha dejado el pedido sobre la mesa—. Lo hace bien, la verdad.

—Sí, es bueno —reconozco enseguida—. Está consiguiendo su público aquí. En Italia es horrible salir con él, y me temo que aquí va por el mismo camino.

—Se rumorea que sale con una de sus alumnas en la serie, la chica del pelo rosa, ¿es cierto?

—¿Ya empezamos con radio patio, Alicia? —afirmo riendo.

—Era por sacar un tema de conversación —reconoce, algo seria. Se nota que no se siente del todo cómoda y la conversación no termina de fluir.

—Tampoco es necesario que hablemos. Tenemos bebida, música, buen ambiente y compañía… ¿qué más se puede pedir?

Le da un trago a su copa, no parece convencida. Está centrada en mirar al escenario, donde están colocando un par de taburetes y regulando la altura del pie de los micrófonos. La música que escuchamos ahora no es del directo.

—Me sorprendió que no me citaras a la luz del día, ¿ya te dan permiso para salir por las noches? —Lo pregunta sin mirarme, sigue atenta a lo que hacen los músicos.

—¿En serio quieres hablar de eso ahora?

—No voy a quedarme mucho tiempo, Mario. —Me mira apoyando los brazos en la mesa y acorta la distancia para hablar más bajo—. Creo que, cuanto antes empecemos, antes terminaremos.

—No hay nada que pueda borrar lo que te hice —respondo, acercándome también—. Si tu deseo es hacerme sentir culpable, no te preocupes. Es imposible que pueda sentirme ahora peor de lo que ya lo hice en su día. Pero aun así, a pesar de todo, creo que muchas cosas las volvería a hacer igual.

—Claro, porque no eres capaz de ponerte en mi piel —contesta a la defensiva.

—Sí, lo soy. También lo he estado.

—No del mismo modo.

—Tal vez no. Pero créeme si te digo que para mí tampoco fue fácil lo que pasó.

—No, claro, pobre… en menudo embolado te metimos —añade en tono irónico.

Creo que esta conversación no va a servirnos para arreglar las cosas si sigue metida en ese bucle. Decido cambiar de estrategia.

—Imagina que aquel día que nos encontramos en la discoteca, hubieras descubierto que Julia y yo salíamos juntos. ¿Qué crees que habría pasado?

—Pues nada. Solo habría sido… raro, porque ese día empecé a sospechar que tú eras quien entraba en mi ordenador.

—Exacto. ¿Y habrías quedado conmigo para hacer fotos o ir al laboratorio?

—Pues no, por supuesto que no —responde, visiblemente convencida—. Y además me habría ahorrado muchas cosas.

—¿Qué cosas?

—Lo que ocurrió en tu casa, por ejemplo. En mi vida he pasado por algo tan… humillante.

Evito trasladarme a ese instante, solo mencionarlo hace que me dé una punzada en el pecho.

—Sí, tienes razón. Y esa sí es una de las cosas que cambiaría —admito enseguida—. Debí decírtelo yo mismo, pero no encontré el momento… o no quería encontrarlo, más bien.

—No debiste llegar tan lejos, sabiendo que tu intención era seguir con tu vida. Es eso lo que no puedo perdonarte.

—¿Quieres decir con eso que, si hubiera dado marcha atrás con lo de mi boda, me lo habrías perdonado?

—No —añade enseguida y tajante—. Lo que quiero decir es que no debiste meterte en mi vida si tenías tan claro por dónde iba la tuya.

—Lo sé —admito sin tapujos y sin tratar de defenderme.

Empieza a sonar la música. Hoy lo acompaña otra artista que toca la guitarra a la vez que cantan, él acompaña también con su instrumento. Forman un bonito dúo.

—¿Y también es de esas cosas que cambiarías? —Lo dice con cierto tonillo irónico.

—Si lo hubiera hecho, también nos habría afectado negativamente.

—¿Por qué?

—Piénsalo. Ahí solo hay dos opciones posibles. La primera sería no haber entrado en tu vida porque sí tenía claro que quería seguir con la mía. O haber entrado en tu vida rompiendo antes con lo que era la mía. Pero ¿crees que esta segunda opción habría salido bien? Prácticamente acabábamos de conocernos. ¿Salir con el ex de tu jefa

te habría parecido más correcto? ¿Habrías renunciado a tu trabajo?

—Tienes razón, no debiste entrar en mi ordenador y punto —resuelve en tono seco y distante, ni siquiera me mira al decirlo.

—Así que preferirías no haberme conocido.

—Pues sí, la verdad.

—No te creo.

—Ya no miento.

—Y eso menos —afirmo, sonriendo, trato de restarle peso a la conversación. Pero ella sigue igual de seria.

—Habéis roto, ¿verdad? —se interesa al rato, cuando ha terminado la canción que ni siquiera he escuchado del todo porque estaba concentrado en encontrar una fórmula para solucionar este embrollo—. Por eso estás aquí.

—No estoy aquí por eso. Quise hablar contigo cuando pasó todo. Pero solo ahora me lo has permitido.

—Porque ahora no me duele. —Lo dice mirándome fríamente, y en el fondo no me alegra escuchar eso.

—¿Cerramos el capítulo de los reproches? —decido ofrecerle como tregua. Me apetece disfrutar de la velada, aunque no solucionemos nada. Solo el hecho de estar juntos me hace sentir bien.

Consulta la hora en su teléfono.

—Sí, cerrémoslo del todo. Se me hace tarde y he quedado. —Es su inesperada respuesta.

Se levanta de la mesa para marcharse, no puedo creer que vaya a volver a pasarnos. Estaba convencido de que iba a conseguirlo esta vez por haberlo intentado de una forma limpia.

Capítulo 60

Alicia

Necesito marcharme de aquí. Me está afectando demasiado estar con él. Incluso una parte de mí quiere perdonarlo, mientras que la otra se resiste a ceder. Y yo estoy del lado de la segunda. Dispuesta a no olvidar.

Me acompaña a la salida. En el fondo, siento regocijo por haberle estropeado la velada. «¿Qué pensaba? ¿Que iba a engatusarme?».

—¿Me dejas acompañarte hasta el coche?

—No hace falta.

—Pero me gustaría hacerlo.

—Bueno, está bien.

Comenzamos a caminar. Se ha quedado muy callado. Supongo que no esperaba que terminaríamos de este modo. Yo tampoco, la verdad. Pero me ha sentado fatal que admita que no cambiaría la decisión que tomó. «¿Es que no se ha enterado de que Julia estaba con Alberto? ¿Aun así habría preferido elegir ese camino?». Y encima, para colmo, va y dice que prácticamente acabábamos de conocernos… «¿Y eso qué coño importa? ¿Es que ahora los sentimientos se miden en unidades de tiempo?».

—¿Te ha molestado algo que he dicho ahí dentro?

—No —respondo algo áspera.

Me cruzo las solapas del abrigo y hago lo mismo con los brazos para protegerme un poco más del frío mientras caminamos.

—¿Has quedado con ese chico que fue aquel día contigo al laboratorio? —pregunta al poco tiempo.

—Prefiero no hablar de mi vida privada.

—¿Y de qué quieres hablar? ¿Del trabajo? ¿Del tiempo?

Me hace gracia esto último.

—Háblame de ti, ¿cómo te va la vida? ¿Sigues jugando al pádel con tus amigos pijos?

—¿Y tú? ¿Sigues sobornando a críos para inmortalizar su vandalismo?

—No le soborné, mentiroso. —No dice nada en respuesta.

Permanecemos callados durante un rato. Me recuerda al primer día que pasamos juntos, cuando se invitó a comer conmigo y no teníamos nada que contarnos porque ni nos conocíamos. Fue diferente después en el laboratorio, allí rompimos el hielo con las bromas del cuarto oscuro cuando le dio por asustarme. Siempre me hacía reír, y eso me gustaba. El tiempo se nos pasaba volando cuando quedábamos.

—Por cierto, cuando nos vimos el otro día, ¿la que iba con vosotras es tu madre?

—Sí.

—¿Por qué os llamó la atención cuando me vio?

«¡Mierda! ¿Se dio cuenta?».

—¡Qué dices! Fue Elena la que nos dijo que estabas allí.

—No. Sé perfectamente lo que vi.

—¿De qué iba a conocerte mi madre?

—Eso es justo lo que me sorprendió.

—Pues serían imaginaciones tuyas.

—No padezco de eso.

—Pues a lo mejor te ha visto en alguna… foto de las que hicimos en su día —termino admitiendo—. ¿De qué te ríes?

—De que no has cambiado nada, sigues igual de trolera.

—Mira quién fue a hablar…

—Así que conservas aquella fotografía. —Parece sorprendido y le divierte al mismo tiempo.

—No te vengas arriba, la encontró en el altillo de un armario donde guardo todos los descartes.

—¿Ahora soy eso, un descarte?

—Sí, justo.

«Lo mismo que yo para ti».

—Me enteré hace poco de que ya no trabajas en Fashionist. ¿Te va bien con Diego?

—Muy bien. No echo de menos para nada la revista. ¿Te lo contó Julia? Seguro que me puso a parir, le sentó fatal que me fuera con él.

—No, no hizo nada de eso.

—Pues me sorprende gratamente que no lo haya hecho, la verdad.

Recuerdo su comentario envenenado cuando se lo comuniqué: «Muy bonito que después de todo lo que he hecho por ti, las oportunidades que te he brindado para crecer como fotógrafa, ahora me lo pagues con esta puñalada por la espalda. ¿Crees que no sé adónde vas y quién ha tirado de ti? En este mundillo nos conocemos todos. Pero las que vais de mosquita muerta sois las peores». Y tanto… No quiero imaginar su cara si se hubiera enterado también de lo otro.

—Sé que los viste. —Le miro sin entender, no sé qué ha querido decir ahora—. Me refiero a Julia con Alberto.

«¿Se lo contó?».

—Sí —termino afirmando—, fue una desafortunada coincidencia.

—No me lo dijiste —me recrimina, muy serio.

—¿Por qué iba a hacerlo? No era asunto mío y ni siquiera nos hablábamos —reconozco, un poco a la defensiva.

Se queda callado y va mirando las punteras de sus zapatos al caminar, con las manos en los bolsillos de su abrigo. Nunca hago eso. Alguien me contó una vez que se tropezó llevando las manos atrapadas en los bolsillos de los vaqueros y se partió los morros. Desde ese día soy incapaz de caminar si no llevo las manos preparadas para aterrizar bien.

—¿Le contaste a Alberto lo nuestro? —me suelta en un tono neutro que me hace dudar de si es una pregunta o una afirmación—. Julia me lo dio a entender.

—¡Claro que no! —«Qué cabrón, mi compañero, como no le seguí el juego se buscó otra artimaña para cargarse su relación». —Pero él lo sospechaba desde el principio —le confieso, y me mira intrigado—. Ató cabos porque nos vio aquella vez que salimos a comer en tu moto y después hablando en la exposición…

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Ya… lo sé… Pero el caso es que lo intuyó. ¿Qué quieres que te diga? Aunque nunca se lo confirmé, puedes quedarte tranquilo.

—Estoy muy tranquilo. Me da igual lo que piense el gilipollas ese. Solo tenía curiosidad.

—¿De verdad que nunca lo sospechaste? —Me mira como si no entendiera mi pregunta—. Me refiero a lo de ellos.

—Por parte de Julia no. De él puedo esperarme cualquier cosa.

—¿Seguís juntos?

Niega con la cabeza.

—¿Se rompió porque descubriste el pastel o directamente te dejó?

—No voy a entrar en detalles tan personales.

—¿Y por qué te contó que los vi?

—Supongo que… Alberto quiso poner su granito de arena y la envenenó con sus sospechas.

—Sí, eso me cuadra —afirmo enseguida—. Cuando los pillé, me planteó en privado que te abriera los ojos.

Vuelve a mirarme intrigado.

—¿Y qué le dijiste?

—Que no era mi guerra. Quizás por eso le tiró él anzuelo a Julia, para que ella misma se delatase.

—No fue así como ocurrió. —Lo niega también con un gesto de la cabeza y se queda pensativo, analizando tal vez la información que yo le he aportado—. Las cosas no iban bien desde mucho antes. Pero ninguno de los dos quisimos verlo, era más fácil dejarse llevar por la comodidad y la inercia de la rutina. —Parece afectado al decirlo—.

¿Sabes lo que más me dolió? En mitad de una discusión se le escapó que fue ella quien ideó aquel reportaje que le hizo el capullo de su novio a mi amigo, que es como mi hermano y ella lo sabe. —«¿Ha dicho su novio? ¿Significa que ahora salen juntos? Por eso no me devolvió las llamadas Alberto, sacrificó al peón como me denominó aquella tarde»—. Eso sí —continúa—, aproveché para decirle que yo robé aquellas fotos y que el cabronazo ese ya las había vendido. Le facilité hasta el precio que le pagaron por ellas. Me quedé bien a gusto. Pero ¿te lo puedes creer? ¡Fue ella!

—Lo sé —admito, y me mira extrañado—. Ya lo intuía y conseguí sonsacárselo a él.

—¿Lo intuías? No me dijiste nada tampoco —añade en tono de reproche.

—Fue después también, cuando ya no nos hablábamos.

—Antes no lo habría imaginado, pero ya no me sorprende nada de ella tampoco.

—Bueno, en el fondo sois tal para cual —me aventuro a opinar.

—¿Eso es lo que piensas?

—¿Qué otra cosa quieres que piense, Mario? Lo tuyo lo he vivido en primera persona, y lo de ella lo he visto con mis propios ojos…

—Nunca vas a perdonarme, ¿verdad?

—Sí puedo perdonarte. Pero solo eso.

—Me conformo con eso por el momento.

—Y después puedes esperar sentado.

Sonríe, aunque no es su auténtica sonrisa.

—¿Dónde has dejado el coche aparcado? ¿O es que has venido andando desde casa?

—¡Mierda! No tengo ni idea. ¿Dónde estamos? Yo iba siguiéndote a ti.

—¿A mí?

—¡Deja de reírte! Ahora tenemos que volver al mismo sitio para que me oriente.

—No me suena que tuvieras coche —dice al darnos la vuelta—. ¿Estás segura de que no te lo has inventado?

—¿Por qué iba a inventarme una tontería así?

—No sé, para justificar que llegabas tarde.

—Pues no miento a todas horas.

—Al menos ya no niegas que lo haces —se ríe al decirlo.

—Me ganas por goleada.

—Te equivocas en eso, yo solo mentí una vez —admite—. Fue muy gorda, lo reconozco. Pero fue solo una.

—No me tires de la lengua o sacaré todas las veces que negabas tener relación con la revista y las supuestas cenas con tus padres…

—Esas no cuentan, solo eran coartadas para tapar la grande.

—Sí, claro…

Me siento algo menos incómoda que al principio, pero igual de dolida. Es complicado confiar en alguien que me hizo tanto daño. Para él tal vez solo fueron un par de revolcones con alguien que se cruzó en su camino, pero yo no lo viví de ese modo.

—Y ahora que estamos sacando los trapos sucios —me aventuro a preguntarle—, ¿has estado curioseando en mi ordenador estos años?

—No.

Se lo ha pensado mucho.

—Mientes fatal.

—Pero ¿no era un experto?

—He visto la luz de mi cámara encendida, al menos, en un par de ocasiones.

—Habrá sido el *yogurín* que te acompañaba aquel día.

Lo lleva claro si piensa que voy a entrar por ahí.

—¿Acaso crees que soy una especie de imán para los hackers? Con uno he tenido más que suficiente.

—Ahora que lo pienso… —Se detiene y me mira con el ceño fruncido—. Hiciste la pantomima del test de embarazo porque sabías que estaba allí, ¿verdad? —pregunta en tono acusador, aunque no del todo serio.

—Para que me dejaras en paz, y dio resultado.

—¿Y qué me dices del chavalín? ¿También fue un paripé? ¿Es de esos que sobornas para tu servicio?

—Ya te he dicho antes que de mi vida privada no voy a hablarte.

Pues sí que le escoció lo de Carlos, al que, por cierto, hace siglos que no veo. Empezó a salir con una chica que conoció en Tinder y está bastante desaparecido.

—Bueno, ya hemos llegado al punto de partida —dice cuando estamos de nuevo en la puerta del local—. Y ahora, ¿por dónde tiramos?

—Creo que es por ahí —le indico con la mano.

—Pero cuando llegaste venías de ese otro lado, justo por donde acabamos de volver —afirma riendo.

—Joder, pues no tengo ni idea de dónde está mi coche. Pero he hecho una foto del nombre de la calle —resuelvo satisfecha, sacando el teléfono del bolsillo de mi abrigo—. ¡Mierda, ha salido borrosa! ¿Ves tú lo que pone?

Se parte de risa de nuevo, no sé dónde le ve la gracia.

—Madre mía, ¿y tú dices que eres fotógrafa? A esta foto le falta luz, foco y hasta encuadre.

Le quito el teléfono con mala leche y lo devuelvo a mi bolsillo.

—Pues no tengo ni idea de dónde coño estará…

—¿Lo dices en serio?

—Claro que lo digo en serio, ¿quién bromearía con algo así? Y deja de reírte ya, que no tiene ni puñetera gracia.

Voy girándome en todas direcciones por la plazoleta, para tratar de ubicarme, pero como venía nerviosa por la quedada y por las prisas de llegar tarde… Ni me fijé por dónde iba.

—A ver, vamos a usar la lógica —propone—. Venías de allí, eso lo sé seguro. Vamos a repetir el recorrido prestando más atención.

—Vale.

—¿Qué coche estamos buscando? —se interesa cuando ya nos hemos encaminado a la búsqueda.

—Un Fiat 500 rojo.

—Bueno, al menos has elegido un color llamativo. En cambio, por el tamaño… puede estar escondido en cualquier parte.

—Sí, claro, eres único dando ánimos.

—¿A quién se le ocurre no fijarse donde deja el coche?

—Hice una foto, siempre me funciona.

—Deberías instalarte una aplicación de las que hay en el teléfono para eso precisamente. Funcionan mejor que ese método rudimentario tuyo.

—¿Y tú? ¿No tienes algún sistema *hackeriano* de los tuyos para encontrarlo por vía satélite?

—Claro, si has usado Google Maps con tu móvil te lo puedo localizar en dos minutos. —Le miro con los ojos como platos mientras saco el teléfono de mi bolsillo de nuevo para entregárselo—. Pero no pienso hacerlo porque he dejado ya mi condición de hacker y no quisiera tener una recaída.

—No lo dirás en serio, ¿verdad? —Afirma con la cabeza y sonríe como si le pareciera divertido el asunto—. ¿Y si no lo encuentro?

—No conozco a nadie que haya perdido el coche de por vida. No se va a mover de donde lo hayas dejado.

—¿Y si lo he aparcado mal?

—Se lo llevará la grúa, y de las malas noticias se entera uno fácilmente. En cuanto te llegue la receta. Quédate tranquila.

—Sí, claro, tranquilísima…

—Si quieres te llevo a la cita esa que tienes —me ofrece—. Se te está haciendo tardísimo, ¿no?

«Ya ni me acordaba de eso».

—Pues sí, pero no me voy a ir de aquí sin el coche.

—No te preocupes, lo encontraremos. Déjame ver otra vez la foto, a ver si desciframos algo.

Le paso el móvil y veo que se pone a trastear. Al poco sonríe y me lo devuelve.

—Me parece que has dado un rodeo muy grande caminando hasta el local —opina, cogiendo otra ruta alternativa ahora—. Anda,

sígueme.

Capítulo 61

Mario

Aquella fue la última vez que vi a Alicia. Nos despedimos en la acera junto a su coche. Lo hicimos amablemente, como dos amigos que se han perdonado. Bueno, en realidad ella lo hizo de ese modo, yo no tenía nada que perdonarle. Pero me di cuenta, durante aquella conversación que mantuvimos, que ella necesitaba tiempo. No confiaba en mí, y era lógico. Aunque también noté que nada había cambiado entre nosotros. Las sensaciones eran las mismas que años atrás, y el tiempo voló recorriendo aquellas calles mientras charlábamos, del mismo modo que cuando nos sumergíamos en las jornadas del laboratorio.

Seguimos hablando después de localizar su coche, apoyados en él, retrasando la despedida todo lo que nos fue posible y sin reparar en que lo hacíamos. Allí me confesó que no había quedado con nadie y también esos motivos que la llevaron a querer largarse. Creo que no supe explicarme bien del todo cuando traté de hacerlo en el local, y se juntó con la predisposición negativa que traía ella. Desde su perspectiva, era fácil deducir que solo quería recuperarla porque mi relación había fracasado. Y en parte era así, pero con grandes matices.

No estoy seguro de que el fracaso de mi relación con Julia fuera provocado por su infidelidad con Alberto, aquello solo lo acentuó. Pienso que, de no haber adelantado la boda, no habríamos llegado a casarnos. Es algo de lo que estoy plenamente convencido. ¿Significa eso, entonces, que me dejé arrastrar al matrimonio? No. Ni mucho menos. Hice lo que quería hacer en ese momento. Pero el tiempo, que no tuvimos porque lo precipitamos todo, nos habría dado la razón más adelante. Nada surge porque sí.

Alicia me pidió que no la llamara cuando nos despedimos. Que necesitaba tiempo, argumentó, y que tal vez ese tiempo fuera para siempre. Yo no la creí cuando me lo dijo. Lo que sentíamos era innegable, al menos por mi parte. Aunque respeté su decisión, por supuesto, y no la he llamado en este último año. También he conseguido superar del todo mis viejas adicciones *hackerianas,* como

las denominaba ella. Ya no sigo esperando a que cambie de opinión. Según iban pasando los meses, empecé a convencerme de que lo decía en serio. Tocaba aceptar que quizás no volveríamos a encontrarnos.

Sin embargo, tras un año sin noticias, he recibido un mensaje en forma de imagen a mi teléfono. Es una invitación a una exposición titulada: Posibles.

***

Hace bastante calor para ser mediados de mayo, y he decidido dejar la chaqueta en el compartimento de la moto. Me habría gustado ser más puntual, pero hoy he tenido un día desbordado en el trabajo. Reconozco que voy un poco nervioso, aunque creo que debería admitir que la sensación es diferente de la última vez que nos citamos. Aquel día, había dado por hecho que lo arreglaríamos; y las expectativas jugaron en mi contra. Ahora no espero nada. Tampoco sé qué me encontraré: si a la Alicia receptiva del principio, o la Alicia dolida de la que me despedí un año atrás. No tengo ni idea de cómo será su vida en estos momentos, puede que incluso esté casada y a punto de formar una familia.

En mi caso, sigo como la última vez que nos vimos. Me mudé de aquel apartamento que alquilé tras la separación a otro que compré unos meses más tarde, en esa misma zona donde tengo la empresa. Me resultó muy cómodo el cambio de poder ir caminando si no tengo reuniones fuera de la oficina. Por lo demás, nada reseñable. He conocido gente, y con ello me refiero a mujeres, he tenido alguna que otra cita, pero nada me ha encajado hasta el punto de poder llamarlo relación. Ni siquiera María, con la que también decidí intentarlo hace un par de meses. Por qué no iba a hacerlo si era el momento propicio para ello. Al menos, no estropeamos la amistad que ya es mucho. Hemos seguido viéndonos, cuando quedamos con amigos comunes, y tampoco nos ha resultado incómodo; quizás porque lo mantuvimos en secreto.

La sala de exposiciones está bastante concurrida, por eso me da rabia haberme retrasado, seguro que al inicio había menos gente que ahora. Intento localizarla con la mirada desde la entrada, pero no la veo y eso me pone aún más nervioso. Creo que necesito quitármelo de encima cuanto antes. Ese momento de vernos, quiero decir. Debe de estar entretenida en alguno de los corrillos que hay formados. Decido echar un vistazo a la exposición y ya nos encontraremos en algún momento.

La primera imagen que me encuentro no es la que ha utilizado para presentar la exposición y que aparecía en la invitación, aquella que yo bauticé como «Mi favorita». Tengo delante la que le recomendé

que debía incluir al inicio de la serie, su autorretrato de los lavabos. La ha titulado: «Comienzos». Enseguida me vienen aquellos recuerdos tan nítidos frente a las cubetas de revelado mientras la observo, cuando me contaba sus anécdotas con aquel grupo de rock que jamás sabré si existió o se lo inventó. Aunque parecía tan auténtico por su forma de explicarlo, que en el fondo me da igual. De hecho, puedo imaginar perfectamente a esta Alicia que ahora mismo tengo delante, con ese gesto de seguridad en sí misma mientras enfoca la imagen que se proyecta en el espejo, moviéndose al ritmo de aquellas viejas canciones que bailaba la Alicia del futuro completamente desinhibida y espontánea.

Avanzo muy despacio por la sala y me sorprende lo distinto que es ver todas esas fotos aquí, fuera de su ordenador. Conozco todas y cada una de las imágenes que me voy encontrando al paso, y tenía razón cuando me hablaba de la magia del papel. Verlas colgadas a este tamaño, tan cercanas, tangibles, tan reales… Es una sensación muy especial. Incluso las siento un poco mías. Algunas de las que están las revelamos juntos, como esa en la que aparece Elena tomando el sol con una pamela enorme. Me hace tanta ilusión ver sus fotos aquí expuestas… que perfectamente puedo imaginar cómo se sentirá ella.

—Has venido —escucho a mi espalda.

Me giro enseguida. Se ha cortado el pelo a la altura del mentón y está muy diferente a como la recordaba. Me alegra comprobar que me ha recibido con una amplia sonrisa esta vez.

—Claro, ¿cómo iba a perdérmelo?

Se acerca a darme dos besos con decisión. Tiene un brillo especial en los ojos, se la ve muy ilusionada con el evento.

—¿Las has visto ya? —me pregunta expectante.

—Pues… no sé las que me faltan, he llegado hasta aquí en el orden que llevan desde la entrada.

—Te queda la mitad, más o menos —afirma.

Nos quedamos un poco cortados, sin saber muy bien qué decir, a pesar de todas las cosas que tendríamos para contarnos si todo fuera diferente.

—Enhorabuena —se me ocurre ahora, debí decirlo nada más verla —. Sabía que tarde o temprano estarían expuestas en algún sitio.

—Sí, bueno… Ha sido un golpe de suerte —afirma, y noto que se ha sonrojado un poco. Veo que todavía le cuesta admitir que es buena en lo que hace.

—¿En serio? ¿A estas alturas sigues con esas? —Vuelve a sonreír como respuesta.

—¿Y tú? ¿Qué tal? ¿Todo bien?

—Como siempre… —respondo, sin saber muy bien qué decir—. Nada que reseñar.

La noto algo nerviosa, mirando a uno y otro lado de la sala, como si buscara o esperase a alguien.

—No estaba segura de si vendrías o no, como no respondiste al recibir mi mensaje...

—En la invitación no ponía nada de confirmar asistencia. No lo vi necesario —miento, lo hice a propósito.

—Pero ¿imagina que hubiera aforo limitado?

—Me habría pasado otro día a verla.

—Siempre tienes respuestas para todo —se queja, en tono divertido y negando con la cabeza.

—Y si no, me las invento —añado con el mismo tono—. ¿O eso era tuyo?

Hace un gesto gracioso de rendirse y dejarme por imposible, acompañado de una mirada que me traslada enseguida a otro instante, a aquella vez que fui a recogerla para hacer las fotos del concurso en la estación abandonada, justo cuando ya me había descubierto como hacker pero aún no nos habíamos visto cara a cara. Hizo ese mismo gesto al verme aparecer y me miró de esa forma cómplice cuando le pasé el casco. Pagaría por volver a aquellos momentos en los que aún no había pasado nada y en realidad estaba ocurriendo todo.

Aparece Fran y le da un toque en la espalda.

—Perdona que os interrumpa, es que tus padres se marchan con Dani a casa y quieren despedirse.

—Ah, vale, ahora voy —le responde enseguida—. ¿Os conocéis?

—Bueno, sí… de vista creo —añade él.

Nos presenta formalmente y nos damos la mano, después él se aleja hacia donde se encuentra su familia.

—Voy a despedir a mis padres y… ya nos vemos luego, ¿vale?

Miro hacia donde se gira y veo a Elena con un niño dormido en los brazos, me hace un gesto de reconocimiento antes de ponerlo en el carrito, junto al que se encuentran los padres hablando con Fran. Me pregunto cómo se tomarían la noticia de la relación de su hija con el ex de la hermana, era algo que a Alicia le hizo mucha gracia cuando le relaté que los pillé. Parece que haya pasado un siglo de todo aquello. Su madre ha vuelto a sorprenderse de verme, pero enseguida la interrumpe su hija que acaba de cruzar la sala y se están despidiendo.

Decido continuar disfrutando de la exposición por mi cuenta, supongo que lo de «nos vemos luego» habrá sido una simple cortesía porque ahora está charlando con un grupito, donde hace un minuto se encontraba su familia. Giro a la derecha por un pasillo para toparme con la famosa foto que inició todo lo que vendría después. La ha titulado «Reflejos» para la exposición y, sin duda, se ve más espectacular a este tamaño que cuando la descubrí en su ordenador. La nitidez con la que se aprecia el zapato de tacón de aguja reflejado

sobre el agua del charco contrasta con el movimiento que ofrece el desenfoque del pie real que aparece al otro lado de la imagen; captados en una perspectiva y encuadre perfectos.

Avanzo a la siguiente, tras escuchar a una pareja detrás protestando por lo bajini porque no les dejaba disfrutar de la imagen a sus anchas, por lo visto me he quedado más tiempo de la cuenta observándola. No sabía que hubiera tiempos específicos para… Me quedo helado al toparme con una fotografía que no esperaba encontrar. La ha titulado «Grises».

«¿Cómo se le ha ocurrido plantarla aquí?».

«¿Y por qué Grises? ¿Habla de lo que se ve? ¿De aquella conversación que mantuvimos cuando me explicaba lo de las escalas? ¿O significa algo más?».

«¿Qué ha querido decir exactamente?».

—¿Qué te parece? —escucho su voz a mi lado de nuevo y enseguida la miro intrigado.

—Que deberías haberme pedido permiso.

—¿Como me lo pedías tú cada vez que entrabas en mi ordenador? —Está sonriendo sin quitar la vista de la imagen, me recuerda a aquel día que visitamos aquella otra exposición, cuando no me daba cuenta de que ya estaba perdido porque había caído en mi propia tela de araña.

—¿Significa, al menos, que ya estamos en paz? —me aventuro a preguntar.

—Significa que me debes unas cuantas salidas a hacer fotos y que tal vez te use para otra serie que tengo en mente —afirma, sin borrar la sonrisa de su boca.

—¿Incluyen revelado?

Otros títulos

TREINTA POSTALES DE DISTANCIA
Sofía es alocada, divertida y desordenada. Jaime es organizado, metódico y supersticioso. Sofía acaba de dejar a un novio que no la merecía y no quiere que le vuelvan a romper el corazón. Jaime acaba de divorciarse y huye del compromiso.

Nada haría pensar que dos personas tan opuestas puedan enamorarse. Hasta que ambos empiezan a coincidir en el ascensor. Y lo que parece ser un idilio irrefrenable, se complica cuando comienzan a aparecer otras personas en sus vidas que no se lo van a poner nada fácil. Novias celosas, ex que vuelven, amigas que no lo son tanto, amigos entrometidos… Al final, su futuro dependerá del contenido de unas misteriosas postales.

¿Y SI NO ES CASUALIDAD?
Celia está convencida de que todo lo que ocurre en el universo, lejos de estar escrito en las estrellas, es fruto de la casualidad. Tiene una vida ordenada que comparte con Rubén, su novio, un abogado guapo y trabajador al que quiere mucho, aunque desearía que fuera algo más espontáneo y detallista. El día de su treinta cumpleaños, sus amigas le regalan un precioso vestido verde acompañado de una curiosa noticia: tienen la dirección de Marco Ferlini, un atractivo argentino con el que mantuvo una estrecha relación de amistad con derecho a cama y del que no volvió a saber tras la universidad. Y Celia, intrigada por su misteriosa desaparición, decide escribirle una carta. Pero quien responde, no parece ser el mismo. ¿Quién se esconde tras esa correspondencia?

A DESTIEMPO
A veces esperamos que la puerta que cierra el pasado permanezca así siempre. Pero Olivia no imagina que su hija, Elisa, llegará para abrirla a empujones en busca de un padre que no conoce. Un secreto que ha condicionado la vida de ambas y que removerá emociones en su presente. ¿Qué pasa cuando una madre que se cierra al amor convive con una adolescente de dieciséis años que se enamora de un desconocido por la red? Una historia de pequeñas mentiras y grandes secretos, de dos generaciones que tienen en común mucho más de lo que piensan. Todas las historias deben encontrar su momento, aunque la vida las traiga a destiempo.

¿ES TU ÚLTIMA PALABRA?
Cuando el pasado regresa para remover emociones que estaban dormidas, Clara deja de ser la mujer segura de sí misma en la que se ha convertido. El amor aún es una moneda de dos caras capaz de erizarle la piel y abrir viejas heridas por igual. Roberto, Darío... nombres que la llevan hacia una encrucijada sentimental llena de desencuentros e instantes de felicidad. Todo parece demasiado complicado cuando hay que caminar con los pies en el suelo.

La suerte de Clara será descubrir que la vida se ve distinta cuando se contempla desde una azotea.

DE ABRIL A JULIO
Cuando nuestro protagonista conozca a la chica de los anuncios, no será consciente del juego al que ha sido arrastrado sin proponérselo.

Ella acaba de aterrizar en la ciudad y se ha topado con un secreto sobre su hermana que no debería estar a su alcance. Lejos de ignorarlo, decide indagar por su cuenta y enredarse; lo que la llevará a aprender dos lecciones importantes:

Que las mentiras te envuelven hasta formar una burbuja de la que cuesta escapar; y que los asuntos en los que se hurga sin invitación previa pueden explotarte en la cara de la forma más inesperada.

DESCUBRIENDO A BROAD

A sus dieciséis años, Melissa Grimm ya tiene claras muchas cosas. Entre ellas, que se ha enamorado perdidamente de su antiguo canguro, vecino y ahora también profesor particular de Física: Alan Lowe. El problema no es que se lleven tantos años, ni que su madre empiece a sospechar del asunto, ni que él salga con la odiosa Rebecca... El problema real es que también empieza a sentir algo por Ray Broad, el chico nuevo del instituto y la última conquista de su peor pesadilla en el instituto, Audrey Irwin.

Melissa no entiende por qué ha tenido que fijarse en ellos precisamente, justo los chicos de los que más alejada debería mantenerse.

Tampoco ha pensado en las consecuencias que podría acarrearle participar en ese juego. Aunque ya sea demasiado tarde para replanteárselo.

EL JUEGO DE ALAN
Melissa Grimm ha llegado a Los Ángeles y parece tenerlo todo controlado. Su primer año en la universidad promete ser interesante. Por fin va a coger las riendas de su vida y podrá dejar atrás sus complicadas amistades del instituto. Ahora es el momento de demostrarle a Ray Broad que, después de dos años, su relación es lo bastante madura para seguir juntos en la distancia. Aunque el futuro se presente con un chico misterioso que conoce el primer día, y el pasado se empeñe en volver de la manera más inesperada para traer de vuelta emociones que ya creía olvidadas. Alan Lowe, su antiguo canguro y amor de adolescencia, va a poner a prueba a la nueva Mel. Sin embargo, ella ya no es la alocada chica que solía meterse en problemas. Ahora es una mujer centrada y sensata, que no piensa entrar en el juego. Si es que eso es posible.

HÁBLAME DE NOSOTROS
Tras despertar del coma, Rebeca descubre que los dos últimos años de su vida se han esfumado de su memoria. No sabe por qué está en una ciudad que no es la suya y acompañada por Iván, un novio a quien no recuerda pero que no se ha separado de su lado en el hospital.

En un intento de recuperar ese extraño vacío, continúan su relación en el punto en el que la dejaron. Pero en sus sueños, son los ojos de otro los que la agitan por dentro y la están volviendo loca. ¿Y si tenía una aventura porque era infeliz?

Tal vez, compartir las rutinas con el hombre que parece conocerla tan bien, la ayude a llegar a una verdad para la que, quizás, no esté preparada.

Sobre la autora

Nací en Madrid, me crie en un pequeño pueblo de Badajoz y hace más de una década que resido en Málaga. Mi interés por la escritura surgió a raíz del blog Sueños a contraluz, que abrí allá por el 2010, y donde podréis encontrar mis comienzos. La primera novela, *Treinta postales de distancia*, de género romántico contemporáneo, la publiqué primero en Amazon en 2012. Pronto logró una gran acogida, situándose en los primeros puestos de ventas durante más de un año. Gracias a ello, los derechos en inglés fueron adquiridos por una editorial norteamericana, Montlake Romance, que la publicó en inglés bajo el título: *Thirty postcards away*. Otras novelas de mi autoría son: *¿Y si no es casualidad?, A destiempo, ¿Es tu última palabra?, De Abril a Julio, Descubriendo a Broad, El juego de Alan* y *Háblame de nosotros.*

Blog: http://suenosacontraluz.blogspot.com.es
Twitter: @SaraVentas_
Facebook: http://www.facebook.com/saraventas
Instagram: @saraventas_

ÍNDICE:

Parte I
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20

Parte II
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30
- Capítulo 31
- Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Parte III
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Otros títulos
Sobre la autora